

Marxismo Vivo

Órgano teórico de la Liga Internacional de los Trabajadores - IV Internacional

**Nueva
Época**



San Pablo - 2011

Marxismo Vivo Nueva Época

es una publicación de Editora Lorca S.A.

CNPJ: 04.904693/0001-06

Rua Doutor Paulo Dias, 53

CEP: 04109-060

+ 55 -11 5083 3343

editoralorca@gmail.com

Aclimação, São Paulo, SP, Brasil

Impresión

Projeto IP Grafis

Rua Dom Bosco, 70

CEP: 03105-020,

Mooca, São Paulo, SP, Brasil

Periodista responsable

Maria Cecília Garcia

MTb 12.471

Editor

Martín Hernández

Tapa

Martín S. Garcia

Diagramación

Natalia Estrada

Traducciones

Anna Jezierska

Natalia Estrada

Ronald León

ISSN: 2185-2281



Marxismo Vivo Nueva Época

es una revista al servicio de la investigación,
elaboración y debate de la teoría revolucionaria.

El contenido de los artículos es de entera
responsabilidad de los respectivos autores.

A nuestros lectores

Esta nueva edición de *Marxismo Vivo, Nueva época*, aborda tres grandes temas: las revoluciones árabes; el marxismo frente a la religión y la cuestión de la mujer.

La revolución árabe es un hecho inédito, que está provocando todo tipo de polémicas a nivel de la izquierda y que exige, de todos los revolucionarios, sacar las necesarias conclusiones programáticas.

Por el contrario, el peso de las diferentes iglesias no es un hecho inédito, sin embargo, ello se da en un momento histórico caracterizado por la existencia de un verdadero “aluvión oportunista” que arrastró, a partir de la restauración del capitalismo en los ex estados obreros, a la mayoría de las organizaciones de izquierda, lo que incluyó una profunda capitulación a las diferentes religiones e iglesias. Esta realidad obliga a los revolucionarios, a llevar adelante la necesaria actualización programática, a rescatar las elaboraciones de los maestros del marxismo sobre este tema. Eso es lo que comenzamos a hacer en esta nueva edición de la revista *Marxismo Vivo*.

Por fin, hay una serie de elaboraciones sobre la cuestión de la mujer. Un tema que para muchos puede parecer secundario ya que, a partir de algunos hechos, como el importante número de mujeres que está al frente de gobiernos, no son pocos los que consideran que la mujer alcanzó la igualdad con los hombres en la sociedad. Hecho que poco tiene que ver con la realidad de la mujer, especialmente de la mujer trabajadora, víctima preferencial de las guerras, de la violencia urbana y doméstica, y de la actual crisis económica del capitalismo.

Los editores

Una revolución en curso en el mundo árabe

“El poderoso proceso revolucionario que sacude al mundo árabe marca un antes y un después en aquella heroica como estratégica región. Las masas se levantan comenzando a escribir su propia Historia y decidir sus destinos”.

(Josef Weil)

CONTENIDOS

Una interpretación de la revolución en el mundo árabe.....	7
Contexto mundial y regional.....	7
¿Cuál es el carácter de la revolución árabe?.....	9
Las consecuencias económicas y políticas de la revolución	15
Egipto: una revolución en curso	17
Libia: el pico más alto.....	20
El pueblo palestino entra en escena y golpea a Israel	24
Las perspectivas de la revolución árabe	29
El imperialismo en el Norte de África y los factores de la revolución	33
Análisis marxista de la situación revolucionaria	33
Las revoluciones árabes, la etapa de la lucha de clases mundial y la crisis política del imperialismo	35
La recolonización en la dinámica mundial de la lucha de clases.....	37
La ofensiva recolonizadora... ..	38
El concepto de recolonización en la teoría marxista del imperialismo	43
El contexto político y económico regional de África del Norte	58
Túnez: la ofensiva neocolonial llegó de la mano de Ben Alí	67
La etapa de la liberalización y las Zonas Económicas Especiales.....	70
Consecuencias inmediatas de la recolonización	72
La “cuestión palestina”, punto central de la revolución árabe	75
Las leyendas del sionismo	76
La creación del Estado de Israel.....	77
“Limpieza étnica”	78
De la OLP... a los Acuerdos de Oslo y la ANP	79
Hamas en escena.....	81
El impacto de la revolución árabe	82
El acuerdo Al-Fatah - Hamas.....	83
Una sociedad racista y militarista	85
La crisis de un Estado nazi-fascista.....	86
Los roces tácticos entre Obama y Netanyahu.....	89
El mini-Estado palestino no es la solución.....	90
La única solución verdadera para Palestina... ..	92
Algunas consideraciones sobre las guerras	95
La concepción liberal de la guerra, Kant	96
Karl von Clausewitz.....	98
Lenin y la base teórica marxista frente a las guerras	100
El stalinismo y la teoría de los campos	101
Restauración capitalista y guerras en los Balcanes	103
Yugoslavia, Tito y el final del régimen	104
El nacionalismo serbio y Milosevic.....	108
La política del imperialismo.....	110
La guerra en Kosovo y la intervención de la OTAN.....	114
A modo de conclusión	118

UNA INTERPRETACIÓN DE LA REVOLUCIÓN EN EL MUNDO ÁRABE

Josef Weil (Brasil)

El poderoso proceso revolucionario que sacude al mundo árabe marca un antes y un después en aquella heroica como estratégica región. Las masas se levantan comenzando a escribir su propia Historia y decidir sus destinos. Estas revoluciones, que impactan de forma tremenda en el escenario económico y político mundial, colocan al Norte de África y a Medio Oriente en el centro de la revolución mundial. Como hicieron nuestros maestros, los revolucionarios tenemos la obligación de estudiar este proceso, desde el punto de vista histórico, teórico y político para sacar lecciones y orientarnos en el programa. Este texto es una contribución a ese análisis y al debate necesario sobre esas revoluciones.

Contexto mundial y regional

El actual proceso revolucionario que sacude al mundo árabe comienza a desarrollarse en Túnez a finales de 2010 e inicios de 2011. Las sucesivas revoluciones que están en curso actualmente tienen, como marco más global, la etapa revolucionaria de la lucha de clases que se abrió con las revoluciones en el Este europeo, que derribaron al aparato central del stalinismo, es decir, a los regímenes dictatoriales de los partidos comunistas (que antes habían restaurado el capitalismo en los ex estados obreros).

En este sentido, las características de la revolución árabe son influenciadas por los dos aspectos contradictorios de esta etapa: por un lado, la crisis histórica del stalinismo, que coloca en mejores condiciones la tarea de avanzar en procesos revolucionarios –antes trabados por el aparato contrarrevolucionario stalinista– y de construir una dirección revolucionaria y, por otro,

el impacto que tiene la restauración del capitalismo, expresado subjetivamente en el consiguiente vendaval oportunista que arrasó a la izquierda, fenómeno que se basa y mantiene con el hecho objetivo de que no se ha vuelto a tomar el poder en ningún otro país del mundo.

La revolución árabe también se inserta en la situación revolucionaria que a nivel mundial se inicia a partir del año 2000, con las revoluciones en América Latina y con la II Intifada Palestina. En ese entonces, como respuesta al ascenso de las masas, el imperialismo lanzó una feroz contraofensiva recolonizadora, encabezada por George Bush, que comenzó invadiendo militarmente Irak y Afganistán en nombre de la “guerra del terror”. Allí obtuvo triunfos como la ocupación colonial de ambos países. El mundo árabe fue uno de los blancos de la ofensiva recolonizadora política y militar del imperialismo. Los puntos altos de esta ofensiva fueron la invasión de Afganistán (2001) y de Irak (2003). Pero la guerra de ocupación se transformó rápidamente en una guerra de liberación del pueblo iraquí contra las tropas ocupantes, de curso cada vez más desfavorable para el imperialismo, hasta volverse una “guerra imposible de ganar”. Dentro de EEUU, la oposición a la guerra se fue haciendo mayoritaria, lo que obligó a decidir una reducción del número de las tropas y la promesa de retirarlas. Fueron fracasando sucesivos planes para estabilizar y controlar Irak, hasta llegar a la decisión de Obama de retirar las tropas y dejar a cargo un gobierno iraquí extremadamente inestable, compuesto por sectores chíritas y kurdos, y que no le da garantías de estabilidad a sus Fuerzas Armadas para que enfrenten el caos en que se convirtió el país.

Esta derrota del imperialismo en Medio Oriente impidió el equilibrio que necesitaban las multinacionales para estabilizar una situación, bajo su control colonial, que garantizase mejores condiciones de explotación de los recursos en la región, y abrió una crisis política en el seno del imperialismo. Eso llevó a un desgaste dentro de EEUU de la política de intervenciones militares externas (invasiones, guerras, etc.) y generó lo que dimos en llamar *síndrome de Irak*. Esta combinación de elementos generó en parte las condiciones que provocaron la explosión de la crisis económica mundial en 2007, con una profundidad sólo comparable a la crisis de 1929.

Además de la resistencia de las masas iraquíes y afganas, el imperialismo sufrió otras derrotas importantes, a través de su gendarme en la región: el Estado nazi-sionista de Israel. En 2006, Israel fue derrotado militarmente

en el Líbano, sufriendo ataques de Hezbollah en su propio territorio, lo que demostró una fragilidad de los sionistas –antes impensable– en el terreno militar. Además, a pesar del bloqueo a la Franja de Gaza y el ataque militar perpetrado a finales de 2008, Israel no consiguió derrotar a los palestinos y sacar a Hamas del poder, en aquella región. Por otro lado, tenemos el episodio del ataque israelí a la *Flotilla de la Libertad*, en 2010, otro elemento más de desgaste de Israel a nivel internacional.

Son también parte fundamental de los precedentes de la revolución árabe las luchas obreras que se venían dando, en particular en Egipto y Líbano, desde 2008. Ejemplo del vínculo entre esas luchas y la revolución árabe de 2011 fue la huelga de Mahala, en Egipto, donde nació el Movimiento 6 de Abril (fecha de aquella lucha histórica), que después jugó un papel fundamental en la revolución egipcia de este año. En ese sentido, la explosión de la revolución árabe fue precedida de luchas importantes contra las dictaduras en la región, donde otro ejemplo son las movilizaciones democráticas contra el fraude electoral en Irán, en 2009.

La combinación entre la resistencia contra la ocupación imperialista (inclusive la lucha palestina contra Israel), y las luchas de la clase obrera en diversos países, contra las dictaduras y las condiciones de vida en estos países, son el contexto más estructural para poder comprender la explosión de la revolución árabe. A eso se junta, a partir de 2007/8, las consecuencias de la crisis económica mundial en el Norte de África y en Medio Oriente, donde la crisis de los alimentos, en 2008, fue ya una importante expresión.

Estos elementos colocan a la revolución árabe, junto con el ascenso obrero-juvenil-popular de Europa, como parte de la reacción de las masas a las consecuencias de la crisis económica, y es el polo más avanzado de una situación revolucionaria a nivel mundial.

¿Cuál es el carácter de la revolución árabe?

Para definir esta cuestión, enmarquemos nuevamente que las condiciones estructurales que originaron la revolución árabe combinan elementos económicos y políticos que se relacionan entre sí. Son países extremadamente explotados por el imperialismo, debido a las riquezas en recursos naturales que tiene la región, en particular el petróleo. La mayoría de los países funcionan como colonias, primero de los imperialismos europeos (como Fran-

cia e Inglaterra) y posteriormente de EEUU. La explotación y opresión imperialistas se realizan con el apoyo de un sector de las burguesías locales, todas corruptas y represivas, que viven en medio de una tremenda riqueza mientras la mayoría de la población se debate en la extrema pobreza.

Tras el auge del nacionalismo burgués expresado en el *nasserismo* y sus aliados sirios e iraquíes del partido Baath, durante los años '50 y '60 [siglo XX], donde se nacionaliza el Canal de Suez así como el petróleo en Irak y en Libia, comienza un proceso de recolonización imperialista, fruto de una ofensiva del capital internacional y de la capitulación de las direcciones nacionalistas burguesas. El artículo de Florence Oppen en este dossier explica con detalles ese proceso.

La crisis económica explota cuando ya se había dado este proceso de recolonización. A partir de ahí se profundizan las contradicciones estructurales en las condiciones de vida de la mayoría de la población. Al aumentar el desempleo (especialmente en la juventud) y los precios de los alimentos y bienes de consumo básicos, detona el descontento y la indignación. A esto se suman los regímenes dictatoriales corruptos y odiosos, que llevan décadas en el poder y que sostienen esta extrema desigualdad y opresión de la mayoría de los pueblos árabes. Por esta combinación de factores, estas dictaduras no tienen margen para encuadrar en los marcos institucionales las movilizaciones y el descontento generados.

Es así que la amplia mayoría de los países fue afectado por los procesos revolucionarios. La revolución se inicia en el Norte de África/Magreb. Comienza por Túnez y luego se extiende a Argelia, Marruecos y Egipto. Y ahí pega un salto. La entrada de la revolución en Egipto es particularmente importante porque es uno de los países del mundo árabe con mayor peso obrero e, históricamente, una referencia política para toda la región, sobre todo desde el *nasserismo*. Además de eso, la ubicación geográfica estratégica de Egipto hace que este país juegue un papel central en la relación entre Israel y Palestina y en la ligazón con toda la región de Oriente Medio. La revolución se expande luego a la Península Arábiga (Bahrein, Arabia Saudita y Yemen), impactando toda la región de Medio Oriente, incluyendo Irán, Líbano, Jordania, aunque éstos últimos en menor grado. Es de destacar, sin embargo, que en Irán, a pesar de algunas movilizaciones iniciales, el proceso retrocedió, lo que tiene su peso por ser este otro de los países con una clase obrera fuerte y de importante referencia política en la región, debido a la

revolución de 1979. Otro destaque importante corresponde a Irak, uno de los polos centrales de la lucha de clases en la región, como parte de la revolución árabe. Este país vive luchas importantes contra el gobierno nacional y los gobiernos regionales instituidos por el imperialismo como parte de la ocupación, colocándose lejos de presentar una situación estable como desea el imperialismo desde el inicio de la invasión, en 2003.

Hablamos de una revolución árabe, porque ella afecta tanto a la región del Norte de África/Magreb como al Medio Oriente. Es un proceso de conjunto, que se fue contagiando de país en país. Estos países tienen profunda ligazón, política y cultural, y todos están afectados por los mismos problemas de expoliación imperialista, crisis económica brutal, opresión de los regímenes dictatoriales, etc. A pesar de que el Islamismo es la religión mayoritaria en la región, hablamos de revolución árabe y no de revolución islámica porque ésta no tiene como objetivo defender la causa islámica o la construcción de repúblicas islámicas, en las cuales Irán o Hezbollah sean referencias. Por otro lado, la revolución en sí no es dirigida por direcciones islámicas (por el contrario, varias de estas direcciones están siendo cuestionadas por este proceso). Finalmente, la extensión de la revolución tiene como hilo conductor lo que dijimos más arriba: el padecimiento de los mismos problemas estructurales, de las miserables condiciones de vida, y de las dictaduras (combinadas con fuertes lazos culturales y lingüísticos), y no la cuestión religiosa.

La revolución árabe es una revolución urbana, que tiene en la primera línea a los jóvenes trabajadores, buena parte de ellos desempleados o precarizados. Ejemplo de eso es que incluso en Yemen, donde es mayor el peso del campo, ese papel de la juventud urbana, uniendo trabajadores y estudiantes, precarizados o desempleados, es decisivo. Al mismo tiempo, es una revolución esencialmente popular, en donde la clase obrera tiene un peso fundamental. En países como Egipto, además del carácter popular, la clase entró de forma organizada en la revolución a través de las huelgas en diversas fábricas y sectores como bancarios, aunque eso no haya sido el centro de la revolución sino un proceso combinado con la misma. Sin embargo, eso no ocurrió con el mismo peso en otros países. La clase obrera –y esto es una debilidad– no interviene en la revolución –por lo menos hasta ahora– como clase organizada en sus propios organismos, sino a través de su participación en las movilizaciones, ocupaciones de plazas, etc. Por otra parte,

también existe una presencia de importantes sectores de clase media y, en algunos casos, incluso, de sectores burgueses.

La situación en el mundo árabe se encuadra plenamente en la definición de Lenin de situación revolucionaria: *los de abajo ya no soportan vivir como hasta ahora y los de arriba ya no pueden gobernar como antes*. Las divisiones en los ejércitos de varios países (en regímenes que en la mayoría de los casos tienen en las fuerzas armadas su institución central), así como la desertión y el paso para el lado rebelde de ministros de gobiernos como el de Libia, son claros ejemplos de esa crisis en la clase dominante. De la misma forma, las movilizaciones de masas en diversos países expresan ese sentimiento de que los de abajo no toleran continuar como antes.

Sin embargo, no siempre las situaciones revolucionarias desembocan en una revolución. Y hablamos de una revolución porque la alteración objetiva se combina con una alteración subjetiva en que las masas salen de los cauces del orden burgués y pasan a conducir acciones revolucionarias, suficientemente vigorosas para derrocar o destruir el antiguo gobierno o régimen. La ocupación de la Plaza Tahrir, en Egipto, hasta la caída de Mubarak, la lucha armada de la resistencia libia para derribar a Gadafi o las movilizaciones de las masas que, a pesar de la fuerte represión se mantienen e intensifican para derrocar a los dictadores en Siria, Yemen, Bahrein, etc., son la expresión de esa disposición de las masas a llevar a cabo acciones revolucionarias para cambiar su actual situación. En esta tarea, la clase trabajadora y las masas populares pueden ser victoriosas o derrotadas, pero lo que caracteriza a la revolución es esa disposición de llevar a cabo acciones revolucionarias que, de forma sistemática y poderosa, salen del control burgués. Tal como escribiera Trotsky: *“El rasgo característico más indiscutible de las revoluciones es la intervención directa de las masas en los acontecimientos históricos (...) en los momentos decisivos, cuando el orden establecido se hace insoportable para las masas, éstas rompen las barreras que las separan de la palestra política, derriban a sus representantes tradicionales y, con su intervención, crean un punto de partida para el nuevo régimen (...) La historia de las revoluciones es para nosotros, por encima de todo, la historia de la irrupción violenta de las masas en el gobierno de sus propios destinos”* (*Historia de la Revolución Rusa*).

En ese sentido, al contrario de lo que dicen algunas corrientes trotskistas como la FT-PTS o el nuevo MAS-Socialismo o Barbarie, nos parece incorrecto hablar sólo de “rebeliones”, lo que sería algo más puntual y momentáneo.

Puede ser que se refieran a algo así como las explosiones de indignación en contra de la discriminación racial en Los Ángeles durante los años '90 o los saqueos en Londres recientemente, en donde el levantamiento termina y así como surgió desaparece. No hay una alteración en la situación de las masas. Por el contrario, eso sí pasa en las revoluciones y es lo que está pasando ahora en el Norte de África y Medio Oriente. Una revolución trastoca todo, los cambios son cualitativos desde que estallan. Una revolución se materializa cuando después de ellas nada es igual. Creemos que ése es el caso en el actual proceso árabe.

Por otro lado, los sectores que defienden que en muchos de estos países lo que existe es una conspiración del imperialismo y de la CIA contra gobernantes supuestamente antiimperialistas, como Gadafi en Libia o Assad en Siria, ignoran la revolución y atribuyen las movilizaciones a una política del imperialismo. Todo esto con el afán de justificar su apoyo a dictadores como Gadafi y Assad. Lo increíble es que, después del derrocamiento de Gadafi, incluso sectores trotskistas como el PO y el PTS [de Argentina] también defendieron la posición de que la caída de este dictador fue una victoria total del imperialismo.

Algunos de sectores de izquierda, como el Secretariado Unificado (SU), aunque reconozcan estar delante de una revolución en curso, afirman que su objetivo es exclusivamente democrático, no estando colocadas en el orden del día las tareas y los objetivos socialistas. Tenemos la opinión opuesta.

El análisis de Trotsky para la revolución rusa de febrero es fundamental para entender el carácter de las revoluciones árabes. Así como en la revolución de febrero la lucha contra el zarismo planteaba tareas democráticas que la burguesía rusa era incapaz de cumplir, obligando al proletariado a encabezarla y abriendo una dinámica de revolución permanente que sólo se podría resolver con la toma del poder por la clase obrera a la cabeza del campesinado, en la época imperialista, las revoluciones en los países atrasados plantean la misma dinámica y combinación de tareas. Los regímenes totalitarios, antidemocráticos o directamente contrarrevolucionarios, que emplean métodos de guerra civil contra el movimiento obrero, sus partidos y sindicatos, ya no son la expresión del feudalismo sino del capitalismo más avanzado, al estar ligados al imperialismo. Tal es el caso de las dictaduras árabes.

En este marco, las revoluciones en el mundo árabe, que luchan por derrocar regímenes dictatoriales, aparentemente no serían anticapitalistas por-

que tienen como centro las consignas democráticas y como objetivo inmediato el derrocamiento de esos regímenes dictatoriales. Sin embargo, esas luchas colosales se están enfrentando a regímenes contrarrevolucionarios de estados burgueses coloniales o semicoloniales y, al cuestionarlos, golpean no sólo esos regímenes sino también las bases estructurales del capitalismo, sustentadas por esos estados burgueses con sus fuerzas armadas.

Por otro lado, las razones que hacen explotar la revolución no son simplemente la existencia de los regímenes dictatoriales opresores sino las miserables condiciones sociales en las cuales sobreviven la clase obrera y el pueblo trabajador, todas ellas agravadas por la crisis económica internacional. En ese sentido, cuando los trabajadores hacen la revolución no están buscando sólo la solución para la cuestión del régimen que los oprime, sino también para la explotación a la que están sujetos por el imperialismo y las burguesías nacionales. Por todo esto, la revolución en curso lucha contra las lacras del sistema y cuestiona aunque inconscientemente las bases de sustentación del capitalismo imperialista.

Es así que, a pesar de su carácter “amplio” y “popular”, **la revolución árabe es una revolución inconscientemente anticapitalista, porque tiene el objetivo de derrotar el régimen contrarrevolucionario capitalista y porque es llevada a cabo por el pueblo trabajador (con sus métodos) y no por la burguesía.** Por eso, si triunfa la revolución democrática se configura una victoria del pueblo trabajador, y no de la burguesía, que coloca en marcha una serie de contradicciones y amenazas para la estabilidad de la propia burguesía y su poder como clase dominante. A partir de ahí se genera una contradicción de hierro entre el triunfo obrero-popular y la manutención del poder del Estado en las manos de la burguesía, que procurará a toda costa cerrar el proceso revolucionario para salvarse de la destrucción a manos de las clases trabajadoras.

En el mismo sentido, la revolución árabe se da en países coloniales o semicoloniales, con una extrema dependencia económica y con gobernantes que profesan un odioso servilismo político hacia el imperialismo norteamericano y europeo. Además, los regímenes que hoy están siendo cuestionados y golpeados por la revolución árabe son, en la mayoría de los casos, los sostenes directos o aliados importantes del imperialismo en la región. Son los que garantizan la manutención de su estabilidad y su dominio. El máximo ejemplo de eso es Egipto, donde sus fuerzas armadas –pilar central

del régimen— son sustentadas financieramente de forma directa por el imperialismo, constituyéndose en la fuerza represiva que mayor apoyo militar recibe de EEUU, siempre después de Israel. Consecuentemente, además del gobierno, las propias fuerzas armadas son agentes directos del imperialismo en la región. La revolución, al cuestionar a Mubarak cuestiona objetivamente al imperialismo en la región. De la misma forma, las revoluciones que expulsaron a Ben Alí y derrocaron a Gadafi, y aquellas que enfrentan las petromonarquías y la dictadura de Assad, son **antimperialistas**, pues se enfrentan con sus agentes en el interior de sus respectivos países. Eso incluye a la Libia de Gadafi y a Siria, por más que lo nieguen sus defensores castrochavistas.

Es así que podemos decir que son revoluciones que **por la dinámica objetiva** de sus tareas chocan con el imperialismo y el capitalismo. Ese carácter anticapitalista y antiimperialista de la revolución se da también porque, en la época imperialista, para solucionar los problemas de la clase, no es suficiente derrocar un determinado régimen contrarrevolucionario, es indispensable derribar el sistema capitalista semicolonial en el terreno económico y social mediante la toma del poder por la clase obrera y el pueblo pobre. Así, si la “primavera árabe” no avanza en ese sentido, retrocederá más temprano que tarde.

Las consecuencias económicas y políticas de la revolución

La derrota del imperialismo en Irak y Afganistán, al no conseguir su objetivo de retomar el control total de las fuentes de energía que garantizarían una recuperación económica más estratégica en los centros imperialistas, fue uno de los elementos fundamentales para desatar la crisis económica mundial y abrir una crisis política de conducción en el imperialismo norteamericano. La revolución árabe es un proceso de magnitud que afecta a toda una región estratégica a nivel político y de recursos naturales para el imperialismo. Además de esto, el imperialismo enfrenta esta nueva situación en el mundo árabe, en un marco de mayor fragilidad debido a la crisis económica y política en su seno.

Por lo tanto, las revoluciones tienen un impacto directo en la economía mundial (que ya pasa por una profunda crisis), al generar un aumento fuerte en los precios del petróleo y reforzando la inflación a nivel internacional.

La inestabilidad política por un largo período, en el cual no se sabe cuál será el resultado de los diversos procesos revolucionarios causa, a nivel de la economía mundial, una volatilidad de los precios, con altos riesgos de subidas inflacionarias.

Además del impacto económico, la revolución árabe acarrea varios problemas políticos serios para el imperialismo. Ella puede extenderse a Arabia Saudita –la mayor productora de petróleo–, que constituye la garantía y el bastión de abastecimiento para EEUU desde 1944 (acuerdo de la Dinastía Saud con Roosevelt), y esto representa una amenaza económica pero también política. La revolución y la guerra civil en Libia ya tuvieron consecuencias directas en el abastecimiento de petróleo a Europa. Por otro lado, Egipto es un país fundamental por la frontera con Gaza y el apoyo en la región al mantenimiento del Estado de Israel. Incluso el régimen de Siria es fundamental para la estabilización de la frontera con Israel.

La revolución árabe enfrenta, indirecta o directamente, el Estado nazi sionista de Israel, punto central de dominación imperialista de la región. La entrada de la revolución árabe en Palestina es la mayor expresión de eso. Al mismo tiempo, como la causa palestina es una bandera que unifica a todos los pueblos árabes, en el marco de las revoluciones que surgen se levanta la reivindicación de la ruptura de los pactos con Israel o de la apertura de la frontera con Gaza, como fue en el caso de Egipto.

La revolución árabe es, además, un problema para los polos de conflicto anteriormente abiertos por el imperialismo en la región, como es el caso de Irak, Afganistán e Irán. En Irak, la revolución profundiza la inestabilidad, amenazando la transición planeada por Obama. Siguen los problemas gravísimos en Afganistán, donde existe una pérdida del control del imperialismo sin que hasta ahora consiga negociar una salida con los talibanes. Los atentados como el asesinato del hermano del presidente Karzai, gobernador de Kandahar, y el reciente ataque a las bases de la OTAN y a la embajada de EEUU en la capital, Kabul, demuestran esa situación. Además de eso, la situación de conflicto se extendió a Pakistán, como se expresó en la reacción ante la entrada de EEUU en ese país para asesinar a Osama Bin Laden, lo que abrió una nueva crisis del imperialismo. En el caso de Irán, además de las movilizaciones democráticas de 2009 contra el régimen, la revolución árabe generó solidaridad y nuevas movilizaciones en el país, al mismo tiempo que se profundiza una crisis en las alturas, que marca una división fuerte del régimen.

La revolución árabe profundiza, de esta forma, la crisis política del imperialismo, que se abrió con la derrota de Bush. Por un lado, porque profundiza la inestabilidad económica y política, dificultando aún más la dominación imperialista en la región, que ya venía siendo puesta en tela de juicio por la resistencia de las masas iraquíes y afganas. Por otro lado, porque tiene que encarar esta nueva situación, que cuestiona política y económicamente su dominio, en el marco de una crisis económica mundial que limita el uso de recursos para compromisos militares (reducciones de presupuesto), lo cual no da espacio para concesiones y está generando divisiones dentro de la burguesía imperialista norteamericana y europea. A esto se suma el impacto del *Síndrome de Irak* dentro de EEUU, lo que obliga a medir criteriosamente la utilización de la intervención militar terrestre como salida para los conflictos en curso, generando discusión en el interior de EEUU sobre cuál es el interés vital de éste en el área. Existen sectores, por ejemplo, que plantean tirar el fardo de Afganistán a los “aliados” de Rusia, China, India y hasta Irán. Esto se dio, por ejemplo, también en el caso de Libia, donde EEUU tuvo la política de “compartir” la intervención militar, dejando la mayor carga a los europeos. Incluso así, ni EEUU, Francia o Inglaterra tuvieron condiciones de enviar tropas terrestres.

Egipto: una revolución en curso

El régimen egipcio viene de los años '50, cuanto después del derrocamiento del rey Faruk, en 1952, los oficiales libres tomaron el control del Estado egipcio. En ese contexto, Nasser fue el típico gobierno bonapartista *sui generis*. Se apoyó en las masas en sus enfrentamientos con el imperialismo y estuvo al frente de conquistas nacionales importantes, como la nacionalización del Canal de Suez. Por eso hasta hoy es recordado como héroe, y el ejército egipcio aún guarda esa imagen de lucha por la independencia. Nasser, por otro lado, mantenía un control absoluto de la vida política, reprimió a los sindicatos y a los comunistas, al mismo tiempo en que cooptaba a numerosos líderes sociales. Era un régimen bonapartista, que reprimía cualquier intento de organización independiente y en donde no había libertades democráticas para la oposición.

Ya en los últimos años de Nasser se podía verificar un retroceso en el sentido nacionalista, y una negociación con el imperialismo encaminada a vol-

ver a ser una típica colonia. Pero ese giro no lo completó Nasser sino su sucesor, Anwar Sadat. Este personaje firmó la paz con Israel y entregó la lucha de los palestinos, pasó a colaborar directamente con el ejército de EEUU y con Israel. El régimen se mantuvo en la férrea censura y represión, en una dinámica de colaboración con el imperialismo. Con Sadat, Egipto pasó a ser una pieza clave del esquema de sustentación del orden imperialista en la región. Asesinado Sadat, lo sustituye Mubarak, que era el vice y el comandante de la Fuerza Aérea. Egipto, entonces, continuó siendo un pilar del orden imperialista y un reaseguro de las fronteras de Israel. Aquella fue una victoria importante del imperialismo y de Israel, que consiguió contar con la colaboración de Egipto para vigilar las fronteras de Israel y colaborar en la represión a los palestinos en Gaza, al tiempo que presionaba a la OLP a capitular al estado sionista.

Teniendo en cuenta este trajinar histórico, la poderosa revolución de inicios de 2011 conquistó un tremendo triunfo al derrocar al dictador Mubarak, sumiso frente al imperialismo y temible tirano de su pueblo. No obstante, la revolución engendró una fuerte contradicción: las masas que enfrentaron y acabaron con Mubarak mantuvieron ilusiones en el ejército egipcio, el mismo que fue sustento del régimen por más de 50 años. Los militares consiguieron salir con prestigio popular debido a la forma en que se dio la revolución, donde ellos aparecieron como “neutrales” frente al embate entre las masas y Mubarak, anticipándose y exigiendo la renuncia del dictador.

Los militares formaron un gabinete con varios partidos preexistentes y con la Hermandad Musulmana, que era la corriente más fuerte, y con base en ese acuerdo promovieron la consulta para la reforma de la Constitución. La reforma fue aprobada, y ahora el gobierno de la Junta Militar prepara un proceso electoral para conformar el nuevo parlamento. El apoyo mayoritario de la población a esa reforma expresa la contradicción entre la revolución en curso y las ilusiones en el nuevo gobierno y en el acuerdo nacional con las fuerzas de oposición, como la Hermandad Musulmana, que sustentan esa alianza.

Esa contradicción es un obstáculo para el avance de la revolución. Más aún con el paso de la Hermandad Musulmana hacia el campo del apoyo al nuevo gobierno. Sin embargo, a medida que los problemas estructurales continúan, además de la relación de dependencia estructural con los Estados Unidos, se plantea la perspectiva de un enfrentamiento entre la Junta Militar que asumió después de la caída de Mubarak y las aspiraciones de las masas.

Existe una dependencia estructural con relación al imperialismo que es muy importante. Egipto es el país con la segunda mayor ayuda militar de EEUU. La economía egipcia está controlada en un 30% a través de *holdings* que a su vez están ligados directa o indirectamente a los militares. Para el imperialismo es vital la manutención de Egipto como su aliado, que no retroceda en los acuerdos de paz con Israel y que se mantenga sumiso a sus designios.

A pesar de todo, las cosas no funcionan como le gustaría al imperialismo. Existe una gran desconfianza en la juventud movilizada en relación con el gobierno de la Junta Militar. En las últimas semanas, las contradicciones entre las aspiraciones democráticas de los sectores más movilizados y la política del gobierno comenzaron a dar origen a los choques. Los últimos enfrentamientos entre Israel y los militares egipcios en la frontera de Sinaí, con la muerte de cinco soldados egipcios asesinados por Israel después de un ataque de grupos guerrilleros a las tropas israelíes, generaron una acción de vanguardia en la embajada de Israel, que forzó la huida del embajador sionista en ese país y ante la cual el gobierno reaccionó con una represión durísima ejercida por la policía y el ejército egipcios. Sin embargo, la presión de las masas existe. No por casualidad el Primer ministro, Sharaf, fue obligado a hablar de la “revisión del tratado de paz con Israel” después de los choques y de la invasión de la embajada.

Es probable que los choques aumenten. El caso es que las masas impusieron espacios democráticos que antes no existían y que son inéditos en la historia de Egipto. Luchan semanalmente para defender su espacio político en las plazas públicas. En ese sentido, la Plaza Tahrir volvió a ser protagonista de movilizaciones de masas, con choques contra las fuerzas represivas. Lo mismo ocurrió en otras ciudades del país. Crece la desconfianza de sectores de masas con relación al gobierno y a los acuerdos, en especial en los sectores más movilizados de la juventud, que comenzaron a hacer una experiencia con la Junta y la Hermandad. Aunque todavía no marquen la dinámica de las movilizaciones, comenzaron a aparecer en las marchas carteles con consignas contra el gobierno y contra Tantawi (jefe de la Junta Militar), ligándolo al gobierno de Mubarak y a la corrupción.

El gobierno trata de reprimir pero no puede ignorar la correlación de fuerzas y evita chocar frontalmente. Aún temen a las fuerzas de las masas y en especial a la juventud. Pero continúa apresando e incluso torturando activistas. Es un “tire y afloje” que se resolverá en las calles.

Está en marcha un proceso de organización independiente en el movimiento sindical y estudiantil. Independientemente de las confusiones, es un proceso que se va extendiendo tanto en el movimiento sindical como en el estudiantil. Ese proceso también tiende a entrar en confrontaciones con las restricciones del gobierno a las huelgas y las libertades sindicales.

En conclusión: en Egipto está en curso una revolución socialista y antiimperialista inconsciente. La caída de Mubarak fue un tremendo triunfo por donde se lo mire. Es una victoria contra el imperialismo, que sustentó a Mubarak hasta el penúltimo minuto. Lo apoyó hasta que, ante la fuerza de la revolución que amenazaba desbordar todo, aceptó su salida y patrocinó otra alternativa que otorgase el gobierno a los altos generales, sus estrechos aliados. Como la revolución sigue en curso, el proceso cada vez más apunta a un enfrentamiento entre las masas y el nuevo gobierno, que trata de reprimir las movilizaciones que se chocan con la explotación, con su relación estructural de dependencia del imperialismo, y con sus acuerdos con el sionismo.

Libia: el pico más alto

La revolución libia es parte del mismo proceso revolucionario que sacude al mundo árabe. Tiene el mismo carácter popular, anticapitalista y antiimperialista de las revoluciones en Egipto y en Túnez, al cuestionar y derribar a Gadafi, otro de los principales hombres del imperialismo y que formaba parte de las dictaduras que sostienen la estrategia de dominación imperialista en la región y que garantizan la seguridad de Israel. Por eso, esta tremenda **victoria democrática** del pueblo libio coloca, sin duda, en mejores condiciones el avance de todo el proceso revolucionario en Medio Oriente y el Norte de África. Su impacto ya es evidente en los procesos de Siria y Yemen.

En Libia, a diferencia de los primeros procesos revolucionarios de Túnez y Egipto, la lucha contra la brutal dictadura de Gadafi –en el poder desde hacía 42 años– desembocó en una guerra civil. Las masas salieron a luchar y, al calor de las movilizaciones y de las sangrientas represiones, enfrentaron al ejército al punto de dividirlo y después destruirlo junto con casi todas las instituciones del estado burgués.

¿Por qué en Libia, al contrario de Egipto y Túnez, se llegó a una guerra civil? La cuestión es que en Libia no existían fuerzas políticas que pudiesen

canalizar el proceso de enfrentamiento con Gadafi hacia una salida por dentro del régimen. El carácter autoritario y la ausencia de vida política por fuera del comando del ejército y del partido del régimen impidió la existencia de canales mínimos para los manifestantes. En Bengasi, las manifestaciones pacíficas fueron reprimidas salvajemente, con centenas de muertos. Los propios opositores dentro del gobierno no tenían espacio para postularse como alternativa, a menos que rompieran con Gadafi y se pasasen abiertamente del lado de los insurgentes.

Otro elemento característico –y altamente contradictorio– de la revolución libia fue la forma en que cayó Gadafi. Esto se dio a partir de una combinación entre una revolución popular impresionante y una intervención militar patrocinada por el imperialismo. Si bien en un principio los comités rebeldes rechazaron la intervención militar, esta posición fue cambiando al ser ésta presentada, sobre todo por la dirección del CNT, como una “ayuda” y una “protección” ante la superioridad militar de Gadafi. Esta visión de estar recibiendo una “ayuda” por parte de la OTAN se reforzó por el hecho de que, debido a su crisis, el imperialismo no pudo intervenir con tropas terrestres propias.

El hecho es que, en un determinado momento, se dio una unidad de acción en el terreno militar entre los rebeldes y el imperialismo, contra Gadafi. Surge entonces la pregunta: ¿por qué el imperialismo intervino en contra de aquel que era uno de sus principales hombres en la región? La respuesta es simple: por causa de la revolución, de la guerra civil armada que amenazaba reventar todo en Libia, echar más nafta a la hoguera árabe y que, por meses, tenía paralizado el flujo normal de petróleo. El imperialismo intervino militarmente contra Gadafi, no por ser éste un “antiimperialista”, como fue su impronta durante los años ’60 y ’70 pero que fue en retroceso hasta ser completamente abandonada a inicios del siglo XXI, sino porque el dictador se demostraba completamente incapaz de controlar de forma alguna el levantamiento armado. Como para el imperialismo sus agentes son fusibles, si un fusible ya no sirve, lo saca y listo. El imperialismo es muy pragmático: su único interés era detener la revolución en curso, para evitar más nafta en el incendio revolucionario árabe y retomar el control y el flujo normal de petróleo libio.

Esta reubicación, que lo situó en el mismo campo militar de los rebeldes, representó una victoria parcial y coyuntural que le ayuda en su objetivo de

desmontar la revolución, su principal obsesión. En esta tarea, el actual CNT, el nuevo protogobierno libio, es su principal aliado. El imperialismo se pudo apoyar en esta dirección entreguista, ante la ausencia de una dirección revolucionaria. El carácter colaboracionista y sumiso al imperialismo fue demostrado por el CNT desde el inicio, al ser ellos quienes “pidieron” la intervención militar. Ahora piden a la ONU y la OTAN que intervengan con tropas de “paz” para garantizar el proceso pos Gadafi. Desde la LIT nos opusimos, desde el inicio, a cualquier tipo de intervención imperialista y denunciamos el carácter sumiso del CNT a las potencias occidentales.

Pero el imperialismo, a pesar de haberse reubicado frente a la guerra civil, tiene una serie de problemas y contradicciones en su afán de derrotar definitivamente la revolución libia. La fundamental, en relación con la intervención militar, es que el imperialismo tuvo que actuar vía OTAN, sobre todo a través de ataques aéreos y bloqueo marítimo, sin poder colocar, como sería ideal para ellos, tropas terrestres propias. Surge, entonces, el problema de cómo desarmar al pueblo libio y reconstruir las instituciones del estado burgués, sobre todo las FF.AA, destruidas por la revolución popular armada. ¿Por qué el imperialismo no pudo invadir Libia con sus propias tropas? Básicamente por la feroz crisis económica y política en los centros imperialistas, que sumadas al síndrome de Irak no le permiten embarcarse tan fácilmente en cuanta aventura guerrera demande el mantenimiento de su dominación. También Francia y Gran Bretaña, que tomaron la delantera en la intervención militar, están limitados en este sentido por la situación económica y por sus propias crisis internas.

Una vez caído el régimen de Gadafi, primer objetivo de las acciones de las masas, el escenario refuerza serios peligros y plantea nuevas tareas para la revolución. La principal cuestión es la lucha antiimperialista, la lucha por la independencia nacional contra los afanes del imperialismo y de su agente local, el Consejo Nacional de Transición (CNT), de desmontar el ascenso revolucionario y así poder continuar el saqueo de las riquezas de Libia.

En este sentido, cabe resaltar que existe una diferencia entre lo que sienten las bases de los comités populares y la dirección del CNT. Esos señores se pasean por las capitales europeas y por Nueva York pidiendo reconocimiento oficial y ofreciendo las riquezas del país a cambio de “ayuda”. Es posible que las contradicciones se agudicen entre los objetivos del CNT, cada

vez más agente del imperialismo, y las necesidades de los trabajadores y jóvenes que lucharon contra Gadafi. Frente al nuevo gobierno del CNT, esa contradicción tiende agravarse, y se agudiza la necesidad de que la clase trabajadora y el pueblo pobre de Libia se organicen contra esa dirección pro imperialista.

El pueblo que derrocó una dictadura como la de Gadafi no puede detener su marcha. Si la revolución se detiene, indefectiblemente avanzará la contrarrevolución. Sólo un gobierno de los comités populares armados podrá convocar, en primer lugar, a elecciones libres para una Asamblea Nacional Constituyente realmente libre, democrática y soberana, que pueda refundar el país sobre nuevas bases económicas, sociales y políticas. Sólo un gobierno de la clase trabajadora y el pueblo explotado libio podrá nacionalizar el petróleo y todas las riquezas de Libia, colocándolas bajo el control y al servicio de nuestra clase, además de castigar a Gadafi y a sus personeros por todos sus crímenes.

Para concretar este programa, el pueblo libio debe mantenerse armado y confiar sólo en sus propias fuerzas y en el poder inmenso de la revolución en el resto del mundo árabe. Del CNT no puede esperar que avance ni siquiera en las medidas de corte democrático. El CNT, al servicio del imperialismo, está intentando desarmar a las masas y recomponer el régimen político y las FFAA. Si estos nuevos agentes no consiguen su cometido y, sobre todo, si arrecia la lucha de clases, no se puede además descartar que el imperialismo ocupe Libia con sus tropas para asumir el control directo del país y de sus recursos. Los revolucionarios tienen que estar en contra de cualquier posible envío de tropas por parte del imperialismo, sean éstas convencionales o “humanitarias”, bajo ropaje de la ONU o la OTAN en Libia, pues esto estará al servicio de derrotar el proceso revolucionario, desarmando al pueblo y reconstruyendo el régimen sumiso a los amos imperialistas.

La encrucijada de la revolución libia es la misma que de la revolución árabe. La necesidad de organización independiente y de la construcción de la dirección revolucionaria es la tarea más urgente. Una dirección revolucionaria que reivindique el derrocamiento de Gadafi y luche contra la dirección burguesa y pro imperialista del CNT y en contra de los acuerdos que ellos hacen con las potencias imperialistas vía OTAN/ONU.

///

El pueblo palestino entra en escena y golpea a Israel

La influencia de la revolución árabe en Palestina reanimó la lucha de este pueblo contra Israel. Por la importancia de la lucha palestina, este hecho tiene un peso decisivo en todo el proceso revolucionario regional. Las marchas de apoyo a la revolución árabe dentro del territorio palestino, en marzo de 2011, marcaron hitos de extrema importancia. En ese sentido, las marchas contra Israel en el aniversario de la *Nakba* fueron la expresión más rica de este proceso, al plantear la liberación palestina y la lucha por el derecho al retorno de los miles de expulsados por el invasor sionista.

En contrapartida, la revolución árabe agravó la crisis de Israel. Esa crisis ya venía de antes, con la derrota en el Líbano, con el desgaste internacional con la invasión de Gaza en 2008 y con el episodio de la *Flotilla de la Libertad* en 2010, hechos que llevaron al relanzamiento de la campaña de Boicot. Actualmente, el debilitamiento político de Israel, a pesar de su fuerza militar, es un hecho.

Durante mucho tiempo escuchamos de la boca de los portavoces del imperialismo que la conquista de democracia en los países árabes beneficiaría a Israel, que se proclama ser “la única democracia de Medio Oriente”. Está pasando lo opuesto, como reconocen los analistas sionistas más lúcidos: la caída de los dictadores y las movilizaciones alcanzan directamente a Israel.

La crisis es tal que la revolución árabe no sólo entró en Palestina sino que sus golpes están impactando dentro de la fortaleza sionista. A este respecto, la expresión más importante son las movilizaciones de los judíos residentes en las grandes ciudades, como Tel Aviv, contra el gobierno de Netanyahu. Esas movilizaciones, que comenzaron el 6 de agosto y que se extendieron a todo el país, se dieron en torno a la cuestión de la inflación y la consecuente alza de los precios de los alimentos y de los combustibles, así como de las condiciones de vivienda, alquileres, etc., en especial en la juventud. Estas luchas se aproximan, en este sentido, a las movilizaciones españolas de las grandes ciudades (“los Indignados”), y se inspiran en la revolución árabe de conjunto; tanto es así que muchos de los manifestantes judíos colocaban a Egipto como referencia.

Expliquemos mejor este hecho. La economía de Israel está totalmente vinculada a su papel de enclave militar y de Estado colonial impuesto sobre la base de la expropiación y la expulsión de la población palestina de sus an-

tiguas tierras. Por eso, el presupuesto del Estado está comprometido con la sustentación de las fuerzas armadas y la industria armamentista israelí. Otro gran porcentaje de su presupuesto va para subsidiar los costos de instalación y seguridad que demandan los colonos que se instalan en los territorios de Cisjordania, incluido Jerusalén e, incluso, en los territorios de 1948 aún habitados por palestinos. Se calcula en decenas de miles de millones de dólares la suma que gastaron los gobiernos sionistas para la construcción de residencias, protección y asentamiento de los colonos en los últimos 10 años. Cerca de 20% del presupuesto nacional es utilizado para construir más colonias y más asentamientos en Cisjordania, sin contar los subsidios a los religiosos mantenidos por el estado sionista.

Aunque Israel sea un enclave militar sustentado por la ayuda de EEUU, en un momento de crisis económica existe un choque entre las necesidades de sustentar los altos costos de la ocupación militar, además de la manutención de los enormes subsidios a los colonos de Cisjordania y Jerusalén y atender otras necesidades de la población judía. Por eso, existe una tendencia a los enfrentamientos entre esa juventud israelí de las ciudades del Israel de 1948 y las autoridades sionistas. Ésa es una juventud que no se identifica con los colonos y hasta los desprecia por sus privilegios, al igual que a los religiosos, que son una carga para el Estado, pues muchos de ellos no tienen obligación de trabajar y viven del presupuesto público.

La situación está agravada por la crisis económica internacional y por el deterioro de la economía de EEUU, el gran sostén del Estado y la economía israelíes. En este marco, la atención a las reivindicaciones de los jóvenes y trabajadores de los centros urbanos amenaza con colocar al gobierno en choque no sólo con aquéllos, sino con los propios colonos, y viceversa. Ya existen discusiones en la prensa israelí sobre que no hay condiciones en el presupuesto para atender a todos y que es necesario hacer una opción. Existen elementos para plantear la hipótesis de enfrentamientos entre ambos sectores de la población judía. Recordemos que la última vez que se dio una situación donde se debía optar por un plan de paz que significase algún pequeño retroceso en el apoyo a los colonos fue en 1995, y culminó en el asesinato, por parte de un grupo fascista judío, del primer ministro y ex comandante del ejército, Rabin.

Las masivas movilizaciones en Israel son progresivas, pues generan una crisis política en el interior del Estado de Israel, en medio de una revolución

que sacude al mundo árabe y contagia a Palestina. Sin embargo, atención, esto no quiere decir que esa juventud ni los sindicatos de trabajadores de la central sionista, Histadrut, que participan, estén a favor de la causa palestina. Estos sectores tienen en común con los colonos de Cisjordania que ambos viven de la usurpación de las tierras palestinas desde 1948, y este elemento central unifica al conjunto de los trabajadores y jóvenes judíos en torno a su Estado racista y a su burguesía. No por otro motivo hubo una reacción de muchos acampados de esas marchas en contra de los intentos de exhibir y unir las banderas palestinas con las de los jóvenes y trabajadores movilizados en ciudades como Tel Aviv. Sin embargo, repetimos, a pesar de eso, esa movilización puede ser un factor importante de desestabilización del Estado nazi-sionista, en el marco de la revolución árabe y sus reflejos en Palestina.

Subrayemos que Israel nació en 1948 de manos del imperialismo. Nació aislado en el contexto regional. No tenía tan siquiera relaciones diplomáticas con ninguno de sus vecinos hasta los años '70. A partir de finales de esa década esto comenzó a cambiar, con los tratados de paz y con la reaproximación a Egipto, después a Jordania, y también con las negociaciones de Oslo, que establecieron una base de diálogo con la dirección de la OLP palestina. Entonces, además de su aparato militar, la fuerza de Israel, a lo largo de las décadas de 1960 y hasta finales de los años '80, era política. Esto se debía al apoyo internacional y a una relativa buena imagen que se granjeó, llegando a decir que era "socialista" y teniendo incluso el apoyo de la mayoría de la izquierda. Este prestigio, no obstante, se fue corroyendo a lo largo de las últimas décadas, en especial desde las Intifadas de 1987 y 2000. Esto avanza a partir de 2006, cuando en Líbano se suceden los enfrentamientos, y ahora, como subproducto de la revolución árabe, Israel está sufriendo un aislamiento como nunca antes y en forma creciente. Esto se demostró en los enfrentamientos con Turquía, en torno al ataque de Israel a la flotilla de Gaza, que culminó con el asesinato de militantes turcos que viajaban en ella. Los gobiernos turcos fueron siempre sus aliados y desde 1949 Turquía es miembro de la OTAN. Ahora amenazan con mandar su marina a proteger los barcos que lleven ayuda humanitaria a Gaza. Lo mismo se dio en los incidentes con Egipto, en la frontera, que debido al asesinato de soldados egipcios despertó una amplia indignación que culminó con una la manifestación y la toma de la embajada israelí por manifestantes egipcios, y con la huida del embajador sionista.

La revolución árabe, que ha generado simpatía en todo el mundo, puede tener un impacto fundamental en profundizar la quiebra de esa fuerza política israelí. La máscara de Israel se está cayendo y aumenta el número de opositores en los países imperialistas, incluso en las comunidades judías. Israel, frente a este proceso de desprestigio, se valió y se vale del discurso relativo a la “guerra contra el terror”, en especial durante el período Bush. Sin embargo, el carácter de la revolución árabe y los métodos que utiliza (basados en movilizaciones de masas y en organizaciones populares, de la juventud y de la clase) vuelven mucho más difícil la asociación de los opositores a Israel con “terroristas”.

Existe un nuevo hecho político en Palestina: frente al *impasse* de las negociaciones y del impacto de la revolución árabe, Abbas, un agente más que comprobado del imperialismo, viene buscando una salida negociada al problema palestino sin esperar la buena voluntad de Israel y de EEUU. Presionado por el ascenso de masas expresado en las marchas palestinas directamente influidas por las revoluciones en todo el mundo árabe, y sin tener ninguna negociación concreta por parte de Israel, Abbas tuvo que hacer un giro táctico, distanciándose de Israel y EEUU para dar respuesta a esa presión. Expresión de eso fue el llamado a una nueva unidad Hamas-Al Fatah y, en especial, el pedido de reconocimiento de un Estado palestino como miembro pleno en la ONU. Esta es una política que, independientemente de que Abbas la utilice para su posición de los “dos estados” y de que éste, tarde o temprano, vaya a capitular con todo, tuvo un impacto positivo pues sirvió de iniciativa de movilización en Palestina y en el mundo, en favor de la causa palestina, y colocó a Israel en una situación de aislamiento cualitativamente superior. Además, colocó a EEUU, conducido por Obama, en una posición insustentable frente a las masas árabes, al anunciar que vetaría la propuesta de un Estado palestino. Hasta gobiernos como el de Arabia Saudita tuvieron que hacer amenazas de ruptura con la política del imperialismo.

Se combinaron para ese cambio táctico la derechización total de Israel, que ya no acepta siquiera el mini-Estado de bantustanes a partir de la gestión de Netanyahu. La postura intransigente sionista, de hecho, corta cualquier iniciativa de negociación. En verdad, la situación está muy difícil para los sionistas. A esta cuestión en la ONU se suma la presión de las masas y de la revolución árabe, que ya derribó a Mubarak y pone en jaque a Assad, dos fronteras que eran seguras hasta ahora.

Este giro táctico de Al-Fatah estimula el ascenso. Por eso, esta postura, tarde o temprano, se va a volver en su contra. Esto se dará en la medida en que esa dirección capituladora comience a intentar frenar la movilización al colocar todas las fichas de nuevo en la negociación.

A medida que las masas palestinas comienzan a movilizarse, el espacio de Abbas tiende a estrecharse y la ANP tendrá luego que vérselas con las masas. Por otro lado, Al-Fatah no cambió para nada su estrategia de “dos estados”, su sumisión al imperialismo ni su estrategia contrarrevolucionaria de frenar la revolución. Por eso quieren reabrir las negociaciones y volver al marco de los Acuerdos de Oslo. Parte de esa política es atraer a Hamas para el proceso de negociación, lo que también fue estimulado por el nuevo gobierno egipcio.

La entrada de la revolución árabe en Palestina trae un hecho nuevo, muy auspicioso e importante para el desarrollo futuro: una nueva generación de luchadores extremadamente ligados a la revolución árabe en cuanto a su perfil y a su metodología, pero con la radicalidad explosiva que le impone el enemigo nazi-sionista. Este fue el significado de las marchas simultáneas en las fronteras de Israel, en el aniversario de la *Nakba*, donde una masa de millares de manifestantes desarmados avanzaron hasta los límites con Israel desde todos los países vecinos. Estas marchas simultáneas fueron organizadas, vía internet, por comunidades de palestinos y simpatizantes en los distintos puntos de exilio. La fuerza de estas luchas llevó a decir a varios de estos activistas: puede estar en curso la III Intifada.

La II Intifada, en 2000, cuestionó objetivamente la capitulación de Al-Fatah al amo sionista y dio espacio para que Hamas surgiera como alternativa nacional de resistencia. Las movilizaciones recientes están testando tanto a Al-Fatah como a Hamas y pueden abrir un nuevo espacio para una alternativa. La movilización planteó, en la práctica, la necesidad de construcción de una alternativa independiente para la III Intifada. Por eso, la III Intifada, o sea, la movilización general contra Israel por los derechos del pueblo palestino, como refracción y expresión de la revolución árabe, apunta también a la ruptura de los sectores movilizados, en especial de la juventud, con la viejas direcciones, incluso con Hamas. La cuestión de la dirección revolucionaria gana un peso aún mayor para dar una salida a esas camadas de activistas que surgen de los últimos procesos.

///

Las perspectivas de la revolución árabe

La política actual del imperialismo frente a la revolución se puede resumir en una contraofensiva política para respaldar a las dictaduras y sustentarlas frente a ésta. Aunque no pueda utilizar de la misma forma que antes el envío de tropas terrestres, también está planteado, como en Libia, el recurso militar. Siempre trata de sustentar el régimen y el gobierno, y sólo apunta para una solución de transición cuando es forzado por la revolución y cuando ya no tiene otra salida. En la mayoría de los casos apoya la represión como en Bahrein, aunque haga llamados retóricos a la contención o hable de derechos humanos, como en el caso de Siria. El caso de Bahrein expresa cómo el imperialismo reacciona frente a un aliado tradicional, como es Arabia Saudita, al dejar correr y apoyar la represión de éstos contra aquel pequeño pueblo.

En Siria y Yemen, después de ver el resultado de Túnez, Egipto, Bahrein y Libia, hasta ahora los regímenes dictatoriales continúan masacrando al pueblo que lucha. Pero el caso de Siria sirve para ilustrar que, incluso con gobiernos con los que ya tuvo roces, el imperialismo tiene la política de tratar de evitar que esos regímenes caigan por la acción de las masas y puedan desestabilizar la región. Hasta ahora, la dictadura de Assad, para el imperialismo, fue mucho más segura para mantener el *statu quo* de la región. Pero si continúa enfrentándose con movilizaciones y si se multiplican los choques armados y la situación sale del control, si se va a una guerra civil, puede cambiar de orientación táctica, como hizo en Libia.

Es importante alertar que el imperialismo combina la política de apoyo a las dictaduras con la utilización del discurso democrático para ganar a las nuevas vanguardias que van surgiendo, en particular a la juventud. En Egipto, por ejemplo, existe un cartel de Obama en el aeropuerto de El Cairo reivindicando la revolución y a la juventud. Por eso es desastroso que, en casos como Siria y Libia, la mayoría de la izquierda, influenciada por el castro-chavismo, cometa la gran traición de dejar las banderas democráticas en manos imperialistas, al apoyar las dictaduras árabes.

El centro hoy es la polarización entre la revolución y la contrarrevolución. En Siria, las masas continúan saliendo a las calles, y se organizan a pesar de los millares de muertos y de presos políticos. Ya aparecen las primeras expresiones de nuevas guerras civiles y crisis en Siria y en Yemen, al combinarse la fuerza de las revoluciones con la dureza de las respectivas dictaduras,

que ya están usando métodos de guerra civil contra sus pueblos. No obstante, la victoria democrática del pueblo libio alienta los acontecimientos en este sentido.

Todo se ordena a partir de la polarización que están planteando las masas enfrentadas a las burguesías nacionales/coloniales y a la burguesía imperialista, por lo que se da una unidad entre regímenes (incluso los que tuvieron algunos roces con el imperialismo) y con el imperialismo, para derrotar las revoluciones. Gadafi sostenía a Ben Alí, así como Asad sostenía a Gadafi.

Dos tendencias se contraponen: o la contraofensiva imperialista termina deteniendo el proceso, o la extensión de la revolución –con la derrota de las dictaduras y la aplicación de derrotas mayores al imperialismo– profundizan los procesos en curso. Las bases estructurales que citamos en el punto 2 del texto, a saber: explotación, desigualdad extrema agravada por la crisis económica mundial, desempleo e inflación resultante de ella, junto con la existencia de dictaduras de más de 30 años, corruptas y odiadas, que sustentan ese orden nefasto, y el propio contagio entre los distintos procesos revolucionarios, con la irrupción de la juventud y la utilización de medios de comunicación modernos como herramientas de movilización, apuntan a la extensión y a la profundización del proceso. Por otro lado, la contraofensiva imperialista, la represión violenta por parte de las dictaduras, las deficiencias de organización y, especialmente, la crisis de dirección revolucionaria plantean la posibilidad de derrotas, y la posibilidad de otra hipótesis: que se detenga el proceso. Cuando terminamos de escribir este artículo, la tendencia es hacia la expansión y la profundización del proceso, debido a las victorias recientes en Libia, Egipto y Túnez.

Frente a la perspectiva de guerra civil, como ocurrió en Libia, y se aproxima cada vez más en Yemen y Siria, la perspectiva hoy es de un proceso largo, con desigualdades, marcado por enfrentamientos prolongados debido a la combinación entre la crisis económica mundial, la crisis política del imperialismo, la revolución y la crisis de dirección revolucionaria. Apuntamos a un desarrollo desigual y combinado, así como a una extensión del proceso y no a una resolución rápida. Pueden darse nuevos enfrentamientos armados y nuevas guerras civiles por la política de respaldo del imperialismo a las dictaduras y por la fuerza del ascenso, tanto en los países que derrocaron gobiernos como en aquellos que luchan contra los viejos monarcas y dictadores que hasta ahora se mantienen sólo a partir de una violenta represión.

La crisis de dirección puede ocasionar derrotas y es un obstáculo absoluto para obtener victorias decisivas. Incluso las victorias de las masas, al no existir direcciones revolucionarias con influencia, abren espacio para que el imperialismo se recomponga. De hecho, es lo que trata de hacer en Libia, en Egipto y en Túnez. *Sin embargo, el proceso mismo genera mejores condiciones para avanzar en el sentido de construir y fortalecer una dirección revolucionaria. He aquí donde entra el fenómeno de la reorganización que vive el movimiento de masas en el mundo árabe. Por ejemplo, en todos los procesos revolucionarios árabes ha surgido y se ha colocado a la vanguardia una nueva generación de luchadores jóvenes, una generación combativa que no carga con el peso de las derrotas ni de las traiciones de las generaciones pasadas. El fenómeno de la juventud, con sus métodos y radicalidad, choca con las direcciones tradicionales, sean éstas nacionalistas o ex panarabistas o islamistas. Estas direcciones traidoras tienen muy poco peso dentro de este sector de la juventud, lo cual abre espacios muy importantes para disputar la conciencia de esta generación de luchadores. Una expresión de ese fenómeno es el Movimiento 6 de abril, de Egipto, que tuvo un importante rol en la caída de Mubarak. La experiencia, acelerada por la propia revolución, que la vanguardia y las masas están haciendo con sus direcciones tradicionales abre un importante espacio para las y los revolucionarios.*

No obstante, este sector tiene grandes limitaciones en el sentido de expresar confianza en la democracia burguesa e incluso ilusiones en la “nueva cara” con que el imperialismo intenta presentarse. También, estas vanguardias juveniles expresan simpatía hacia el pacifismo y no ven una alternativa más allá del capitalismo. Pero el imperialismo tiene una gran contradicción para poder presentarse como alternativa “democrática”, ya que justamente en Medio Oriente se le cae la careta al sostener las dictaduras y monarquías odiadas, y sostener, cueste lo que cueste, el Estado de Israel. Todo esto colisiona con las aspiraciones de las masas y la juventud.

En medio de las revoluciones, las masas van encontrando su camino y el tablero político se va modificando. En este sentido, está en marcha también un proceso de reorganización sindical que es muy importante para el futuro de la revolución árabe. Esto es así porque, en general, los sindicatos eran aparatos completamente controlados por los regímenes y sin espacios para organizar oposiciones y, mucho menos, para dar participación a las bases. Con las revoluciones surge un importante proceso de luchas que chocan contra las burocracias.

En Egipto y Túnez, por ejemplo, se vio una participación importante de los trabajadores en las revoluciones y en el proceso posterior. En Egipto se profundizó el proceso que venía desde 2000, sucediéndose huelgas y enfrentamientos con las viejas autoridades de las empresas. También se multiplicaron tanto las oposiciones como los nuevos sindicatos y comisiones de empresas. En algunos casos, el móvil de la lucha era derrocar a la burocracia local. Todo este proceso de reorganización es estratégico para que la clase obrera asuma su rol y se coloque en el centro de la revolución, para así avanzar en la construcción de la dirección revolucionaria. Por los vientos que soplan en esas tierras, tenemos derecho a ser optimistas.

LA HUELLA RECIENTE DEL IMPERIALISMO EN LOS PAÍSES DEL NORTE DE ÁFRICA Y LOS FACTORES DE LA REVOLUCIÓN

Florence Oppen (Estados Unidos)

A. ¿Cómo se generó una situación revolucionaria en África del Norte?

1. Desarrollar un análisis marxista de la situación revolucionaria

¿Por qué la revolución árabe estalló a principios de 2011, o por qué fue en el Norte de África donde se dio la respuesta más contundente a la crisis mundial?

En este artículo vamos a analizar el telón de fondo de las revoluciones en el Norte de África, para entender la base objetiva en la que se dieron los procesos revolucionarios. Sólo así podremos entender tanto su verdadero carácter social y político, que es antiimperialista, como su potencial verdaderamente revolucionario hacia el socialismo. No se trata aquí de desarrollar un análisis determinista, sino de entender la dinámica real que se está dando en los procesos presentes de revolución permanente, para poder intervenir correctamente en ellos con un programa que logre formular la combinación real de tareas democráticas y socialistas, y avanzar en la lucha hacia el socialismo.

El análisis público de la burguesía sobre estos procesos es erróneo y parcial, además de ser una manipulación interesada: caracteriza estas revoluciones como procesos estrictamente democráticos y contra las dictaduras, sin ahondar en las motivaciones profundas que generaron una situación revolucionaria en este preciso momento, y sin osar mencionar la agudización de las contradicciones económicas en el último período neoliberal que llevaron al estallido. Contradicciones de las que el imperialismo es responsable.

Algunos grupos de izquierda le capitulan a este análisis superficial, basándose en el hecho real de que no hay una dirección socialista consciente en estas revoluciones ni un partido revolucionario socialista con influencia de masas; limitaciones con las que concordamos, pero que son el único criterio, según estos grupos, para determinar que el carácter de estas revoluciones como únicamente democráticas. Nosotros pensamos que la dinámica de las revoluciones está primero determinada por las fuerzas sociales que la lideran (en el caso de Egipto un sector del proletariado) y también por las fuerzas sociales a las que se enfrentan, en todos los casos, aquí, a los gobiernos burgueses nacionales aliados con el imperialismo (Ben Alí, Mubarak, Gadafi y Assad), y que esas fuerzas sociales en juego plantean una serie de tareas democráticas que no se pueden resolver bajo el imperialismo, y también socialistas cuando interviene el proletariado, que tienen el potencial de devenir conscientes.

Ahora bien, el ver las revoluciones árabes como una simple respuesta a un único y reciente factor objetivo: el impacto de la crisis económica mundial en los pueblos de África del Norte, es tener un análisis mecánico y empirista, que equipara automáticamente “crisis” a “revolución”, y genera la errónea ecuación de “a más miseria, más resistencia”. Si esa fuera la dinámica real de los procesos políticos, el proletariado mundial estaría sumido en una revolución sin precedentes. Dicha actitud en cierta izquierda conduce a posturas puramente propagandistas, que se reducen a levantar la bandera del socialismo de manera general y abstracta sin tener una conexión firme con el nivel de conciencia real de las masas y, por lo tanto, sin poder intervenir con un programa concreto que haga avanzar la lucha antiimperialista.

Como marxistas, nosotros entendemos siempre los procesos históricos como una combinación de factores objetivos y subjetivos, de procesos que ocurren tanto en la realidad material, económica y social, como en la conciencia de las masas. Y no sólo vemos la lucha de clases como alimentada por ambos factores sino que entendemos que los procesos objetivos y subjetivos se interrelacionan o influyen mutuamente, de manera dialéctica y no mecánica.

Es importante recordar que a partir de enero de 2011 se generó en África del Norte una **situación revolucionaria** sin precedentes, en el marco de una etapa de la lucha de clases mundial que venía marcada por previos ascensos revolucionarios, y también por la contraofensiva del imperialismo norteamericano a partir de 2002. ¿Qué factores generan una situación revolucionaria y cómo la caracterizamos?

2. Las revoluciones árabes en el marco de la etapa de la lucha de clases mundial y la crisis política del imperialismo

Moreno, en *Revoluciones del Siglo XX*, recuerda el método de análisis de los bolcheviques en 1915, citando a Lenin:

“Para un marxista resulta indudable que la revolución es imposible si no se da una situación revolucionaria, pero no toda situación revolucionaria conduce a la revolución. ¿Cuáles son, en términos generales, los signos distintivos de una situación revolucionaria? Estamos seguros de no equivocarnos al señalar estos tres signos principales: 1) La imposibilidad para las clases dominantes de mantener su dominio en forma inmutable; tal o cual crisis en las “alturas”, una crisis de la política de la clase dominante, abre una grieta por la que irrumpen el descontento y la indignación de las clases oprimidas. Para que estalle la revolución no basta que “los de abajo no quieran” vivir como antes, sino que hace falta también que “los de arriba no puedan” vivir como hasta entonces. 2) Una agravación, superior a la habitual, de la miseria y las penalidades de las clases oprimidas. 3) Una intensificación considerable, por las razones antes indicadas, de la actividad de las masas, que en tiempos “pacíficos” se dejan expoliar tranquilamente, pero que en épocas turbulentas son empujadas, tanto por la situación de crisis en conjunto como por las “alturas” mismas, a una acción histórica independiente.

Sin estos cambios objetivos, independientes no sólo de la voluntad de tales o cuales grupos y partidos, sino también de la voluntad de estas o aquellas clases, la revolución es, por regla general, imposible.”

En nuestro caso, la combinación de los dos primeros factores son, por un lado, **el agravamiento coyuntural** de las condiciones materiales de vida, con la subida fulgurante de los precios de los alimentos en reacción a la crisis (2), combinado con una intensificación de las luchas de las masas árabes (luchas obreras en Egipto, en 2007, y derrota del imperialismo en Líbano, en 2006) (3), pero esa combinación no ocurre en un vacío histórico y político, sino en el marco de una situación específica: *“la imposibilidad para las clases dominantes de mantener su dominio en forma inmutable”* (1), es decir, la necesidad que tienen, en este caso las burguesías imperialistas, de incrementar el grado de explotación con políticas económicas más agresivas, en un contexto de *“crisis de la política de la clase dominante”*. Este último factor es el que genera una situación propicia para que actúen los dos siguientes, y es el que tenemos

que analizar más a fondo. ¿Cómo y por qué se llegó a la crisis política de los gobiernos árabes y del imperialismo norteamericano?

La crisis actual de la política de la clase dominante está ligada a la etapa de ascenso en la lucha de clases en 1999-2000, cuando se inició una nueva etapa revolucionaria a escala mundial, con dos centros políticos: en América Latina, con las revoluciones contra las democracias burguesas entreguistas al imperialismo (Venezuela, Argentina, Bolivia) y en Oriente Medio, con el inicio de la II Intifada, en Palestina. A eso se le suma la subsecuente contraofensiva del imperialismo, que se materializó, entre otras cosas, en una intensificación del proceso de recolonización de África del Norte y América Latina (iniciado a principios de los '90 [siglo xx]) y la “guerra contra el terror” llevada a cabo por los gobiernos de Bush y de Obama en la región del Norte de África y Medio Oriente.

No obstante, la contraofensiva del imperialismo no fue victoriosa, el pantano de las guerras de Irak y Afganistán, que recuerdan el *síndrome de Vietnam*, así como las derrotas de Israel, en el Líbano y Gaza, y el freno al proyecto del ALCA en América Latina sumieron a la primera potencia imperialista mundial en una crisis política de “liderazgo”, con un subsecuente desprestigio a nivel nacional y mundial:

“La crisis política del imperialismo norteamericano está directamente ligada a esta nueva realidad del conjunto de Medio Oriente y Asia Menor. A la situación en Irak (que habíamos definido como un “pantano”, se suma el giro cada vez más desfavorable de la guerra en Afganistán, la derrota del ejército israelí en El Líbano, su imposibilidad de derrotar a la Franja de Gaza y también, recientemente, el inicio de la desestabilización en Paquistán, uno de los pilares de la colaboración con la política imperialista, que permitió la invasión de Afganistán, y un desgaste cada vez mayor de la dictadura de Mubarak, en Egipto, otro de los pilares de la política imperialista en la región.

La acción de las resistencias populares armadas o a través de luchas y huelgas en toda la región agravó una situación que ya era seria para el imperialismo.”¹

Por eso vemos que las revoluciones árabes se enmarcan y explican también en este contexto de crisis política del imperialismo, que se suma a la crisis económica mundial y, por ello, continúan los procesos de lucha abiertos en 2000.

¹ Resolución sobre Medio Oriente y Asia Central, IX Congreso de la LIT-CI, 2008.

3. El papel de la recolonización en la dinámica mundial de la lucha de clases

Todas estas luchas políticas no sucedieron en un contexto económico vacío, sino más bien en un contexto de intensificación de la explotación y opresión política impuesta por el imperialismo a través de su ofensiva económica y política. Conocida como neoliberalismo o globalización, esta ofensiva se viene implementando en los últimos 30 años, a través del FMI y del Banco Mundial (BM), y tiene como uno de sus ejes centrales el proceso de recolonización económica y política de América Latina, Norte de África, África Subsahariana y otras zonas del mundo. Este proceso lo empezó a analizar la LIT-CI para el caso América Latina en 2005: *“Desde el final de los años ’90, los pulpos imperialistas no logran sostener o evitar la caída de la tasa de ganancias. Por eso, el capitalismo imperialista necesita aumentar constantemente, y a ritmo cada vez más acelerado, la tasa de explotación, y lanza su ofensiva recolonizadora y sus ataques sobre el propio proletariado de los países imperialistas. Esta caída es también el origen de los distintos mecanismos monetarios, financieros y comerciales, con que cada centro imperialista trata de trasladar los efectos de la crisis hacia los otros”*²

No obstante, como veremos luego, la recolonización del Norte de África no obedece sólo a la lógica económica de intentar desesperadamente superar las contradicciones del capitalismo y aumentar la extracción de plusvalía, sino también a la de contener el nacionalismo árabe (que tiene el potencial de unir la región del Norte de África con el Oriente Medio) para poder mantener un férreo control y un seguro acceso a la materia prima más preciada en la era del imperialismo neoliberal: el petróleo.³

///

² *Las principales tendencias de la situación mundial*, VIII Congreso de la LIT, 2005.

³ *“La importancia estratégica de Medio Oriente y Asia Central para el imperialismo estadounidense está relacionada, por un lado, con la necesidad de controlar las inmensas reservas de petróleo de la región, más de 60% del total mundial, y por el otro, al peso geopolítico adquirido por esa acumulación de riqueza. El inicio de una crisis económica mundial aumenta esta importancia. De ahí surge la imperiosa necesidad del imperialismo de colonizar toda el área. “Resolución sobre Medio Oriente y Asia Central”, IX Congreso de la LIT-CI, 2008.*

B. El proceso de recolonización en África del Norte (y el Medio Oriente)

Para llegar a la raíz de las contradicciones objetivas que prepararon el terreno para las revoluciones árabes tenemos que entender el proceso de recolonización del Norte de África. Eso implica primero definir qué es exactamente la recolonización, en qué contexto se ha ido dando y cuáles son sus rasgos, y luego entender las dinámicas concretas y características de la región de África del Norte, y su relación tanto con el Medio Oriente como con el nacionalismo árabe.

1. La ofensiva recolonizadora: una salida parcial y temporal de la crisis para el imperialismo

El contexto de la recolonización

Lo que llamamos el proceso de recolonización en África del Norte debe ser entendido en el marco de la **ofensiva imperialista neoliberal** iniciada en respuesta a la crisis económica de 1979-1982, que se intensificó en la contraofensiva al ascenso de las luchas en la década de 2000. El final de la década del '80 y la década del '90 fueron pues, además de las de **la restauración del sistema de explotación capitalista** en China, Rusia y Europa del Este y, finalmente Cuba, la del **inicio de una ofensiva del imperialismo en las regiones dependientes**, como América Latina, África del Norte o del África Subsahariana o tropical. Éstos fueron los dos ejes fundamentales de las políticas neoliberales.

Esta ofensiva fue un intento de superar el agotamiento evidente del “fuelle” del sistema capitalista generado por la crisis: *“La base de esta ofensiva, que se profundiza con el estallido de la crisis económica mundial, es su necesidad de obtener masas cada vez mayores, y con mayor rapidez, de plusvalía, para sostener su tasa de ganancia, evitar su caída o, al menos, amortiguarla”*.⁴ Ya que como afirman los economistas Duménil y Lévy, *“entre 1948 y 1982,*

⁴ Víctor Hugo Porto Carrero, David Cavalcante, César Neto, “La actualidad del imperialismo y la necesidad del socialismo”, en *América Latina: Imperialismo, recolonización y resistencia*, Petras, 2004.

la tasa de ganancia se dividió por un coeficiente que varía entre 2 y 4, según el sector y la definición de la tasa de ganancia".⁵

Las estrategias neoliberales, no han sido suficientes para sacar al capitalismo de su crisis crónica, ya que "*la tasa de ganancia de 1997 representa sólo la mitad de su valor en 1948*".⁶ Pero su implementación logró, según nuestro análisis, una recuperación parcial de la tasa de ganancia para las burguesías imperialistas y un corto período de crecimiento que se frenó de nuevo con las crisis de 2000-2001. Esto se tradujo, a nivel político, en un período reaccionario de triunfo de las ideologías y políticas proimperialistas.

Es muy sabido que la etapa neoliberal se manifestó en un asalto al estado de bienestar y los derechos de los trabajadores en los países imperialistas, y una liberalización generalizada del comercio en la llamada "era de la globalización". Pero muchos economistas, la mayoría europeos y americanos, olvidan que la recuperación económica de las grandes potencias sólo pudo ser posible porque se aumentó la tasa de extracción de plusvalía en el mundo colonial y semicolonial, es decir, en los países que, o bien acaban de ganar lo que creían una "independencia" del imperialismo, o bien estaban recién saliendo de su lucha anticolonial, como Angola o Mozambique. Para entender la nueva realidad del imperialismo en la etapa neoliberal es indispensable tener un análisis marxista de su accionar afuera y desde el imperio hacia el resto del mundo, lo que nos llevará a entender lo que llamamos recolonización.

La dinámica recolonizadora de las tres últimas décadas fue y es un producto de la crisis mundial del capitalismo, pero no fue una fatalidad. Como en el caso de la restauración, fue también el resultado de una **traición política** de las direcciones nacionalistas y de las burocracias soviéticas y maoístas, que capitularon, sin luchar, a la política del imperialismo, sumada a la derrota de las masas, que intentaron frenarla sin el grado de organización y dirección suficientes.

Veamos brevemente, por partes, su contexto económico y político, y sus mecanismos de implementación.

///

⁵ Gérard Duménil, Dominique Lévy, "The Profit Rate: How Much and Where Did it Fall? Did it Recover?", (USA 1948-1997), 2005.

⁶ Ídem.

El impacto desigual de la crisis económica de los '80

La crisis del capitalismo mundial durante los '80 fue “*básicamente una crisis de rentabilidad*”, que no fue accidental sino más bien “*el resultado de un mecanismo que viene incorporado en el propio crecimiento capitalista*.”⁷ Esa crisis afectó de manera desigual, o más bien opuesta, a los países imperialistas por un lado, y a los Estados obreros y los países dependientes, por el otro: los primeros decidieron repatriar sus capitales invertidos en el extranjero para asegurar la liquidez necesaria a la supervivencia de sus economías nacionales (y para ofrecer futuros préstamos con intereses elevados); los segundos se quedaron sin el capital necesario para su funcionamiento básico, en una situación de balanza de pagos negativa y con un gran aumento del déficit fiscal.

Los países dependientes y el bloque soviético se vieron entonces obligados a pedir préstamos al FMI y el BM, convertidos en los nuevos instrumentos del imperialismo estadounidense, lo que estableció una nueva relación de dependencia y las bases políticas y económicas para la política recolonizadora.

El fin de la guerra fría: las implicaciones para los países dependientes

La capitulación y luego el colapso de la Unión Soviética tuvieron un enorme impacto para los países del Tercer Mundo. Durante las décadas anteriores a la crisis, es decir, entre 1950 y 1970, las burguesías nacionales de los países en lucha por la independencia encontraron ocasionalmente en la URSS y China aliados parciales, e interesados, que en algunos momentos apoyaron esas luchas por la independencia. Pero ambas burocracias también las traicionaron en sus momentos claves: la URSS apoyó la fundación de Israel, enemigo mortal de los pueblos árabes, y China, a finales de los '60 y '70, a gobiernos proimperialistas que se opusieran a la URSS.

Ambas potencias, llamadas “socialistas”, nunca impulsaron una verdadera lucha por el socialismo en el marco de las revoluciones de liberación nacional, promovieron siempre gobiernos de unidad popular con sectores de la burguesía autóctona y desaconsejaron a la clase obrera que tomara el poder.

⁷ Shaikh, *La crisis económica actual: causas e implicaciones*, 1989.

Lo que sí veían con gran interés era cualquier proceso político y económico que erosionase el poder de sus enemigos, y por eso dieron un apoyo parcial, y siempre condicional, a muchos de los procesos de lucha. Eso llevó por ejemplo a la URSS a establecer lazos políticos y económicos con algunas de las burguesías nacionales que llegaron al poder, como Nasser en Egipto, o direcciones pequeño-burguesas, como la de Castro, en Cuba.

La existencia de un mundo que algunos llamaron “bipolar” le dio, entonces, durante un lapso muy corto, cierto juego y margen de maniobra a los gobiernos burgueses recién llegados al poder para poder implementar sus planes de desarrollo económico, a través de financiamientos especiales, de condiciones de intercambio favorables y de recursos tecnológicos. Pero también generó la falsa ilusión de que, en el contexto de la “coexistencia pacífica” con el imperialismo, se podía lograr por lo menos un pleno desarrollo económico de esos países como base para la independencia nacional o, incluso, un modelo de socialismo nacional.

El problema central es que ese mundo “bipolar” no fue, ni podía ser, un mundo sostenible ni pacífico, ya que la “coexistencia pacífica” del capitalismo y el socialismo es imposible. Esa falacia del stalinismo no consigue eliminar la dinámica real de la lucha de clases en la que ambas relaciones de producción se excluyen mutuamente y donde, por lo tanto, una de ellas ha de triunfar sobre la otra. El fin de la guerra fría, con la subsecuente afirmación de un imperialismo hegemónico, recortó de lleno el espacio político de las burguesías nacionales de los países semicoloniales, lo que permitió al imperialismo iniciar su ofensiva”⁸

■■■■

⁸ “La emergencia de un mundo unipolar coincidió con la adopción de modalidades cada vez más intrusivas de la ayuda extranjera por parte de los principales aportadores. Según el margen de negociación de los líderes africanos se fue debilitando, la importancia de las ayudas “basadas en condiciones políticas” distribuida por las principales instituciones aumentó. (...) Los fondos sólo se atribuyen después de un “diálogo político” y acuerdos por parte del gobierno de implementar las políticas esperadas para mejorar el rendimiento económico general y por sector”. David Plank, “Aid, Debt, and the End of Sovereignty: Mozambique and its Donors”, *The Journal of African Studies*, 31, 3, (1993).

De la crisis a la recolonización: la ofensiva imperialista a través del FMI y el BM

La crisis de 1979, que empezó siendo una “crisis del petróleo” y de subida de los precios en general, no sólo marcó el final de un ciclo de acumulación para los países imperialistas y el inicio de una nueva caída prolongada de la tasa de ganancia, sino que desencadenó en pocos años una “crisis de la deuda” en la mayoría de los países del Tercer Mundo. Con la segunda crisis, el imperialismo logró maniobrar para cobrarse las pérdidas de la primera.

Para cuando estalló la crisis del petróleo, el nivel de endeudamiento de muchos países dependientes con el BM era colosal: su deuda aumentaba y sus fuentes de ingresos se desplomaron de golpe. El BM, capitaneado por EEUU, aprovechó la situación para aumentar la explotación de los países del Tercer Mundo, primero “renegociando” la deuda, es decir, concediendo más préstamos y aumentando la dependencia financiera de esos países, con el objetivo, para EEUU, de recuperar su equilibrio presupuestario; y, luego, implementando los conocidos “planes de ajuste”, que destruyeron cualquier base para una economía nacional independiente.

Esos dos elementos, **el uso de la deuda externa y la imposición de los planes de ajuste, constituyeron la base política y económica para la ofensiva recolonizadora.** A pesar del hipócrita lamento público por parte del FMI sobre el aumento de la deuda externa de los países dependientes, ésta pasó de 1 billón de dólares en 1986 a 1.9 en 1995.⁹ El endeudamiento representa una **transferencia directa de capitales** de los países semicoloniales a los centros imperialistas (a través del pago cada vez mayor de los intereses de la deuda, que representan hoy la mayoría de la deuda externa). “Nula a principios de los años 60, la parte multilateral de la deuda llegó a los 1.200 millones de dólares en 1970 y a los 15.500 millones en 1980 (de los cuales, 7.000 millones adeudados al Banco Mundial y 4.000 millones al FMI)”.¹⁰

La deuda se transformó en un instrumento político clave para imponer **los planes de ajuste**, la contraparte del **chantaje económico**.

///

⁹ Eric Toussaint, *La bolsa o la vida. Las finanzas contra los pueblos*, 2004.

¹⁰ Millet, *África sin deuda*, 2008.

2. Desarrollo del concepto de recolonización dentro de la teoría marxista del imperialismo

Hacia una definición marxista de la recolonización

Esta ofensiva del imperialismo a los países dependientes o semicolonias es lo que llamamos el proceso de recolonización. Como la LIT señalaba en sus Tesis sobre América Latina, en 2001 este nuevo rostro del imperialismo, en su fase de decadencia avanzada neoliberal, “no tiene otro significado que el incremento de la extracción del plusvalor del conjunto de las economías semicoloniales conllevando, por lo tanto, un incremento de la dominación imperialista en todos los terrenos, económicos, políticos y militares, aproximándolas a un status ya no simplemente semicolonial sino colonial”.¹¹ Pero la dinámica también tiene un impacto político, ya que socava cualquier avance material o político obtenido por los pueblos oprimidos y explotados en el último siglo de luchas.

¿Qué entendemos, pues, por recolonización exactamente? En el octavo Congreso, en 2005, la LIT-CI dio una definición bastante completa y sintética del proceso que pretendemos aquí desarrollar y explorar en sus dimensiones regionales: “La ofensiva recolonizadora combina aspectos económicos, políticos y militares. En el terreno económico ha significado, en primer lugar, un salto en el control y dominio de la economía, que el imperialismo ejerce sobre la mayoría de los países. Este proceso se dio tanto a través del avance en la propiedad directa de los principales medios de producción y cambio, lograda a través de las privatizaciones, compras, fusiones, etc. (con una reducción cualitativa del papel del Estado y del peso de la burguesía nacional), como en el control que ejercen el FMI y otros organismos financieros internacionales a través de la deuda externa. Los países semicoloniales han perdido gran parte de los rasgos de autonomía económica relativa que conservaban de la época de los movimientos nacionalistas burgueses. En segundo lugar, hay un salto en el saqueo de las riquezas, a través de la remisión de ganancias al extranjero, del pago de la deuda externa, de la expoliación de materias primas y del intercambio comercial desigual”.¹²

■■■■
¹¹ “Revolución o Colonia”, Tesis sobre América Latina, LIT-CI, 2001.

¹² VIII Congreso de la LIT-CI, “Las principales tendencias de la situación mundial”, 2005.

Esta ofensiva se ha implementado a ritmos diferentes según la región y el país, pero podemos enumerar las manifestaciones o los rasgos más visibles de la recolonización, que son las políticas impuestas por los planes de ajuste: la desnacionalización de las empresas públicas sigue siendo su rasgo más distintivo, pero hay que añadir el desmantelamiento de los servicios públicos, la desregulación del sistema fiscal para atraer la inversión extranjera, la liberalización de los precios y del comercio, la eliminación de subsidios a los productos alimenticios y energéticos, los ataques a los derechos de los trabajadores, y el rápido aumento del desempleo que resulta de la combinación de dichas políticas. Pero si bien sus rasgos son visibles, los mecanismos que los causan son invisibles o más bien los hacen invisibles, y de ahí la necesidad de un análisis crítico que ponga a la luz las dinámicas reales de la economía imperialista.

Queremos afirmar que la recolonización no es simplemente una nueva denominación para designar la continuación de la dominación neocolonial del Tercer Mundo. Se trata más bien de **un cambio cualitativo en esta relación de dominación, al poner en riesgo la base económica de las burguesías nacionales**, debilitando su estado nacional, su soberanía e independencia política, y dando un importante paso atrás en relación con lo logrado por las burguesías nacionalistas.

La recolonización: ¿una exageración? - El caso de Mozambique

A pesar de que la ofensiva recolonizadora en diferentes regiones del mundo parece evidente, algunos ponen en duda y cuestionan el concepto de “recolonización”, considerándolo una exageración, o un término que cuesta, por sus profundas implicaciones políticas, tomarse en serio. Esto se debe a que tanto las burguesías imperialistas como las nacionales niegan, por evidentes razones, que un proceso de tal magnitud esté ocurriendo en la realidad. ¿Cómo sería posible que casi 50 años después de su independencia muchos países se encontrasen hoy en una situación de dominación y explotación igual de grave que cuando eran colonias?

Vayamos, pues, al análisis de la realidad. Si en el caso de América Latina, que adquirió su independencia formal del imperialismo a principios del siglo XIX, o el de África del Norte, que lo hizo en la década de 1950, es más difícil aceptar que las bases económicas de dichas independencias se hayan

erosionado considerablemente hasta llegar, en algunos casos, a una nueva situación colonial, en Angola y Mozambique, donde la recolonización fue la etapa de “continuación” inmediata de la independencia nacional, es mucho más obvio. Las luchas tardías por la independencia llegaron sólo una década antes de la ofensiva recolonizadora, mostrando a la luz del día la fragilidad e imposibilidad del proyecto nacionalista en el marco del capitalismo.

El caso de Mozambique es paradigmático de la violencia y la naturaleza del proceso recolonizador y de las contradicciones propias a la lucha por la independencia dentro del marco del imperialismo, en el que las direcciones guerrilleras, como FRELIMO en Mozambique, al buscar el camino del desarrollo capitalista autóctono y no romper con la burguesía, apenas gozaron de diez años de existencia semi-independiente y luego volvieron para atrás: Mozambique obtuvo su independencia de Portugal en 1975, y la misma dirección que expulsó al imperialismo portugués se vio obligada a pedir su primer préstamo al FMI en 1987, y a aplicar los planes de ajuste. El período de independencia nacional fue, entonces, de apenas 12 años. Por eso, los primeros que utilizaron el término de recolonización fueron precisamente los periodistas y académicos de izquierdas¹³ que en los '90 estudiaron la situación económica y material de Mozambique, y concluyeron que el país se encontraba en una nueva situación colonial.

Si seguimos los análisis de Plank para el caso de Mozambique, vemos que 15 años después de que el país lograra su independencia, éste no consiguió desarrollar las bases de una economía nacional autosuficiente: la burguesía nacional no consiguió capacidad para invertir en el desarrollo del aparato productivo, y tuvo que limitar sus actividades al comercio doméstico y a la importación, en un contexto donde las burguesías vecinas, con capacidad económica e historia de inversión en el país (como Portugal, África del Sur o Zimbabwe), tienen como único objetivo desarrollar la agricultura comercial para la exportación.

Mozambique se encontraba en 1990 en la misma situación económica que a principios de los '70, cuando aún estaba bajo dominación colonial: *“Antes de su independencia la economía estaba basada en gran parte en el intercambio de bienes hacia y con África del Sur y Zimbabwe, y en las remesas de los trabajadores emigrados en esos y otros estados vecinos. [En el presente,*

■■■■
¹³ Como: Joseph Hanlon, David Plank, John S. Saul.

1990], los principales donantes intentaron rehabilitar las instalaciones portuarias y las líneas férreas para restaurar la capacidad comercial regional de Mozambique a su previo nivel¹⁴. Situación que hoy ha empeorado.

La recolonización política: hacia una pérdida de la soberanía nacional

Pero el concepto de recolonización no sólo se basa en un análisis de la nueva estructura económica de los países semicoloniales, como resultado de las políticas de “ajuste” del imperialismo. Si afirmamos que se pasa de un status neocolonial o semicolonial a una nueva relación colonial, o recolonización, es porque la erosión de las economías nacionales socava cualquier margen restante para una independencia política real. Plank devela, muy acertadamente, que la nueva dominación política pasa por un desmantelamiento consciente de la autonomía del Estado pero oculta tras la retórica de la necesaria “capacitación” (“*capacity-building*”) del Estado y de sus funcionarios.

Dicha “capacitación”, en boca del FMI y el BM, obviamente sólo “capacita” para “descapacitar” al Estado independiente, privatizando los servicios y empresas públicas y controlando a sus funcionarios. Implica “*la formación de economistas, planificadores y administradores públicos que compartan las asunciones [de los organismos de ayuda como el FMI] y hablen la misma lengua que los empleados de las agencias de ayuda para facilitar la aceptación e implementación de sus prescripciones políticas. Esa “capacitación” representó un componente importante del primer préstamo que el Banco Mundial concedió a Mozambique en 1987, y se ha convertido desde entonces en una de sus prioridades políticas en África.*”

Como concluye Plank, “*el objetivo, en definitiva, es construir un nuevo tipo de Estado –técnicamente competente, económicamente racional, y políticamente desapasionado– sobre las ruinas de la guerra en los escombros del país más pobre del planeta. Dichas aspiraciones se basan más en la fe de las asunciones de la teoría económica neo-clásica que en el conocimiento de la historia y política africana*”¹⁵.

¹⁴ David Plank, “Aid, Debt, and the End of Sovereignty: Mozambique and its Donors”, *The Journal of African Studies*, 31, 3, (1993).

¹⁵ Ídem.

Por supuesto, nosotros no concordamos con que la política del capitalismo neoliberal, por mucho que se disfrace con las argucias de las ciencias sociales burguesas, se pueda calificar simplemente de “racional”: no es ni más ni menos racional que la política socialista; no es una cuestión de racionalidad, como pretenden los académicos, sino de los intereses de clase al servicio de los cuales uno pone sus capacidades racionales.

La LIT desarrolló un análisis similar estudiando el proceso en América Latina, pero sobre bases marxistas más sólidas: *“En el terreno político, estamos viviendo un proceso inverso al de la segunda posguerra, cuando el imperialismo, para mantener su dominio económico, tuvo que desmontar la estructura colonial, aceptar el surgimiento de nuevos estados “independientes” y, en algunos, casos, incluso ayudó a crear nuevas burguesías “nacionales”, como en algunos países de África o Asia. Actualmente, la ofensiva recolonizadora representa una pérdida creciente de la soberanía ya limitada que tenían los países semicoloniales. No se trata de más de lo mismo sino de un cambio cualitativo que, aun cuando no llegue al nivel de las viejas colonias, avanza en esa dirección”*.¹⁶

En el caso de América Latina la pérdida de la soberanía política del Estado, además o por encima del nuevo expolio económico de los recursos naturales y las empresas públicas, se dio en el ámbito jurídico y monetario. A nivel jurídico, las privatizaciones de empresas públicas y los “acuerdos” de liberalización comercial (como el ALCA y el NAFTA) *“incluyen cláusulas de “cesión de soberanía jurídica”, es decir que los litigios que involucren a las empresas privatizadas, incluso con el propio estado nacional, se resuelven en los tribunales de Nueva York”*. Y a nivel monetario también hay pérdida de soberanía: *“la mayoría de los países dominados por el imperialismo yanqui han dolarizado sus economías, de hecho o de derecho, y en muchos de ellos se ha votado la “autonomía” de los bancos centrales para aplicar las políticas monetarias ordenadas por el imperialismo”*.¹⁷

Por eso, la LIT caracteriza que bajo el proceso de recolonización hay una tendencia a que los regímenes de democracia burguesa, ya que no existe

¹⁶ Víctor Hugo Porto Carrero, David Cavalcante, Cesar Neto, “La actualidad del imperialismo y la necesidad del socialismo”, en *América Latina: Imperialismo, recolonización y resistencia*, Petras, 2004.

¹⁷ Ídem.

verdaderamente una burguesía nacional con autonomía política, se transformen, según avanza la recolonización, en una democracia colonial (como es el caso de Haití): “*Surge así un nuevo tipo de régimen, un tipo de “democracia colonial”, ya que aún conservan la forma de democracias burguesas, pero son, de contenido, verdaderas “administraciones virreinales”*”.¹⁸

La recolonización vino de la mano de las direcciones nacionalistas

El caso de Mozambique es también paradigmático de cómo y quién se encarga de abrir la puerta a la recolonización. John S. Saul, investigador marxista, emérito de la Universidad Canadiense de York, basándose en estudios empíricos sobre economía y política mozambiqueña afirma que: “*lo que hemos visto es una recolonización virtual de África del sur*”, precisando que: “*lo que es especialmente desconcertante sobre la presente recolonización de la región, es que ha sido llevada a cabo por los mismos movimientos que llevaron esos países a la independencia*”.¹⁹

Saul analiza cómo en el caso de Mozambique la recolonización ha sido llevada a cabo por la dirección guerrillera FRELIMO, con una falsa ilusión de desarrollo a través de “mega proyectos” que sólo beneficiaron a las grandes multinacionales: “*En la práctica, Mozambique parece haber establecido una estrategia de desarrollo basada en dos pilares. El primer pilar es abrir la economía a la inversión extranjera para atraer mega-proyectos en los sectores de energía y extracción. Esos mega-proyectos están condicionados por la demanda de los países industrializados, e incluyen el rol activo de capital invertido por países como África del Sur, Brasil y China. (...) Esos mega-proyectos (...) están muy lejos de alimentar una estrategia para un desarrollo económico nacional, que insista en la creación de puestos de trabajo y desarrolle planes de industrialización, al contrario establece royalties e impuestos para beneficiar a las comunidades vecinas, socavando una gran parte de planes sociales y programas de redistribución de los beneficios*”.²⁰

¹⁸ Victor Hugo Porto Carrero, David Cavalcante, César Neto, “La actualidad del imperialismo y la necesidad del socialismo”, en *América Latina: Imperialismo, recolonización y resistencia*, Petras, 2004.

¹⁹ John S. Saul, “Southern Africa: the liberation struggle continues”, *At Issue Ezine*, vol. 12, Mayo-Octubre, 2010.

²⁰ John S. Saul, “Mozambique’s recolonisation”, *At Issue Ezine*, vol. 12, Mayo-Octubre, 2010.

El otro pilar de la recolonización es el impacto y el rol del endeudamiento y la dependencia crónica de la ayuda exterior: *“el otro pilar de la economía nacional, muy documentado por Hanlon, se define por el hecho de que Mozambique se haya convertido en “el niño lindo de los donantes”: un país que, como recompensa visible de su entusiasmado cumplimiento con las prescripciones del FMI y el BM (...) recibe significativas sumas a través de la ayuda exterior para poder financiar sus planes sociales”*.²¹

Esta traición de las burguesías en la posguerra, nacionalistas en su supuesta política, e incluso a veces con tintes “socialistas”, pero neocoloniales en la práctica, ha verificado una vez más una de las tesis centrales de la Teoría de la Revolución Permanente: **el hecho de que la burguesía como clase (imperialista y colonial) a perdido todo carácter revolucionario y progresivo**, y que sólo es un freno para el avance de la humanidad, que ni siquiera puede realizar con éxito las tareas democráticas (como la de expulsar al imperialismo y la reforma agraria) y que, por lo tanto, ninguna alianza política con ella es aceptable.

La recolonización: la aserción de una nueva dominación colonial

Cuando hablamos de recolonización no queremos decir que los países en vías de recolonización hayan dado literalmente un salto atrás en la historia, y se encuentren en una situación colonial idéntica a la del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX. Aun habiendo recolonización, las economías y estructuras sociales de muchos de estos países han cambiado radicalmente desde que se independizaron, principalmente por el desarrollo del capitalismo en esos países, y estamos hoy en una nueva configuración de la división internacional del trabajo. Pero lo que sí hay que subrayar es la emergencia, desde los '90, de **una nueva relación colonial, a nivel económico, político y militar**. Para clarificar el concepto de recolonización debemos señalar algunas diferencias esenciales entre el período colonial y el proceso actual de recolonización.

Como señala David Plank, esta nueva relación colonial se da de modo encubierto, ya que opera principalmente a través de los organismos finan-

²¹ John S. Saul, “Mozambique’s recolonisation”, *At Issue Ezine*, vol. 12 Mayo-Octubre, 2010.

cieros internacionales del imperialismo (OMC, FMI, BM): “*la relación que emerge ahora entre el país y sus donantes es más intrusiva que la administración directa por un poder colonial, pero sus efectos son más expansivos*”.²² Tal relación emana una impresión de autonomía, ya que es el Estado, nominalmente soberano, quien “libremente” y “voluntariamente” contrata el préstamo con el FMI.

La segunda implicación de esta dominación “puramente económica y financiera” es que está construida sobre bases más sólidas y duraderas, ya que reposa sobre bases ideológicas nuevas, que además hoy son hegemónicas: las del “racionalismo económico” de la economía neoliberal burguesa, que le da una cobertura “científica” y “objetiva”, y las de la “modernización” del mundo y el “avance del progreso” liderado por las naciones civilizadas de Europa y Estados Unidos.

Por eso, es acertado afirmar que “*el status subordinado del país no se basa en ideologías desacreditadas, como las de la superioridad racial, el destino imperial, o la misión de cristianización, sino en los preceptos de la ortodoxia económica moderna. La dominación no se ejerce en este caso a través de los agentes del poder colonial, sino a través de los economistas técnicamente sofisticados y políticamente desinteresados del FMI, del BM y de las agencias de ayuda bilateral, que basan sus prescripciones económicas en el análisis económico y no en intereses nacionales*”.²³

Esta pretensión de basarse en un “puro análisis” económico para implementar la política es precisamente la operación retórica y ideológica que manejan las potencias imperialistas, que tienen a su disposición ejércitos de expertos, académicos y analistas, con sus universidades y centros especializados que los avalan, para diseñar con precisión la nueva ciencia “objetiva” de la sobreexplotación y recolonización y también la de la organización burocrática de las masas.

Finalmente, la nueva relación colonial es una relación que no viene marcada por la relativa reciprocidad de obligaciones que caracterizaba el colonialismo clásico: la ausencia de una relación política formal entre las potencias imperialistas y las nuevas colonias, y el hecho que la dominación

²² David Plank, “Aid, Debt, and the End of Sovereignty: Mozambique and its Donors”, *The Journal of African Studies*, 31, 3, (1993).

²³ Ídem.

esté siempre mediada por organismos financieros supuestamente “internacionales” y “neutros”, establece una relación política desigual. Ya que, si por un lado las nuevas colonias deben incondicionalmente aplicar a rajatabla la política dictada por el imperialismo; por el otro, los países imperialistas, no tienen que reciprocarse o continuar con ningún tipo de ayuda o política si el país colonizado no cumple “las condiciones” establecidas en los préstamos e imposiciones.

El proceso de recolonización dentro de la teoría marxista del imperialismo

La recolonización no es una repetición del proceso de colonización inicial, es decir, un proceso de invasión militar y de subyugación política y económica por la fuerza para apropiarse físicamente de una parte del mundo, ya que ocurre en una época totalmente diferente de la historia, en el que el imperialismo cuenta con otros medios, y sus necesidades, aunque siempre las mismas, se manifiestan de modo diferente.

Pero sí logra erosionar e incluso borrar muchas de las conquistas económicas e incluso políticas de las luchas de liberación nacional, dejando a los países que fueron antiguas colonias en una nueva situación de dependencia colonial.

Para entender la verdadera naturaleza y las implicaciones de la recolonización en la época del neoliberalismo o globalización, conviene situar esta etapa en el marco de la historia del capitalismo y el imperialismo y su relación con los procesos coloniales.

Las dos primeras olas de colonizaciones (siglos XVI y XIX), correspondieron a diferentes épocas de expansión del sistema capitalista. La primera fue la expansión que permitió el proceso de acumulación primitiva a través del expolio del continente americano y el desarrollo del capitalismo comercial. La segunda fue la expansión que correspondió a la emergencia del imperialismo y la dominación del capital financiero, impulsada por el desarrollo de la Revolución Industrial y las necesidades de los países industrializados de apoderarse de nuevos recursos.

Esta segunda ola, que se conoce como “el reparto del mundo”, se transformó, a principios del siglo XX, en una “lucha por las colonias” o “lucha por

el territorio económico” entre las diferencias potencias,²⁴ que culminó en la Primera Guerra Mundial.

Como explicaba Lenin a principios del siglo XX, el desarrollo de los grandes monopolios en los sectores industriales requería la expansión colonial para apoderarse de las materias primas habidas y por haber: *“Dichos monopolios adquieren la máxima solidez cuando reúnen en sus manos todas las fuentes de materias primas, y ya hemos visto con qué furor los grupos internacionales de capitalistas dirigen sus esfuerzos a arrebatar al adversario toda posibilidad de competencia, a acaparar, por ejemplo, las tierras que contienen mineral de hierro, los yacimientos de petróleo, etc. La posesión de colonias es lo único que garantiza de una manera completa el éxito del monopolio contra todas las contingencias de la lucha con el adversario, sin excluir la de que el adversario desee defenderse por medio de una ley sobre el monopolio de Estado. Cuanto más adelantado se halla el desarrollo del capitalismo, cuanto con mayor agudeza se siente la insuficiencia de materias primas, cuanto más dura es la competencia y la caza de las fuentes de materias primas en todo el mundo, tanto más encarnizada es la lucha por la adquisición de colonias”*²⁵

²⁴ V.I. Lenin, *El imperialismo, fase superior del capitalismo* (1916): “Vivimos, por consiguiente, en una época singular de la política colonial del mundo que se halla íntimamente relacionada con la “novísima fase de desarrollo del capitalismo”, con el capital financiero. (...) Para Inglaterra, el período de intensificación enorme de las conquistas coloniales corresponde a los años 1860-1880, y es muy considerable durante los últimos veinte años del siglo XIX. Para Francia y Alemania, corresponde precisamente a estos veinte años. Hemos visto más arriba que el período del desarrollo máximo del capitalismo anterior al monopolio, el capitalismo en el que predomina la libre competencia, va de 1860 a 1880. Ahora vemos que es precisamente después de este período cuando empieza el enorme ‘auge’ de las conquistas coloniales, se exagera hasta el grado máximo la lucha por el reparto territorial del mundo. Es indudable, por consiguiente, el hecho de que el paso del capitalismo a la fase de capitalismo monopolio, al capital financiero, se halla relacionado con la exacerbación de la lucha por el reparto del mundo”.

²⁵ V.I. Lenin, *El imperialismo, fase superior del capitalismo* (1916). Cabe subrayar que la necesidad de las colonias no es únicamente la necesidad de apoderarse de todas las materias primas existentes, sino de todo territorio geográfico que contenga o pueda contener materias y recursos, o favorecer un método más avanzado de extracción y valorización: “Para el capital financiero tienen importancia no sólo las fuentes de materias primas descubiertas ya, sino también las probables, pues la técnica se desarrolla con una rapidez increíble en nuestros días y las tierras hoy inservibles pueden ser convertidas mañana en tierras útiles, si se descubren nuevos procedimientos (a cuyo efecto un banco importante puede organizar una expedición especial de ingenieros, agrónomos, etc.), si se invierten grandes capitales. Lo mismo se puede decir con respecto a la exploración de riquezas minerales, a los nuevos métodos de elaboración y utilización de tales o cuales materias primas, etc., etc. De aquí la tendencia inevitable del capital financiero de ampliar el territorio económico y aun el territorio en general. Del mismo modo que los trusts capitalizan sus bienes en el doble o en el triple de su valor, calculando los beneficios “posibles” en el futuro (y no los beneficios presentes) y teniendo en cuenta los resultados ulteriores del monopolio, el capital financiero manifiesta en general la tendencia a apoderarse de las mayores extensiones posibles de territorio, sea el que sea, se halle donde se halle, por cualquier medio, teniendo en cuenta las fuentes posibles de materias primas y ante el temor de quedarse atrás en la lucha rabiosa por las últimas porciones del mundo todavía no repartidas o por un nuevo reparto de las ya repartidas”.

La ola de colonizaciones que correspondió con el desarrollo del imperialismo tenía como objetivo la apropiación no sólo del territorio físico y sus recursos sino, a nivel más general, del “territorio económico”, como nuevo espacio de inversión y producción, extracción de plusvalía con una tasa ventajosa, y creación potencial de un mercado de consumo e, incluso, del “territorio en general” como última reserva material de todas las riquezas por haber en el planeta. Así pues, el colonialismo de finales del siglo XIX y de la primera mitad del siglo XX puede considerarse como una **primera etapa de sobreexplotación y expansión del imperialismo**, o lo que Mandel llama la etapa del “imperialismo clásico”.

El imperialismo clásico y el neocolonialismo

Lo que define esta primera época del imperialismo colonial clásico es una doble sobreexplotación de las colonias: **primero como extracción directa de plusvalía y recursos** de los territorios bajo dominación, **segundo como explotación indirecta** a través de la imposición de un **sistema de intercambio desigual**.

Mandel identifica cuatro fuentes o modalidades de la extracción directa de plusvalía producida por el incremento de la tasa de ganancia en las colonias:

- 1) una composición orgánica del capital ventajosa,²⁶
- 2) una tasa de extracción de plusvalía superior,²⁷
- 3) un coste decreciente de la fuerza de trabajo,²⁸

²⁶ “La tasa de la composición orgánica del capital en las plantaciones coloniales que producen materias primas, productos agrícolas y bienes de lujo, era, como la de las minas coloniales, substancialmente inferior a las de la industria ligera y pesada de los centros metropolitanos”, Ernest Mandel, *El capitalismo tardío*, 1972.

²⁷ “La tasa media de extracción de plusvalía en las colonias también excedía la de los centros metropolitanos, sobre todo porque la producción de plusvalía absoluta en los territorios coloniales podía extenderse más allá de los límites fijados en las metrópolis” dado el descenso del valor de la fuerza de trabajo en las colonias. Ernest Mandel, *El capitalismo tardío*, 1972.

²⁸ “La presencia de un enorme ejército de reserva industrial permitió que el precio de la fuerza de trabajo descendiera incluso por debajo de su valor real en las colonias. Y mientras los salarios en los países de la metrópolis habían crecido en los periodos de prosperidad económica desde la segunda mitad del siglo XIX, y aun en periodos de crisis nunca descendieron por debajo de su nivel en la previa crisis o el previo boom, los salarios en las colonias cayeron de manera sistemática en cada fase de la crisis sin recobrar el nivel de pre-crisis al siguiente boom”. Ernest Mandel, *El capitalismo tardío*, 1972.

4) Una transferencia de los costes sociales de producción a las administraciones coloniales.²⁹ Este período de sobreexplotación directa de las colonias no se tradujo por un crecimiento y acumulación de capital a ritmos desiguales en la metrópolis y sus posesiones coloniales, sino por **la absorción del capital producido por la metrópolis, impidiendo el desarrollo de una verdadera burguesía nacional.**

Por otro lado, la imposición de un sistema de intercambio desigual, que por supuesto precede su institucionalización política con la creación del GATT y la OMC, se hizo a través de la conquista de los mercados mundiales por los grandes monopolios, que tendían a imponer un intercambio de *“una cantidad de trabajo indígena cada vez mayor (o los productos de dicho trabajo) por una cantidad constante de trabajo en la metrópolis (o los correspondientes productos de ese trabajo)”*.³⁰

No obstante, lo que define el período del imperialismo clásico, antes de las revoluciones anticoloniales, es **que los beneficios extraídos a través de la producción y explotación directas eran no sólo superiores a los del intercambio desigual, sino que eran la principal forma de explotación del Tercer Mundo.**

En la etapa neocolonial no se elimina la relación de dependencia económica y política pero sí se atenúa y cambia su modalidad. Principalmente porque las luchas victoriosas de liberación nacional para echar al imperialismo, si bien en pocos casos lograron llegar a la burguesía, **sí limitaron el acceso directo de los centros imperialistas a la explotación del trabajo y de los recursos del país.** Mandel señala entonces **que si la sobreexplotación directa retrocede, se mantiene la explotación indirecta, y ésa es la principal característica de la nueva dominación neocolonial:** *“el intercambio desigual se convierte en la primera forma de explotación colonial, dejando en un segundo lugar la producción directa de super beneficios para las colonias”*.

²⁹ *“El sistema colonial logró transferir una porción de los costes indirectos de producción del conjunto del funcionamiento social del modo de producción capitalista, que en las metropolis debía ser financiado por la masa de plusvalía producida y la respectiva ganancia media producida por el capital que era inferior, al surplus productivo precapitalista en las colonias (a los ingresos de las clases sociales nativas, como los grandes terratenientes, campesinos, artesanos y comerciantes). Los impuestos locales, por ejemplo, cubrían los costes de la administración colonial y incluso algunos gastos de obras de infraestructura. Esto permitió un aumento, a menudo considerable, de la tasa de ganancia neta del capital invertido en sectores productivos”*. Ernest Mandel, *El capitalismo tardío*, 1972.

³⁰ Ernest Mandel, *El capitalismo tardío*, 1972.

Samir Amin y otros economistas marxistas han estudiado esta nueva forma de explotación colonial basada en el intercambio desigual y en el nuevo flujo de capitales de inversión y de repatriación de beneficios. Pero lo que nos interesa a nosotros es la tendencia, en el sistema neocolonial, de avanzar hacia la recolonización económica dadas las contradicciones del capitalismo. El único freno a la recolonización progresiva lo pusieron temporalmente las burguesías nacionalistas, empujadas por las masas, hasta que no les quedó más remedio que capitular al imperialismo.

Por eso Mandel señala que en etapa después de la independencia, *“en los países subdesarrollados, el énfasis de la inversión extranjera pasó de la pura producción de materias primas a la manufactura de bienes de consumo”*, con *“movimientos antiimperialistas locales que empujaron a las colonias y semicolonias a introducir medidas que dificultaran la transferencia de beneficios y dividendos a los centros metropolitanos”*.

Esta nueva situación fue inicialmente favorable, y no hostil, para el desarrollo de una burguesía autóctona que creyó poder tener un lugar propio en el capitalismo mundial y que, por lo tanto, frenó desde el inicio cualquier lucha hacia el socialismo: *“las burguesías coloniales han intentado, no sin éxito, aumentar la proporción de plusvalía producida por esos trabajadores y campesinos pobres, que sí incrementó para ellas y no para las empresas y estados coloniales. La transición llevada a cabo por el imperialismo de una dominación directa a una dominación indirecta, con la generalización de la independencia política, ha permitido a las clases dominantes autóctonas el financiar una parte indirecta de los costes de producción de la plusvalía (...), una parte de estos costes han sido transferidos al capital imperialista”*.

Este desarrollo temporal de una burguesía nacional dominada tiene un carácter contradictorio: por un lado representa una disminución de la explotación colonial directa³¹ en favor de una explotación nacional, y por lo tanto un retroceso del imperialismo en esos países, pero, por el otro, es la base para el desarrollo de una clase obrera industrial en esos países, cada vez más explotada, y para a la institucionalización de una nueva dependencia económica del imperialismo, para obtener máquinas, bienes de equipamiento, vehículos y nuevas tecnologías, que impide el desarrollo nacional.

■■■■

³¹ *“Por esas razones, los super beneficios coloniales producidos en los países subdesarrollados, aunque permanecen substanciales en términos absolutos como en el caso específico del imperialismo británico, han disminuido drásticamente desde el final de la Segunda Guerra Mundial en relación a los beneficios totales de las principales empresas imperialistas”*. Ernest Mandel, *El capitalismo tardío*, 1972.

Del neocolonialismo a la recolonización

La recolonización es, pues, el resultado del desarrollo de las contradicciones del sistema neocolonial, y más particular de la división del trabajo internacional que éste estableció en la posguerra, combinado con la ofensiva política del imperialismo. Intentaremos, en este estudio preliminar resumir brevemente las principales características económicas de la etapa recolonizadora del imperialismo:

- La compra de empresas públicas muy por debajo de su valor real, lo que significa **una apropiación directa de una parte de capitales fijos** por parte del imperialismo, y un aumento de la tasa de ganancia.
- La **extracción directa de capital** a través de la deuda externa.
- La utilización de la ayuda exterior y de los planes de “reconstrucción” **para financiar indirectamente a las empresas imperialistas.**
- La **intensificación del comercio desigual** a través de las políticas ultraliberalizadoras impuestas por el GATT, y luego la OMC.
- La **apropiación directa de los recursos energéticos y naturales** a través de la privatización de dichos recursos y la venta a empresas extranjeras.

Podemos dar algunos ejemplos y cuantificaciones de este proceso de extracción de beneficios (o directamente de capitales) a nivel internacional, que ha sido estudiado recientemente por el investigador Eric Toussaint:

- **La instrumentalización de la ayuda exterior:** Jacques de Groote, el mismo director ejecutivo de Bélgica en el FMI y el BM afirmaba que el “*flow back*” de los préstamos del BM para las empresas de los países imperialistas aumentó de 7, en 1980, a 10.5, en 1986. El “*flow back*” es la “*relación entre lo que obtienen las empresas por ventas de equipo o servicios de consulting y lo que Bélgica, en este caso, aporta como contribución a los recursos del IDA y al capital del Banco Mundial*”. Es decir que por cada dólar que el imperialismo invirtió en préstamos a través del BM o de la Asociación Internacional del Desarrollo en 1980, las empresas imperialistas retiraban de vuelta en 10.5 dólares.³²
- **Las transferencias directas de capital a través del pago de la deuda externa:** “En 1980, según el Banco Mundial, los países del Tercer Mundo to-

³² Eric Toussaint, *La bolsa o la vida. Las finanzas contra los pueblos*, 2004.

talizaban una deuda externa de aproximadamente 530 mil millones de dólares. Veinte años más tarde, a fines del año 2000, ésta alcanzaba alrededor de 2,05 billones de dólares: cuatro veces más. (...) Entre 1980 y 2000 el Tercer Mundo reembolsó a sus acreedores algo más de 3,45 billones dólares (si se quiere calcular los reembolsos efectuados por el conjunto de la Periferia, hay que añadir más de 640 mil millones de dólares devueltos por los países del ex-bloque del Este. Total para la Periferia: alrededor de 4,1 billones dólares. World Bank, GDF, 2001). Así pues, el Tercer Mundo ha devuelto más de seis veces lo que debía para encontrarse cuatro veces más endeudado. Entre 1980 y 2000, las poblaciones de los países en desarrollo han enviado a los acreedores del Norte (cobrando las élites capitalistas locales, de paso, su comisión) el equivalente de varias decenas de 43 Planes Marshall”³³

- **La intensificación del intercambio desigual:** “Según el Secretariado de las Naciones Unidas, la relación entre los precios (los términos de intercambio) de una canasta de productos exportados por el Sur y que importa el Norte pasó de un índice 100 en 1980 a un 48 en 1992. Supongamos entonces que en 1980 se cambiaban 100 unidades del Sur por 100 unidades del Norte; estas mismas 100 unidades del Sur no permitían en 1992 comprar más que 48 unidades del Norte. O sea, un país del Sur debe exportar dos veces más unidades que antes para obtener a cambio el viejo volumen de unidades provenientes de los países más industrializados”³⁴

En este marco, pues, el inicio de la recolonización de partes de América Latina, África del Norte y otras regiones del mundo representa una nueva etapa en la descomposición y la decadencia del imperialismo mundial, que no tiene otras salidas para recuperar su tasa de ganancia sino volver a formas primitivas de explotación y expolio. La recolonización como salida a la crisis económica de los '80 muestra que el sistema capitalista no tiene cómo renovar su aparato productivo o generar una nueva revolución en los medios de producción, ya que las fuerzas productivas (tecnológicas, científicas, humanas y naturales) están trabadas en un sistema monopólico de producción que sólo busca un alto rendimiento y creciente beneficio.

■■■■
³³ Eric Toussaint, *La bolsa o la vida. Las finanzas contra los pueblos*, 2004.

³⁴ Ídem.

La recolonización no es, pues, únicamente una “nueva” etapa del imperialismo, sino que el intento anacrónico, fallido e inútil de volver a la colonización, representa más la amenaza de un retroceso histórico de la humanidad que la de una simple repetición.³⁵

3. El contexto político y económico regional de África del Norte

La recolonización y la reconfiguración de la región MENA (Medio Oriente y África del Norte) por el imperialismo

El inicio de la recolonización estratégica de esta región corresponde con el momento de una nueva definición y configuración política de la región árabe por el imperialismo norteamericano: lo que se conoce como la región MENA (*Middle East and North Africa*), que no agrupa por supuesto todos los países de la región sino los que progresivamente han establecido relaciones con el BM y el FMI. Esta misma denominación la creó el Banco Mundial junto con otras instituciones del imperialismo a principios de los '90, cuando ya estaba avanzado el proceso de recolonización.

La región MENA se ha ido extendiendo según se extiende el brazo del imperialismo. En su definición más estricta agrupa a los países del Norte de África, desde Marruecos hasta Egipto, y se extiende hacia el Este englutiendo el Medio Oriente hasta incluir Irán. Agrupa alrededor de 380 millones de personas, lo que representa más o menos 6% de la población mundial, e incluye 8 de los 12 países que conforman la OPEC. Se trata pues de una región estratégica del imperialismo, para la cual éste tiene diseñado un plan económico, político y militar.

Mientras los procesos de recolonización en América Latina y África Subsahariana³⁶ han sido estudiados por numerosos investigadores, la política

³⁵ Aparte de las resoluciones y artículos publicados por la LIT-CI, se pueden consultar los trabajos de John Saxe Fernandez y Gian-Carlo Delgado Ramos sobre México, y de James Petras sobre América Latina, en especial *América Latina: Imperialismo, recolonización y resistencia*, 2004.

³⁶ *Mozambique: Who Calls the Shots?*, Joseph Hanlon, 1991; “Aid, Debt, and the End of Sovereignty: Mozambique and its Donors”, *The Journal of Modern African Studies*, 31,3, (1993); *Aid and Power: The World Bank and the Policy-Based Lending*, Paul Mosley, Jane Harrigan y John Toye, 1995; *Development After Globalization: Theory and Practice of the Embattled South in a New Imperial Age*, John S. Saul, 2006; *Decolonization and Empire: Contesting the Rhetoric and Reality of the Resubordination in Southern Africa and Beyond*, John S. Saul, 2008; *Liberation Lite: the Roots of Recolonization in Southern Africa*, John S. Saul, 2011.

económica del imperialismo y sus consecuencias en la región del Norte de África y el Medio Oriente ha sido en buena parte “olvidada” por los investigadores o, más bien, cuidadosamente silenciada. Sólo un puñado de libros recientes ha comenzado tal monumental tarea.

*De la “década de oro” a la “década perdida”:
la capitulación de las direcciones árabes
y el fracaso del nacionalismo burgués*

Como en el caso de otras regiones, la recolonización fue el resultado no sólo del impacto de la crisis sino de una capitulación política de las direcciones nacionales burguesas. Esta capitulación, así como el fracaso del nacionalismo burgués árabe, se preparó en la década de los ’70, que paradójicamente fue una década de crecimiento económico del conjunto de la región árabe, y salió a la luz del día la década siguiente.

Si muchos concuerdan con considerar que los años ’70 fueron la “década de oro” para el crecimiento económico de la región del Norte de África y Oriente Medio, posicionándola en el segundo lugar en ritmo de crecimiento³⁷ después de Asia del Este para esa década, muchos se olvidan de añadir que la década siguiente fue una “década perdida” o, como decimos nosotros, el inicio de la recolonización, con uno de los niveles de crecimiento más bajos del mundo: *“De hecho, mientras América Latina creció 1.2% por año entre 1980-1990, el mundo árabe se estancó, logrando casi un crecimiento cero para el mismo período. Y aunque la región acumuló menos deuda externa que América Latina durante la década de los ’80, el mundo árabe, con una base industrial mucho más débil y menos diversificada, emergió como la segunda región mundial más endeudada del mundo en desarrollo, después de Latinoamérica”*.³⁸

La región del Norte de África y Medio Oriente entró en crisis a finales de los ’70. Pero esa crisis no fue no sólo una crisis económica que impactó de manera desigual a la región sino, además, una crisis política del panarabismo, que culminó con la capitulación de los regímenes nacionalistas o “socialistas”, encabezados por Nasser y luego Sadat, a la política del imperialismo, y la

³⁷ Con un crecimiento medio del 6% por año.

³⁸ *Aid and Power in the Arab World*, Jane Harrigan y Hamed El-Said, 2009.

consolidación del Estado de Israel con la firma de los Acuerdos de Camp David, en 1978.

Primero la crisis económica dividió la frágil unidad de la región, ya que los países con reservas petroleras (las petro-monarquías, como Arabia Saudita y los Emiratos Árabes) salieron ganando por el alto precio del crudo, mientras que los países sin grandes reservas, como Jordania, Túnez y Egipto quedaron fatalmente debilitados por el encarecimiento general de los productos. La década de los '70 enriqueció de manera colosal a 8 de los 10 países exportadores de petróleo de la OPEC árabe³⁹: *“Entre 1970 y 1977, el PIB de Arabia Saudí, medido en términos económicos, aumentó más del 1000 por ciento. El de los Emiratos Árabes aumentó 800 por ciento, y el de Kuwait y Libia 400 por ciento”*.⁴⁰ No obstante, dicho enriquecimiento no se tradujo ni en la modernización del aparato productivo de estos países ni en la consolidación de una verdadera independencia nacional, sino que resultó en una increíble acumulación de capital financiero que fue acumulada en bancos europeos, y con una inversión ocasional en grandes obras de infraestructura faraónicas, de poca rentabilidad.

El resultado de este tipo de crecimiento desigual fue doblemente nefasto para el proyecto nacionalista árabe. Por un lado, los nuevos flujos de dinero (de los países con petróleo a los países empobrecidos y sin petróleo) y de personas (las migraciones hacia las nuevas petro-monarquías, en busca de trabajo) aumentaron lo que los economistas burgueses llaman la “integración económica de la región”; es decir, la dependencia económica, siempre jerarquizada, entre las naciones árabes.

Por otro lado, el boom económico de la primera serie de países sólo contribuyó a aumentar la dependencia económica de la región con los centros imperialistas, camuflada de nuevo bajo el discurso de la “integración en el mercado internacional” ya que los países árabes ricos aumentaron el intercambio de petróleo por comida, armas y bienes manufacturados, en lugar de aumentar su propia producción agrícola e industrial. La dependencia aumentó de tal manera que *“a final de la década de los '70, el 93% de las importaciones de los países árabes venían de fuera de la región. Eso incluía el*

³⁹ Esos son: Arabia Saudita, Kuwait, Irak, Argelia, Libia, Qatar, Bahrein y los Emiratos Árabes.

⁴⁰ Roger Owen, “The Arab Economies in the 1970s”, *Middle East Research and Information Project Reports*, N.º 100/101, Octubre-Diciembre, 1981.

50% de los requerimientos alimentarios. Incluso países como Argelia o Iraq sólo podían producir el 60% de los bienes de consumo e inversión que necesitaban, teniendo que comprar el resto de fuera. La importancia de los países árabes como mercados para los bienes de consumo europeos, estadounidenses y japoneses aumentó de manera colosal. Arabia Saudí se convirtió en 1979 en el séptimo mercado para los EEUU”⁴¹

Ahora bien, este tipo de “integración” económica, en el marco desigual del capitalismo y dictada por la busca de beneficios y la explotación de su vecino, y no una integración en una federación de repúblicas árabes con un programa de desarrollo socialista que busque reducir las desigualdades, fue la base para la **desintegración política de la nación árabe**, y puso freno al proyecto de emancipación nacionalista abierto por las revoluciones anticoloniales.

El imperialismo aprovechó esas debilidades y contradicciones económicas en la región para imponer allí los dos ejes principales de la recolonización: su **política de apoyo a Israel** y la de **apertura económica o “infatih”**, es decir, de **liberalización** hacia estos países sin petróleo.

Las direcciones nacionalistas en el poder fueron las que fallaron en el proyecto de unir al pueblo árabe y optaron por desarrollar de manera frágil y desigual las economías nacionales, aprovechando las rivalidades existentes entre las diferentes potencias imperialistas y con la URSS, en lugar de expropiar al imperialismo. En el contexto de crisis económica aguda en los '80, y de olas de hambruna, las élites burguesas nacionales de estos países creyeron que saldrían de la crisis y podrían enriquecerse de nuevo con los fondos prestados por el imperialismo, aunque ello fuese a costa de empobrecer y reforzar la dependencia de su propio país y del pueblo. Pero con tal política sólo lograron abrirle la puerta al proceso de recolonización dictado por el FMI y el BM.

A mediados de la década del '80 se inicia la recolonización en la región

La ofensiva recolonizadora de toda la región tuvo su punta de lanza en los países económicamente más débiles y políticamente menos hostiles de la región, principalmente Marruecos, Túnez, Egipto y Jordania.

■■■■
⁴¹ Roger Owen, “The Arab Economies in the 1970s”, *Middle East Research and Information Project Reports*, N.º 100/101, Octubre-Diciembre, 1981.

Esos cuatro países fueron promocionados como los “éxitos” del FMI por haber “seguido religiosamente los comandamientos de los planes del ajuste estructural”.⁴²

La primera ola de la recolonización de la región empezó y se extendió durante la década de los '80: “La crisis económica de los '80 dio a las instituciones internacionales financieras la oportunidad de cambiar el rumbo hacia una economía de libre mercado sin restricciones. Sudán en 1979-1980, Marruecos en 1983, Túnez en 1987, Egipto en 1987, Jordania en 1989, todos se volvieron hacia el FMI y el BM en busca de asistencia técnica y financiera. Argelia, Yemen y el Líbano les siguieron en la década de los '90”.⁴³

La ofensiva recolonizadora fue la misma que en otras regiones: el endeudamiento para salir de la crisis llevó a una dependencia de los préstamos del BM y FMI, a cambio de los cuales las instituciones financieras exigieron la aplicación de los planes de ajuste y de estabilidad: recortes masivos del gasto público, tipos de interés más altos, liberalización del comercio, eliminación de las tasa de aduanas, privatizaciones de las empresas públicas, etc.

Fue entonces, en las décadas del '70 y el '80, cuando la deuda externa de África del Norte explotó, sobre todo en Marruecos y Túnez que por un lado se endeudaron con Francia y EEUU, y con Argelia y Egipto que se endeudaron con EEUU principalmente. La deuda de la región “en 1970 representaba 4 000 millones de dólares, llegó a los 44 000 en 1980, a 86 000 millones en 1990 y estaba en 75 000 millones en el 2003” y “en 2004, África del Norte pagó 10 000 millones de deuda y las multinacionales repatriaron 15 000 millones más”.⁴⁴

⁴² “Para los autores de los estudios del FMI los cuatro países lograron progresar en la aplicación de las reformas institucionales. Se les reconoce el haber iniciado mercados activos para el capital, siendo Jordania el primer y más avanzado en la capitalización. Egipto es alabado por haber privatizado más de un tercio de su sector público entre 1996 y 1997, lo que ‘le ayudó a aumentar su crecimiento y su ahorro doméstico’. Jordania es alabada por aprobar leyes para inversión ejemplares, que tratan igualmente a todos los inversores sin tomar en cuenta su nacionalidad. Túnez y Marruecos recibieron dieces por reestructurar su sistema fiscal, y Túnez fue especialmente felicitada por su liberalización pionera no sólo de la repatriación de capital sino también de la liquidación de capital para los inversores extranjeros”. Karen Pfeifer, “How Tunisia, Morocco, Jordan and even Egypt became IMF ‘Success Stories’ in the 1990s”, *Middle East Report*, N.º 210, Spring 1999.

⁴³ *Aid and Power in the Arab World*, Jane Harrigan y Hamed El-Said, 2009.

⁴⁴ *L’Afrique fracassée*, Observatoire international de la dette, 2005.

Para entrada la década de los '90, la mayoría de los países de la región ya habían contraído préstamos con el FMI: *“Cada régimen adoptó alguna forma de reforma política y económica, y de “infithah” (apertura) en algún grado u otro, con regímenes como Jordania, Marruecos y Túnez generalmente percibidos como los reformadores “más avanzados” y “exitosos” de la región, los “buenos alumnos del FMI” que “siguieron religiosamente sus preceptos”.*⁴⁵

El propio BM calcula que las reformas lograron aumentar la parte del sector privado en la economía nacional hasta 70 o 90% para muchos de los países de la región. Es decir que se logró en muchos casos una desnacionalización de la mayoría del aparato productivo, que pasó a manos del imperialismo.

El BM⁴⁶ delinea de manera muy clara la estructura de la inversión extranjera en la región, en el marco de esta ola privatizadora: evitando los sectores productivos de la economía, dada su baja rentabilidad, se centra en el sector energético (50% de la inversión en Argelia), en el del turismo y la construcción (destino de 70% de la inversión extranjera en Jordania, y casi 60% de la de Marruecos) y en el de telecomunicaciones. Los únicos países con una inversión más diversificada son Túnez y Egipto.

Aunque tradicionalmente Europa y EEUU han sido los principales inversores, hoy un tercio de los capitales invertidos en la región provienen de los países del Golfo (36%), otro tercio de EEUU (31%), 25% provienen de Europa y 4% de Asia.⁴⁷

Como explicábamos más arriba, la ofensiva económica fue también una ofensiva política, y en este ámbito existe una especificidad regional: en el mundo árabe el imperialismo no avanzaba hacia nuevos regímenes de democracia colonial (como en América Latina) sino que se ha apoyado directamente en férreas dictaduras, no dudando en derrocar a los gobiernos frágiles que se opongan a sus políticas, operando muchas veces a través de golpes de Estado, o de “apoyo” explícito para la “renovación” del régimen. Los antiguos estados dominados por burguesías nacionales con políticas “socialistas” o con relaciones con la URSS, cambiaron de régimen y de orientación económica para poder llevar a cabo la ofensiva: fue el caso de Argelia en 1981, Egipto en 1981 y Túnez en 1987. Pero en todos los casos, los nuevos regímenes contaban con el apoyo incondicional de la burguesía.

■■■■
⁴⁵ *Aid and Power in the Arab World*, Jane Harrigan y Hamed El-Said, 2009.

⁴⁶ *Mena Development Report : From Privilege to Competition*, World Bank, 2009.

⁴⁷ Ídem.

La instrumentalización política de la ayuda exterior por el imperialismo estadounidense

La región MENA es desde 1960 la segunda región del mundo que más recibe ayuda exterior de EEUU, y eso no es pura casualidad, sino parte de la instrumentalización política que hace el imperialismo de dichos fondos, llamados de ayuda, y que sirven, en última instancia, para comprar y corromper a las burguesías nacionales y establecer una dependencia crónica. Así pues, “entre 1960 y 2001, la región MENA recibió cerca de 329 000 millones de dólares (en precios del 2000)⁴⁸”; la mayoría del dinero proviene directa o indirectamente de EEUU y fue a parar a las manos de los aliados regionales (en orden decreciente: Israel, Jordania, Líbano, Egipto, Túnez y Marruecos).

El mismo uso político tuvieron los préstamos del FMI, camuflados bajo un intento de remediar la pobreza y el subdesarrollo de esos países. Pero un análisis del momento político en el cual cada préstamo fue, o no fue, concedido a cada país, deja muy claro que además de buscar aumentar la tasa de sobreexplotación y extracción de plusvalía, EEUU buscaba implantarse políticamente en la región con la política de apoyo y fortalecimiento de Israel: “durante la crisis del Golfo de 1990-1991, por ejemplo, Egipto y Marruecos fueron recompensados con más de 15 000 y 5 000 millones de dólares, respectivamente, a través de cancelación de su deuda externa por haber apoyado la coalición liderada por los EEUU contra Irak. Incluso antes de la Guerra del Golfo de 1991, Egipto ha sido, desde el Acuerdo de Camp David de 1978, el principal beneficiario de la ayuda exterior y los préstamos estadounidenses. Jordania, después de traicionar a Irak con la firma del Acuerdo Wadi Araba con Israel en 1994 no sólo se aseguró un trato especial por parte del FMI y el BM, sino que también fue espléndidamente recompensado con la condonación de 1000 millones de dólares de deuda, sobre todo con el gobierno de EEUU y con más de 250 millones de ayuda económica y militar anual de parte de Washington.”⁴⁹

A estos casos tan contundentes de cooperación política abierta de las direcciones burguesas con el imperialismo a costa del pueblo árabe, se suman otros casos de trato preferencial por parte de la Unión Europea (UE) y los instrumentos financieros del imperialismo internacional (FMI y BM) con Marruecos y Túnez, comparado con el recibido por sus vecinos, mucho menos amistosos con el imperialismo, como Argelia.

⁴⁸ *Aid and Power in the Arab World*, Jane Harrigan y Hamed El-Said, 2009

⁴⁹ Ídem.

El intento de implantar una zona de libre mercado bajo dominio del imperialismo europeo

El avance de la recolonización de la región se manifestó con el proyecto de “integración comercial”, inspirada en el que se implementó en el continente americano con el TLCAN y el ALCA, iniciado en 1995 en Barcelona con el llamado acuerdo Euro-Med, que reunió a 27 ministros de Relaciones Exteriores (15 de la UE y 10 de países “mediterráneos” o del Magreb extendido) con el fin de establecer hacia 2010 una zona de libre intercambio en la región “Euro-Mediterránea”. De esos 10 países, 8 empezaron a firmar los acuerdos de liberalización comercial (Túnez, Israel, Marruecos, Palestina, Jordania, Egipto, Argelia y Líbano⁵⁰) con la UE a mediados de los ’90, luego entre 1998 y 1999 se firmaron acuerdos bilaterales entre Egipto y Túnez, Egipto y Marruecos, y entre Túnez y Marruecos. En 2000, Libia, que inicialmente se opuso al proyecto, acabó sumándose a las negociaciones, y Turquía en 2005.

El Acuerdo de Agadir, en 2004, fue el primer paso concreto hacia la creación de la EU-MEFTA (*Euro-Mediterranean Free Trade Agreement*), estableciendo primero una zona de libre intercambio entre los países árabes del Norte de África, a través del AMFTA (*Arab Mediterranean Free Trade Agreement*), que era una integración horizontal entre Marruecos, Túnez, Egipto y Jordania, para en 2004 abrir esa región, “integrada horizontalmente”, a la inversión extranjera, en particular en los sectores de la industria textil, la de transportes y la del cuero.

Este proceso de integración económica y comercial de la región a la UE está liderado por Francia. En 2008, el llamado “Proceso de Barcelona”, por iniciativa del presidente francés, Nicolas Sarkozy, se rebautizó la “Unión para el Mediterráneo”. Esta “Unión para el Mediterráneo” se presenta como una falsa iniciativa hacia la “integración” de las naciones árabes a través de las llamadas relaciones “sur-sur”, pero la realidad es que dicha integración está ocurriendo, como durante el período colonial, bajo el tutelaje de las potencias europeas, y busca abrir los mercados a los capitales del imperialismo.

Europa es el principal aliado comercial de la región mediterránea: las exportaciones hacia Europa se duplicaron entre 1995 y 2004 llegando a representar 45% del volumen total de exportaciones de la región, mientras sus

■■■■
⁵⁰ Todos, excepto Mauritania y Siria.

importaciones de Europa representan hoy 45%.⁵¹ Por lo tanto, el imperialismo tiene un gran peso en la economía de las naciones árabes. Pero la relación no es recíproca, ya que las transacciones con la región del mediterráneo árabe sólo representan para Europa 5% de su volumen total de importaciones y exportaciones. Según las propias declaraciones de Khaled Melad, ministro de Industria y Comercio en Egipto, en 2008, se trata de un comercio desigual, ya que *“las exportaciones más importantes de Europa hacia los países mediterráneos son maquinaria y electrodomésticos (15%), maquinaria eléctrica (11%) y vehículos (8%), mientras que las importaciones europeas de los países mediterráneos está dominada por los combustibles y el petróleo (40%) y en una menor medida por los textiles (10%)⁵²”*, que son materias primas o productos de poco valor añadido.

Podemos entonces decir que la implementación de las políticas de liberalización comercial están siendo efectivas para el imperialismo europeo, ya que lograron aumentar el volumen total de intercambio desigual, imponiendo una baja de los aranceles (de 6% en Argelia y Túnez, y de 8% en Egipto).

La ofensiva de liberalización financiera

Por último, cabe señalar la ofensiva en el terreno financiero. El último estudio del BM sobre la región apunta claramente hacia la necesidad de “mejorar” el sistema financiero y la “productividad” de éste. El estudio considera que los bancos de la región MENA tienen 20% de “préstamos no productivos” (PNP), Argelia encabeza con 35% de PNP y Arabia Saudita, con el mejor resultado, sólo 3%. El estudio establece una correlación directa entre el alto número de PNP y la prominencia de sistemas bancarios públicos estatales en la mayoría de los países y, por lo tanto, plantea un plan masivo de privatización: *“Desde el 2004, Egipto avanzó con la reforma financiera. Privatizó el cuarto banco del país –el Banco de Alejandría– en el 2006, y se espera que haga lo mismo con el tercer banco –el Banco de El Cairo– en cuanto se acabe la inestabilidad de los mercados. (...) En Argelia se ha avanzado con mucha más lentitud, con varias reformas pospuestas varias veces y sin llegar a privatizar un solo banco hasta la fecha del 2008. Siria permite a los bancos*

⁵¹ *The Euro-Mediterranean Trade Relations*, Melad, Khaled, Febrero, 2008.

⁵² Ídem.

extranjeros penetrar el mercado local (y los bancos privados han crecido rápidamente desde que fueron autorizados en el 2004). En Libia, los dos principales bancos públicos fueron privatizados en el 2007 y el 2008, y dos de los tres bancos públicos comerciales que quedan se fusionaron en el 2008”⁵³

Túnez: la ofensiva neocolonial llegó de la mano de Ben Alí

1. Las contradicciones del régimen burgués de Bourguiba (1956-1987)

Túnez logró su independencia en 1956, liderada por el Neo-Destour⁵⁴ de Bourguiba y Beyounef. Los primeros años fueron marcados por una lucha ideológica entre ambos dirigentes⁵⁵, hasta que Bourguiba se impuso por la fuerza⁵⁶. Los cinco primeros años de Túnez independiente fueron años de una política económica liberal y del fin de la monarquía en 1957, pero a falta de una burguesía que pudiese “desarrollar” el país según el patrón capitalista, el líder nacionalista operó en 1961 un giro aparentemente radical, y después de nombrar a Ben Salah (antiguo presidente de la UGTT) como ministro de Asuntos Sociales, decidió adoptar una economía planificada (1962-1971), desarrollando una variante nacionalista del socialismo, pero sin llegar a expropiar al imperialismo ni abolir las relaciones de producción capitalistas. En 1963 cambió el nombre del partido de Parti Neo-Destour a Parti Socialiste Destourien (PSD).

El régimen de Bourguiba, que duró 31 años, representó todas las contradicciones de las direcciones nacionales burguesas, contradicciones que se expresaron en las diferentes fases de su gobierno.

⁵³ *Mena Development Report: From Priviledge to Competition*, World Bank, 2009

⁵⁴ En 1920 se creó el Partido Liberal Constitucional, llamado *Destour*, que representaba las aspiraciones para la liberación nacional de la burguesía tunecina. En 1934, el partido se escindió, y el ala que quería dirigir la lucha por la independencia, encabezada por Bourguiba y Salah Beyounef crearon el *Neo-Destour*.

⁵⁵ Bourguiba abogaba por un nacionalismo considerado como más “occidentalista” y laico, mientras que Beyounef (o Ben Youssef) tenía el proyecto de la unidad árabe e islámica del Magreb contra el invasor colonial, e insistía en la importancia de apoyar el resto de los movimientos de liberación nacional, en particular en Argelia.

⁵⁶ En 1955, Beyounef regresó a Túnez de su exilio político y planteó abiertamente sus diferencias con Bourguiba. Éste lo expulsó del *Neo-Destour* e inició su persecución política. Beyounef fue condenado a muerte dos veces, pero logró escapar de la condena porque se fugó de la cárcel en 1956 y se exilió.

En su fase llamada socialista, al mismo tiempo que nacionalizaba sectores de la economía expandía el sector público, dando especial importancia al desarrollo de un sistema de educación público, gratuito y laico, y realizando la separación de la Iglesia del Estado; Bourguiba prohibió en 1962 el Partido Comunista Tunecino y estableció un régimen de partido y sindicato únicos, para luego asegurarse un férreo control del PSD y del sindicato UGTT (llegó a imponer el reemplazo de su máximo dirigente en 1965), y estableciendo un régimen totalmente personalista y antidemocrático.

El período llamado “socialista” fue el de una década de creación de cooperativas agrícolas (queriendo implantar mecánicamente el modelo soviético) y de desarrollo de empresas públicas en colaboración con el sector privado. En 1969, *“el sector público controlaba la totalidad del sector de venta al por mayor y al por menor, el sector bancario, el de transportes, el de energía y el de minería, el 70% de la industria y del sector artesanal y el 90% de la agricultura”*⁵⁷ aunque siguiese en todo momento apoyando la inversión privada.

El resultado económico de ese intento contradictorio y parcial de desarrollar las bases de una economía nacional a través de un modelo de capitalismo de Estado, similar al que implantó Francia, por ejemplo, después de la Segunda Guerra Mundial, fue un fracaso. El fracaso se ha debido a que ocurrió de manera aislada en un país subdesarrollado y dependiente del imperialismo, y que nunca se planteó la expropiación directa de la burguesía para lograr establecer una economía enfocada en satisfacer las necesidades del pueblo tunecino. El resultado fue un aumento de la deuda pública y la oposición creciente de la clase terrateniente (nacional y colonial), que no estaba dispuesta a consentir siquiera una expropiación parcial de sus tierras.

Bourguiba puso, pues, un abrupto punto y final al decenio “socialista”, acusando del fracaso económico a su ministro Ben Salah, a quien mandó condenar a diez años de trabajos forzados por supuesto “abuso de poder”. Dio entonces un giro hacia la derecha, implantando un modelo de “economía mixta” (1971-1986) más parecido al del resto de los países subdesarrollados. Aunque mantuvo un importante sector público y algunos servicios sociales, reorganizó la economía abandonando los proyectos de industria pesada y orientándose hacia una producción para la exportación⁵⁸, privilegiando el sector agrícola y la producción petrolera⁵⁹ y minera.

⁵⁷ *Aid and Power in the Arab World*, Jane Harrigan y Hamed El-Said, 2009.

>>>

A pesar de que Túnez logró aumentar sus ingresos durante la crisis del petróleo, ese aumento por la venta del crudo a un precio más elevado no logró balancear al aumento fulminante y mucho más importante del resto de los bienes de consumo de los que dependía, y que debía comprar en el mercado exterior.

El encarecimiento de los productos no sólo hizo aumentar de manera insoportable la deuda externa⁶⁰ sino que causó fuertes luchas obreras, como la huelga general de enero de 1978, conocida como el “*Jeudi Noir*”⁶¹, que fue reprimida con un baño de sangre, o la “revuelta del pan” en 1984, que obligaron al gobierno de Bourguiba a subir el salario mínimo (aunque de manera insuficiente) y establecer un control de los precios. Fue precisamente la negativa de Bourguiba, de capitular a las presiones de liberalización y endeudamiento del FMI, las que generaron el golpe de Estado de Ben Alí, en 1987.

2. La llegada al poder de Ben Alí: la aplicación de los planes de ajuste y el inicio de la desnacionalización

El régimen dictatorial de Ben Alí inició, desde su llegada al poder en 1987, la aplicación directa de los planes de ajuste del FMI, e inició el proceso de desnacionalización o privatización de las 219 empresas públicas (91% de ellas están activas en el sector industrial y terciario) a través de la Ley 89-9, de febrero de 1989. Se empezó así el proceso de recolonización en el país.

Las privatizaciones ocurrieron primero con las empresas deficitarias y de manera lenta (48 empresas privatizadas en la primera etapa, 1987-1994), y luego el proceso se fue acelerando: entre 1995 y 1997 se privatizaron 45 empresas (a un ritmo de 15 por año), y en la tercera fase (1998-2000) otras 46,

■■■■
⁵⁸ En particular a través de la Ley de 1972, que dio ventajas fiscales especiales a las empresas dedicadas a la producción para la exportación.

⁵⁹ La producción de petróleo aumentó, y el porcentaje del petróleo en las exportaciones subió de 25.8% en 1972 a 54% en 1981. Ghali y Mohnen, “The Tunisian Path to Development: 1961- 2001”, *A Case Study from Reducing Poverty and Sustaining Growth- What Works, What Doesn't and Why*, 2004.

⁶⁰ La deuda externa de Túnez pasó de representar el 38% del PIB en 1981 a representar el 63% en 1986. Ídem.

⁶¹ Jueves Negro.

llegando así a la fase actual (2000-2009), en la que se pusieron a la venta las empresas más productivas y rentables.⁶²

Hoy los principales sectores de la economía que antes eran controlados por el Estado tunecino están en manos de empresas extranjeras: manufactura, telecomunicaciones, sector bancario, distribución de petróleo, etc. Podemos mencionar algunos ejemplos de las privatizaciones más recientes, como la de la *Banque du Sud* en 2005, ahora llamada *Attijari Bank*, por el grupo marroquí *Attijariwafa* y el grupo *Santander español*. En 2006, capital extranjero de los Emiratos Árabes Unidos compró 35% de la empresa de telecomunicaciones estatales *Tunisie Telecom*. En julio de 2008, la aseguradora francesa *Groupama* compró 35% de la *Société Tunisienne d'Assurances et Réassurances* y, en el mismo año, el banco francés *Société Générale* compró 60% del *Tunisia Kuwaiti Bank*.⁶³

El rasgo característico de la recolonización en Túnez es que durante ese proceso de privatización se consolidó una casta oligárquica muy reducida: la familia y los próximos del ex presidente Zine al-Abidine Ben Alí. Éstos se apoderaron de numerosos recursos, empresas y territorios, conformando así un régimen oligárquico fuera de lo común y desarrollando una burguesía familiar.

3. La etapa de la liberalización: la desregulación comercial, la apertura del país al capital extranjero y la creación de Zonas Económicas Especiales

Pero para llevar a cabo la desnacionalización se requieren reformas estructurales en los países semicoloniales que los transforma, cada vez más, en nuevas colonias, permitiendo el expolio de los recursos nacionales y disminuyendo la autoridad política y económica del Estado dependiente.

Una de esas reformas estructurales es la apertura del país al capital extranjero, que se apropia progresivamente de todos los recursos y riquezas (de las empresas que están a la venta... y de los que no la están).

⁶² *Impact Macroéconomique de la Privatisation sur l'Emploi en Tunisie*, Fakhri Issaoui, Diciembre, 2009.

⁶³ "Tunisia Special Report", *The Economist*, Junio, 2010.

Hoy en día, en Túnez, los inversores extranjeros pueden poseer 100% del capital de las empresas sin que se requiera autorización del gobierno. Esto es producto del “Código de estímulo a la inversión” (Ley N.º 93-120), establecido en diciembre de 1993, que además eliminó totalmente los impuestos sobre beneficios durante los diez primeros años de implementación a las empresas que producen para la importación y a la producción agrícola, y durante cinco años a las empresas que se instalan en las zonas especiales de desarrollo regional. También se eliminaron las obligaciones de cotización patronal durante los primeros cinco años a las empresas que se instalen en esa zona.

El capital extranjero presente hoy en Túnez es primero de los Emiratos Árabes Unidos, luego del Reino Unido (sector energético) y, finalmente, capital francés. Pero aunque no sea el primer país en inversión, Francia, con 1.250 empresas en territorio tunecino, es el país extranjero que más empresas posee (alrededor de 40% de las empresas abiertas al capital extranjero). La mayoría están en el sector textil, turismo, financieras (*BNP Paribas, Société Générale*), aseguradoras (*Crédit Mutuel, Axa*) y distribución de comida (*Carrefour*, que inauguró su primer centro comercial en 2001, *Champion*), pero la omnipresencia francesa también se encarna en *Air France, Air Liquide*, en el sector de gas, *Total* en el petróleo, *Danone* en el agro-alimentario, etc. La inversión de Francia en Túnez llegó a ser en 2008 de 280 millones de euros, en los sectores de la industria textil, mecánica, eléctrica, electrónica y aeronáutica.

Además, Túnez tiene hoy dos Zonas de libre intercambio llamadas “*Parcs d'Activités Economiques*”, una en el norte, en Bizerte, y la otra en el sur del país, en Zarzis. Fueron creadas en 1992 (Ley 92-81). Aunque el suelo siga siendo propiedad del Estado, las empresas que se instalan allí no tienen que pagar ningún impuesto.

Contrariamente a Egipto o Libia, Túnez es miembro fundador del GATT en 1995, y desde su inicio aplicó a rajatabla la política de liberalización del comercio exterior. Fue también, en 1995, el primer país árabe firmante del Acuerdo de Libre Comercio Euro-Med. El resultado es que hoy, 97% de los productos que Túnez importa no requieren autorización previa ni están sometidos a ningún tipo de impuesto.⁶⁴

■■■■
⁶⁴ Tunisia Special Report, *The Economist*, Junio, 2010.

Desde 1976 los productos tunecinos (mayoritariamente bienes agrícolas y productos de poco valor añadido) tenían libre acceso al mercado europeo, aunque eso no ayudó a la industrialización del país sino que benefició a los países europeos. Pero con el acuerdo de libre comercio con la UE, cuya implementación empezó en 1996, ahora son los productos europeos los que entran “libremente” al mercado tunecino, lo que ha contribuido a destruir la industria del país: “*en el ámbito de la industria tunecina, que representa alrededor de 10 000 empresas, estudios oficiales calculan que un 15% de ellas sobrevivirá al desmantelamiento progresivo de los controles aduaneros, que el 70% estará en peligro de desaparecer, y que el resto irá a la bancarrota*”.⁶⁵ Las empresas que tienen más posibilidades de resistir son las que están orientadas a la exportación, que sólo representan 14% del sector industrial, y de las cuales sólo 49% están controladas por capital nacional.⁶⁶

La mayoría de ese sector manufacturero para la exportación consiste hoy en la industrial textil, que emplea 50% de la mano de obra industrial (250.000 personas). Pero, como en el caso de Egipto, la competencia con la industria textil china ha hecho que en los últimos años se hayan eliminado muchos puestos de trabajo y recortado los salarios.

4. Consecuencias inmediatas de la recolonización: el aumento de la dependencia, de la emigración y del desempleo

Según un estudio publicado por Fathi Chamkhi, hecho para la organización *Raid/Attac CADTM Tunisie* en junio de 2010, el endeudamiento total de Túnez en 2008 sumaba 21,8 billones de euros, es decir, 130% del PIB (65% era deuda interna y 35% deuda externa). Entre 1990 y 2008, el coste de la deuda se multiplicó por 3,7, y por 17 si se cuenta desde 1980.

El aumento del desempleo, sobre todo de los jóvenes diplomados, es resultado directo de las políticas del FMI. Las consecuencias no son sólo el incremento del número de trabajadores desocupados y la pauperización de

⁶⁵ Cassarino, “The EU-Tunisian Association Agreement and Tunisia’s Structural Reform Program”, *Middle East Journal*, Vol. 53, N. 1, Winter 1999.

⁶⁶ Ídem.

la población sino también un aumento de la emigración hacia Europa, en busca de trabajo: en 1980 partían del país 16.000 por año, en 2005 eran 80.000.⁶⁷ Las remesas totales de los trabajadores emigrados en 2010 fue de 1.9 billones de dólares, un incremento de 57% en relación con 2003. Lo que significa que el país depende cada vez más de esos ingresos.

Otro de los resultados nefastos de las políticas neoliberales para el pueblo tunecino ha sido la desregulación del precio de los alimentos impuesta por el FMI en 1984 y que generó una ola de revueltas sociales cuando subió un 100% el precio del pan. En respuesta, el presidente Bourguiba declaró el estado de emergencia, sacó al ejército a reprimir al pueblo y, después de que 50 manifestantes fueran asesinados y las protestas continuaran, el presidente tuvo que echar marcha atrás y revisar la subida.⁶⁸ Bourguiba se negó a aplicar el Consenso de Washington por miedo a las protestas.

Tres meses más tarde, el gobierno de Bourguiba sería derrocado por un golpe de Estado liderado por Ben Alí, que tachó al gobierno precedente de incompetente y se dedicó a revertir la política nacionalista de su predecesor hacia el curso neoliberal que dictaba el FMI. Sólo unos meses después de la llegada de Ben Alí al poder, Túnez firmó numerosos acuerdos con el FMI, que incluían todas las medidas neoliberales que conocemos.

Pero la nueva crisis económica, combinada con la especulación, está haciendo subir de manera desmesurada, otra vez, el precio de los alimentos. Y esta fue la gota que colmó el vaso. Entre 2003 y 2006, el precio del arroz, del trigo y del maíz se triplicó, y en el segundo semestre de 2010, el precio de los alimentos básicos subió 32% (con un índice de inflación general de 4.4%). El encarecimiento de la comida combinado con el aumento del desempleo (al inicio del estallido de la crisis, el índice de paro oficial oscilaba entre 13 y 20%, pero llegó a ser de 35% en algunas ciudades) fueron los detonantes de las primeras protestas masivas.

⁶⁷ *Pambazuka News*, Enero, 1, 2011.

⁶⁸ "Tunisia: Bourguiba lets them eat bread", *Time*, Enero, 1984

LA “CUESTIÓN PALESTINA” PUNTO CENTRAL DE LA REVOLUCIÓN ÁRABE

Alejandro Iturbe (Brasil)

El pedido que el presidente de la ANP (Autoridad Nacional Palestina), Mahmud Abbas, presentó ante la ONU para el reconocimiento de un Estado palestino (con las fronteras previas a la guerra de 1967) y el derecho a ocupar un asiento permanente en la Asamblea General de este organismo, volvió a poner la “cuestión palestina” en el centro del debate político internacional.

Poco meses antes, el 15 de mayo pasado, el día de la Nakba (“catástrofe”, en árabe) miles de palestinos exiliados en países limítrofes con Israel (Líbano, Siria, Jordania) marcharon, junto con simpatizantes de esos países, hacia las fronteras, para cruzarlas y reivindicar el derecho a retornar a las tierras de las que fueron expulsados en 1948. Las movilizaciones fueron reprimidas, primero, por los ejércitos y policías de los países árabes, y quienes lograron cruzar las líneas fronterizas también sufrieron la represión del ejército israelí.

Estas movilizaciones tuvieron gran repercusión internacional y expresaron que la actual oleada de la revolución árabe, iniciada en Túnez en enero pasado, se está extendiendo con toda su fuerza al pueblo palestino y pone en crisis a todas las viejas organizaciones políticas.

Se trata de un hecho muy importante: la reivindicación del pueblo palestino de recuperar su territorio histórico (hoy dividido entre aquel que pertenece directamente al Estado de Israel y el que controla indirectamente, a través de la Autoridad Nacional Palestina-ANP) es la causa común más unificadora de la lucha de todos los pueblos árabes. Una causa que está asociada intrínsecamente a la necesidad de destruir el enclave militar imperialista de Israel.

Esto es así por dos razones: Israel fue y es la principal arma de ataque y agresión militar del imperialismo contra la lucha de esos pueblos; en segundo lugar, la tragedia palestina que acompañó su creación continúa siendo una herida sangrante en el corazón de los pueblos árabes.

Por eso, la reivindicación de recuperar Palestina y destruir Israel se ubica en el centro del programa que la revolución árabe, como proceso de conjunto, debe llevar adelante. Esta nueva oleada de ascenso revolucionario del pueblo palestino la profundiza y la realimenta.

Por otro lado, eso se produce en un momento en que el Estado sionista y la sociedad en que se basa muestran evidentes síntomas de crisis y debilitamiento. No es casual que un periodista sionista, al analizar los hechos del 15 de mayo, expresara que “*reavivaban los temores más secretos*” de las autoridades y servicios secretos israelíes: una movilización revolucionaria de masas derribando las fronteras de Israel. Lo que hasta hace unos años atrás parecía una tarea imposible e irrealizable, hoy, con el marco de la revolución árabe, se plantea como real y posible, incluso en los “temores secretos” de los sionistas.

Las leyendas del sionismo

Para comprender la actual “cuestión palestina” es necesario ver cómo fue creado el Estado de Israel, en 1948, y qué significó su creación para el pueblo palestino.

El sionismo, la corriente político-ideológica fundada en Europa en 1897, que llevó adelante la creación del Israel moderno, justificó su accionar con una falsificación histórica principal: en Israel, se juntaron “un pueblo sin tierra” (el judío) y “una tierra sin pueblo” (Palestina). Con esta gran mentira se justificaron los crueles crímenes cometidos por el sionismo para “borrar” al pueblo palestino de la historia.

En los inicios del siglo xx, Palestina era una provincia dominada por el Imperio Turco. En 1917, en su territorio vivían 644.000 palestinos árabes y 56.000 judíos¹. Ese mismo año, se firmó la Declaración Balfour entre las autoridades británicas y la organización sionista europea, para alentar y finan-

¹ Todos los datos de población de este artículo han sido extraídos del libro de Ralph Schoenman, *Historia oculta del sionismo*.

ciar la inmigración de judíos a Palestina. Con ese acuerdo, además, se selló la alianza estratégica entre el sionismo y las potencias imperialistas occidentales. Una alianza que quedó evidenciada en las palabras del líder sionista, Chaim Weizmann, luego primer presidente de Israel, quien al finalizar la Primera Guerra Mundial, garantizó que “*una Palestina judaica sería una salvaguarda para Inglaterra, en particular en lo que respecta al canal de Suez*” (Weinstock, Nathan. *Zionism, false messiah*).

Terminada esta guerra, con la derrota y el desmembramiento del Imperio Turco, la entonces Sociedad de Naciones (antecesora de la ONU) otorgó el territorio como Mandato Británico de Palestina. La evolución de la población fue la siguiente: en 1922, había 663.000 palestinos y 84.000 judíos; en 1931: 750.000 y 175.000, respectivamente. El sionismo logra un importante aumento de la población judía, pero los palestinos árabes continúan siendo una muy amplia mayoría.

La creación del Estado de Israel: una usurpación violenta y cruel

Tras el fin de la Segunda Guerra Mundial (1945) se definió un cambio muy importante en la situación de los países imperialistas: Inglaterra acentuó su retroceso y Estados Unidos surgió incuestionablemente como potencia hegemónica.

El control de Medio Oriente, poseedora de las dos terceras partes de las reservas mundiales de petróleo, tenía un valor estratégico. Por eso, Estados Unidos, además de apoyarse en las petro-monarquías aliadas, necesitaba tener una “base propia”, un sólido punto de apoyo para controlar la región. Ese punto de apoyo sería el *Estado de Israel*.

Los judíos europeos venían de sufrir un atroz genocidio por parte de los nazis, y el mundo estaba horrorizado por ello. Este justo sentimiento fue utilizado por el imperialismo y los sionistas en su beneficio. Por un lado, se aceleró la inmigración de judíos europeos a Palestina. Por el otro, quién podía oponerse a la creación de un Estado donde los judíos pudieran “vivir en paz” y “reponerse de sus heridas”. Quedaba, sin embargo, un problema pendiente: qué hacer con el pueblo palestino que vivía en esa tierra.

Impulsada por el imperialismo estadounidense, y con el apoyo de la burocracia stalinista gobernante en la ex URSS, en noviembre de 1947 la Asam-

blea General de la ONU votó una resolución que creaba dos estados en Palestina: uno judío (Israel) y otro árabe. En ese momento, habitaban allí 1.300.000 palestinos árabes y 600.000 judíos. Pero la ONU otorgó a Israel el 52% de la superficie, y a los palestinos el 48% restante. Es decir, desde su propio nacimiento, Israel significó una usurpación y un robo, porque los palestinos debían ceder 52% de su territorio a una minoría que, además, había sido artificialmente creada. Incluso en el territorio otorgado a Israel, los palestinos eran mayoría (950.000).

“Limpieza étnica”

La usurpación legalizada por la ONU se vio terriblemente agravada por el terror desatado por el sionismo, que realizó una “limpieza étnica” para expulsar a los palestinos de sus casas y sus tierras, a partir del día de nacimiento efectivo de Israel (14 de mayo de 1948).

Las organizaciones sionistas armadas (como Ergún y Lehi) atacaron cientos de poblaciones palestinas. Lo sucedido en la aldea de Deir Yassin (cerca de Jerusalén) quedó como un símbolo: para expulsarlos de sus propiedades, casi 200 de sus 600 habitantes fueron asesinados (incluyendo ancianos, mujeres y niños).

Seis meses de “limpieza étnica” (con la benevolencia del imperialismo y del stalinismo) dieron como resultado que sólo quedaran 138.000 palestinos en territorio israelí. El resto había sido expulsado. Luego, el Estado israelí votó la *Ley de Ausentes*: las casas y tierras de quienes estuvieran “ausentes” eran apropiadas por el Estado, que las distribuía a ciudadanos israelíes “presentes”. De esta forma, mientras los judíos de Palestina sólo poseían, hasta 1947, 6% de la tierra; en 1948 ya se habían apropiado de 90%. Con la misma metodología utilizada en Deir Yassin, los sionistas e Israel se apoderaron de un 15% adicional de territorio, además del 52% otorgado por la ONU.

Los palestinos expulsados partieron hacia el exilio en países árabes (especialmente Jordania, Líbano y Siria), o a regiones más alejadas, como Estados Unidos y Latinoamérica. De esta forma, este pueblo quedó dividido en tres sectores: los que viven dentro de las fronteras de Israel, los que viven en Gaza y Cisjordania, y los que partieron al exilio. Así nació la tragedia (Nakba) de este pueblo, provocada por la creación del Estado de Israel. Así nació, también, su lucha por recuperar su territorio histórico.

El tiempo agravó el problema

En los más de sesenta años transcurridos, la “cuestión palestina” fue agravándose cada vez más. Varias guerras entre Israel y los países árabes (1948, 1956, 1967 y 1973) terminaron con derrotas árabes. Así se creó la leyenda de la “invencibilidad de Israel”, que dominaría todo el período siguiente.

Después de la guerra de 1967 (llamada “de los 6 días”), Israel invadió y ocupó los territorios adjudicados a los palestinos, hasta entonces bajo administración egipcia (Gaza) y jordana (Cisjordania) junto con las Alturas del Golán (Siria), todavía en su poder. En 1993, en los territorios ocupados, se creó la Autoridad Nacional Palestina (ANP), como resultado de los *Acuerdos de Oslo*.

Por otro lado, en estos años, Israel, realizó varias invasiones el Líbano (1978, 1982 y 2006). Las dos primeras fueron para atacar los campamentos de refugiados palestinos en aquel país: en 1982, la *Falange Libanesa*, un grupo ultraderechista apoyado por los israelíes, realizó las tristemente famosas masacres en los campamentos de Sabra y Chatila, en Beirut occidental.

Algunos gobiernos árabes ya colaboraban con Israel para perseguir a los palestinos. Fue el caso del “*setiembre negro*” de 1970, cuando el ejército jordano atacó los campamentos palestinos en el país, buscando expulsarlos, y mató cerca de 20.000 personas.

Por su parte, la invasión de 2006 a Líbano se realizó para atacar a Hezbo-lah y finalizó con la primera derrota clara del ejército israelí en su historia, lo que de hecho acabó con el mito de su “invencibilidad”.

De la OLP...

En la década de 1960 hay un hecho muy importante en la historia de la lucha palestina: se fundó la OLP (Organización para la Liberación de Palestina), integrada por todas las organizaciones políticas de este pueblo. La principal fuerza era Al-Fatah y Yasser Arafat, se transformó en el líder de la OLP.

Más allá de las profundas limitaciones que tenían, por su carácter nacionalista burgués, la OLP, Al-Fatah y Arafat tuvieron en esa época dos grandes méritos. El primero fue lograr que la “cuestión palestina” se transformase en unas de las cuestiones centrales de la política mundial.

El segundo fue que el punto central del programa votado era conseguir **una Palestina única, laica, democrática y no racista en todo el territorio de lo que había sido el Mandato Británico**. La propuesta abarcaba varias cuestiones centrales:

- El rechazo a los “dos estados” porque ello significaba reconocer y aceptar la usurpación y el robo legalizado por la resolución de la ONU de 1947.
- Expresaba el derecho de retorno de aquellos que habían sido expulsados de sus tierras y propiedades, y la devolución de las mismas.
- Como a partir del retorno, los palestinos serían una clara mayoría, se señalaba que todos los judíos israelíes que desearan permanecer y convivir en paz, podrían hacerlo, con plenos derechos (carácter “democrático” y “no racista” del Estado propuesto).
- La construcción de esta nueva Palestina implicaba la necesidad de destruir el Estado de Israel, ya que mientras éste existiera, por su propio carácter, haría imposible esta solución.

Esta propuesta era la única verdadera solución a la “cuestión palestina”. En su época, ganó el apoyo de casi toda la izquierda, incluyendo la corriente antecesora de la LIT-CI. Hoy, lamentablemente, ha sido abandonada tanto por la OLP y Al-Fatah como por la mayoría de la izquierda, que le han capitulado a Israel y al imperialismo. Por el contrario, la LIT-CI la sigue reivindicando a fondo, y la mantiene como su propuesta central para la solución de la “cuestión palestina”.

...a los Acuerdos de Oslo y la ANP

A finales de la década de 1970, el imperialismo estadounidense adoptó una política de cooptación de las direcciones nacionalistas burguesas de Medio Oriente, que comenzaron a capitular.

Un paso central de este proceso se dio en Egipto, después de la muerte de Gamal Abdel Nasser (1970): su sucesor Anwar el-Sadat firmó con Estados Unidos e Israel, en 1979, el *Acuerdo de Camp David*, reconoció a este Estado y puso fin a la lucha contra él. Hosni Mubarak profundizó esta política y transformó a Egipto en una pieza clave de la política del imperialismo e Israel contra los territorios palestinos.

Este giro reaccionario de los gobiernos egipcios fue acompañado, algunos años más tarde, por Yasser Arafat y la dirección de la OLP que, expulsada

de Líbano, ahora se asentaba en Túnez. En 1993, firmó con Estados Unidos e Israel los *Acuerdos de Oslo*, por los que reconocía a Israel y abandonaba la lucha por su destrucción. Es decir, la OLP dejaba de lado su programa fundador. En trueque, recibió la promesa de la creación de un futuro mini-estado palestino, en las estrechas fronteras de Gaza y Cisjordania, cada vez más reducidas por la instalación de colonos judíos.

Lo cierto es que ni siquiera esta promesa fue cumplida y, en concreto, a cambio de su traición, la dirección de la OLP y Al-Fatah recibieron la formación de la ANP en la Franja de Gaza y Cisjordania. La ANP es, en realidad, una administración colonial con poderes muy limitados (similar a los “bantustanes” de la época del apartheid sudafricano), bajo control militar israelí y con una profunda dependencia financiera de Israel y de la ayuda externa.

Para entender la política de la creación de la ANP por parte del imperialismo e Israel, hay que considerar que, en 1987, había estallado la **primera Intifada**, la rebelión de la juventud palestina de los territorios ocupados, que, con piedras en las manos, enfrentaba las armas y los tanques israelíes. A pesar de la durísima represión, Israel no conseguía acabar con ella e, incluso, se evidenciaron elementos de una crisis en la base del ejército sionista. Eran claras señales de que la política de ocupar directamente los territorios palestinos había llegado a su límite.

Por su parte, a partir del momento en que pasó a controlar la ANP, Al-Fatah dejó de ser la corriente que expresaba mayoritariamente la lucha del pueblo palestino contra Israel. Su dirección y sus principales cuadros se transformaron en una corrupta burguesía que vive de la rapiña de los fondos de la ANP. Peor aún, se transformaron en los agentes coloniales de Israel y del imperialismo, en sus cómplices en la represión al pueblo palestino, a través de la policía de la ANP. Este proceso ya se había iniciado con Yasser Arafat, pero se aceleró aún más después de su asesinato y su reemplazo por Mahmoud Abbas.

Hamás en escena

La traición de las direcciones nacionalistas burguesas, sumada al surgimiento del régimen de los ayatolás en Irán, después de la Revolución de 1979, permitió que ese espacio fuera ocupado por las corrientes fundamentalistas islámicas, como el propio régimen iraní y Hezbolah en Líbano, que

mantienen en su programa la destrucción de Israel. En los territorios palestinos, abrió espacio al crecimiento de Hamas, una organización ligada a la *Hermandad Musulmana* egipcia.

El retroceso del peso de Al-Fatah se expresó en el triunfo de Hamas en las elecciones de la ANP, en 2006. Este hecho derivó en un enfrentamiento entre las dos organizaciones y en un golpe de estado de Mahmoud Abbas (respaldado por Israel), quien mantuvo el dominio sobre Cisjordania. Pero el golpe fue derrotado en la Franja de Gaza, que siguió controlada por Hamas. Desde entonces, Israel “bloqueó” este territorio y ha lanzado continuos ataques para desalojar a Hamas, algo que todavía no ha conseguido.

A pesar de esta resistencia y de no haber retirado de su programa la lucha contra Israel, el prestigio y la influencia de Hamas han venido decayendo, por varias razones. En primer lugar, porque dentro de la Franja de Gaza ha reprimido y perseguido a sus opositores, incluso a aquellos que se oponen a Israel y a Abbas. En segundo lugar, ha tenido una actitud contra la Revolución Egipcia e incluso ha impedido y reprimido las movilizaciones que, en Gaza, intentaron realizarse en su apoyo. Finalmente, como una cuestión central, siempre ha tenido una política conciliadora hacia Al-Fatah y Abbas, llamándolos a la “unidad”, como ahora se expresa en el *acuerdo de reconciliación* que firmaron los líderes de ambas organizaciones.

El impacto de la revolución árabe

En este contexto, en Túnez, en enero de este año, se inicia la actual oleada de la revolución árabe que comienza a extenderse por toda la región. La primera evidencia de su entrada en Palestina fueron las manifestaciones de marzo de este año: “*Decenas de miles de palestinos marcharon por Gaza y Cisjordania exigiendo el fin de las divisiones políticas y de la ocupación de Israel...*” (*The Guardian*, 15/03/2011).

El impacto del proceso revolucionario árabe sobre el pueblo palestino, especialmente su juventud, es muy grande, por varias razones. En primer lugar, pone en el centro de la escena las grandes movilizaciones y acciones de masas como una herramienta de lucha capaz de lograr cambios en situaciones que parecían inmutables. ¿Si se logró derrocar a Mubarak por qué no se puede luchar contra Israel?

En segundo lugar, muestra a la vanguardia juvenil que es posible organi-

zar estas movilizaciones independientemente (incluso, en contra) de las viejas organizaciones políticas laicas o islámicas que llaman a la “calma” y a la “negociación”. En este sentido, para estos jóvenes, internet se transforma en una formidable herramienta de comunicación y organización para luchar.

Es una generación de jóvenes activistas palestinos que comienzan a dar sus primeros pasos. Ellos son la base de una posibilidad real de **construir una nueva dirección palestina** que sea alternativa a los viejos dirigentes y organizaciones, responsables de tantos años de derrotas y frustraciones.

Un gran boceto del futuro

A partir de allí, jóvenes activistas palestinos en los territorios y en el exilio comenzaron a organizar la última jornada en recuerdo de la Nakba, para “perforar” las fronteras de Israel. Definieron hacerla de “afuera hacia adentro” porque veían mejores condiciones para ello. Enfrentaron las trabas y la represión de los gobiernos árabes en Líbano, Siria, Jordania y Egipto. Pero llegaron a las fronteras y las cruzaron.

Podemos decir que esta movilización y su resultado fueron una especie de “boceto” de cómo debe y puede desarrollarse la lucha contra Israel. Mostró que, apoyada en el proceso de la revolución árabe, una gran movilización revolucionaria de masas de todo el mundo árabe puede poner a Israel contra las cuerdas. Por eso, los sionistas la ven como “su peor temor”.

Por supuesto, que el carácter de Israel como enclave militar imperialista, armado hasta los dientes y dispuesto a todo para preservarse, plantea que esta movilización revolucionaria deberá tener imprescindiblemente un desarrollo militar. Lo que aquí señalamos es el marco político del que ese desarrollo militar debería ser parte. Por otro lado, la derrota en Líbano, en 2006, ya derribó el mito de la “invencibilidad militar” israelí.

El acuerdo Al-Fatah - Hamas

Poco antes de esta jornada, el 4 de mayo, bajo los auspicios del nuevo gobierno egipcio, Mahmoud Abbas y el líder de Hamas, Khaled Meshal, firmaron en El Cairo, un “acuerdo de reconciliación”. Las informaciones indican que Hamas aceptaría que Abbas continúe como presidente de la ANP y que siga negociando *acuerdos de seguridad* con Israel.

Como hemos visto, desde 2006, Al-Fatah y Hamas estaban muy enfrentados. Abbas y la ANP han colaborado con el bloqueo y los ataques sionistas contra la Franja de Gaza, y Hamas, por su parte, denunciaba a Abbas por su rol cómplice y rechazaba la perspectiva del “estado palestino independiente” que negociaba Abbas. ¿Por qué y sobre qué bases ahora se “reconcilian”? Se trata de un acuerdo que expresa una profunda contradicción y puede ser analizado en varios aspectos.

En primer lugar, es el resultado de las movilizaciones del pueblo palestino, en especial las de marzo pasado (recordemos el reclamo de “*el fin de las divisiones políticas*”). En este sentido, el acuerdo es visto por las masas palestinas como un triunfo, como un paso positivo para fortalecer la lucha contra Israel. Algo que, sin dudas, alentó la participación masiva en las marchas sobre las fronteras israelíes.

Pero el fondo de la reconciliación entre Hamas y Al-Fatah apunta en otras direcciones. Una de las principales es que se trata de un acuerdo preventivo para frenar y controlar el impacto de la revolución árabe dentro del pueblo y la juventud palestinos, cuyo desarrollo va contra los planes y proyectos políticos de ambas organizaciones. Ya durante las movilizaciones de marzo pasado, *The Guardian* informaba que: “*Las facciones políticas dominantes de Al-Fatah y Hamas autorizaron las marchas, pero muchos activistas independientes se quejaron del intento de los líderes partidarios de controlar las protestas, para evitar que se impusiera una revuelta al estilo egipcio*”.

Después de firmado el acuerdo, Noura Erakat, una activista palestina en el exilio, analizaba que: “*Se podría decir que la formación de un gobierno de unidad es una táctica preventiva para tratar de contener el creciente descontento palestino y la creciente relevancia de las protestas juveniles, en una primavera árabe* (sitio Jadaliyya.com, 4/5/2011).

Debemos considerar también un tercer aspecto: el pedido de debatir en la Asamblea General de la ONU la posible creación del mini-estado palestino independiente. Benjamin Netanyahu ha señalado su oposición a esa resolución y Obama acabó respaldándolo. El acuerdo Al-Fatah - Hamas sería entonces una forma de mostrarle al imperialismo que existe una dirección palestina capaz de controlar el proceso en los territorios y, al mismo tiempo, presionar al gobierno israelí a aceptar el debate y, si fuera aprobada, a aceptar la resolución que cree dicho Estado.

///

Una sociedad racista y militarista

En el inicio de este artículo señalamos que la actual oleada revolucionaria en el mundo árabe y su expresión en el pueblo palestino se producen en un momento en que el Estado sionista y la sociedad en que se basa muestran evidentes síntomas de crisis y debilitamiento. Para entender esta crisis y su carácter analizaremos más profundamente el carácter de esta sociedad y de este Estado.

Israel nace como un enclave colonial militar instalado en Palestina para defender los intereses del imperialismo en territorios estratégicos. Su creación se basa en el “trasplante” de una población externa a la región: los inmigrantes judíos. Ese carácter artificial se fue acentuando con el curso del tiempo y las inmigraciones posteriores a 1948: por la *Ley del Retorno*, cualquier judío que se radica en Israel, aunque no tenga ningún lazo previo con Palestina, adquiere automáticamente la ciudadanía israelí y sus privilegios, derecho que le es negado a los árabes, aunque sean descendientes de los palestinos expulsados.

Después de la caída de la URSS, en 1990 se promovió la inmigración de más de un millón de judíos rusos. Estos inmigrantes son hoy la punta de lanza de la colonización y el robo de tierras en Cisjordania, y la base de las organizaciones de la extrema derecha israelí. Es el caso del partido Yisrael Beytenu, de Avigdor Lieberman, actual ministro de Relaciones Exteriores del gobierno de Benjamin Netanyahu, él mismo un inmigrante ruso con domicilio legal en una colonia de Cisjordania. Es decir, la “esencia nacional” de los judíos instalados en Palestina y sus descendientes es la de una población extranjera que se apropia de las tierras de los nativos y ejerce un papel opresor al servicio de su imperialismo. Adquieren así un carácter racista y militarista.

El “lazo común” que liga a todos los ciudadanos judíos israelíes es que saben que, por una u otra vía, ellos viven de la usurpación de la tierra de otro pueblo y del apoyo que reciben del imperialismo para cumplir el papel de “perro guardián” en la región. Saben que los pueblos árabes son sus víctimas y temen que esos pueblos se unan y los expulsen. Por eso, la principal cohesión de esa sociedad, racista, violenta y militarista, es el miedo al “enemigo común”.

Para defender ese carácter del Estado sionista, la población israelí siempre vive en “pie de guerra”. Al cumplir 18 años todo ciudadano o ciudadana is-

raelí debe cumplir un servicio militar obligatorio de tres años, los hombres, y de dos, las mujeres. Luego quedan como “reservistas”, hasta los 50 años, con un mes de entrenamiento anual. Se trata de una población educada para estar siempre al servicio del ejército.

Este carácter tiene también una base económica. En esencia, Israel puede ser definido como **una gran base militar del imperialismo** en la que también viven los familiares de los soldados y se desarrollan algunas actividades productivas de apoyo. Pero el centro de su funcionamiento es claramente la guerra y la producción de armamentos.

Bajo parámetros “normales”, el Estado israelí tiene un déficit presupuestario crónico. La balanza comercial también es deficitaria en casi 10.000 millones de dólares anuales. Estos “huecos” son cubiertos por fondos del exterior: los 3.000 millones de dólares de subsidios anuales que envía oficialmente Estados Unidos; otros 2.000 millones adicionales llegan de ese país a través de otros rubros y, finalmente, los fondos que recaudan las organizaciones sionistas de todo el mundo.

Al mismo tiempo, desde hace años, la producción de armamento y de tecnología militar y de seguridad es la principal actividad económica del país. Ésta no sólo abastece necesidades propias sino que casi 40% de las exportaciones del país son armas y tecnología militar. A pesar de su pequeña población, Israel es hoy el quinto exportador de productos militares del mundo (en los datos de las páginas oficiales del país, esto aparece disfrazado como “productos de alta tecnología”). En otras palabras, la mayoría de la población israelí vive directa o indirectamente del presupuesto para la guerra y de la fabricación de armas.

La crisis de un Estado nazi-fascista

Este “carácter genético” de la sociedad y el Estado israelíes explica porqué su vida política ha ido abandonando el barniz “progresista”, e incluso “socialista”, con que intentó “vestirse” en su primeras décadas, y ha ido girando abiertamente hacia la derecha, hacia el predominio de las expresiones claras de racismo y militarismo, como el gobierno de netanyahu y su ala Lieberman. La derrota militar en Líbano, en 2006, y las dificultades en doblegar Gaza trajeron como consecuencia una *derechización* aún mayor de la vida política.

Pero, en el marco de esta inevitable dinámica hacia su derechización, aparecen evidentes síntomas de crisis y debilitamiento de este Estado militarista y racista. Una crisis que obedece a una combinación de razones.

Una de ellas es el creciente aislamiento internacional de Israel por el aumento del repudio a su accionar genocida y represivo, lo que se expresa en el crecimiento de la Campaña de Boicot (BDS), en la ruptura de sectores importantes de la comunidad artística e intelectual que antes lo apoyaba e, incluso, en las evidencias de crisis en parte de la fortísima comunidad judía estadounidense.

Pero, sin dudas, el centro de esta crisis es la evidencia de que se acabó la época del “Israel todopoderoso”, como mostraron la derrota militar en Líbano, la dificultad de doblegar a la Franja de Gaza y, ahora, el renacer de las masivas movilizaciones palestinas por el “retorno”. Se acabaron las décadas de “comodidad”, en las que la sociedad israelí recibía muchos beneficios por su carácter de enclave colonial (que permitieron que muchos sectores desarrollaran estándares de vida iguales a los más altos de Europa o de Estados Unidos, sin demasiados sacrificios). Hoy, la clara supremacía en tecnología militar no garantiza la victoria (ni mucho menos, la falta de peligro).

Por eso, esta sociedad está siendo sometida a pruebas difíciles, que anticipan nuevos choques decisivos. Y ese cambio se da en un momento en que grandes sectores se han “aburguesado” y están abandonando el carácter ideológico y militante con que las generaciones anteriores crearon y defendieron a Israel, y estaban dispuestas, además, a dar su vida por ello.

La actitud del general Dan Halutz, entonces máximo comandante de las tropas israelíes, preocupado por el destino de sus inversiones bursátiles en medio de la reunión en que se decidía la invasión al Líbano, en 2006, fue un síntoma del grado de deterioro de la moral de la cúpula de las Fuerzas Armadas. Otro síntoma importante fue que numerosos altos funcionarios civiles y militares buscaban evitar que sus hijos cumplieren el servicio militar en lugares que podían entrar en combate y, en cambio, trataban de que lo hicieran en puestos seguros, en los edificios centrales de Tel Aviv, que, según el diario sionista *Haaretz*, están “lejos de la guerra y cerca de los *shop-pings*”.

A medida que la realidad se muestra cada vez más peligrosa, muchos se cansan de este ambiente y crece el número de ciudadanos israelíes que

abandonan el país. Las cifras son cuidadosamente escondidas: algunos hablan de decenas y otros de cientos de miles. Pero ya es un hecho que un número considerable de israelíes, muchos de ellos de la élite intelectual y profesional, busca una “solución individual” en la emigración, para huir del infierno de la “guerra permanente”. La mayoría sale discretamente, sin decir que abandona el país, a través de proyectos de estudio o trabajo temporario en el extranjero (Estados Unidos y Europa), pero gran parte se queda y sólo vuelve al país para visitar brevemente a sus familias. Otra cifra que va en aumento es la desertión no explícita: la salida de jóvenes en edad militar, que tratan de evitar los frentes y el servicio en territorios palestinos o libaneses.

En la medida en que los descendientes de los “fundadores” ya no están dispuestos a defender a Israel con armas en la mano (muchos de ellos ni siquiera a permanecer en el país), la “base militante” se va trasladando a los nuevos inmigrantes, como los judíos rusos, cuyos privilegios se basan en las colonias en Cisjordania y en los subsidios del Estado. Por eso son los más radicalizados contra los palestinos y los más dispuestos a pelear por esa defensa.

Pero, en este recambio, el sionismo pierde una parte de sus mejores cuadros, formados a través de décadas. No se trata de que los viejos sectores askenazis rompan con el carácter del estado de Israel y pasen a luchar contra él, sino de que dejen de estar en la primera línea de combate.

Aquí es necesario referirnos a los miles de indignados que, al estilo español, se movilizaron recientemente en Tel Aviv, reclamando contra el costo de vida, de los alimentos y de los alquileres. En un primer análisis, vemos dos elementos diferentes en estos “indignados” israelíes. El primer aspecto es progresivo: un sector de la sociedad israelí se moviliza por sus propias reivindicaciones básicas, enfrenta al gobierno de Netanyahu y eso debilita la “unidad nacional israelí”. Pero, al mismo tiempo, mientras los indignados españoles realizaban una durísima crítica al régimen político de su país, por su íntima ligación con los grandes bancos y empresas, los israelíes no expresaron ninguna crítica ni evidenciaron ningún elemento de ruptura con el carácter de Israel.

Es necesario entender que incluso un enclave como Israel se ve afectado por la crisis económica internacional y sus consecuencias, como la inflación que erosiona el poder adquisitivo de un sector de la población israelí.

Los indignados aparecen entonces, como un sector que, sin romper con el carácter del estado, reclama mejores condiciones económicas, una parte mayor del reparto de lo que ese enclave recibe.

En resumen, el Estado de Israel, y su sociedad, vive una profunda crisis, y esta crisis lo vuelve mucho más vulnerable que en el pasado, a pesar de que está mucho más armado que nunca.

Los roces tácticos entre Obama y Netanyahu

Los medios de prensa internacionales han venido dando un gran espacio a los roces y diferencias entre el gobierno de Obama y el de Netanyahu. Sin dudas, esas diferencias existen. Por ejemplo, Netanyahu criticó la reconciliación entre Al-fatah y Hamas, mientras Obama tuvo una posición más abierta, con la condición de que “renuncien a la violencia, cumplan los acuerdos asumidos en el pasado y reconozcan a Israel”. En los meses anteriores, Obama había “coqueteado” con la posible creación de un Estado palestino con las fronteras previas a 1967 mientras que Netanyahu se oponía terminantemente a abrir ahora esas negociaciones.

Es necesario analizar qué expresan estas diferencias y cuáles son sus límites estratégicos y tácticos. Para el imperialismo estadounidense, Israel es el “aliado estratégico” en Medio Oriente, su base más segura en medio del mundo árabe. Algo que fue reafirmado por el propio Obama, durante su campana electoral, cuando se reunió con las diversas expresiones del “lobby israelí” en EEUU. Ese es el límite estratégico de la diferencias: llevado a una situación extrema (la posibilidad cierta de la destrucción de Israel), el imperialismo estadounidense y el propio Obama harán lo imposible política y militarmente para defenderlo.

Pero Obama debía responder a una situación mundial y regional desfavorable para el imperialismo, marcada por la derrota militar en Irak y la casi segura en Afganistán. Situación que se ha visto agudizada por el estallido de la revolución árabe y su expresión dentro del pueblo palestino. Su respuesta se ha basado centralmente en pactos y negociaciones que buscan defender los intereses estratégicos.

Por eso trató de desactivar (o, al menos, postergar) la “bomba de tiempo” que representa la situación palestina. La apertura del debate y las negociaciones sobre la creación del mini-estado palestino eran parte de esta política.

Pero, para eso, necesitaba que el gobierno de Netanyahu hiciera algunas concesiones (como la reducción de las colonias en Cisjordania o el fin del bloqueo a Gaza) que tornaran “creíbles” esas negociaciones y le permitan a Abbas (e incluso a Hamas) mostrar que se está avanzando a través de ellas.

La cerrada negativa del gobierno de Netanyahu le cerró toda alternativa táctica y lo obligó a salir a respaldar la posición de su “aliado estratégico” en la región. Con ello, el gobierno de Obama se desgasta aún más porque aparece claramente como “lo mismo” que Israel, sin ninguna posibilidad de ofrecerse como “mediador” o “garante” de una negociación.

La realidad que debe enfrentar Netanyahu es totalmente diferente. En términos más estratégicos, posiblemente él sabe que deberá aceptar la apertura del debate en la ONU y las negociaciones con los palestinos. Pero quiere postergarlo todo lo que pueda para llegar en las mejores condiciones posibles: luego de completar la “judaización” de Jerusalén, apropiarse de toda la tierra posible de Cisjordania y derrotar a Hamas en Gaza. Al mismo tiempo, hoy no puede aceptar ese debate y esas negociaciones porque eso representaría el estallido de su coalición gobernante y la ruptura de su alianza con los sectores más recalcitrantes, como el ya mencionado Lieberman y su partido Yisrael Beytenu.

El mini-Estado palestino no es la solución

¿Cuál es la solución al conflicto entre los palestinos e Israel, que lleva ya más de seis décadas? Básicamente se proponen dos alternativas diferentes.

La propuesta más difundida es la solución de “dos pueblos, dos estados”, que se debatirá próximamente en la Asamblea General de la ONU. Es apoyada por el imperialismo, Al-Fatah y la OLP, y por gran parte de la izquierda mundial.

A pesar de su carácter restringido, después de tantos años de sufrimientos y de no contar con su propio país, esta propuesta es vista, incluso por sectores del propio pueblo palestino, si bien no como la “solución ideal y más justa”, al menos, como un paso adelante al que el gobierno israelí se opone, un punto de apoyo para seguir avanzando.

En este sentido, no es más que la continuidad de la resolución de la ONU de 1947. Volvería a sancionar y legalizar internacionalmente el robo y la usurpación que significó la creación de Israel, incluso si se adoptase sobre la base

de las fronteras previas a la guerra de 1967. Al mismo tiempo, el pueblo palestino quedaría definitivamente dividido en tres sectores, mucho más débiles. El primero de ellos, el millón y medio de palestinos que viven dentro de Israel, serán condenados cada vez más a soportar aislados los ataques de los gobiernos israelíes que quieren borrar su memoria y su historia (por ejemplo, la prohibición de recordar la Nakba); irles quitando la nacionalidad israelí a quienes no juren fidelidad a Israel y el sionismo; y, finalmente, como es el plan de Lieberman, expulsarlos directamente o dejarlos en condiciones insostenibles como a los que viven en Jerusalén oriental.

Los tres millones y medio de Gaza y Cisjordania, habitantes del futuro mini-Estado “independiente”, deberán vivir en un país fragmentado, sin ninguna viabilidad de autonomía económica e, incluso, si se cumplen los compromisos que está aceptando Abbas, sin fuerzas armadas y con sus fronteras patrulladas por tropas de la OTAN. En otras palabras, un poco más que la actual ANP, igualmente cercados por Israel y su bota militar, sólo que formalmente más “independiente”.

Finalmente, los cinco millones que viven fuera de Palestina verán definitivamente liquidado su derecho de retorno. Ése es el contenido de hecho de la creación de los “dos estados”: al aceptar esta resolución, se acepta que las tierras robadas y usurpadas de las que fueron expulsados sean definitiva y legalmente israelíes. Y el mini-Estado palestino no ofrecerá ninguna posibilidad objetiva (ni económica ni de tierra) de que se radiquen allí.

Con su política, las direcciones de Al-Fatah y Hamas expresan básicamente los intereses de los sectores burgueses de Cisjordania y Gaza, para quienes la creación del mini-Estado palestino podría traer algún beneficio. Pero lo hacen a costa de sacrificar a los otros dos sectores. Esencialmente a los exiliados que, como vimos, perderían cualquier posibilidad de retornar.

Y esto se refleja en las movilizaciones recientes, donde la vanguardia pasó a ser la juventud palestina que vive en Siria, Líbano o Jordania, y también la de países más alejados. Para ellos, como expresó Soraya Misleh (una periodista brasileña de origen palestino) en una entrevista publicada en la revista *Correo Internacional* N° 5, el derecho de retorno es innegociable, y el eje movilizador es: ¡Vamos a volver a nuestra tierra!

Esto abre profundas contradicciones con las direcciones de Al-Fatah y Hamas y, como ya señalamos, a partir de las movilizaciones, la posibilidad de construir una nueva dirección palestina que sea alternativa a los viejos

dirigentes y organizaciones, responsables de tantos años de derrotas y frustraciones.

Por eso, Abbas y Al-Fatah comenzaron a intentar una reubicación. Firmaron el “acuerdo de reconciliación” con Hamas y presentaron ante la ONU, contra la opinión de Israel y el imperialismo, el pedido de reconocimiento del Estado palestino. La jugada comienza a darles resultado, por lo menos en Cisjordania: miles de palestinos festejaron en las calles este pedido y, a su vuelta, Abbas fue recibido con gran entusiasmo. Es decir, para seguir siendo agente de Israel y el imperialismo, con cierto peso popular, y no ser barrido por la movilización, Abbas necesitó hacer una jugada táctica que lo enfrenta en el terreno diplomático.

Sin embargo, incluso con todas las limitaciones que tiene la reivindicación que hace Abbas, hoy el imperialismo norteamericano e Israel no están en condiciones de otorgarla y se oponen tajantemente a ella. Que dicha votación se realice en la ONU sería una derrota política para ellos.

Por eso, sin cambiar ni un milímetro nuestra posición sobre los “dos estados” ni sobre el carácter de la ONU, defendemos el derecho democrático del pueblo palestino de exigir esa votación en la Asamblea General de la ONU, y vamos a apoyar toda movilización de ese pueblo por esa exigencia.

La única solución verdadera: la construcción de una Palestina única, laica, democrática y no racista, y la destrucción de Israel

Frente a la propuesta de los “dos estados”, nosotros reivindicamos que la única solución verdadera a la “cuestión palestina” es la que estaba formulada en el programa fundacional de la OLP: la construcción de una Palestina única, laica, democrática y no racista.

Una Palestina sin muros ni campos de concentración, a la que puedan retornar los millones de refugiados expulsados de su tierra, y recuperen sus plenos derechos los millones que permanecieron y hoy son oprimidos. Un país en el que puedan permanecer todos los judíos que estén dispuestos a convivir en paz y con igualdad. Una propuesta que fue abandonada por la OLP pero que es reivindicada por miles de jóvenes activistas palestinos en todo el mundo, y que estuvo presente en las recientes movilizaciones en memoria de la Nakba.

Pero esta propuesta no puede ser llevada adelante, y no habrá paz en Palestina, hasta que no se derrote definitivamente y se destruya el Estado de Israel. Es decir, hasta que el cáncer imperialista que corroe la región no sea extirpado de modo total y definitivo. Llamamos a los trabajadores y al pueblo judíos a sumarse a esta lucha contra el estado racista y gendarme de Israel. Sin embargo, debemos ser conscientes de que, por el carácter de la población judía israelí que hemos analizado, lo más probable es que sólo una pequeña minoría acepte esta propuesta, mientras la gran mayoría de ellos, incluida la vieja base sionista askenazi, seguramente defenderá con uñas y dientes “su Estado” y sus privilegios y, por lo tanto, deberemos luchar contra ellos hasta el final.

La destrucción de Israel y la construcción de una nueva Palestina es una tarea histórica, equivalente a la destrucción del Estado nazi alemán o el Estado del apartheid sudafricano. Es una tarea difícil que puede demandar muchos años.

Pero la revolución árabe y la movilización del pueblo palestino, sumadas a la derrota de las tropas sionistas en el Líbano y a la crisis del Estado y de la sociedad sionistas, plantean como posible y presente una lucha política y militar unificada de masas del pueblo palestino y del conjunto de las masas árabes que permita la victoria.

ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE LAS GUERRAS

Ángel Luis Parras (España)

El pasado mes de abril, en un artículo titulado “*Desde el apoyo al pueblo libio para que derroque a Gadafi, decimos No a la intervención de la OTAN*”, señalábamos cómo en Libia sobre la base de un levantamiento popular que devino en guerra civil contra la dictadura de Gadafi, se había producido una segunda guerra, de agresión imperialista, cuyo objetivo político “*es asegurar el control de la zona e imponer la ‘estabilidad’ en un área estratégica para los recursos energéticos, porque ante los crecientes levantamientos populares, los gobiernos y regímenes políticos de la zona se muestran incapaces de mantener la estabilidad política*”.

Los defensores inconfesos del régimen de Gadafi vieron una y sólo una guerra en este conflicto. En realidad, para este sector de la izquierda mundial, determinar la naturaleza de una guerra no tiene complicación alguna. Basta con tener claro que “*el enemigo ataca*” y saber si el gobierno atacado forma o no parte del “campo progresivo”, ubicación que otorga la dirección cubana o el presidente Chávez.

Por eso, como ahora en Siria, aunque no haya intervención militar de la OTAN hay que estar con Bashar el Assad, ese “gran humanista”, según Chávez, aunque el levantamiento popular esté siendo pasado por las armas, el país camine hacia una guerra civil, y la siniestra dictadura de los Assad lleve en los últimos cuatro meses más de 1.600 muertos a su espalda.

Para los marxistas, sin embargo, determinar la naturaleza de la guerra ha sido y es un problema crucial siempre, para no acabar avalando por activa o pasiva las intervenciones militares del imperialismo o sosteniendo políticas vergonzosas en nombre de un supuesto “antiimperialismo”, como la posición citada anteriormente.

En este extenso artículo nos referiremos a dos cuestiones acerca de la guerra. La primera, son las diferentes concepciones sobre las guerras previas a los marxistas, y de éstos a partir de Lenin. La segunda, está referida a las guerras en la ex Yugoslavia en la década del '90 del pasado siglo, precisamente porque fue el escenario más complejo para definir la naturaleza de las diferentes guerras que se fueron superponiendo.

La concepción liberal de la guerra, Kant

“En los últimos 5.000 años de historia, la humanidad sólo estuvo 900 años en paz, en los cuales los hombres se preparaban para el conflicto siguiente” (A. Cagliani).

Para los filósofos de finales del siglo XVI y comienzos del XVII, las guerras formaban parte del *Estado de la Naturaleza*. La condición originaria de los seres humanos (*“egoístas y malos por naturaleza”*) es la de un *“estado de guerra de todos contra todos”* (Thomas Hobbe).

Las guerras existían, pues, como expresión de la *condición natural* del ser humano. De entre todos estos pensadores que daban base ideológica al desarrollo del capitalismo, destacó el llamado filósofo de la *Ilustración*, el alemán Immanuel Kant. En su ensayo escrito en 1795 sobre la *Paz Perpetua*, Kant defiende que la guerra forma parte del *orden natural*, a diferencia de la Paz que no forma parte de ese orden natural y debe por tanto ser hecha, construida, en sus propias palabras, *instituida*.

Kant señala que el Estado se hace necesario *para regular las pasiones naturales egoístas de los seres humanos*. Un Estado *que al ser portador de una moral que se afirma en la razón y el derecho*, ha de reglar las relaciones entre estados tanto en la paz como en la guerra. Frente al decadente viejo régimen, frente a las arbitrariedades de los regímenes absolutistas, para los defensores del pujante capitalismo la clave era el derecho *mediado por la razón moral* (o la *moral racional*). Su folleto, la *Paz Perpetua*, influido sin duda por autores como Rousseau, es la apuesta en esencia por un *contrato social*. Las revoluciones y las guerras en la vieja Europa, el choque entre una burguesía emergente y las estructuras del viejo régimen feudal, exigían, según los kantianos, lograr acuerdos en medio de esa multiplicidad de intereses. *“Eran necesarias las palabras, los pactos y sobre todo los contratos con sus respectivas cláusulas y acápite”* (Fernando Mires).

En medio del creciente desarrollo del comercio y con él del capitalismo, Kant sostiene que hay que *substituir las guerras de posesión por el intercambio de bienes* “introduciendo la racionalidad comercial en un espacio que antes era regulado por las armas”. Así pues, el comercio se convertía en una *fuerza pacificadora* a condición de establecer reglas contractuales que regulen esas relaciones de intercambio.

Esta máxima del liberalismo sería sostenida años más tarde por pensadores defensores del sistema capitalista, como David Ricardo, economista, hombre de negocios, especulador y diputado que amasó una fortuna, que defendía que el “*espíritu del comercio*” se adueñaría de todas las naciones, y que éste era de “*naturaleza incompatible con la guerra*”.

En el hilo de ese mismo razonamiento uno de los considerados “padres fundadores de los Estados Unidos”, el político norteamericano y defensor del liberalismo, Thomas Paine, consideraba que “*si el comercio pudiera desarrollarse con la extensión universal de que es capaz, exterminaría el sistema de la guerra*”.

Para Kant, las guerras retrotraen al ser humano a su *condición natural* o “*no política de la era humana*”. Guerra y política mantienen entre sí una contradicción irresoluble, una *antinomía*. Por eso afirmaba que el terror y la guerra “*aparecen donde languidece la política*”. Dicho en palabras de un entusiasta defensor de Kant:

“*O rendirse a la despotía de lo no político o establecer el ‘reino de la política’, que es el de la reflexión moral hecha ley. De ese reino y no de otro ha de venir la paz*” (*El fin de todas las guerras: un estudio de filosofía política*, Fernando Mires).

Las ideas de Kant, su explicación de la naturaleza de las guerras, fueron la base ideológica de la vieja *Sociedad de Naciones* y, más tarde, de la ONU.

La historia, sin embargo, dictó también en esto su veredicto, y el capitalismo universalizó el comercio, instauró instituciones supranacionales que “regularon” las relaciones entre los Estados y el comercio, fue avanzando en su desarrollo hasta la actual época imperialista, de decadencia del sistema... pero no lo hizo en medio de la *paz*, sino en medio de guerras; guerras cada vez más destructivas del género humano y del planeta mismo. Ahí quedaron de muestra dos guerras mundiales con millones de muertos y, desde la Segunda Guerra Mundial hasta finales del siglo XX, 140 guerras con 13.000.000 de muertos (A. Cagliani).

Los actuales defensores de Kant, que son legión en la izquierda reformista, vieron en la caída del stalinismo en el Este de Europa y de las dictaduras en América Latina abrirse un nuevo “período ‘pos-totalitario’ y/o ‘pos-dictatorial’ que tiene muchas similitudes con el período ‘pos-absolutista’ vivido por Kant”. De ahí su empeño en defender la “regulación”, la actualización del “contrato social”, la “acción política” y las instituciones como la ONU, como la vía para seguir buscando la *Paz Perpetua*.

Y, de nuevo, las intervenciones militares de las grandes potencias imperialistas al amparo de la OTAN o de la ONU, o en nombre de la *Ayuda Humanitaria*: las guerras en la ex Yugoslavia, Líbano, Iraq, Afganistán, Libia... echan por tierra su máxima de **colocar como antinomias guerra y acción política**.

Karl von Clausewitz

Un general prusiano nacido en 1780, incorporado como soldado durante la primera fase de la guerra que Prusia libró durante 23 años contra los ejércitos franceses, Karl von Clausewitz, fue el autor de un extenso trabajo, *De la guerra*, que acabó convirtiéndose en la fuente teórica sobre la naturaleza de la guerra.

Clausewitz, que estuvo al mando de uno de los cuatro ejércitos prusianos que derrotaron finalmente a Napoleón en Waterloo, fue Jefe del Estado Mayor del Ejército del Rin y superintendente en la *Academia Militar de Berlín*.

Alrededor de 1825, Clausewitz comenzó a ordenar los materiales que acabarían conformando el manuscrito *De la guerra*. De su extenso trabajo sólo el primer libro, el más conocido, pudo ser repasado y corregido por él antes de su muerte.

Para los generales prusianos, los aspectos políticos de una confrontación armada no eran determinantes en los objetivos de la guerra. Las acciones militares estaban subordinadas a las capacidades militares propias o de sus oponentes sin interferencias o consideraciones políticas.

Clausewitz, frente a estas teorías que como las de Kant colocan la política y la guerra en esferas contrapuestas, va a sostener su célebre afirmación: “*la guerra no es sino la continuación de la política por otros medios*”.

Para Clausewitz, la guerra no es nunca “*un acto aislado y repentino que*

no obedeciese a acontecimientos previos en la esfera de la política". Muchos militares de su época sostenían ese criterio que años después inmortalizó en una frase el general MacArthur: *"Nada puede sustituir a la victoria"*. Clausewitz polemizó con esa afirmación calificándola de *"totalmente equivocado"*. Preparaba así el terreno para su célebre frase antes citada: *"Si tenemos en cuenta que la guerra surge de un propósito de orden político, es natural que la causa primera de su existencia continúe siendo la condición suprema para dirigirla"*. Por tanto, la finalidad política sigue siendo la consideración primera en toda guerra, y la política impregnará todas las acciones militares.

"La subordinación del criterio político bajo el militar es un absurdo, pues la política ha producido la guerra". *"Ella (la política) es la inteligencia, la guerra sólo su instrumento, y no al revés..."*. Y, sentenciando, afirma Clausewitz: *"La guerra tiene su propia gramática, pero no su propia lógica"*.

Este razonamiento le llevó a insistir en la estrecha relación entre *fin* y *medios* en toda guerra. *"Como la guerra no es un acto de apasionamiento insensato, sino que está controlada por su objetivo político, el valor de este objetivo determina los sacrificios que deben hacerse tanto en magnitud como en duración. En cuanto el esfuerzo sobrepasa el valor del objetivo político es preciso renunciar a éste y firmar la paz"*.

Muy influenciado, sin duda, por Hegel, Clausewitz afirma que: *"en la guerra más que en ningún otro asunto hemos de empezar por examinar la naturaleza del conjunto; en esto es más necesario que en ninguna otra cosa reflexionar al mismo tiempo sobre la parte y el todo"*.

De ahí que este general prusiano insistiera tanto en que el comandante de un ejército debe tener un *completo conocimiento de la política nacional*; *"a este nivel la estrategia y la política se confunden y el comandante supremo es al mismo tiempo un estadista"*.

Los actuales defensores de las teorías kantianas de la *paz perpetua* presentan a Clausewitz como "el teórico de la guerra", en contraposición a Immanuel Kant, "el teórico de la paz". Clausewitz, respondiendo sin duda a las teorías *ilustradas del orden natural* para explicar las guerras, señalaba en forma elocuente: *"Los pueblos salvajes se rigen por el apasionamiento, los civilizados por el pensamiento. Pero la diferencia no está en las respectivas naturalezas del salvajismo y la civilización sino en sus circunstancias, instituciones y demás"*.

Lenin y la base teórica marxista frente a las guerras

En un folleto escrito en 1915, *El socialismo y la guerra*, Lenin señalaba lo siguiente: “*La guerra es la continuación de la política por otros medios (precisamente por la violencia)*).

Esta famosa expresión pertenece a uno de los autores militares más profundos: a Clausewitz. Los marxistas han considerado siempre, y con razón, esta fórmula la base teórica de sus puntos de vista sobre la significación de toda guerra”.

Lenin toma pues a Clausewitz para poner las bases de la teoría marxista frente a las guerras. Dos años más tarde en un nuevo trabajo, *La guerra y la revolución*, Lenin vuelve a referirse a Clausewitz en los siguientes términos: “*Este escritor, cuyos pensamientos fundamentales son en la actualidad patrimonio imprescindible de todo hombre que piense, luchaba, hace cerca ya de 80 años, contra el prejuicio filisteo, hijo de la ignorancia, de que es posible separar la guerra de la política de los gobiernos correspondientes, de las clases correspondientes; de que la guerra puede ser considerada, a veces, como una simple agresión que altera la paz y que termina con el restablecimiento de la paz violada*”.

Cuando se trata de la guerra hay algo que se olvida con suma frecuencia, dice Lenin; algo a lo que no se le da la atención debida, “*algo principal en torno a lo cual se sostienen tantas discusiones que yo calificaría de fútiles, sin perspectivas. Me refiero al olvido de la cuestión fundamental: cuál es el carácter de clase de la guerra, por qué se ha desencadenado, qué clases la sostienen, qué condiciones históricas e histórico-económicas la han originado*”.

“*Hay guerras y guerras. Se debe comprender de qué condiciones históricas ha surgido una guerra concreta, qué clases la sostienen y con qué fines. Sin comprender esto, todas nuestras disquisiciones acerca de la guerra se verán condenadas a ser una vacuidad completa, a ser discusiones puramente verbales y estériles*”.

Es precisamente porque “hay guerras y guerras”, por lo que el dirigente de los bolcheviques en su folleto sobre el socialismo y la guerra, decía: “*Diferimos tanto de los pacifistas como de los anarquistas en que nosotros, los marxistas, reconocemos la necesidad de un estudio histórico (desde el punto de vista del materialismo dialéctico de Marx) de cada guerra por separado*”. De ahí, Lenin repasaría la nueva época de la historia abierta tras la Revolu-

ción Francesa, explicando cómo desde 1789, la Revolución Francesa, hasta 1871, la Comuna de París, se habían dado guerras de carácter “*progresivo burgués*”, las guerras de liberación nacional. “*En otros términos: el contenido principal y el sentido histórico de estas guerras era el derrocamiento del absolutismo y del feudalismo, su quebrantamiento, la demolición del yugo extranjero. Esas guerras eran por ello progresivas...*”.

“*No podemos negar esto, con mayor motivo, porque en la historia de las revoluciones europeas del último siglo, de los 125 ó 135 años últimos, además de una mayoría de guerras reaccionarias, ha habido también guerras revolucionarias, como por ejemplo, la guerra de las masas revolucionarias del pueblo francés contra la Europa monárquica, atrasada, feudal...*” (La guerra y la revolución, 1917).

Así pues, Lenin exigía, antes de definir una posición política, **determinar la naturaleza de la guerra**. Por eso polemizaba sobre la guerra con todos los que hacían “*caricatura del marxismo*”, y decía: “*¿Cómo descubrir la “verdadera esencia” de la guerra, cómo determinarla? La guerra es la continuación de la política. Hay que estudiar la política que precede a la guerra, la política que lleva y ha llevado a la guerra*”. “*El filisteo no comprende que la guerra es la “continuación de la política” y por eso se limita a decir que “el enemigo ataca*”. Con más vehemencia, Lenin prosigue en esta polémica: “*Si no lo hiciéramos así, olvidaríamos la exigencia principal del socialismo científico y de toda la ciencia social en general y, además, nos privaríamos de comprender nada de la guerra actual (...) ¿es que se puede explicar la guerra sin relacionarla con la política precedente de este o aquel Estado, de ese o aquel sistema de Estados, de estas o aquellas clases? Repito una vez más: esta es la cuestión cardinal, que siempre se olvida, y cuya incomprensión hace que de diez discusiones sobre la guerra, nueve resulten una disputa vana y mera palabrería. Nosotros decimos: si no habéis estudiado la política practicada (...), si no habéis demostrado la ligazón de esta guerra con la política precedente, no habéis entendido nada de esta guerra*”.

El stalinismo y la teoría de los campos

Con el triunfo del stalinismo y la conformación del *bloque soviético* tras la Segunda Guerra Mundial, los Partidos Comunistas, y tras de ellos todos los “teóricos del marxismo”, comenzaron a construir las bases teóricas de la

llamada *coexistencia pacífica*. El mundo quedaba así dividido en dos grandes campos: en uno, el *campo progresista* encabezado por la URSS, en el otro, el *campo de la reacción*, el del imperialismo, encabezado por los Estados Unidos. ¿Cómo definir la naturaleza de un Estado o de un Gobierno? Para el stalinismo y sus acólitos la respuesta se hacía evidente, dependía de la actitud de tal o cual Gobierno o Estado frente a la URSS. Para estos marxistas, el carácter de clase de tales Estados y/o Gobiernos desaparecía en aras de este nuevo criterio *campista*.

El stalinismo fijó su posición, tanto ante las guerras como en los conflictos internos de los países, con base en ese criterio. Fue sonado, por citar un ejemplo, el apoyo del Partido Comunista argentino a la dictadura de Videla tras el golpe de 1976. Las excelentes relaciones comerciales de Argentina con la URSS ubicaban al país y al general genocida en el campo de los *amigos de la URSS*.

Los conflictos entre “Estados obreros”, las guerras abiertas en algunos casos entre ellos, no modificó ese criterio, tan sólo varió el punto de vista del campo. Así, para las corrientes stalinistas que rompieron con la burocracia de Moscú, China o Albania representaban esa nueva referencia del *campo progresivo* frente a los dos imperialismos, el yanqui y el “*social imperialismo ruso*”.

Tras la caída del stalinismo este criterio rector, lejos de desaparecer, se mantuvo para muchos llamados marxistas. En esta ocasión era Cuba y, con ella, todos los llamados países aliados, en especial Venezuela, los que pasaban a ocupar el liderazgo del *campo progresivo*.

A partir de aquí, definir la naturaleza de una guerra o de los conflictos internos de los países permitía prescindir de las preguntas de Lenin: *¿cuál es el carácter de clase de la guerra, por qué se ha desencadenado, qué clases la sostienen, qué condiciones históricas e histórico-económicas la han originado?*”. Para los defensores, confesos o no, de la *teoría de los campos*, bastaba y basta con saber cuál es la relación de esos Estados con los gobiernos de Cuba y el “bloque progresista” para definir la política ante tal o cual guerra, ante tal o cual levantamiento social.

///

Restauración capitalista y guerras en los Balcanes

Apenas iniciado el año 1991, la intervención de la coalición internacional encabezada por EEUU contra Irak, la llamada *Guerra del Golfo Pérsico*, tiraba por tierra los optimistas augurios de un nuevo mundo “unipolar”, “*post-totalitario*’ y/o “*pos-dictatorial*” tras la caída de la URSS, en donde las guerras tenderían “inevitablemente” a desaparecer.

Cuando se iniciaba la última década del siglo XX, las guerras se abrían paso desde Oriente Medio a Chechenia, desde América Latina (Perú y Ecuador) a África (Zaire), hasta desencadenarse en pleno corazón del viejo continente (Yugoslavia).

Quienes auguraron un paseo triunfal para los EEUU y la UE, para un imperialismo “*vencedor histórico*”, se encontraron con que en el corazón de Europa, en los Balcanes, se desencadenaba una oleada de guerras. La *República Popular Federativa de Yugoslavia* saltaba por los aires y las guerras **de distinta naturaleza** se instalaban en plena Europa.

El fin de la URSS y, con ello, la disolución del llamado *bloque soviético* representó, como hemos dicho numerosas veces, la caída del aparato mundial del stalinismo. La burocracia que había conducido a la restauración capitalista en el Este del Europa se venía abajo en medio de una debacle política, económica y social, de enormes penurias de las masas, y del odio social de éstas a esos regímenes.

En ese sombrío panorama, ¿cómo recomponer los destruidos regímenes políticos atenazados por una crisis económica sin precedentes?, ¿cómo podían reubicarse miles de burócratas en ese nuevo panorama social y político cuando su continuidad ya no dependía de su *función social en el proceso de producción*, sino de ser o no parte de los nuevos propietarios, de los nuevos burgueses?, ¿cómo acometer todas esas tareas en medio del repudio social de las masas a la burocracia, de las protestas, huelgas, y hasta insurrecciones, contra la miseria, y/o reclamando derechos democráticos básicos?

Para las grandes potencias imperialistas, en especial EEUU y Alemania, el objetivo político no ofrecía duda alguna: la restauración capitalista debía profundizarse por el único camino posible en la actual época imperialista, la **recolonización** de esos territorios, su conversión en semicolonias, cuando no directamente en enclaves. La vieja burocracia stalinista se dividía, sin embargo, en medio de tanta incertidumbre, buscando acomodo

económico, social y político en la nueva situación. Las contradicciones acabaron dirimiéndose, en algunos casos, a tiro limpio.

Durante cerca de una década, los Balcanes se convirtieron en un escenario donde se sucedían, cuando no se solapaban, **guerras de naturaleza distinta**. En medio de una enorme *guerra civil*, aparecieron y reaparecieron *guerras de ocupación*, *guerras de liberación nacional*, y *guerra imperialista*.

Buena parte de la izquierda marxista se vio sorprendida por los acontecimientos y apenas atinaba a interpretarlos, oscilando entre la más completa capitulación a la ONU y a la OTAN, en nombre de las “*intervenciones humanitarias*” que pararan las masacres, y el vergonzoso silencio cuando se masacraba a las nacionalidades de la ex Yugoslavia, para terminar levantando la bandera “antiimperialista” y el apoyo a Milosevic cuando la OTAN comenzó el bombardeo a Serbia en la última de las guerras, la de Kosovo.

¿Era una o eran varias guerras? ¿Cómo determinar la naturaleza de cada una? Parafraseando a Lenin intentaron explicar la guerra *sin relacionarla con la política precedente de este o aquel Estado, de ese o aquel sistema de Estados, de estas o aquellas clases*.

Yugoslavia: del triunfo contra el nazismo a la muerte de Tito

La *guerra de liberación* contra el Tercer Reich, el enorme respaldo social que fueron ganando en todo el territorio, desde Eslovenia hasta Montenegro, los *partisanos* comunistas encabezados por Tito, fue creando las condiciones para el triunfo de una revolución de liberación nacional y pergeñando la articulación de una estructura estatal federal de los pueblos eslavos. La victoria sobre los nazis abrió paso, a finales de 1946, a una Constitución que sellaba la unidad nacional al tiempo que confiscaba para el nuevo Estado los bienes de los alemanes y de todos los colaboradores, así como los transportes, el comercio al por mayor, el sistema bancario y las industrias esenciales. En abril de 1948 las nacionalizaciones se ampliaban al resto de los sectores industriales y comerciales. Un año después seguía el mismo camino la agricultura, dando paso a las colectivizaciones.

Estas medidas se acompañaban con la imposición de un régimen de partido único y la conformación de un sólido aparato represivo, a cuyo frente estaba la OZNA, la policía secreta.

Pero Yugoslavia, a diferencia de buena parte de las llamadas “*Democracias populares*”, no había sido liberada del nazismo por la intervención de las tropas soviéticas, sino por una revolución propia. El enorme aparato del Partido Comunista encabezado por Tito estaba dispuesto a imponer su propio “modelo”, el del “*socialismo autogestionario*”, lo que generó tensiones con la burocracia dirigida por Stalin y hasta la ruptura entre ambos países y la expulsión de Yugoslavia de la Internacional (Kominform), ruptura que se mantendría entre 1948 y 1955. No faltaron desde Moscú las acusaciones de “trotskismo” a Tito, pese a que los dirigentes comunistas yugoslavos se habían prodigado en aniquilar físicamente a los dirigentes de la *Oposición de izquierdas*.

Estos hechos marcaron una diferencia notable entre Yugoslavia y el resto del Este europeo, entre otras, sus relaciones económicas y políticas con los países imperialistas y con otros países capitalistas en torno al llamado movimiento de los “*No Alineados*”.

El llamado sistema de la “*Autogestión*” dejaba que las empresas tuvieran competencias para buscar clientes en el exterior, fijar sus propios objetivos, buscar la mayor rentabilidad y productividad, y hasta coordinarse con empresas de su sector para reducir costes, aumentar beneficios y fijar reparto de los salarios. Aparecían así verdaderos monopolios industriales y un estrecho vínculo entre estos sectores y la economía de los países imperialistas. Las ayudas económicas, en forma de inyecciones de capital anglo-norteamericano, fueron notables entre 1955 y 1965. En los años ’50 se calcula que éstas superaron los 2.000 millones de dólares, sin contar el equipamiento de una importante parte del ejército yugoslavo. En 1952 los intercambios con los países capitalistas equivalían prácticamente a los realizados en 1948 con el bloque soviético. El crecimiento industrial yugoslavo estuvo en esos años entre los más elevados del mundo.

Pero desde el inicio de los años ’60 el crecimiento comenzó a ralentizarse, el déficit comercial y las tensiones inflacionistas golpearon el entramado económico del país y afloraron así las tensiones entre los partidarios de estrechar lazos con los EEUU, liberalizar la economía y someterse más a los designios del FMI y el Banco Mundial y los partidarios de reforzar el control centralista. La rebaja de las tasas aduaneras y la devaluación del *dinar*, así como algunas modificaciones legales, mostraron que la mayor parte del aparato burocrático se inclinaba por la primera de las orientaciones.

Las distintas corrientes políticas comenzaron así a significarse nacionalmente. Mientras las autoridades de Eslovenia y Croacia, las nacionalidades industrialmente más desarrolladas, auspiciaban medidas más liberalizadoras y exigían más autonomía de sus respectivas repúblicas, las autoridades serbias encabezaban a los que alegaban por una mayor centralización de la República Federal.

La crisis económica obligó a aplicar el primer plan de choque en 1963. La reforma de la Constitución, ese mismo año, auspiciaba el proceso liberalizador al tiempo que ampliaba sus relaciones internacionales. Yugoslavia ingresaba como observador en el CAME (*Consejo de Ayuda Mutua Económica*) mientras continuaba sus tratos con la Comunidad Económica Europea y admitía capital extranjero en las empresas hasta un 49% de la propiedad de la misma. Esta política fue definida a mediados de los años '60 en la fórmula de las "cuatro D" (*descentralización, desestatalización, despolitización y democratización*), fórmula que pretendía avanzar en la integración de la economía yugoslava, en el sistema mundial, liberalizando precios y otorgando más capacidad resolutoria a las empresas, para mejorar la competitividad. La descentralización de la dirección económica cobró un notable impulso aunque, en realidad, se había iniciado ya en los años '50, cuando la gestión y control de las industrias textiles, la electricidad, las químicas y la mayor parte las industrias de bienes de consumo habían pasado de manos federales a las repúblicas.

Toda esta política fue propiciando una **cada vez mayor desigualdad entre las repúblicas**. Bosnia- Herzegovina, Kosovo o Macedonia iban ocupando cada vez más el furgón de cola de la Federación, frente a las pujantes Eslovenia y Croacia.

Esas tensiones crecientes entre los sectores de la burocracia de las distintas Repúblicas adoptaron, ya desde finales de los años '60, expresiones políticas como el llamado "*Movimiento Nacional Croata*" o la dimisión en pleno del gobierno esloveno en 1966.

La crisis económica mundial de los años '70 aceleró todos los males endémicos de Yugoslavia. El año de 1974 fue desastroso. Con una inflación de 25% y la balanza de pagos en aumento continuo del déficit, la deuda exterior (que sobrepasaba ya los 2.300 millones dólares en 1970) alcanzaba los 6.880 millones de dólares. El recurso del aumento del endeudamiento, vía, entre otros, un acuerdo comercial suscrito con la Comunidad Económica Euro-

pea, las divisas llegadas de la emigración de los trabajadores yugoslavos hacia Alemania, Suiza..., y la represión a los movimientos sociales de protesta fueron las recetas para intentar salvar la situación de un régimen en crisis.

De la muerte de Tito al final del régimen

Tito, apoyado en su enorme prestigio y el férreo apoyo del Ejército federal, sustentado esencialmente en militares serbios, fue un *Bonaparte* sujetando la unidad de la Federación, recurriendo a las concesiones “descentralizadas”, al palo directamente, o combinando ambas medidas.

Su muerte, en mayo de 1980, aceleró sin duda la descomposición completa del régimen yugoslavo.

Atrapado en una deuda externa que superaba en 1980 los 20.000 millones de dólares, con la capacidad financiera del Estado agotada, el gobierno federal apeló a un plan de recortes y a la restricción de productos de primera necesidad, mientras el paro aumentaba vertiginosamente, el recurso a la emigración se había agotado y las condiciones de vida de la población se deterioraban a marchas forzadas. Las desigualdades entre las repúblicas siguieron creciendo. Por dar algunos datos, en 1984 el salario medio en Kosovo era 23% inferior a la media de la Federación, mientras que en Eslovenia era, en cambio, 35% superior a esa media. Años después, la renta per cápita en Eslovenia era dos veces superior a la media de la Federación y multiplicaba por cuatro la de Kosovo.

Las tensiones sociales fueron en aumento, y expresión de eso fueron las huelgas y manifestaciones en Kosovo, en marzo de 1981, que acabaron a finales de ese mes en una auténtica revuelta popular de obreros y estudiantes donde la exigencia de Kosovo como República se unía a las reivindicaciones sociales.

El gobierno federal presidido por Milka Planinc, para pagar la deuda externa puso en marcha, por dictado del FMI, un plan de medidas drásticas de austeridad. El control de la inflación, el pago de la deuda, la reducción de importaciones, la reconversión de sectores industriales, la estabilización de la moneda y acabar con las subvenciones a determinados productos básicos, fueron las líneas maestras de este plan que sólo hizo espolear la bronca social y las huelgas en todos los territorios, incluida la propia Serbia. Planinc, como Ceaucescu, los dictadores latinoamericanos de entonces o los gobier-

nos europeos de hoy, estaba dispuesto a pagar la deuda con el hambre del pueblo.

Lejos de mejorar, la situación económica siguió deteriorándose, la inflación aumentaba en 1986 en un 150%. En 1987 los créditos dejaron de llegar y la crisis espoleaba los ánimos de la población contra todo el régimen y el mal llamado “*socialismo autogestionario*”.

La crisis de la Liga de los Comunistas (LC), el partido del régimen, fue paralela a todo el proceso de deterioro político y social. Entre 1980 y 1987 la LC perdió más de 800.000 miembros.

La burocracia, descompuesta, enfrentada, e incapaz de dar una salida unificada al proceso, comenzó a radicalizar en cada lugar su discurso nacionalista en busca de base social. A finales de los '80 Yugoslavia era ya, de hecho, un Estado en completa crisis social y política, y fragmentado en varios Estados nacionales, aunque formalmente la Liga de los Comunistas subsistió hasta su XIV Congreso, en mayo de 1990, donde definitivamente estalló, y con ella el resto de las instituciones del Estado.

El nacionalismo serbio y Milosevic

El derrumbe de los regímenes stalinistas a finales de los años '80, escenificados en la caída del muro de Berlín, fue el golpe de gracia para una Yugoslavia rota en los hechos. En medio de una descomunal crisis, donde el PNB se había reducido a más de la tercera parte respecto de finales de la década anterior, de un desempleo que alcanzaba a casi la mitad de la población activa, y de penurias sin límites que se multiplicaban por el racionamiento de los productos de primera necesidad, con un tercio de la población en el umbral de la pobreza, en medio de huelgas y protestas sociales, surge un sector de la burocracia encabezado por el serbio Slobodan Milosevic, apoyado en una alianza de la vieja burocracia serbia reconvertida en Partido Socialista de Serbia (PSS), el ejército federal de mayoría serbia, los monárquicos serbios, los chétnics, y la iglesia ortodoxa, que plantea como solución a una crisis de desintegración, la “defensa de la Federación”.

En el supuesto (aunque ése es otro debate que excede los propósitos de este artículo) de que Yugoslavia haya sido alguna vez otra cosa que un estado capitalista, conviene remarcar que toda **la burocracia yugoslava fue siempre restauracionista del capitalismo**. Con la crisis abierta en los años '80, la di-

ferencia estriba en que mientras unos se asentaron en una legítima demanda popular –el derecho de autodeterminación de las nacionalidades– para canjearse el apoyo social, la burocracia serbia buscó su base social entre los que querían preservar la Federación imponiendo, vía decretos primero y *manu militari* después, el proyecto anexionista de la Gran Serbia.

Ya en septiembre de 1986, con la llegada de Slobodan Milosevic al poder, un Memorándum elaborado por la *Academia Serbia de Ciencias y Artes* señalaba el “*retorno a la dirección centralizada*” como la única salida. Al tiempo que se defendían las tesis de Gorbachov, se señalaba la necesidad de defender los derechos de los serbios de toda la Federación, “*claramente marginados*”. Todos los serbios de la Federación “*debían unir sus voluntades en favor de sus intereses como pueblo, para terminar con situaciones ignominiosas*”. Se trataba de preservar la “*unidad económica*” para iniciar la “*transición sobre la pautas del libre mercado*”. El ideal de la “Gran Serbia” tomaba nuevos bríos.

En 1987, ante una manifestación en Belgrado de más de un millón de personas, Milosevic aparecía como el gran defensor de la Federación en nombre del nacionalismo serbio.

En los primeros meses de 1989 la Asamblea de Serbia introdujo en la Constitución de la República una serie de enmiendas que ponían fin a la autonomía de Kosovo y Voivodina. En Kosovo, las huelgas y manifestaciones de estudiantes y trabajadores contra esa decisión fueron sofocadas en forma violenta y al tiempo que se encarcelaba a los dirigentes de las protestas.

La repuesta del resto de las nacionalidades no se hizo esperar. Entre 1990 y 1992 las Repúblicas de Eslovenia, Croacia y Bosnia-Herzegovina impulsan elecciones en las que triunfan las organizaciones nacionalistas; primero convocan referéndums en donde obtienen un amplísimo apoyo a la independencia, y proclaman su independencia después.

Las autoridades serbias, en octubre de 1991 excluyen de la presidencia de la Federación de la República a los representantes de las cuatro Repúblicas independentistas y se hacen con el control de la misma decretando el “Estado de guerra”.

En junio de 1991 estalla la primera guerra, la de Serbia, contra la proclamada República Independiente de Eslovenia. El fracaso de esta guerra de ocupación contra la recién independizada Eslovenia acabó apenas 15 días después con la firma de la llamada *Paz de Brioni*, auspiciada por EEUU y la

CEE (*Comunidad Económica Europea*). Las tropas serbias se retiran no sin concentrar esas mismas tropas contra la vecina Croacia, en donde se centró el escenario bélico de la segunda guerra de ocupación, entre julio de 1991 y (formalmente) enero de 1992. En marzo de 1992 el proyecto de la Gran Serbia conducía a la tercera guerra, la más brutal de todas, la desarrollada contra Bosnia-Herzegovina.

En todas ellas fue el ejército serbio el que emprendió la agresión, al tiempo que organizaba grupos paramilitares y/o milicias serbias en el interior de Croacia y Bosnia.

Durante 40 meses el pueblo bosnio tuvo que soportar las arremetidas de las tropas serbias. Más de 250.000 muertos y cerca de 3 millones de desplazados son algunas cifras de esta sanguinaria actuación de las tropas de Milosevic que llevaron a cabo la “limpieza étnica” en el corazón de Europa.

Recordando a Clausewitz y su insistencia en la relación entre fin y medios, bastaba observar las acciones militares del ejército serbio para entender la naturaleza de esa guerra. Quienes tuvimos ocasión de participar de ella y recorrer el escenario bélico relatamos en varias ocasiones la perplejidad que provocaba ver el ensañamiento del ejército y las milicias serbias con la población, la destrucción de los pueblos que ofrecían resistencia, al tiempo que las fábricas quedaban intactas. La artillería serbia disparaba con criterio político –en una guerra de ocupación, las fábricas y los medios de producción debían preservarse, eran el mejor botín de guerra, parte esencial de esa “*acumulación originaria de capital*”–.

Las tres guerras citadas, que asolaban los Balcanes, comenzaban así a mezclar guerras de naturaleza distinta. En medio de una enorme **guerra civil** se desarrollaba una **guerra de ocupación serbia** o, dicho de otro modo, **guerras de liberación nacional** de los pueblos esloveno, croata, bosnio y kosovar.

La política del imperialismo

¿Cuál fue la política de las grandes potencias imperialistas? Estados Unidos y la Comunidad Económica Europea apostaron desde el inicio por la “unidad de la Federación”. Como se demostraría en China, su proyecto era preservar la máxima unidad del viejo Estado y el régimen del partido único para garantizar, sin sobresaltos sociales y sin contagio de los mismos a otros

países, el proceso de **recolonización de Yugoslavia**. EEUU y la CEE fueron conscientes de que la deriva que tomaba el conflicto amenazaba con espolear a toda Europa el **problema de las nacionalidades** y su derecho a la autodeterminación. Recordando aquella vieja afirmación, se trataba de “*europizar los Balcanes para evitar la balcanización de Europa*”

Hasta que estallara la guerra de Serbia contra Eslovenia el imperialismo puso todo su empeño en preservar esa unidad de la Federación. “*Los gobiernos occidentales y demás centros de decisión de la política internacional creyeron que el futuro de los pueblos yugoslavos pasaba indefectiblemente por el mantenimiento de la Federación*” (R.M. Martín de la Guardia).

Fue explícito el apoyo del FMI y el Banco Mundial a los planes citados del gobierno federal de Milka Planinc, como lo fue, hasta su estrepitoso fracaso electoral en 1990, el apoyo al “reformista” primer ministro, Ante Markovic. Durante todo ese período, EEUU y la CEE presionaron a los distintos sectores para la búsqueda de un acuerdo que preservara la Federación. La negativa de Milosevic a reconocer otro presidente de la Federación que no fuera serbio acabó haciendo estallar entre marzo y mayo de 1991 la presidencia federal que debía corresponder al croata S. Messic. Eran los prolegómenos de la guerra. La guerra, sin embargo, hizo volar por los aires los planes iniciales y abrió diferencias en las filas del imperialismo. Si bien, inicialmente, todos se negaron a reconocer a las nuevas Repúblicas, los lazos económicos y políticos de las repúblicas más desarrolladas de la ex Yugoslavia –Eslovenia y Croacia– con Alemania animaron a ésta y a Austria a reconocer la independencia de ambas.

Estados Unidos y parte de la CEE, mientras tanto, mantenían su proyecto de unidad de la Federación. La Conferencia de Paz sobre Yugoslavia, alentada desde la ONU, entre setiembre y noviembre de 1991, fue fiel ejemplo de ese empeño, aunque acabaría en fracaso.

Prueba de esta política fue que, mientras las tropas serbias proseguían sus agresiones y se centraban ya en Bosnia, Milosevic designa como primer ministro a un hombre directo del imperialismo, el empresario serbio afincado en los Estados Unidos, Milan Panic.

Sin embargo, los dirigentes serbios, con Milosevic al frente, y con el apoyo de los nacionalistas de extrema derecha, el Partido Radical Serbio (PRS) y la Iglesia Ortodoxa, prosiguieron su política expansionista, decididos a impedir que Bosnia y Kosovo siguieran los pasos de Eslovenia y Croacia. Fra-

casado el proyecto de la “Gran Serbia” se trataba de preservar una nueva Federación Yugoslava bajo la misma óptica expansionista serbia.

En medio de ese panorama, el imperialismo presiona a Milosevic mediante resoluciones de la ONU que excluyen a Yugoslavia de la ONU y, meses después, autoriza el bloqueo de armas.

Preparaban así el escenario para el siguiente paso: el envío de tropas de la ONU, de los cascos azules como “fuerzas de interposición”. ¿Representaban esas decisiones un cambio completo en la política imperialista? ¿Era una agresión a Serbia y los marxistas debían pues posicionarse contra el imperialismo, del lado de Serbia?

El embargo de armas y la actuación de los cascos azules dejó muestras palpables de que el imperialismo seguía apostando por el acuerdo para preservar la Federación Yugoslava. Ambas medidas eran, sin duda, una intervención militar del imperialismo, y daban el primer paso para la aparición, meses más tarde, con el estallido del conflicto kosovar, de una nueva guerra, ésta de naturaleza imperialista. Pero tanto el bloqueo de armas como el envío de los cascos azules atentaba, por encima de todo, contra la resistencia de las Repúblicas que no habían escapado al yugo de Belgrado.

El ejército serbio, el mejor armado y preparado, gracias al bloqueo preservaba su superioridad militar frente a la casi desarmada *Armija* bosnia o a la resistencia en Kosovo. Las tropas de “interposición” legitimaban la rapiña serbia, al igual que las tropas de “interposición” de la ONU han legitimado la rapiña sionista en Líbano, al mantener el estatuto de los territorios “conquistados”.

El Plan Vance-Owen, auspiciado por el imperialismo con Serbia y Croacia, legitimaba la cantonalización de Bosnia-Herzegovina, repartiendo 70% de su territorio entre Serbia y Croacia. Bastaba pues, recordando a Clausewitz, acompañar las acciones militares del imperialismo para ver cuál era el objetivo político de esa intervención.

La prueba más vergonzante de esa política imperialista tuvo lugar en Srebrenica. Las fuerzas holandesas de la ONU, encargadas de las “zonas de seguridad”, desarmaban a las tropas bosnias en esa ciudad. Ante sus propios ojos y en medio de la pasividad más completa, las milicias serbias, los chétniks, entraban el 11 de julio de 1995 en Srebrenica, dejando un reguero de miles de muertos (entre 9.000 y 11.000, según las fuentes) y más de 30.000 refugiados.

A finales de 1995, EEUU encargaba a su hombre para los Balcanes, Richard Holbrooke, la elaboración de un *“nuevo plan de paz”*. Con el apoyo de la Unión Europea y de la ONU, el hombre de la Casa Blanca reunía a los presidentes de Serbia, Croacia y Bosnia-Herzegovina. El 1 de noviembre de 1995 comenzaba en Dayton (en el Estado norteamericano de Ohio) la última ronda de esas conversaciones. Tres semanas después, S. Milosevic (Serbia), F. Tudjman (Croacia) y A. Izetbegovic (Bosnia-Herzegovina) rubricaban la *“Paz de Dayton”*, un acuerdo en virtud del cual las *“Cuestiones de Seguridad militar”* pasaban a ser responsabilidad de las Fuerzas de Implementación (IFOR) bajo control de la OTAN, cuyo cometido era hacer cumplir, *“incluso por la fuerza”*, el acuerdo de paz, y *“establecer zonas de separación desmilitarizada entre los antiguos adversarios”*. Bosnia-Herzegovina quedaba partida en dos *“Entidades autónomas”*, en las que 49% quedaba en la llamada Federación Serbio-Bosnia, dependiente, de hecho, de Belgrado.

Quedaba así legitimada la partición de Bosnia, la limpieza étnica; se preservaba todo lo que se podía la *“Federación”* bajo designio serbio, y se avalaba en forma unánime la instalación de un enclave militar de la OTAN en el corazón de Europa.

Puestos a no tener ni el menor rigor a la hora de definir la naturaleza de cada guerra, en medio de tan complejo panorama la *“izquierda”* naufragaba en el conflicto de la ex Yugoslavia. Para unos, la intervención imperialista, con sus cascos azules, debía ser apoyada por razones *“humanitarias”* y sería *“progresivo”* para el pueblo bosnio, pues lo defendería de las depredadoras fuerzas de Milosevic. La matanza de Srebrenica fue todo un ejemplo para estos amigos del imperialismo. Ni EEUU ni la CEE tuvieron jamás otro propósito político que garantizarse la recolonización de Yugoslavia e impedir que prosperara en un continente, donde el problema nacional está permanentemente presente, el ejercicio del derecho de autodeterminación de los pueblos. Y, para ello, estaban dispuestos a apostar por preservar todo lo que se pudieran de la Federación, a costa del eslabón más débil, el pueblo bosnio. Apoyar la intervención de la ONU sólo favorecía el proceso de recolonización, ahogando las legítimas demandas sociales y democráticas de liberación nacional de los pueblos. La presencia de las tropas del imperialismo, así fuera hasta ese momento como *“fuerzas de interposición”*, sólo facilitaba la conversión de estos nuevos países en semicolonias o directamente en enclaves militares de la ONU-OTAN. ¿Cómo apoyar si no al pueblo bosnio?, nos re-

criminaban tan humanitarios defensores de la intervención imperialista, y cuando les contestábamos diciendo: ¡enviando ayuda material y exigiendo a los gobiernos armas para el pueblo bosnio!, nos tildaban de “militaristas”.

En el otro polo de esa debacle estaban los amigos confesos e inconfesos de Milosevic. Para ellos, en especial para todas las corrientes vinculadas al stalinismo, parafraseando a Lenin, les bastaba con “*el enemigo ataca*”, y con eso sobraba para fijar como posición “antiimperialista” el apoyo a Milosevic contra “*la agresión imperialista*”. El papel de las burocracias restauracionistas, las agresiones de Serbia al resto de las repúblicas, el objetivo político de EEUU, y con él, el de la mayor parte de la CEE, la reivindicación de soberanía de las repúblicas... todo eso no merecía ser tenido en consideración; bastaba con recordar que Milosevic era parte del “campo progresivo”.

Así, desconocieron y silenciaron, cuando no justificaron, la limpieza étnica y las matanzas del ejército serbio y sus fuerzas paramilitares, apoyaron a la burocracia más criminal y convirtieron en cenizas sus palabras de defensa del derecho a la autodeterminación de los pueblos.

La prueba de fuego: la guerra en Kosovo y la intervención de la OTAN

Con la firma de la Paz de Dayton las potencias imperialistas apostaban por la solución final del conflicto de la ex Yugoslavia. Sin embargo, la realidad distó mucho de ese pronóstico.

Kosovo, con dimensiones similares a Asturias (11.000 km²) y dos millones de habitantes, 90% de origen albano-kosovar, no contó entre 1945 y 1974 con ningún reconocimiento en la Federación Yugoslava. El descontento no tardó en mostrarse, en especial en los años '60. En 1974, con la reforma de la Constitución, Kosovo y Voivodina pasaron a tener la condición de regiones autónomas dentro de la República Serbia.

Para los serbios, Kosovo conservaba un valor histórico “nacional” por ser allí donde el reino serbio fue derrotado por el imperio otomano hace más de seis siglos atrás. Más allá de ese valor para el nacionalismo serbio, Kosovo contaba con yacimientos mineros y con una importante producción de energía eléctrica.

El 28 de junio de 1989 Milosevic convocó a acudir a Kosovo Polje, en el centro de Kosovo, a todos los serbios de Yugoslavia, para un multitudinario

acto (se habló de más de un millón de personas) para conmemorar el 600 aniversario de la *Batalla de Kosovo*. En el llamado discurso de Gazimestan, Milosevic exhortó a la defensa nacional de los serbios contra el resto de las nacionalidades, lo que fue considerado por muchos, en especial por el pueblo albanos-kosovar, como una declaración de guerra.

Como ya hemos citado, en 1989, en virtud de una decisión anticonstitucional, el gobierno serbio abolió la condición autónoma de Kosovo y Voivodina. Esa decisión, además del enorme calado político, representó la disolución del parlamento kosovar, la prohibición de la enseñanza en albanés –la lengua hablada por 90% de la población–, la expulsión de sus puestos de trabajo de todos los albaneses que trabajaban en la economía pública –250.000 personas–, la eliminación de periódicos, radio y televisión de habla albanesa, y la expulsión de 800 profesores y más de 20.000 estudiantes de la Universidad de Pristina. Se inauguraba así lo que se ha dado en llamar un procedimiento de *apartheid*, que era acompañado por la imposición de la ley marcial.

Durante siete años, 1989-1997, el descontento popular, las huelgas y las manifestaciones fueron canalizadas por la oposición albanos-kosovar, quienes, alentados por un grupo de intelectuales, conformaron en 1989 la *Liga Democrática de Kosovo*, al frente de la cual se puso el Presidente de la *Asociación de Escritores de Kosovo*, Ibrahim Rugova. Alentado por Rugova y la LDK, se fue conformando un movimiento de “*desobediencia civil, no-violenta*”. Ese movimiento celebró elecciones, en la clandestinidad, encaminadas a elegir un parlamento, organizó un referéndum, y proclamó la independencia el 2 de julio de 1990. Se articuló, en la clandestinidad, un sistema educativo y un sistema sanitario del que formaron parte los miles de maestros y trabajadores de la salud despedidos.

Rugova alentó la desobediencia “civil pacífica”, justo en los años en donde el ejército serbio atacaba al resto de las Repúblicas, convencido de que los acuerdos de paz finales que se alcanzaran incluirían el reconocimiento de Kosovo.

No obstante, la Paz de Dayton, que ponía fin al conflicto en Bosnia, ni mencionaba a Kosovo. Se mostraba así que la política del imperialismo, con el acuerdo de Milosevic, era zanjar el conflicto preservando todo lo posible la Federación bajo mando serbio.

Pero los trabajadores y, en especial, la juventud albano-kosovar no dieron por buenos ni los acuerdos de Dayton ni los resultados de una resistencia pacífica que veía burocratizarse las instituciones paralelas, que veía crecer la desigualdad y la miseria al tiempo que se desarrollaba un sector al amparo de las privatizaciones de la actividad económica.

El ejército y los paramilitares serbios jamás cesaron en la represión, pero ahora, tras los acuerdos de paz, tendrían más recursos para concentrarlos en Kosovo. Es en ese marco que un sector de la juventud se radicaliza y comienza a engrosar las filas del recién creado (abril 1996) UCK, el *Ejército de Liberación de Kosovo*. La respuesta armada a la agresión serbia abre así un escenario de *guerra de liberación nacional*.

En el otro lado, al interior de Serbia, en el otoño de 1997 se celebran elecciones y el resultado de ellas es la configuración de un gobierno de coalición en el que, junto al partido de Milosevic –el Partido Socialista–, está presente el Partido Radical, de Vojislav Seselj. Sumido en una profunda crisis económica y el deterioro de siete años de guerra contra el resto de las nacionalidades, y reprimida la oposición interna a esa política, el nacionalismo gran serbio, de tintes fascistas, campa a sus anchas.

En 1998 el conflicto de Kosovo entra en un estadio distinto. A finales de 1998 se cuentan ya por miles los muertos y por centenares de miles los refugiados. Con los refugiados desplazándose a la vecina República de Macedonia, la situación amenaza con reavivar el reciente conflicto y con ampliarse a Macedonia y Albania, e involucrar a Grecia y Bulgaria. El conflicto en Kosovo amenaza, entonces, con la desestabilización de toda la región.

Los acontecimientos en Albania, la caída estrepitosa del régimen, con la llamada *crisis piramidal*, echa leña al fuego de la crisis del área y libera, además, miles de armas de la descompuesta policía y del ejército albanés. **Es con este panorama, cuando ni los serbios ni el ELK parecían capaces de una victoria militar que cerrara la situación, que EEUU, la OTAN y la Unión Europea resuelven intervenir de lleno para forzar la situación a un acuerdo político.**

La conferencia de Rambouillet (febrero-marzo de 1999), impulsada por el imperialismo y con el apoyo de Rugova, resuelve proponer un acuerdo basado en el establecimiento de una autonomía de Kosovo, que incluiría elecciones libres, el cese del fuego y una futura conferencia donde se establecería la “*presencia internacional en la región*”.

Espoleado por el nacionalismo serbio, el régimen de Belgrado resuelve no firmar el acuerdo. El 24 de marzo de 1999 las tropas de la OTAN bombardean Belgrado. Comienza así una nueva guerra, ésta de agresión imperialista.

Milosevic comenzaba, de esta forma, el mismo camino que esos sátrapas como Sadam Hussein o, en el presente, Gadafi, que fueron apoyados por el imperialismo y fueron sus hombres durante toda una etapa, hasta que incapaces de resolver su tarea principal –preservar la estabilidad en el área–, y negándose a retirarse sin ruido, como Mubarak, Estados Unidos y la Unión Europea los atacan porque pasan de ser una solución a ser una traba absoluta para sus planes.

Durante las diez semanas que duraría esta guerra, la aviación de la OTAN y los misiles tomahawks centraron sus ataques en la infraestructura serbia: puentes sobre el río Danubio, fábricas, centrales eléctricas, instalaciones de telecomunicaciones, y hasta contra la sede de los “socialistas” yugoslavos (el partido político dirigido por la esposa de Milosevic).

Las bajas civiles producidas durante los ataques de la OTAN se estiman entre 1.200 y 5.700 civiles, según las autoridades serbias, y en 500 según *Human Rights Watch*. Con respecto a las fuerzas militares yugoslavas, la OTAN estima que un máximo de 5.000 bajas ocurrieron durante el conflicto, mientras que los serbios dieron la cifra de 576 efectivos muertos (462 soldados y 114 policías). Después de finalizada la guerra se desenterraron cerca de 4.500 cuerpos, en su mayoría de albaneses. Se estima que el total de bajas albanesas se acerca a los 10.000 muertos. Estas cifras, difíciles de constatar, siguen siendo polémicas en la actualidad.

Dado que no hubo combates terrestres en los que participaran las fuerzas de la OTAN, sus bajas fueron muy reducidas. La mayoría de ellas ligadas a operaciones aéreas y a accidentes ocurridos durante los combates. La destrucción producida en las fuerzas yugoslavas tampoco fue muy grande.

El 3 de junio, Milosevic cedía y aceptaba las principales exigencias de la OTAN: *cese inmediato de la violencia y de la represión en Kosovo; retirada rápida y verificable de todas las fuerzas armadas de la región; despliegue en Kosovo de fuerzas internacionales civiles y de seguridad bajo la supervisión de la ONU –fuerzas que estarían formadas esencialmente por la OTAN bajo mando y control únicos–; establecimiento de una administración provisional para Kosovo, decidida por el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, bajo*

la cual el pueblo de Kosovo podría disfrutar de una autonomía sustancial en el seno de la RFY; tras la retirada militar yugoslava, un número convenido de personal yugoslavo sería autorizado a regresar; retorno asegurado de todos los refugiados; desarrollo de un proceso político que llevara a una administración propia para Kosovo según los principios de soberanía e integridad territorial de la RFY y de otros Estados de la zona, así como el desarme del ELK.

Medidas todas ellas que iban acompañadas de un pomposo compromiso sobre de “un plan de estabilización y desarrollo económico de la región en crisis; las actividades militares de la OTAN finalizarían cuando se aceptasen los principios anteriores, especialmente cuando diese comienzo la retirada verificable de las tropas yugoslavas de Kosovo”.

El resto de la historia ya es más conocida. Kosovo se convirtió en un enclave militar de la OTAN que alcanzó su independencia formal en abril de 2008, independencia no reconocida aún hoy por muchos países, incluso España.

Quienes entendimos que en Kosovo y Yugoslavia se libraban a un tiempo dos guerras, una de *liberación nacional del pueblo albano-kosovar* y otra de *agresión imperialista*, repudiamos el ataque de la OTAN en nombre, precisamente, del derecho de los pueblos a su liberación nacional y social y alertamos que el desarme de la resistencia kosovar y el acuerdo de paz estaban al servicio de los planes de EEUU y la UE de estabilizar el área, recolonizar el territorio e imponer enclaves militares en el corazón de Europa. Ese apoyo al pueblo albano-kosovar, como antes lo había sido al bosnio y el repudio a la intervención imperialista y al nacionalismo gran serbio, se expresó en una consigna: NI OTAN NI MILOSEVIC. Por ello fuimos tildados, por los amigos de Milosevic, de NI-NIS. Un calificativo resucitado hoy cuando repudiamos el ataque de la OTAN a Libia y apoyamos la insurrección popular contra Gadafi.

A modo de conclusión

Hoy, cuando vivimos sumergidos en una crisis económica sin precedentes, cuando los pueblos se revelan y aparecen procesos revolucionarios como los del norte de África y Oriente Medio, es bien cierto que la política del imperialismo apuesta por la *reacción democrática*, por ahogar en las vías de la “negociación” y los “acuerdos” las justas demandas sociales y democráticas

de los trabajadores y los pueblos del mundo. Pero en ese contexto, la tenacidad de esas luchas de los pueblos, unida a la hecatombe de los dictadores que preservaron durante décadas la estabilidad, y a las dificultades del imperialismo, hace que guerras y revoluciones estén a la orden del día. No puede sorprender que guerras civiles e intervenciones imperialistas se solapen. La complejidad de la situación política se verá acompañada por la complejidad en la naturaleza de los conflictos militares. Para orientarse en medio de ese panorama, los marxistas revolucionarios estaremos obligados a “*estudiar la política que precede a la guerra, la política que lleva y ha llevado a la guerra*” y recordar siempre a Lenin y Clausewitz, para no olvidar que “*hay guerras y guerras*” y que “*la guerra no es sino la continuación de la política por otros medios*”.

Marxismo y Religión

“Debemos luchar contra la religión. Esto es el abecé de todo materialismo y, por tanto, del marxismo. Pero el marxismo no es un materialismo que se detenga en el abecé. El marxismo va más allá. Afirma: hay que saber luchar contra la religión, y para ello es necesario explicar, desde el punto de vista materialista, los orígenes de la fe y de la religión entre las masas”.

(V.I. Lenin)

CONTENIDOS

Por una interpretación materialista sobre el origen y los fundamentos de la religión	123
Sobre la historia del cristianismo originario	127
El socialismo y las iglesias	151
Socialismo y religión	175
La actitud del partido obrero hacia la religión	181

POR UNA INTERPRETACIÓN MATERIALISTA SOBRE EL ORIGEN Y LOS FUNDAMENTOS DE LA RELIGIÓN

Cecília Toledo (Brasil)

La religión ha encontrado un terreno fértil para desarrollarse. En la medida en que aumenta la explotación de los trabajadores, que hoy, con el imperialismo, alcanza niveles muy superiores a los del inicio del capitalismo; en la medida en que esa explotación trae todo tipo de secuelas, sobre todo la destrucción de los valores humanos y la falta de perspectiva futura de una vida mejor en este mundo, más y más seres humanos depositan sus ilusiones en una de las millones de iglesias y sectas religiosas que proliferan por el mundo. El crecimiento vertiginoso de las religiones, que llevan más y más masas a las calles para pedir paz en la Tierra, para pedir por el fin de la miseria y de la violencia, es el mejor ejemplo de la falencia del sistema capitalista imperialista que el mundo soporta desde la Primera Guerra Mundial. El crecimiento de las iglesias, contradictoriamente, es un reflejo del atraso de las masas, mantenidas en el abandono de la ignorancia y de la súper explotación, que llevan a un proceso continuo de alienación de sí mismo y de los demás, como de una falta de esperanza en este sistema, un *volver la espalda* para una vida terrena que hace mucho desistió de apostar en el avance de la humanidad.

En Occidente, la Iglesia católica, aun asolada por escándalos de pedofilia, corrupción y enriquecimiento vergonzoso, continúa siendo una de las más fuertes y arrastrando a millones de fieles a rezar por sus inúmeros santos. Incluso no duda en canonizar nuevos padres y monjas, creando otros santos para que sean adorados por los fieles cuando éstos comiencen a dar señales de desmoralización. En Medio Oriente, el islamismo, como religión de Estado, y el judaísmo, se mantienen hace siglos y se renuevan en medio de la lucha de clases, sirviendo de escudos para las monarquías y los gobiernos pro-imperialistas, que utilizan las creencias de los pueblos para mejor someterlos, para lanzarlos unos contra otros, para dividir a los que luchan, como la mejor forma de reinar sobre todos.

Las iglesias y las religiones son muchas y cada día surgen nuevas, pero todas tienen un precepto común: aceptar las desgracias con la cabeza baja, como castigos a ser soportados en esta vida a cambio de una vida mejor en el paraíso. Esa idea, que de una u otra forma está embutida en todas las religiones, es el mejor antídoto contra la lucha de clases. Sin embargo, el materialismo histórico muestra que todo tiene un límite; los seres humanos soportan las desgracias sólo hasta el punto en que su supervivencia estuviere amenazada. Y, a pesar de que las religiones aún arrastran a millones de fieles, la lucha de clases está en ascenso, justamente en aquellos países en que la religión es un asunto de Estado. Un buen ejemplo de eso son las mujeres musulmanas que, aun con los velos islámicos en su cabeza, con la creencia de que son inferiores u otras ideologías religiosas clavadas en sus cerebros, están en las calles luchando contra las monarquías árabes y mostrando que quieren una vida mejor aquí mismo, sobre la Tierra. Aun con la condena de la Iglesia y manteniéndose religiosas, cada vez más mujeres en el mundo apelan al aborto cuando no pueden o no quieren tener hijos. Los ejemplos por la negativa también valen como prueba de que el discurso religioso ya no cala tan profundo cuando las condiciones materiales de vida hablan más alto. La Iglesia enseña que matar es pecado, pero nunca se mató tanto como hoy, sobre todo en las guerras imperialistas. La Iglesia enseña que robar es pecado, pero ella misma ya no consigue esconder tantos escándalos de corrupción, además de encubrir a gobiernos y burgueses corruptos hasta la médula.

La Iglesia, como una de las instituciones más importantes del Estado burgués, sufre los embates de la lucha de clases. En este dossier, *Revista Marxismo Vivo* trata este tema tan complejo y al mismo tiempo tan candente de nuestros días, como es el tema de la religión. En toda su historia, el marxismo dio gran importancia a esta cuestión buscando explicar de forma materialista la participación del proletariado en las distintas religiones, y el papel que ellas cumplieron en la lucha de clases y cómo sirvieron a las clases dominantes, en los diversos períodos históricos, para mantener su dominación.

Presentamos, en primer lugar, el texto de Friedrich Engels, *Sobre la Historia del Cristianismo Primitivo*, escrito en 1895. En él, Engels muestra que la historia del cristianismo primitivo tiene puntos muy claros de coincidencia con el moderno movimiento de la clase trabajadora.

Como, en el inicio el cristianismo, era originalmente un movimiento del pueblo oprimido, habiendo surgido primero como la religión de los esclavos, del pueblo destituido de todos los derechos, de las personas subyugadas o dispersas

por Roma. Engels recuerda que ambos, el cristianismo y el socialismo, pregonan la salvación futura de la miseria, pero mientras el cristianismo habla de esa salvación en una vida después de la muerte, el socialismo la plantea para aquí, para este mundo, en la transformación de la sociedad.

El segundo texto incluido en este dossier es *El Socialismo y las Iglesias*, de Rosa Luxemburgo, que data de 1905, cuando la primera fase de la revolución explotó en Rusia. Es una elaboración de Rosa hecha al calor de la revolución y que, por lo tanto, trae esa fuerza interna en cada uno de sus argumentos.

Rosa Luxemburgo, que vivía en Alemania, se dedicó a ayudar a dirigir el Partido Social Demócrata de Polonia y Lituania (PSDPL) y a difundir e interpretar las noticias de la Revolución Rusa entre la clase trabajadora alemana, escribiendo infinidad de folletos que eran leídos ávidamente por los trabajadores y activistas.

La Revolución de 1905 aproximó a muchos luchadores al partido, obreros e intelectuales que recibían un curso acelerado de teoría y práctica revolucionarias. Rosa se preocupaba por difundir al máximo posible las ideas marxistas, en responder a los problemas fundamentales de la lucha de clase y a desterrar algunos de los preconceptos más arraigados entre la clase trabajadora. El folleto intitulado *El Socialismo y las Iglesias* fue uno de los frutos de ese período, cuyo objetivo era explicar a los trabajadores polacos que estaban adquiriendo conciencia de clase, exactamente por qué la Iglesia es una institución reaccionaria, que se opone a la revolución, y cómo llegó a convertirse en una de las más ricas e inhumanas fuerzas de explotación de los trabajadores.

También data de 1905 el texto *Socialismo y Religión*, de V. I. Lenin, que publicamos luego del de Rosa Luxemburgo. En ese texto clásico y totalmente actual, Lenin parte de la premisa marxista de que toda la sociedad moderna está construida sobre la explotación de la enorme masa que forma la clase obrera por parte de una insignificante minoría de la población perteneciente a la clase de los capitalistas, para explicar el papel de la religión. Lenin analiza la religión desde el punto de vista de clase y no desde un punto de vista meramente filosófico, para mostrar que la opresión económica de los trabajadores es la fuente de todo tipo de opresión política, de humillación social, que oscurece y embrutece la vida espiritual y moral de las masas. Y en ese proceso, la religión es uno de los elementos de opresión espiritual que en todas partes oprime a las masas, agotadas por el perpetuo trabajo para los otros, por la necesidad y por el desamparo. Pero Lenin resalta la gran contradicción que engendra la religión: el esclavo que adquirió conciencia de su esclavitud y lucha por su liberación es ya

medio esclavo; el obrero consciente, formado en las grandes fábricas, tiene más condiciones de superar los principios religiosos, de comprender los avances científicos, de tener una comprensión materialista del mundo, y trata de conquistar para sí una vida mejor aquí, sobre esta tierra.

Otro texto imperdible de Lenin es aquel en el cual discute la *Actitud del Partido Obrero frente a la Religión*, escrito en 1909. Recuerda que la cuestión no es tan simple como parece. El marxismo siempre considera que todas las religiones e iglesias modernas, todas y cada una de las organizaciones religiosas, son órganos de la reacción burguesa llamados a defender la explotación y a embrutecer a la clase trabajadora. Ese principio llevó a la socialdemocracia a declarar que la religión debe ser tratada como asunto privado (Programa de Erfurt, 1891), o sea, de fuero íntimo, y no algo impuesto y controlado por el Estado. Sin embargo, para Lenin esa táctica se convirtió en una rutina, y llegó a engendrar una nueva distorsión del marxismo en el sentido contrario, el sentido oportunista. Según Lenin, la tesis del Programa de Erfurt comenzó a ser interpretada en el sentido de que nosotros, los socialdemócratas, nuestro Partido, considera la religión un asunto privado; que para socialdemócratas, como Partido, la religión es un asunto privado. No obstante, la socialdemocracia considera la religión como un asunto privado en relación con el Estado, pero de ningún modo con relación a sí misma, al marxismo y al partido obrero. “Debemos luchar contra la religión”, decía Lenin. “Ese es el abecé de todo materialismo y, por lo tanto, del marxismo. Pero el marxismo no es un materialismo que se detenga en el abecé. Él va más allá. Afirma: es preciso saber luchar contra la religión, y para eso es necesario explicar desde el punto de vista materialista los orígenes de la fe y de la religión entre las masas. La lucha contra la religión no puede limitarse a la propaganda ideológica abstracta; es preciso vincular esa lucha a la actividad práctica, concreta, de la lucha de clases, que tiende a eliminar las raíces sociales de la religión. Ningún folleto educativo será capaz de desarraigar la religión entre las masas que dependen de las fuerzas ciegas y destructivas del capitalismo, mientras ellas no aprendan a luchar unidas y organizadas contra esa raíz de la religión. El partido del proletariado exige del Estado que declare la religión un asunto privado, pero no considera “asunto privado” la lucha contra las supersticiones religiosas, por medio de la educación materialista y de la concientización de que la fuerza para transformar el mundo no está en ningún ser abstracto, superior, inaccesible, sino en sí mismo y en su clase.

SOBRE LA HISTORIA DEL CRISTIANISMO ORIGINARIO

F. Engels, 1894

I

La historia del cristianismo originario tiene un notable parecido con la del moderno movimiento obrero. Al igual que este último, el cristianismo fue en sus orígenes un movimiento de un pueblo oprimido: apareció por primera vez como la religión de esclavos y libertos, pobres privados de todo tipo de derechos, de pueblos subyugados o dispersos por Roma. Tanto el cristianismo como el socialismo obrero predicaban una futura salvación de la esclavitud y [de la] pobreza. El cristianismo ubica esta salvación en una vida en el más allá, después de la muerte, en el cielo; el socialismo lo ubica en este mundo. Ambos son perseguidos y acosados, sus adherentes son aborrecidos y objeto de leyes de exclusión: los primeros como enemigos de la raza humana, los últimos como enemigos del Estado, enemigos de la religión en el Imperio Romano Mundial. Pero a pesar de la persecución, ¡qué digo!, incluso alentados por ella, ellos forjaban su camino victoriosamente, irresistiblemente. Trescientos años después de su aparición, el cristianismo fue reconocido como la religión del Estado en el Imperio Romano Mundial, y en apenas sesenta años el socialismo se había ganado una posición que hacía que su victoria fuese absolutamente innegable.

Por ende, si el profesor Antón Menger se pregunta, en su *Derecho al Producto Completo del Trabajo*, ¿por qué, con la enorme concentración de propiedad de tierra bajo los emperadores romanos y el infinito sufrimiento de la clase trabajadora de aquel tiempo, compuesta casi exclusivamente de esclavos, “el socialismo no siguió a la caída del Imperio Romano del Occidente”, es porque no ve que este “socialismo” sí existió y de hecho, hasta donde resultaba posible en aquel tiempo,

llegó a ser dominante, en el cristianismo. Sólo que ese cristianismo, como no podía ser de otro modo dadas las condiciones históricas, no buscaba lograr las transformaciones en este mundo sino en el más allá, en el cielo, en la vida eterna después de la muerte, en el “milenio” inminente.

El paralelo entre los dos fenómenos históricos llama nuestra atención desde la Edad Media, cuando se dan los primeros levantamientos de los campesinos oprimidos y particularmente de los plebeyos urbanos. Estos levantamientos, como todo movimiento de masas de la Edad Media, necesariamente llevaban la máscara de la religión y aparecían como la restauración del cristianismo primordial en contra de la degeneración en auge.¹

Luego se unen bajo el profeta Mahdi para castigar a los apóstatas y restaurar la observación del ritual y la fe verdadera, y para apropiarse, como compensación, de los tesoros de los renegados. En cien años estaban prácticamente en la misma situación como los renegados habían estado; una nueva purga de la fe se imponía. Un nuevo Mahdi aparece y el juego comienza de nuevo. Esto fue lo que sucedió desde las campañas de conquista de los Almorávides y Almohade en España, hasta el último Mahdi de Khartoum, quien con tanto éxito aplastó a los ingleses. Algo parecido sucedió con los levantamientos en otros países mahometanos.

Todos estos movimientos se revisten de religión, pero sus raíces yacen en causas económicas; sin embargo, aun cuando son victoriosos, permiten que las viejas condiciones económicas permanezcan íntegras. De este modo, la vieja situación permanece incólume y las colisiones se dan periódicamente.

En los levantamientos en el Occidente cristiano, por el contrario, el disfraz religioso no es más que una bandera y una máscara para ataques contra el orden que se vuelve obsoleto. Al final, éste queda derribado, un nuevo orden se impone, y el mundo progresa.

Pero, siempre, detrás de la exaltación religiosa hay un muy tangible interés mundano. Esto se vio de la manera más clara en la organización de los Taboritas Bohemios bajo Jan Ziska, de gloriosa memoria; y esta característica prevalece

¹ F. Engels, “(...) una antítesis peculiar de ello fueron los levantamientos religiosos en el mundo mahometano, especialmente en África. El Islam es una religión adaptada a los orientales, es decir: por un lado, a los habitantes de las ciudades que se ocupaban en el comercio y la industria y, por el otro, a los beduinos nómadas. Es allí donde se encuentra el embrión de las recurrentes colisiones. Los habitantes de las ciudades se enriquecían, rellenaban de lujos, y se relajaba su observación de la ‘ley’. Los beduinos, pobres, y, por lo tanto, de una moral estricta, contemplaban esas riquezas y esos placeres con envidia y codicia”.

durante toda la Edad Media hasta desvanecerse después de la Guerra Campesina en Alemania, para renacer una vez más con los trabajadores comunistas, después de 1830. Los Comunistas Revolucionarios Franceses, como también Weitling y sus partidarios, se referían al cristianismo mucho antes de las palabras de Renan: “Si yo quisiera darles una idea de las comunidades de los primeros cristianos, les diría que busquen la sección local de la Asociación Internacional de Trabajadores”.

Este letrado francés, quien al mutilar la crítica alemana de la Biblia de un modo que no tiene precedentes ni siquiera en el periodismo moderno, escribió la novela sobre la historia de la Iglesia, *Originnes du Christianisme*, y no sabía cuánta verdad había en las palabras que acabo de citar. Me gustaría ver al viejo “Internacional” ser capaz de leer, por ejemplo, la llamada Segunda Epístola de Pablo a los Corintios sin que se reabran viejas heridas, al menos en un aspecto. Toda la epístola, desde el capítulo ocho en adelante, se hace eco de la vieja y ¡oh! tan conocida queja: *les cotisations ne rentrent pas* (las cotizaciones no entran). ¡Cuántos de los propagandistas más celosos de los sesenta no estrecharía con entusiasmo la mano del autor de aquella epístola, independientemente de quién pudiera haber sido y susurraría: “¡Así que ustedes también!”, nosotros también. Corintios fueron una legión en nuestra asociación; podemos cantar una canción acerca de las cotizaciones que no entraban, y nos tomaban el pelo cuando se alejaban flotando delante de nuestros ojos. Eran los famosos “millones de la Internacional”.

Una de las mejores fuentes sobre el tema de los cristianos originarios es Lucian de Samosata, el “Voltaire” de la antigüedad clásica, quien era igualmente escéptico con relación a cualquier tipo de superstición religiosa, y quien, por lo tanto, no tenía ningún motivo, ya sea pagano, religioso o político, para tratar a los cristianos de un modo distinto al que usaría para con cualquier otra comunidad religiosa. Al contrario, se burlaba de todos por causa de su superstición: de los que le rezaban a Júpiter como de los que le rezaban a Cristo; desde ese punto de vista de racionalismo chato, un tipo de superstición era tan estúpido como cualquier otro.

Este al menos imparcial testigo, entre otras cosas relata la historia de un Peregrinus, de nombre Prometeo, de Parium, en Hellespontus. En su juventud, este Peregrinus debutó en Armenia cometiendo fornicación. Lo atraparon con las manos en la masa y lo lincharon según la costumbre del lugar. Con un poco de suerte logró escapar y después de estrangular a su padre en Parium, tuvo que huir.

“Y sucedió” –cito de la traducción de Schott– “que llegó a escuchar de las asombrosas enseñanzas de los cristianos, con cuyos sacerdotes y escribas había mantenido contacto en Palestina. Hizo tal progreso en un tiempo tan corto que sus maestros eran como niños comparados con él. Llegó a ser profeta, un mayor, un maestro de la sinagoga, en una palabra, todo en todo. Interpretaba sus Escrituras y él mismo llegó a escribir una gran cantidad de obras. De este modo se lo vio como un ser superior, se le permitió dictar leyes y lo nombraron su supervisor (obispo)... Fue debido a ello (*es decir, porque era cristiano*), que Prometeo fue finalmente arrestado y encarcelado... Cuando yacía encadenado, los cristianos, al verlo cautivo y en desgracia, hicieron grandes esfuerzos por liberarlo pero no tuvieron éxito. Lo atendieron con gran solicitud. A la primera luz del día se veía madres ancianas, viudas, y jóvenes huérfanos amontonándose en las puertas de la prisión; algunos cristianos más prominentes hasta llegaron a sobornar a los guardias para poder pasar la noche a su lado, traían su comida y leían de sus libros sagrados en su presencia. En fin, el bienamado Peregrinus (aún se lo conocía con este nombre), en su opinión, él era no menos que un nuevo Sócrates. Enviados de comunidades cristianas lo visitaban para darle una mano solidaria y atestiguar a su favor en la corte. Es increíble con qué velocidad esta gente podía actuar cuando era cuestión de su comunidad, sin tomar en cuenta ni gasto ni esfuerzo. Y es así como –desde todas las partes– dinero empezaba a fluir hacia Peregrinus, y así su cárcel se convirtió en fuente de grandes ingresos, ya que los pobres estaban persuadidos que eran inmortales en cuerpo y en alma y que iban a vivir toda la eternidad. Era por eso que despreciaban la muerte y muchos, incluso, voluntariamente sacrificaban sus vidas. Luego, sus más prominentes legisladores los convencieron de que todos serían hermanos una vez que se convirtieran, es decir, si renunciaban a los dioses griegos, profesaban la fe en su sofista crucificado y vivían según sus prescripciones. Es por eso que despreciaban todos los bienes materiales, sin distinción, y todo lo compartían –doctrinas que aceptaban de buena fe, sin demostraciones ni pruebas. Y cuando es un impostor astuto, que sabe aprovechar las circunstancias, puede llegar a enriquecerse pronto y burlarse de los tontos en secreto. Al final, Peregrinus fue liberado por quien en ese momento era prefecto de Siria”.

Luego, después de varias aventuras más, “Nuestro benemérito partió otra vez” (desde Parium) “a peregrinar de nuevo, y la buena predisposición de los cristianos le proveyó de dinero para sus viajes, ellos atendieron sus necesidades en todas partes y nunca tuvo que pasar privaciones. Pero luego también violó

las leyes de los cristianos –creo que lo pescaron comiendo un alimento prohibido–, lo ex comulgaron de su comunidad.”

¡Qué recuerdos de mi juventud me asaltan cuando leo esta parte, Lucian!

Antes que nada el “profeta Albrecht” quien, a partir de, aproximadamente, el año 1840, y durante años, literalmente saqueó las comunidades comunistas de Weitling en Suiza: un hombre alto, poderoso, con una larga barba, quien viajaba a pie por toda Suiza y reunía audiencias para su misterioso nuevo evangelio de emancipación universal, pero quien –después de todo– parece haber sido un embaucador inofensivo que murió pronto. Luego, su menos inofensivo sucesor, “el doctor” Georg Kuhlman de Holstein, quien se aprovechó del tiempo, cuando Weitling estaba en la cárcel, para convertir las comunidades de franco-suizos a su propio evangelio, y por un tiempo con tanto éxito que hasta llegó a captar a August Becker, de lejos el más avisado de todos ellos, pero también el peor vago irresponsable entre todos ellos. Ese Kuhlmann solía predicar, y sus homilías fueron publicadas en Ginebra, en 1845, bajo el título *El Mundo Nuevo o el Reino del Espíritu en la Tierra. Proclamación*. En la introducción, los simpatizantes, probablemente August Becker, dice:

“Lo que hacía falta era un hombre, en cuyos labios todo nuestro sufrimiento, todas nuestras añoranzas y esperanzas, todo aquello que más profundamente afecta nuestros tiempos pueda encontrar su expresión... Este es el doctor Georg Kuhlman de Holstein. Nos ha traído la doctrina de un mundo nuevo o el mundo del espíritu en la realidad.”

Ni falta hace agregar que esa doctrina de un mundo nuevo no es más que el disparate más vulgar emitido con expresiones semibíblicas y declamadas con la arrogancia de quien pretende ser profeta. Pero esto no fue impedimento para que los buenos Weitlingerenses llevasen al embaucador en andas, del mismo modo que en otros tiempos los cristianos asiáticos llevaron a Peregrinus. Ellos que, en otras circunstancias eran tan superdemocráticos y tan extremadamente igualitaristas, que promovían durísimas sospechas contra cualquier maestro de escuela, periodista o cualquier hombre que no era trabajador manual, viéndolo como imputable de ser un “erudito” que se deshacía por explotarlos, se dejaron convencer por el melodramático Kuhlmann, que en su “Mundo Nuevo” el encargado de distribuir los placeres sería el más sabio de todos, léase Kuhlmann y, por ende, sus discípulos deben traerle muchos placeres, incluso ya, ahora, en el Mundo Viejo, cuando los discípulos harán bien en conformarse con migajas. De este modo, el Peregrinus-Kuhlmann gozaba de una vida espléndida a costillas de la comunidad, mientras duraba. No duró mucho, por supuesto. Un cre-

ciente murmullo de los que dudaron y los que no creían, y la amenaza de persecución por parte del gobierno de Vaud, pusieron fin al “Reino del Espíritu” en Lausanne. Kuhlmann desapareció.

Cualquiera que haya conocido por experiencia el movimiento de la clase obrera europea recordará docenas de ejemplos parecidos. Hoy, casos tan extremos, al menos en los centros más importantes, se tornan imposibles; pero en distritos remotos, donde el movimiento ha ganado un nuevo y pequeño espacio, un pequeño Peregrinus de este tipo todavía puede lograr un minúsculo éxito por un tiempo. Y como todos los que no tienen nada que esperar del mundo oficial o han llegado al punto donde ya no aguantan nada más –los que se oponen a las vacunas, simpatizantes de la abstemia, vegetarianos, anti-viviseccionistas, curanderos por medios naturales, predicadores de comunidades libres cuyas comunidades han fracasado, autores de nuevas teorías sobre el origen del universo, inventores sin suerte o sin talento, víctimas de injusticia real o imaginaria, aquellos a quienes toda burocracia llama “pedantes inútiles”, tontos honestos y tramposos deshonestos–, todos, se vienen a los partidos obreros en todos los países (con los primeros cristianos pasaba lo mismo). Todos los elementos que quedaron sueltos debido a la disolución del Viejo Mundo hicieron fila para entrar en la órbita de la cristiandad, como el único elemento que resistía ese proceso de disolución –precisamente porque era el producto necesario de ese proceso– y por eso duraba y crecía mientras los otros elementos no eran más que moscas efímeras. No hubo tal fanatismo, tal tontería, tal deshonestidad que no se acercara a las jóvenes comunidades cristianas y que no recibiera –al menos por un tiempo y en lugares aislados– atención y creyentes bien dispuestos. Y al igual que en nuestras primeras asociaciones de trabajadores, los primeros cristianos tomaban con una ingenuidad sin precedentes todo aquello que servía para sus propósitos, que ya ni siquiera podemos estar seguros si algún fragmento de la “gran cantidad de obras” que Peregrinus escribió para los cristianos no apareció en nuestro “Nuevo Testamento”.

II

La crítica alemana de la Biblia, hasta hoy la única base científica de nuestro conocimiento de la historia del cristianismo originario, siguió una doble tendencia. La primera tendencia fue la de la escuela *Tübingen*, en la cual, en un sentido amplio, debemos incluir también a D. F. Strauss. Su investigación crítica va tan lejos como una escuela teológica puede ir. Reconoce que los cuatro evan-

gelios no son relatos de testigos oculares sino tan sólo adaptaciones posteriores de escritos que se perdieron; que no más de cuatro de las epístolas atribuidas son auténticas, etc. Tacha de las narraciones históricas todo lo que hace a los milagros y todas las contradicciones, y las considera inaceptables; en cuanto a todo lo demás, trata de “salvar” todo lo salvable y es allí donde su carácter, que es el de una escuela de teología, se hace muy evidente. De este modo, permitió a Renan “salvar” más aplicando el mismo método y, además, imponernos muchos relatos del Nuevo Testamento que son más que dudosos y, aparte de esto, gran cantidad de otras leyendas acerca de mártires. De todos modos, todo lo que la escuela de Tübingen rechaza como a-histórico o apócrifo puede ser considerado como decididamente inexistente para la ciencia.

La otra tendencia tiene un solo representante: Bruno Bauer. Su principal mérito consiste no sólo en haber hecho una crítica despiadada de los evangelios y de las *Epístolas* de los apóstoles, sino también en haber tomado por primera vez una investigación sobre los elementos judíos y greco-alejandrinos de los elementos puramente griegos y greco-romanos que, por primera vez, abrieron para el cristianismo la carrera de una religión universal. La leyenda de que el Cristianismo surgió listo y completo del judaísmo y, arrancando de Palestina conquistó el mundo, y su dogma, ya definido desde el vamos, así como su moral, ha sido insostenible desde los días de Bruno Bauer; sólo puede vegetar en las facultades teológicas y en aquellos que desean “mantener la religión viva para el pueblo”, incluso a costillas de la ciencia. La enorme influencia que la escuela Filónica de Alejandría y la filosofía greco-romana vulgar, platónica y estoica, que bajo Constantino llegó a ser la religión del Estado, está bien lejos de haber sido definida en detalle, pero su existencia se ha comprobado y esto es, esencialmente, el mérito de Bruno Bauer: él construyó los cimientos de la prueba de que el cristianismo no fue importado desde afuera –desde Judea– hacia el interior del mundo greco-romano e impuesto allí, sino que, al menos en su forma de religión, éste es un producto de aquel mundo. Bauer, por supuesto, como todos aquellos que luchan contra prejuicios profundamente arraigados, se excedió a su propio fin en este trabajo. Para definir, también a través de fuentes literarias, que había influencia de Philo y, particularmente, de Séneca sobre el cristianismo naciente, y denunciar a los autores del Nuevo Testamento, formalmente, como plagiosos consumados de aquellos filósofos, tuvo que hacer aparecer la nueva religión medio siglo más tarde, rechazar relatos opuestos de historiadores romanos y tomarse muchas libertades con la historiografía en general.

En su opinión, el cristianismo como tal aparece sólo bajo los Flavianos, y la literatura cristiana como tal con Adriano, Antoninus y Marco Aurelio. En consecuencia, en su opinión, los relatos de Jesús, del Nuevo Testamento y sus discípulos carecen de un trasfondo histórico: se diluyen en leyendas en las que las fases de sucesos interiores y luchas morales de las primeras comunidades quedan transferidas a personajes más o menos ficticios. Según Bauer, no es en Galilea ni en Jerusalén donde nace la nueva religión, sino en Alejandría y en Roma.

Por ende, si la escuela de Tübingen, lo que queda de los restos de los relatos y literatura del Nuevo Testamento que todavía [no han sido] vulnerados, es lo máximo que la ciencia puede aceptar hoy como disputable, Bruno Bauer nos presenta el máximo de lo que se puede contestar. Los hechos de la realidad se encuentran entre ambos límites. Es dudoso si con los medios de que disponemos hoy se puede establecer la verdad. Nuevos descubrimientos, particularmente en Roma, en el Oriente y, sobre todo, en Egipto, contribuirán más que cualquier crítica.

Pero en el Nuevo Testamento tenemos un solo libro, y el tiempo en el cual fue escrito se puede definir con la precisión de unos pocos meses; puede haber sido escrito entre junio 67 y enero o abril 68, un libro, por ende que pertenece a los principios de la era cristiana y refleja con la fidelidad más ingenua, y en lenguaje propio de la época, las ideas propias del comienzo de aquella era. En mi opinión, ese libro es una fuente mucho más importante que el resto del Nuevo Testamento, el cual es, en su forma actual, de una fecha mucho más reciente. Se trata del libro conocido como la “Revelación de Juan”. Y como este libro, considerado como el más oscuro libro en toda la Biblia, es hoy, gracias a la crítica alemana, el más claro y comprensible, daré a mis lectores un informe del mismo.

Sólo hace falta echarle una mirada al libro para quedar convencido del estado de gran exaltación no sólo del autor sino también del “medio circundante”. Nuestra “Revelación” no es la única en su tipo y en su tiempo. Desde el año 164 antes de nuestra era, cuando se escribió el primero en llegar a nuestras manos, que se llamó “Libro de Daniel”, hasta 250 de nuestra era –la fecha aproximada de Carmen de Commodian–, Renan contó no menos de quince “Apocalipsis” distintos, y eso que no contamos las imitaciones subsiguientes. Lo cito a Renan porque su libro también es el más conocido por los no-especialistas y el más accesible de todos.

Eran los tiempos cuando, incluso en Roma y Grecia, y ni qué hablar de Asia Menor, Siria y Egipto, se aceptaban “acríticamente” una mezcla de supersticiones

de los pueblos de lo más variadas y complementadas por engaños piadosos y charlatanería sin tapujos; eran tiempos cuando milagros, éxtasis, visiones, apariciones, adivinadores, fabricación de oro, cábalas y otras magias secretas tenían un rol destacado.

Fue en este ambiente y, lo que es más, entre la clase de gente más inclinada que otras a escuchar esas fantasías sobrenaturales, que nació el cristianismo. Porque en el siglo II de nuestra era, ¿no fueron los gnósticos cristianos en Egipto quienes se ocuparon mucho en alquimia e introdujeron nociones de alquimia en sus enseñanzas, como lo prueban, entre otros, los documentos de papiro Leyden? Y los matemáticos caldeos y judeos quienes, según Tácito, fueron dos veces expulsados de Roma por practicar magia; una vez bajo Claudio y luego, otra vez, bajo Vitellius, no practicaron otro tipo de geometría que la que se encuentra en la base de la “Revelación de Juan”.

A eso le debemos agregar otra cosa. Todos los Apocalipsis se atribuyen el derecho de engañar a sus lectores. No sólo fueron escritos por personas muy diferentes a quienes pretendían ser los autores, y, muchas veces, por gente que vivía mucho más tarde, por ejemplo: el libro de Daniel, el libro de Henoch, los Apocalipsis de Erza, Baruch, Juda, etc., y los libros sibilinos, sino que, en cuanto a su contenido principal, profetizan cosas que hacía tiempo habían sucedido y el verdadero autor las conocía muy bien.

Así, en el año 164, poco antes de la muerte de Antiochus Epifanes, el autor del libro de Daniel, quien se suponía que vivía en los tiempos de Nabucodonosor, profetiza el ascenso y la caída del imperio persa y macedonio y el comienzo del imperio romano, con el fin de lograr, por medio de esta prueba de su don de profecía, preparar al lector para aceptar la profecía final: que el pueblo de Israel vencerá todas las penurias y finalmente será victorioso. De allí que si la “Revelación de Juan” fuese realmente la obra de su autor putativo, sería la única excepción en medio de toda la literatura apocalíptica.

Ese Juan, de quien se dice que era el autor, debe haber sido un hombre de gran envergadura entre los cristianos de Asia Menor. Esto se nota por el tono del mensaje a las siete iglesias. Es posible que haya sido el apóstol Juan, cuya existencia física, sin embargo, no ha sido totalmente autenticada aunque es muy probable. Si ese apóstol fue realmente el autor, tanto mejor para nuestro punto de vista. Sería la mejor confirmación de que la cristiandad de este libro es de auténtico cuño del cristianismo primitivo. Digamos al pasar que parece que la “Revelación” no fue escrita por el mismo autor que el Evangelio o las tres Epístolas que también se atribuyen a Juan.

La “Revelación” consta de una serie de visiones. En la primera, Cristo aparece vestido de Sumo Sacerdote, se mueve en medio de siete *candelabros* representando siete iglesias de Asia, y dicta a “Juan” mensajes a siete “ángeles” de aquellas iglesias. Para empezar, acá se ve con claridad la diferencia entre este cristianismo y la religión universal formulada por el Concilio de Nicea: la Trinidad no sólo es desconocida, es directamente imposible. En lugar de un solo Espíritu Santo (de tiempos más recientes), tenemos los “siete espíritus de Dios” tal como lo entendían los rabinos a partir de Isaías XI, 2. Cristo es el hijo de Dios, el primero y el último, el alfa y la omega (expresión para significar el primero y el último), de ninguna manera Dios mismo o igual a Dios, sino por el contrario, “el comienzo de la creación de Dios”, por lo tanto, una emanación de Dios que existe desde toda la eternidad, pero subordinado a Dios, igual que los ya mencionados siete ángeles. En el capítulo XV, 3, los mártires en el cielo cantan “el canto de Moisés, el servidor de Dios, y el canto del Cordero glorificando a Dios. Es así que aquí Cristo aparece no sólo como subordinado a Dios sino, hasta cierto punto, de igual nivel que Moisés. Cristo fue crucificado en Jerusalén (XI, 8) pero resucitó (I, 5,18); es el “Cordero” sacrificado por los pecados del mundo, con cuya sangre los fieles de todas las lenguas han sido redimidos a Dios. Acá encontramos las ideas básicas que le permitieron al cristianismo originario desarrollarse hasta convertirse en una religión universal. Todas las religiones semíticas y europeas de aquella época compartían la idea de que a los dioses ofendidos por las acciones del hombre se los podía propiciar por medio de sacrificios. La primera idea revolucionaria básica en el cristianismo (tomada de la escuela filónica) era la de un gran sacrificio de un mediador: los pecados de todos los tiempos y de todos los hombres estaban perdonados de una vez y por todas, en respeto a los fieles. De este modo se quitaba la necesidad de una cantidad de ritos religiosos. Pero la libertad de ritos, que dificultaba o imposibilitaba mantener relaciones con personas de otra religión, era la primera condición de una religión universal. A pesar de que esta costumbre de sacrificio estaba tan profundamente arraigada en las costumbres de los pueblos, el catolicismo –que tomó tanto prestado del paganismo– vio apropiado acomodarse a este hecho ofreciendo aunque no sea más que un sacrificio simbólico: el de la misa. Por otra parte, no hay ni rastro del dogma del pecado original en nuestro libro.

Pero lo más característico de estos mensajes, como en todo el libro, es que en ningún lugar y en ningún momento se le ocurre al autor referirse a sí mismo y a sus correligionarios con otro nombre que no sea el de *judíos*. Reta a los miembros de las sectas en Smirna y Filadelfia, y los fulmina diciendo: “Dicen

que son judíos y no lo son, son la sinagoga de Satanás”. De los de Pérgamo dice: “Sostienen la doctrina de Balaam quien le enseñó a Balac a tirar piedras *ante los hijos de Israel*, a comer cosas sacrificadas a los ídolos y a cometer fornicación”. Por lo tanto, no se trata de cristianos conscientes sino de personas que dicen que son judíos. De acuerdo: su judaísmo es una nueva etapa del desarrollo de lo anterior, pero es que, precisamente por este mismo motivo, es el único verdadero. De allí que cuando los santos aparecen ante el trono de Dios, primero llegan los 144.000 judíos, 12.000 por cada tribu, y recién después de ellos vienen los incontables paganos convertidos a ese judaísmo renovado. Esto va por lo poco que el autor se daba cuenta –en el año 69 de la era cristiana– de que él representaba una fase totalmente nueva en el desarrollo de una religión que estaba por convertirse en uno de los elementos más revolucionarios de la historia de la mente humana.

Ahora vemos que el cristianismo de aquellos tiempos, que todavía no tenía conciencia de sí mismo, fue tan diferente como el cielo lo es de la tierra de este otro, el cristianismo de la iglesia universal, dogmáticamente contenido en el Concilio de Nicea. Allí no hay ni dogma ni la moral del cristianismo posterior, pero sí la sensación de que uno está peleando contra todo el mundo y de que la lucha será victoriosa; la ansiedad por luchar y la certeza de la victoria que no existen entre los cristianos de hoy, y que –en nuestros días– sólo aparecen en el otro polo de la sociedad, entre los socialistas.

En realidad, la lucha contra un mundo en principio superior en sus fuerzas y simultáneamente contra los mismos innovadores, es común a los cristianos originarios y a los socialistas. Ninguno de estos dos movimientos fueron hechos por dirigentes o profetas –aunque hubo unos cuantos profetas en ambos–; son movimientos de masas. Y es inevitable que los movimientos de masas sean confusos en un principio, porque el pensamiento de las masas se mueve, al principio, entre contradicciones. Falta de claridad y falta de cohesión, también debido al rol que al principio cumplen entre ellos los profetas. Esta confusión se nota en la formación de numerosas sectas que luchan entre sí con, al menos, el mismo afán que el que usaban contra el enemigo común de afuera. Así fueron las cosas con los primeros cristianos, así fueron en el principio del socialismo, por más que esto preocupara a los bienintencionados beneméritos que predicaban unidad allí donde no había unidad posible.

¿Acaso la Internacional se mantuvo gracias a un dogma uniforme? Todo lo contrario. Había comunistas de la tradición francesa pre-1948 y, a su vez, entre ellos había diversos matices: los comunistas de la escuela de Weitling y otros de

la regenerada Liga Comunista, los Proudhonistas predominantes en Francia y Bélgica, los Blanquistas, el Partido de los Trabajadores Alemanes y, finalmente, los anarquistas Bakuninistas, quienes por un tiempo predominaban en España e Italia, si mencionamos sólo los grupos principales. Llevó todo un cuarto de siglo antes de que la separación de los anarquistas finalmente se consumase en todas las partes, y la unidad se pudo establecer al menos en lo que respecta a los puntos de vista económicos más generales. ¡Y eso con nuestros medios de comunicación: los ferrocarriles, el telégrafo, ciudades industriales gigantes, la prensa y las asambleas populares organizadas!

Entre los primeros cristianos había las mismas divisiones: en incontables sectas que no eran sino el medio, y mediante el cual, más tarde, se logró la unidad. Ya lo encontramos en este libro que es, sin duda, el libro cristiano más antiguo, donde nuestro autor pelea con el mismo ardor irreconciliable como el mundo externo. En primer lugar, allí estaban los nicolaitanos en Efeso y Pérgamo; aquellos que decían que eran judíos pero eran la sinagoga de Satanás, en Smirna y Filadelfia; los simpatizantes de Balaam, a quien se lo llama el falso profeta, en Pérgamo; los que dijeron que eran apóstoles y no lo eran, en Efeso, y, finalmente, en Tiátira, los simpatizantes de la falsa profetisa a quien se describe como Jezabel. No tenemos más detalles acerca de estas sectas, ya que sólo se dice que los seguidores de Balaam y Jezabel comían cosas sacrificadas a los ídolos y cometían fornicación. Hubo esfuerzos por ver a las cinco sectas como cristianos paulistas y a todos los mensajes como dirigidos contra Pablo, el falso apóstol, el putativo Balaam y “Nicolao”. Los argumentos en este sentido, no muy fidedignos, aparecen en *San Pablo*, de Renan (1869, páginas 305-06 y 367-70). Todos tienden a explicar los mensajes por “Hechos” de los Apóstoles, en las así llamadas *Epístolas de San Pablo* –escritos que, al menos en su forma actual, fueron producidos no menos de 60 años antes de la “Revelación”– y los datos fácticos que los hacen no sólo sumamente dudosos sino también contradictorios. Pero lo decisivo es que no se le puede haber ocurrido al autor dar cinco nombres diferentes a la misma secta e, incluso, dos para Efeso (falsos apóstoles y Nicolaitanos) y también dos para Pérgamo (Balaamitas y Nicolaitanos), y referirse a ambas como dos sectas distintas. A la vez, es imposible negar que hay elementos entre estas sectas que podrían hoy ser consideradas paulinas.

En ambos casos, donde tenemos más detalles, la acusación insiste en haber comido carne ofrecida a los ídolos y en fornicación, dos puntos sobre los cuales los judíos –los viejos y los cristianos– estaban en constante disputa con los paganos conversos. La carne de sacrificios paganos se servía no sólo en banquetes,

donde rechazar la comida servida era visto como desprecio y, a veces, podía ser peligroso; también se vendía en mercados públicos, donde no siempre era posible garantizar si tenía pureza a los ojos de la ley. Los judíos interpretaban como fornicación no sólo toda relación sexual extra matrimonial sino, también, matrimonio en grado de relación prohibida por la ley judía, entre judíos y gentiles, y es en este sentido que la palabra se usa generalmente en los *Hechos* de los Apóstoles. Pero nuestro Juan tiene sus propios puntos de vista sobre relaciones sexuales permitidas a los judíos ortodoxos. Dice en XIV, 4, que entre los 144.000 judíos celestiales, “son aquellos que no quedaron impuros por contacto con mujeres; son vírgenes”. En realidad, en el cielo de Juan no hay ni una sola mujer. De allí que él también pertenecía a la corriente, que con frecuencia aparece en los primeros escritos cristianos, que considera pecaminosas las relaciones sexuales, en general. Si, además, tomamos en consideración que a Roma la llama la Gran Meretriz, con quien los reyes de la tierra han cometido fornicación y se emborracharon con el vino de fornicación, y los mercaderes de la tierra gozaron de las abundancias de sus delicias, se nos vuelve imposible tomar la palabra del mensaje en su sentido estricto, el que los apologistas teológicos quisieran atribuirle para así pescar alguna confirmación de otros pasajes en el Nuevo Testamento. Al contrario, estos pasajes en los mensajes son una obvia indicación de un fenómeno común a todos los tiempos de gran agitación, cuando los tradicionales lazos de relaciones sexuales, como todas las demás ataduras, caen.

En los primeros siglos del cristianismo, al lado de ascetas que mortificaban la carne, aparecía la tendencia a extender la libertad cristiana en un grado más o menos irrestricto de relaciones entre hombres y mujeres. Lo mismo se observó en el moderno movimiento socialista. ¡Qué horror tremendo se sintió en la que fue la guardería *Copious* de Alemania en una *réhabilitation de la chair* en los años treinta; en alemán, *Wiedereinsetzung des Fleisches* (rehabilitación de la carne)! ¡Y los que más se horrorizaron fueron los entonces gobernantes de las distinguidas estancias (todavía no había clases en nuestro país), quienes no podían vivir en Berlín más que en sus estancias, sin repetidas rehabilitaciones de sus carnes! ¡Si tan sólo estas buenas personas pudiesen haber conocido a Fourier, quien contemplaba travesuras muy distintas para la carne! Con la llegada del utopismo estas extravagancias cedieron paso a una concepción mucho más racional y –en realidad– mucho más radical, y puesto que a Alemania le quedaba chica la piadosa guardería de *Heine*, y se desarrolló como el centro del movimiento socialista, la indignación del distinguido mundo piadoso causa risa.

Esto es todo en cuanto al contenido dogmático de los mensajes. El resto consiste en exhortar a los fieles a ser celosos en la propaganda, valientes y orgullosos al confesar su fe frente al enemigo, a luchar implacablemente contra el enemigo tanto de adentro como de afuera, y, desde este punto de vista, bien podrían haber sido escritos por uno de estos entusiastas seguidores de la Internacional con predisposición profética.

III

Estos mensajes no son sino la introducción al tema propiamente dicho de la comunicación a las siete iglesias de Asia Menor y –por su intermedio– al resto del judaísmo reformado del año 69, del cual con el tiempo surgió el cristianismo. Y es así que penetramos en lo más profundo del santo de los santos del cristianismo originario.

¿De dónde provenían los primeros cristianos? Esencialmente de “los trabajadores y los oprimidos”. Miembros de los estratos más bajos del pueblo, como corresponde en caso de un elemento revolucionario. ¿Y en qué consistía eso? En las ciudades, eran los libres empobrecidos, todo tipo de gente como los “mean whites” de los estados sureños, y los vagabundos y aventureros europeos en los puertos coloniales, también libertos y, sobre todo, esclavos; en las grandes estancias en Italia, Sicilia y África, eran esclavos, y en los distritos rurales de las provincias, pequeños campesinos, quienes fueron perdiendo su libertad por las deudas. No había ningún camino común hacia la emancipación para todos estos elementos. Para todos ellos el paraíso estaba perdido. Para los hombres libres arruinados, éste se hallaba en la vieja polis, el pueblo y la estancia al mismo tiempo, donde sus antepasados eran ciudadanos libres antes de ser subyugados y reducidos al cautiverio; para el pequeño campesino, el sistema de gentilhombría y propiedad comunal de la tierra. Todo esto había sido destruido por el puño demoledor, el puño de hierro, de la Roma conquistadora. El grupo social más grande que la Antigüedad había logrado fue la tribu y la unión de tribus afines. Entre los bárbaros, el agrupamiento se basaba en alianzas de familias; y entre los fundadores de ciudades griegas e italianas, las polis, que consistían en una o más tribus afines.

Felipe y Alejandro dieron unidad política a la península helénica, pero esto no condujo a la formación de una nación griega. Las naciones sólo se hicieron posibles cuando cayó el mundo dominado por Roma.

Esta dominación había puesto punto final a las unidades más pequeñas; el poder militar, la jurisdicción romana y la maquinaria recolectora de impuestos disolvieron totalmente la organización interna tradicional. Junto con la pérdida de la independencia y una organización distintiva se sumaba el saqueo por las autoridades civiles y militares, quienes se llevaban los tesoros y luego los devolvían en préstamos a precios de usura, para así poder sacarles aún más. La presión de los impuestos y la necesidad de dinero, en las regiones dominadas solamente o esencialmente por una economía natural, hundía aún más a los campesinos, cada vez más, en la opresión por los usureros, y daba lugar a una gran diferencia en la fortuna, haciendo que los ricos se enriquecieran más y hundiendo en la miseria a los pobres. Cualquier resistencia de pequeñas tribus o ciudades aisladas contra el gran poder mundial de Roma no podía prosperar. ¿Dónde estaba la salida, la salvación para los esclavizados, oprimidos y empobrecidos? ¿Una salida común para todos estos grupos, cuyos intereses eran ajenos entre sí e, incluso, opuestos? Y, sin embargo, tenía que aparecer si un gran movimiento revolucionario los iba a unir a todos.

Y esta salida apareció, pero no en este mundo. Tal como se planteaban las cosas, la salida tenía que ser religiosa. Luego, un nuevo mundo se abrió. La vida permanente del alma después de la muerte del cuerpo se fue gradualmente convirtiendo en un artículo de fe en todo el mundo romano. Una especie de resarcimiento o castigo de las almas de los difuntos por sus acciones acá en la tierra también fue ganando cada vez más reconocimiento general. En cuanto a la recompensa, había que reconocer que las perspectivas no eran muy buenas: la Antigüedad era espontáneamente demasiado materialista como para no atribuirle más valor a la vida sobre la Tierra que a la vida en el reino de las sombras. Los griegos se inclinaban por creer que vivir después de la muerte era más bien una desgracia. Luego vino el cristianismo, que se tomó muy en serio eso del castigo y el premio en el mundo del más allá, y creó el cielo y el infierno, y así apareció la salida que llevaría a los trabajadores oprimidos de este valle de lágrimas hacia un paraíso eterno. Y, en realidad, fue sólo con la perspectiva de una recompensa en un mundo más allá que se hizo posible la estoica-filónica renuncia del mundo, y sería exaltada al básico principio de una nueva religión universal que inspiraría a los oprimidos con entusiasmo.

Pero el paraíso celestial no se abre a los fieles por el mero hecho de que hayan fallecido. Veremos que, el reino de Dios, cuya capital es Jerusalén, sólo se puede conquistar y abrir, tras arduas batallas contra el poderío del infierno. Pero en la imaginación de los primeros cristianos, estas batallas estaban en un futuro in-

mediato. En el comienzo de su libro, Juan lo describe como la revelación de “cosas que han de suceder pronto e inmediatamente después, 1, 3, declara: “Beneditos sean los que leen y los que oyen las palabras de esta profecía... *el tiempo está próximo*”. A la iglesia de Filadelfia, Cristo manda el mensaje: “Ved que vengo pronto”. Y, en el último capítulo, el ángel dice que le ha mostrado a Juan “cosas que pronto han de suceder”. Y le da una orden: “No selles las palabras de profecía de este libro, porque el tiempo está próximo”. Y Cristo mismo dice dos veces 8, XXII, 12, 20): “Vengo pronto”. A continuación veremos qué tan pronto se espera esta venida.

Las visiones del Apocalipsis, que el autor ahora nos muestra, son copia casi literal de modelos anteriores, en parte de los profetas clásicos del Viejo Testamento, particularmente de Ezequiel; en parte de los Apocalipsis judíos más recientes, escritos siguiendo el modelo del “Libro de Daniel” y, en particular, del “Libro de Henoch”, que ya había sido escrito, al menos en parte. La crítica ha demostrado con lujo de detalles de dónde saca Juan cada cuadro, cada signo amenazador, cada plaga enviada a la humanidad incrédula; en una palabra, todo el material de su libro. De este modo, él no sólo muestra gran pobreza intelectual sino que, además, demuestra que él jamás experimentó, ni siquiera en su imaginación, los supuestos éxtasis y visiones que describe.

El orden de estas visiones es, en resumen, como sigue: Primero Juan ve a Dios sentado en un trono y sosteniendo en su mano un libro con siete sellos y, delante de él, está el *Cordero* que había sido asesinado y resucitó (Cristo) y a quien lo encuentran digno de abrir los sellos del libro. A la apertura del libro la acompaña todo tipo de señales milagrosas y amenazantes. Cuando se abre el quinto sello, Juan ve debajo del altar de Dios las almas de los mártires de Cristo, muertos por la Palabra de Dios y que claman con voz muy fuerte diciendo: “¿Cuánto tiempo, Señor, no juzgas y no vengas nuestra sangre de aquellos que habitan la Tierra? Entonces se les entrega ropajes blancos y se les dice que deben todavía descansar un poco más, porque más mártires deben morir.

Hasta allí no se trata todavía de una “religión de amor”, de “amar a tus enemigos”, “bendigan a los que os maldigan,” etc. Acá se predica odio, venganza hecha y derecha contra los que persiguen a los cristianos. Y así se ven las cosas en todo el libro. Cuánto más cerca la crisis, tanto más malas las plagas y los castigos que llueven de los cielos; tanta más la satisfacción con la que Juan anuncia que la masa de la humanidad no va a expiar por sus pecados, y nuevos castigos de Dios los alcanzarán; que Cristo los tendrá que gobernar con mano de hierro y usar la prensa de vino de la ferocidad y la ira de Dios Todopoderoso. Pero que los impíos

aún están endurecidos en sus corazones. Es un sentimiento natural, libre de toda hipocresía; que hay una lucha por delante y que... *la guerre comme? la guerre.*

Cuando se abre el séptimo sello, vienen siete ángeles con siete trompetas, y cada vez que uno de ellos hace sonar su trompeta nuevos horrores ocurren. Después del séptimo estallido, otros siete ángeles entran en escena con siete ampollas de la ira de Dios que derraman sobre la Tierra: más plagas y castigos, la mayor parte de los cuales no es sino una aburrida repetición de cosas que ya sucedieron antes. Entonces, entra la mujer, Babilonia, la Gran Meretriz, sentada y ataviada en escarlata sobre el agua, borracha con la sangre de los santos y los mártires de Jesús, la gran ciudad de las siete colinas que rige a todos los reyes de la tierra. Está sentada en una bestia con siete cabezas y diez cuernos. Las siete cabezas representan las siete colinas y también a los siete "reyes". De estos reyes, cinco han caído, uno está, y el otro está por venir. Y después de él vuelve uno de los primeros cinco. Reinará sobre el mundo durante 42 meses y 2/3 (media semana de siete años) y perseguirá a los fieles hasta la muerte, y traerá el gobierno de la impiedad. Pero luego vendrá la gran lucha final, los santos y los mártires quedarán vengados por la destrucción de la Gran Meretriz Babilonia y sus seguidores, o sea, la mayor parte de la humanidad; el demonio será lanzado a un pozo sin fondo y encerrado allí por mil años, durante los cuales Cristo reinará con los mártires resucitados. Pero después de los mil años el demonio quedará libre de nuevo, y habrá otra batalla de los espíritus en la cual quedará definitivamente derrotado. Luego viene la otra resurrección, cuando los otros muertos también resucitan y aparecen ante el trono de Dios (no de Cristo, nótese bien) y los fieles entrarán a un nuevo Cielo y una nueva Tierra y una nueva Jerusalén por toda una vida eterna.

Como todo este monumento se hizo con materiales exclusivamente judíos pre-cristianos, representa ideas casi exclusivamente judías. Desde que las cosas empezaron a irle mal en este mundo al pueblo de Israel, desde los tiempos del tributo de los asirios y los babilonios, desde la destrucción de los dos reinos de Israel y Juda hasta la esclavitud bajo Seulicis, o sea, desde Isaías hasta Daniel, en todos los períodos oscuros había profecías de un Salvador. En Daniel, XII, 1-3, incluso, hay una profecía de un arcángel Miguel, el ángel guardián de los judíos bajado a la Tierra para salvarlos de gran tribulación; muchos muertos resucitarán, habrá una especie del Día de Juicio y los maestros que habrán estado enseñando justicia, brillarán como estrellas por toda la eternidad. El único punto cristiano es el gran énfasis sobre el inminente reino de Cristo y la gloria de los fieles, particularmente los mártires resucitados.

Para la interpretación de estas profecías, en lo que se refiere a sucesos de aquellos tiempos, estamos en deuda con la crítica alemana, particularmente Ewald, Lücke y Ferdinand Benary. Renan los hizo accesibles a no-teólogos. Ya hemos visto que Babilonia, la Gran Meretriz, representa a Roma, la ciudad de las siete colinas.

En el Capítulo XVII, 9-11, se nos dice acerca de la bestia sobre la que se sienta, que: “Las siete cabezas” de la bestia “son siete colinas sobre las que la mujer se sienta. Y hay siete reyes: cinco han caído y uno está, y otro está por venir; y cuando venga deberá continuar por un corto espacio. Y la bestia que fue y ya no es, éste es el octavo, y es de los siete y va hacia la perdición.”

Según eso, la bestia es el mundo romano de dominación, representado por los siete césares en sucesión, uno de ellos herido de muerte y que ya no reinaba, pero sanará y volverá. A él le corresponderá, como el octavo, establecer el reino de blasfemia y desafío a Dios. A él se le dispondrá: “hacerle la guerra a los santos y vencerlos... y todos los que vivan sobre la Tierra; lo adorarán aquellos cuyos nombres no están en el libro de la vida del Cordero... Y por su causa todos: pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos recibirán una marca en su mano derecha o en su frente: y que ningún hombre pueda comprar o vender al menos que tenga la marca o el nombre de la bestia, o el número de su nombre. He aquí la sabiduría. Que aquel que tenga discernimiento cuente el número de la bestia, porque es el número de un hombre. Y su número es seiscientos sesenta y seis” (XII, 7-18).

Tomamos nota de que se menciona el boicot como una de las medidas que el Imperio Romano ha de aplicar contra los cristianos –y por lo tanto se lo menciona expresamente como obra del demonio– y pasaremos a la cuestión de quién es el emperador que ya ha reinado antes, fue herido de muerte y removido, pero que volverá como el octavo de la serie, en el rol de Anticristo.

Si tomamos a Augusto como el primero, tenemos: 2. Tiberio, 3. Calígula, 4. Claudio, 5. Nerón, 6. Galba. “Cinco han caído y uno está.” De allí que Nerón ya cayó y Galba sigue estando. Galba reinó desde el 9 de julio de 68 hasta el 15 de enero de 69. Pero ni bien subió al trono, las legiones del Rin se rebelaron bajo las órdenes de Vitelio, mientras otros generales preparaban motines en otras provincias. En Roma, se insubordinaron los pretorianos, mataron a Galba y proclamaron a Oto emperador. De allí deducimos que nuestra Revelación fue escrita bajo Galba; probablemente hacia el fin de su reinado. O, al menos los tres meses (hasta el 15 de abril de 69) del reinado de Oto, “el séptimo”. Pero, ¿quién es el octavo, el que fue y no es? Eso lo vamos a aprender del número 666.

En aquellos tiempos había entre los semitas –caldeos y judíos– una especie de magia basada en el doble significado de las letras. Alrededor de 300 años antes de nuestra era, las letras hebreas se usaban también como símbolos, representando números: a=1, b=2, c=3, d=4, etc. Los adivinadores por cábala sumaban el valor de cada letra y de la suma buscaban profetizar sobre el futuro del que llevaba el nombre, o sea, formando palabras o combinaciones de palabras de igual valor. Palabras secretas y otras parecidas también se expresaban en este lenguaje de números. Este arte recibió el nombre griego de *gematriah*, geometría; Tácito llamó a los caldeos –quienes practicaban este arte como negocio– *mathematici*, [y éstos] fueron más tarde expulsados de Roma bajo Claudio y otra vez bajo Vitelio, presumiblemente por “serios desórdenes”.

Fue gracias a estas *matemáticas* que apareció el número 666. Fue un disfraz para el nombre de uno de los primeros 5 césares. Pero, aparte del número 666, Ireneo, hacia finales del segundo siglo, supo de otra lectura: 616, que a todas luces apareció cuando el juego de números, todavía era ampliamente conocido. La prueba de la solución será si vale para ambos números.

Fue Ferdinand Benary, de Berlín, quien proveyó la solución. El nombre es Nerón. El número se basa en xxx xxxx Neron Kesar, la forma hebrea de escribir del término griego de Nêron Kaisar, Emperador Nerón, autenticado mediante el Talmud e inscripciones palmirianas. Esta inscripción apareció en monedas de la época de Nerón, acuñada en la parte oriental del Imperio. De este modo n (*nun*)=50; r (*resh*)=200; v (*vau*) para o=6; n (*nun*)=50; k (*kaph*)=100; s (*samech*)=60; r (*resh*)=200. Total 666. Si tomamos como base la ortografía latina Nero Caesar, desaparece el segundo nun=50, y aparece la lectura de Ireneo.

En realidad, en los tiempos de Galba, todo el imperio de Roma de repente estalló en una gran confusión. El mismo Galba marchó sobre Roma a la cabeza de las legiones españolas y galas para derrocar a Nerón, quien huyó y mandó a un liberto a que lo matara. Pero en Roma no eran los pretorianos quienes conspiraban contra Galba; los comandantes en jefe de las provincias estaban en lo mismo. Nuevos pretendientes al trono aparecían por doquier. El imperio parecía condenado a una guerra civil; su disolución parecía inminente. Por encima de todo esto empezó a crecer el rumor sobre que Nerón no había muerto sino tan sólo [estaba] herido, que había huido con los partos y estaba a punto de avanzar con un ejército hacia el Éufrates, para iniciar un nuevo y más sanguinario reino del terror. Sobre todo fueron Asia y Acaya los más aterrorizados por tales nuevas. Y precisamente en el momento en el cual la Revelación debe haber sido escrita, apareció un falso Nerón y se aposentó con un considerable número de

seguidores cerca de Asia Menor, en la isla de Kytnos, en el mar Egeo, hasta que lo mataron mientras Oto todavía estaba en el trono. No puede sorprender tanto que entre los cristianos, contra los cuales Nerón había desatado la primera gran persecución, tuviese aceptación el temor de que él volvería como el Anticristo, y la creencia de que su regreso y un más intenso intento a la supresión, en un baño de sangre, de la nueva secta, sería el signo y el preludio del regreso de Cristo de una grande y gloriosa batalla contra los poderes del infierno, del milenario reino a ser realizado “a la brevedad”, la confidente expectativa de la cual inspiraba a los mártires a marchar alegremente a la muerte.

La literatura cristiana, y la influenciada por el cristianismo durante los dos primeros siglos, nos da suficientes indicaciones de que el número secreto 666 fue ampliamente conocido. Ireneo ya no lo sabía pero, por otro lado, tanto él como muchos otros sabían que la bestia del Apocalipsis debía significar el regreso de Nerón. Luego, esta pista se pierde y la obra que nos interesa termina siendo interpretada por adivinadores con mentalidad religiosa. Yo también me acuerdo de haber conocido en mi infancia a ancianos, quienes siguiendo el ejemplo de Johann Albrecht Bengel esperaban el fin del mundo y el juicio final para el año 1836. La profecía se cumplió al pie de la letra en cuanto a la fecha, pero la víctima del juicio final no fue el mundo pecaminoso sino los píos intérpretes de la Revelación en persona: en 1836, F. Benary proveyó la clave al número 666 y así dio un final definitivo a todos los cálculos proféticos.

Nuestro Juan sólo puede darnos una descripción superficial de ese Cielo que se reserva para los fieles. La nueva Jerusalén se presenta en escala más o menos grande, al menos según las concepciones de la época. Es de 12.000 furlones o 2.227 kilómetros cuadrados, de modo que su superficie es de alrededor de cinco millones de kilómetros cuadrados, más que la mitad de los Estados Unidos. Está construida de oro y todo tipo de piedras preciosas. Allí vive Dios con toda su gente y él los ilumina en vez del sol, y no habrá ni muerte ni pena ni dolor. Y un río de aguas puras fluye por la ciudad y en ambos lados del río crecen árboles de la vida, con doce tipos de fruta, y rinden fruta todos los meses, y las hojas de los árboles “sirven para oír a las naciones” (Renan cree que se trata de un brebaje medicinal – *L'Antechrist*, p. 542). Allí los santos vivirán por siempre.

Hasta donde sabemos, así fue el cristianismo en Asia Menor, su asiento principal en, aproximadamente, el año 68. Ni un rastro de ninguna Trinidad sino que, por el contrario, [es] Jehová, uno e indivisible del tardío judaísmo que lo exaltó de un dios nacional de los judíos al rango de uno y supremo Dios del Cielo y de la Tierra, y donde se supone que reina sobre todas las naciones, pro-

metiendo clemencia para con los que se hayan convertido y castigando despiadadamente a los obstinados, en acuerdo con el antiguo *parcere subjectis uc debellare superbos*. (“Perdonar a los humildes y castigar a los soberbios”). Así que ese Dios en persona, y no Cristo como en relatos posteriores de los *Evangelios* y las *Epístolas*, será quien juzgue en el juicio final. Según la doctrina persa sobre la emanación, que era moneda corriente en el judaísmo tardío, Cristo el Cordero proviene eternamente de él al igual que lo hacen –aunque a un nivel inferior– los “siete espíritus de Dios”, quienes deben su existencia a un malentendido de un texto poético de Isaías (Isaías, XI, 2). Todos ellos se subordinan a Dios, no son Dios ni iguales a Él. El Cordero se sacrifica para conseguir el perdón de los pecados del mundo y por eso se lo promociona, ya que su muerte voluntaria se ve como una hazaña extraordinaria, no [como] algo que naturalmente proviene de su naturaleza intrínseca. Naturalmente, toda la corte celestial está allí: los mayores, querubines, ángeles y santos están allí. Para convertirse en religión, el monoteísmo siempre ha tenido que hacer concesiones al politeísmo –desde los tiempos de Zend-Avesta–. Con los judíos, la decadencia de los dioses sensuales de los paganos continuó, crónicamente, hasta que, después del exilio y la corte celestial según el modelo persa, hacía que la religión se adaptase un tanto mejor a la fantasía popular y al mismo cristianismo, [y] aunque sí reemplazaba al eternamente igual a sí mismo Dios de los Judíos por el dios misteriosamente auto-diferenciable de la Trinidad, no encontraba nada para suplantar la adoración de los viejos dioses, excepto por la de los santos. Así, según Fallmerayer, la adoración de Júpiter Peloponeso, Maina y Arcadia se extinguió recién alrededor del siglo IX (*Geschichte der Halbinsel Morea*, I, p. 227). Sólo la burguesía moderna y el protestantismo se deshicieron de los santos de nuevo y, por fin, tomaron el monoteísmo diferenciado en serio.

En el libro hay poca mención del pecado original y de la justificación por la fe. La fe de estas primeras comunidades militantes fue distinta de la posterior Iglesia victoriosa: codo a codo con el sacrificio del Cordero, el inminente retorno de Cristo y el reinado de mil años que ya está por amanecer de su contenido esencial, esta fe sobrevive sólo por la propaganda activa; por una lucha sin cuartel contra el enemigo interno y externo; la orgullosa profesión de las posiciones revolucionarias ante jueces paganos y ante el martirio; la confianza en la victoria.

Ya hemos visto que el autor todavía no toma conciencia de que es algo diferente de un judío. Por eso en todo el libro no se menciona el bautismo, y hay muchos indicios de que el bautismo fue instituido en el segundo período del

cristianismo. Los 144.000 judíos creyentes quedan “sellados”, no bautizados. De los santos en el cielo y de los fieles sobre la tierra se dice que lavaron su ropaje y lo blanquearon en la sangre del cordero; ni se menciona el agua del bautismo. Los dos profetas que preceden la venida del Anticristo, en capítulo XI, no bautizan y, según XIX, 10, el testimonio de Jesús no es el bautismo sino el espíritu de profecía. Habría sido natural mencionar el bautismo en todos estos casos, si éste ya hubiera tenido vigencia. Por eso podemos concluir, con certeza casi absoluta, que el autor no sabía de él, y que apareció por primera vez cuando los cristianos finalmente se separaron de los judíos.

Nuestro autor tampoco sabe nada acerca del segundo sacramento, la Eucaristía. Si en el texto luterano Cristo promete a todos los Thyatirans que se mantienen firmes en la fe, que vengan *das Abendmahl halten* con ellos, esto crea una falsa impresión. El texto griego dice: *deipn? sô* – comeré cena (con él)–, y la Biblia en inglés tiene la traducción correcta: cenaré con él. No hay ninguna cuestión aquí, ni siquiera como una mera comida conmemorativa.

No cabe duda de que ese libro, con la fecha tan originariamente autenticada como año 68 o 69, es lo más antiguo de toda la literatura cristiana. Nadie más escribió en un lenguaje tan bárbaro, tan lleno de hebraísmos, construcciones imposibles y errores gramaticales. Capítulo 1, versículo 4, por ejemplo, dice literalmente “La gracia ser a ti...de el que está siendo y que fue y que viene.” Sólo teólogos profesionales y otros historiadores que tiene algo que ver con esto negarían que los *Evangelios* y los *Hechos* de los Apóstoles no son sino adaptaciones posteriores de escritos que hoy están perdidos y cuya médula histórica es hoy desconocida en el laberinto de la leyenda, que incluso estas pocas epístolas que Bruno Bauer considera “auténticas” son escritos de una fecha más reciente o –en el mejor de los casos– adaptaciones de trabajos de autores desconocidos, alterados con adiciones o inserciones. Esto resulta tanto más importante ahora que estamos en posesión de un libro cuya fecha de escritura ha sido definida con la exactitud de un mes, un libro que nos muestra la cristiandad en sus formas no desarrolladas. Esta forma guarda la misma relación con el estado de la religión en el siglo IV, con sus dogmas y su mitología plenamente desarrollados, que la todavía inestable mitología de Tácito, de los alemanes con las desarrolladas enseñanzas de los dioses de Edda, como influenciadas por los antiguos elementos cristianos. La médula de la religión universal está allí, pero incluye sin ninguna discriminación las mil posibilidades del desarrollo que se hicieron realidades en las incontables sectas posteriores. Y el porqué de la importancia para nosotros de este más antiguo escrito de la época, cuando el cristianismo

coabraba su ser, es porque muestra, sin atenuantes, qué fue lo que el judaísmo, influenciado por Alejandría, contribuyó al cristianismo. Todo lo que vino más tarde es un agregado occidental, greco-romano. No fue sino por la contribución de la monoteísta religión judía que el monoteísmo culto de la nueva filosofía griega se pudo revestir con formas religiosas, las únicas con las que pudo atrapar a las masas. Pero una vez que apareció el intermediario, sólo pudo transformarse en religión universal en un mundo greco-romano, y eso a través de un nuevo desarrollo y fundiéndose con el pensamiento material que el mundo había alcanzado.

■■■■

*Marx-Engels Subject Archive on Precapitalist Economic Formations.
Marx Engels Archive.*

EL SOCIALISMO Y LAS IGLESIAS

Rosa Luxemburgo, 1905

Presentación de Mary Alice Waters

La revolución estalló en Rusia en 1905. En pocos días había llegado a la Polonia rusa y a todos los confines del imperio zarista. Rosa Luxemburgo, residente a la sazón en Alemania, volcó su atención a la siguiente doble tarea: ayudar a dirigir el Partido Social Demócrata de Polonia y Lituania (PSDPyL) durante los acontecimientos de ese año, y difundir e interpretar las noticias de la Revolución de 1905 entre la clase obrera alemana.

Recién pudo abandonar Alemania en diciembre de 1905, dirigiéndose clandestinamente a Varsovia para participar directamente de la dirección del PSDPyL. Pero su residencia en Alemania no le impidió continuar y acrecentar sus funciones de analista política del PSDPyL y seguir siendo su más prolífica y hábil propagandista y agitadora. Durante 1905, además de sus muchos artículos para la prensa alemana, escribió constantemente para las publicaciones del PSDPyL y una serie de libros y folletos más extensos.

La Revolución de 1905 acercó a miles de elementos nuevos al PSDPyL: obreros e intelectuales que recibían un curso aceleradísimo de práctica y teoría revolucionarias. Desde enero de 1905 y hasta principios de 1906 el PSDPyL creció de algunos cientos de militantes a más de treinta mil, con una periferia de miles. A Rosa le preocupaba el problema de educarlos en las bases del marxismo, responder a los problemas más fundamentales y desterrar algunos de los prejuicios más arraigados en los obreros que empezaban a radicalizarse.

El socialismo y las iglesias es uno de los frutos del año 1905: un intento de explicar a los obreros polacos que estaban adquiriendo conciencia de clase, exactamente por qué la Iglesia es una institución reaccionaria que se opone a la revolución, y cómo llegó a convertirse en uno de los explotadores más inhumano y rico de los trabajadores. Apareció por primera vez en Cracovia en 1905, firmado con el seudónimo Josef Chmura. La edición rusa apareció en Moscú en 1920, y el Partido Socialista Francés hizo una edición francesa en 1937. La presente es una traducción de la versión inglesa, que a su vez es traducción del francés de Juan Punto.

Desde el momento en que los obreros de nuestro país y de Rusia comenzaron a luchar valientemente contra el gobierno zarista y los explotadores, observamos que los curas en sus sermones se pronuncian, con frecuencia cada vez mayor, contra los obreros en lucha. El clero lucha con extraordinario vigor contra los socialistas y trata por todos los medios de desacreditarlos a los ojos de los trabajadores. Los creyentes que concurren a la iglesia los domingos y festividades se ven obligados a escuchar un violento discurso político, una verdadera denuncia del socialismo, en lugar de escuchar un sermón y encontrar consuelo religioso. En vez de reconfortar al pueblo, lleno de problemas y cansado de su vida tan dura, que va a la iglesia por su fe en el cristianismo, los sacerdotes echan denuestos contra los obreros que están en huelga y se oponen al gobierno; además, los exhortan a soportar su pobreza y opresión con humildad y paciencia. Convierten a la iglesia y al púlpito en una tribuna de propaganda política.

Los obreros pueden comprobar fácilmente que el encono del clero hacia los socialdemócratas no es en modo alguno provocación de estos últimos. Los socialdemócratas se han impuesto la tarea de agrupar y organizar a los obreros en la lucha contra el capital, es decir, contra los explotadores que les exprimen hasta la última gota de sangre, y en la lucha contra el gobierno zarista, que mantiene prisionero al pueblo. Pero los socialdemócratas jamás azuzan a los obreros contra el clero ni se inmiscuyen en sus creencias religiosas; ¡de ninguna manera! Los socialdemócratas del mundo y de nuestro país consideran que la conciencia y las opiniones personales son sagradas. Cada hombre puede sustentar la fe y las ideas que él cree son fuente de felicidad. Nadie tiene derecho a perseguir o atacar a los demás por sus opiniones religiosas. Eso piensan los socialistas. Y por esta razón, entre otras, los socialistas llaman al pueblo a luchar contra el régimen zarista, que viola continuamente la conciencia de los hombres al perseguir a católicos, católicos rusos, judíos, herejes y librepensadores. Son precisamente los socialdemócratas quienes más abogan por la libertad de conciencia. Parecería, por tanto, que el clero debería prestar ayuda a los socialdemócratas que tratan de esclarecer al pueblo trabajador. Cuanto más comprendemos las enseñanzas que los socialistas le brindan a la clase obrera, menos comprendemos el odio del clero hacia los socialistas.

Los socialdemócratas se proponen poner fin a la explotación de los trabajadores por los ricos. Cualquiera pensaría que los servidores de la Iglesia

serían los primeros en facilitarles la tarea a los socialdemócratas. ¿Acaso Jesucristo (cuyos siervos son los sacerdotes) no enseñó que “es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que los ricos entren en el reino de los cielos”? Los socialdemócratas tratan de imponer en todos los países un régimen social basado en la igualdad, libertad y fraternidad de todos los ciudadanos. Si el clero realmente desea poner en práctica el precepto “ama a tu prójimo como a ti mismo”, ¿por qué no acoge con agrado la propaganda socialdemócrata? Con su lucha desesperada, con la educación y organización del pueblo, los socialdemócratas tratan de sacarlos de su opresión y ofrecer a sus hijos un futuro mejor. A esta altura todos tendrían que admitir que los curas deberían bendecir a los socialdemócratas. ¿Acaso Jesucristo, a quien ellos sirven, no dijo “lo que hacéis por los pobres lo hacéis por mí”?

En cambio, vemos al clero, por un lado, excomulgar y perseguir a los socialdemócratas y, por el otro, ordenar a los obreros que sufran pacientemente, es decir, que permitan pacientemente que los capitalistas los exploten. El clero brama contra los socialdemócratas, exhorta a los obreros a no “alzarse” contra los amos, a someterse obedientemente a la opresión de este gobierno que mata a gentes indefensas, envía a millones de obreros a la monstruosa carnicería de la guerra, persigue a católicos, católicos rusos y “viejos creyentes”¹. Así el clero, al convertirse en vocero de los ricos, en defensor de la explotación y la opresión, se coloca en contradicción flagrante con la doctrina cristiana. Los obispos y curas no propagan la enseñanza cristiana: adoran el becerro de oro y el látigo que azota a los pobres e indefensos.

Además, todos saben cómo los curas se aprovechan de los obreros; les sacan dinero en ocasión del casamiento, bautismo o entierro. ¿Cuántas veces sucede que un cura, llamado al lecho de un enfermo para administrar los últimos sacramentos, se niega a concurrir hasta tanto se le pague su “honorario”? El obrero, presa de la desesperación, sale a vender o empeñar todo lo que posee con tal de que no les falte consuelo religioso a sus seres queridos.

Es cierto que hay eclesiásticos de otra talla. Hay algunos llenos de bondad y compasión, que no buscan el lucro; éstos están siempre dispuestos a ayudar

■■■■
¹ *Viejos creyentes*: también llamados *raskolniki* (cismáticos). Secta religiosa que consideraba que la revisión de textos bíblicos y las reformas litúrgicas realizadas por la Iglesia ortodoxa rusa eran contrarios a la verdadera fe. Fueron perseguidos durante el zarismo.

a los pobres. Pero debemos reconocer que son muy pocos, que son las moscas blancas. La mayoría de los curas, con sus caras sonrientes, se arrastran ante los ricos, perdonándoles con su silencio toda depravación, toda iniquidad. Otro es su comportamiento con los obreros; sólo piensan en esquilmarlos sin piedad; en sus severos sermones fustigan la “codicia” de los obreros, cuando éstos simplemente se defienden de los abusos del capitalismo. La flagrante contradicción que existe entre las acciones del clero y las enseñanzas del cristianismo debe ser materia de reflexión para todos. Los obreros se preguntan por qué, en su lucha por la emancipación, encuentran enemigos y no aliados entre los siervos de la Iglesia. ¿Cómo es que la Iglesia defiende la riqueza y la explotación sangrienta en vez de ser un refugio para los explotados? Para comprender este fenómeno extraño basta echar un vistazo a la historia de la Iglesia y examinar su evolución a través de los siglos.

II

Los socialdemócratas quieren el “comunismo”; eso es principalmente lo que el clero les reprocha. En primer lugar, es evidente que los curas que hoy combaten el “comunismo”, en realidad combaten a los primeros apóstoles. Porque éstos fueron comunistas ardientes.

Todos saben que la religión cristiana apareció en la antigua Roma, en la época de la decadencia del Imperio, que antes había sido rico y poderoso y comprendía lo que hoy es Italia y España, parte de Francia, parte de Turquía, Palestina y otros territorios.

La situación de Roma en la época del nacimiento de Cristo era muy parecida a la que impera actualmente en la Rusia zarista. Por una parte, un puñado de ricos viviendo en la holgazanería y gozando de toda clase de lujos y placeres; por otra, una inmensa masa popular que se pudría en la pobreza; por encima de todos, un gobierno despótico, basado en la violencia y la corrupción, ejercía una opresión implacable. Todo el Imperio Romano estaba sumido en el desorden más completo, rodeado de enemigos amenazantes; la soldadesca desatada descargaba su crueldad sobre la población indefensa; el campo estaba desierto; las ciudades, sobre todo Roma, la capital, estaban plagadas de pobres que elevaban sus ojos, llenos de odio, a los palacios de los ricos; el pueblo carecía de pan y techo, ropas, esperanzas y la posibilidad de salir de la pobreza.

Hay una sola diferencia entre la Roma decadente y el imperio del zar; Roma no conocía el capitalismo; la industria pesada no existía. En esa época el orden imperante era la esclavitud. Los nobles, los ricos, los financieros satisfacían sus necesidades poniendo a trabajar a los esclavos que las guerras les dejaban. Con el pasar del tiempo estos ricos se adueñaron de casi todas las provincias italianas quitándoles la tierra a los campesinos romanos. Al apropiarse de los cereales de las provincias conquistadas como tributo sin costo, invertían esas ganancias en sus propiedades: plantaciones magníficas, viñedos, prados, quintas y ricos jardines, cultivados por ejércitos de esclavos que trabajaban bajo el látigo del capataz. Los campesinos, privados de su tierra y de pan, fluían a la capital desde todas las provincias. Pero allí no se encontraban en mejor situación para ganarse la vida, puesto que todo el trabajo lo hacían los esclavos. Así se formó en Roma un numeroso ejército de desposeídos –el proletariado– carente inclusive de la posibilidad de vender su fuerza de trabajo. La industria no podía absorber a esos proletarios provenientes del campo, como ocurre hoy; se convirtieron en víctimas de la pobreza sin remedio, en mendigos. Esta gran masa popular, hambrienta y sin trabajo, que atosigaba los suburbios y los espacios abiertos y las calles de Roma, constituía un peligro permanente para el gobierno y las clases poseedoras. Por ello el gobierno se vio obligado a salvaguardar sus intereses aliviando su pobreza. De vez en cuando distribuía entre el proletariado maíz y otros comestibles almacenados en los graneros del Estado. Para hacerles olvidar sus penas les ofrecía espectáculos circenses gratuitos. A diferencia del proletariado contemporáneo, que mantiene a toda la sociedad con su trabajo, el inmenso proletariado romano vivía de la caridad.

Los infelices esclavos, tratados como bestias, hacían todo el trabajo en Roma. En este caos de pobreza y degradación, el puñado de magnates romanos pasaba los días en orgías y en medio de la lujuria. No había salida para esta monstruosa situación social. El proletariado se quejaba, y de vez en cuando amenazaba con iniciar una revuelta, pero una clase de mendigos, que vive de las migajas que caen de la mesa del señor, no puede iniciar un nuevo orden social. Los esclavos, que con su trabajo mantenían a toda la sociedad, estaban demasiado pisoteados, demasiado dispersos, demasiado aplastados por el yugo, tratados como bestias, y vivían demasiado aislados de las demás clases como para poder transformar la sociedad. A menudo

se alzaban contra sus amos, trataban de liberarse mediante batallas sangrientas, pero el ejército romano aplastaba las revueltas, masacraba a miles de esclavos y crucificaba a otros tantos.

En esta sociedad putrefacta, donde el pueblo no tenía salida de su trágica situación ni esperanzas de una vida mejor, los infelices volvieron su mirada al cielo para encontrar allí la salvación. La religión cristiana aparecía ante estos infelices como una tabla de salvación, un consuelo, un estímulo, y se convirtió, desde sus comienzos, en la religión del proletariado romano. De acuerdo con la situación material de los integrantes de esta clase, los primeros cristianos levantaron la consigna de la propiedad común: el comunismo. ¿Qué podía ser más natural? El pueblo carecía de los medios de subsistencia y moría de hambre. Una religión que defendía al pueblo, que exigía que los ricos compartan con los pobres los bienes que debían pertenecer a todos, una religión que predicaba la igualdad de todos los hombres, tenía que lograr gran éxito. Sin embargo, nada tiene en común con las reivindicaciones que hoy levantan los socialdemócratas con el objetivo de convertir en propiedad común los instrumentos de trabajo, los medios de producción, para que la humanidad pueda vivir y trabajar en armonía.

Hemos visto que los proletarios romanos no vivían de su trabajo sino de las limosnas del gobierno. De modo que la consigna de propiedad colectiva que levantaban los cristianos no se refería a los bienes de producción sino a los de consumo. No exigían que la tierra, los talleres y las herramientas se convirtieran en propiedad colectiva, sino simplemente que todo se dividiera entre ellos, casa, comida, ropas y todos los productos elaborados, necesarios para vivir. Los comunistas cristianos se cuidaban bien de averiguar el origen de estas riquezas. El trabajo productivo recaía siempre sobre los esclavos. Los cristianos sólo deseaban que los que poseían la riqueza abrazaran el cristianismo y convirtieran sus riquezas en propiedad común para que todos gozaran de estas cosas en igualdad y fraternidad.

Así estaban organizadas las primeras comunidades cristianas. Un contemporáneo escribió: “Esta gente no cree en la fortuna sino que predica la propiedad colectiva, y ninguno de ellos posee más que los demás. El que quiere entrar en su orden debe poner su fortuna como propiedad común. Es por eso que no existe entre ellos pobreza ni lujos: todos poseen todo en común, como hermanos. No viven en una ciudad propia, pero en cada ciudad tienen casa para ellos. Si cualquier extranjero perteneciente a su reli-

gión llega allí, comparten con él toda su propiedad, y él puede beneficiarse de la misma como si fuese propia. Aunque no se conocieran hasta entonces, le dan la bienvenida y son todos muy fraternales entre ellos. Cuando viajan no llevan sino un arma para protegerse de los ladrones. En cada ciudad tienen su administrador, quien distribuye ropas y alimentos entre los viajeros. No existe el comercio entre ellos. Pero si uno le ofrece a otro un objeto que éste necesita, recibe algún otro objeto a cambio. Pero cada cual puede exigir lo que necesita, aun sin tener con qué retribuir.”

En los *Hechos* de los apóstoles leemos lo siguiente acerca de la primera comunidad de Jerusalén: “Nadie consideraba que lo suyo le pertenecía; todo era poseído en común. Los que poseían tierras o casas, después de venderlas traían lo obtenido para colocarlo a los pies de los apóstoles. Y a cada uno se le daba de acuerdo con sus necesidades.”

En 1780, el historiador alemán Vogel escribió lo mismo acerca de los primeros cristianos: “Según las reglas, todo cristiano tenía derechos sobre la propiedad de los demás cristianos de la comunidad; en caso de necesidad podía exigir que los más ricos dividieran su fortuna y la compartieran con él, según sus necesidades. Todo cristiano podía utilizar la propiedad de sus hermanos; los que poseían algo no tenían derecho a privar a sus hermanos de su utilización. Así, el cristiano que no tenía casa podía exigirle al que tuviera dos o tres que lo recibiera; el dueño se guardaba solamente su propia vivienda. Debido a la utilización común de los bienes había que darle casa al que no tuviera”.

Se colocaba el dinero en una caja común y un miembro de la sociedad, especialmente designado para este propósito, repartía entre todos la fortuna común. Habían eliminado, por lo tanto, la vida familiar; todas las familias cristianas de una ciudad vivían juntas, como una sola gran familia.

Para terminar, digamos que algunos curas atacan a los socialdemócratas diciendo que abogamos por la comunidad de las mujeres. Es obvio que ésta es una mentira enorme, producto de la ignorancia o del encono del clero. Los socialdemócratas la consideran una distorsión vergonzosa y bestial del matrimonio. Y sin embargo, esta práctica era común entre los primeros cristianos.

///

III

Así, los cristianos de los primeros siglos eran comunistas fervientes. Pero era un comunismo basado en el consumo de bienes elaborados y no en el trabajo, y se demostró incapaz de reformar la sociedad, de poner fin a la desigualdad entre los hombres y de derribar las barreras que separaban a los pobres de los ricos. Porque, al igual que antes, las riquezas creadas por el trabajo volvían a un grupo restringido de poseedores, ya que los medios de producción (sobre todo, la tierra) seguían siendo propiedad individual y el trabajo –para toda la sociedad– lo seguían haciendo los esclavos. El pueblo, privado de los medios de subsistencia, sólo recibía limosnas según la buena voluntad de los ricos.

Mientras algunos (un puñado en relación con la masa popular) posean para su uso exclusivo las tierras cultivables, bosques y prados, animales de labranza y aperos, talleres, herramientas y materiales para la producción, y mientras los demás, la inmensa mayoría, no posea los medios indispensables para la producción, ni hablarse puede de igualdad entre los hombres. En esa situación, la sociedad se encuentra dividida en dos clases: ricos y pobres, los que viven en el lujo y los que viven en la pobreza. Supongamos, por ejemplo, que los propietarios ricos, influidos por la doctrina cristiana, ofrecieran repartir entre los pobres la riqueza que poseen en dinero, granos, fruta, ropa y animales. ¿Cuál sería el resultado? La pobreza desaparecería durante varias semanas y en ese lapso la población podría alimentarse y vestirse. Pero los productos elaborados se gastan en poco tiempo. Pasado un breve lapso, el pueblo habría consumido las riquezas distribuidas y quedaría nuevamente con las manos vacías. Los dueños de la tierra y de los medios de producción producirían más, gracias a la fuerza de trabajo de los esclavos, y nada cambiaría.

Bien, he aquí por qué los socialdemócratas discrepan con los comunistas cristianos. Dicen: “No queremos que los ricos compartan sus bienes con los pobres; no queremos caridad ni limosna; nada de ello puede borrar la desigualdad entre los hombres. Lo que exigimos no es que los ricos compartan con los pobres, sino la desaparición de ricos y pobres.” Ello es posible bajo la condición de que todas las fuentes de riqueza, la tierra, junto con los demás medios de producción y herramientas, pasen a ser propiedad colectiva del pueblo trabajador, que producirá según las necesidades de cada uno.

Los primeros cristianos creían poder remediar la pobreza del proletariado con las riquezas dispensadas por los poseedores. ¡Eso es lo mismo que sacar agua con un colador! El comunismo cristiano era incapaz de cambiar o mejorar la situación económica, y no prosperó.

Al principio, cuando los seguidores del nuevo Salvador constituían sólo un pequeño sector en el seno de la sociedad romana, el compartir los bienes y las comidas y el vivir todos bajo un mismo techo era factible. Pero a medida que el cristianismo se difundía por el Imperio, la vida comunitaria de sus partidarios se hacía más difícil. Pronto desapareció la costumbre de la comida en común y la división de bienes tomó otro cariz. Los cristianos ya no vivían como una gran familia; cada uno se hizo cargo de sus propiedades, y sólo se ofrecía a la comunidad el excedente. Los aportes de los más ricos a las arcas comunes, al perder su carácter de participación en la vida comunitaria, se convirtieron rápidamente en simple limosna, puesto que los cristianos ricos dejaron de participar de la propiedad común y pusieron al servicio de los demás sólo una parte de lo que poseían, porción que podía ser mayor o menor según la buena voluntad del donante. Así, en el corazón mismo del comunismo cristiano surgió la diferencia entre ricos y pobres, diferencia análoga a la que imperaba en el Imperio Romano, y a la que habían combatido los primeros cristianos. Pronto, los únicos participantes en las comidas comunitarias fueron los cristianos pobres y los proletarios; los ricos cedían una parte de su riqueza y se apartaban. Los pobres vivían de las migajas que les arrojaban los ricos, y la sociedad volvió rápidamente a ser lo que había sido. Los cristianos no habían cambiado nada.

Los “Padres de la Iglesia” prosiguieron, sin embargo, la lucha contra esta penetración de la desigualdad social en el seno de la comunidad cristiana, fustigando a los ricos con palabras ardientes y exhortándolos a volver al comunismo de los primeros apóstoles. San Basilio, en el siglo IV después de Cristo, predicaba así contra los ricos:

“Infelices, ¿cómo os justificaréis ante el Juez Celestial? Me preguntáis, ¿cuál es nuestra culpa, si sólo guardamos lo que nos pertenece?’ Yo os pregunto, ¿cómo conseguisteis lo que llamáis vuestra propiedad? ¿Cómo se enriquecen los poseedores si no es tomando posesión de las cosas que pertenecen a todos? Si cada uno tomara lo que necesitare y dejara el resto para los demás, no habría ricos ni pobres.”

Quien más predicó el retorno de los cristianos al primitivo comunismo de los apóstoles fue San Juan Crisóstomo, patriarca de Constantinopla, nacido en Antioquía en 347 y muerto en el exilio, en Armenia, en 407. Este célebre pastor, en su “Undécima Homilía” sobre los *Hechos* de los apóstoles, dijo:

“Y reinaba entre ellos la caridad; entre ellos (los apóstoles) nadie era pobre. Nadie consideraba que lo suyo le pertenecía, toda la riqueza era propiedad común (...) reinaba una gran caridad entre todos ellos. Esta caridad consistía en que no había pobres entre ellos; hasta tal punto aquellos que poseían bienes se apresuraban a despojarse de los mismos. No dividían su fortuna en dos partes, entregando una y guardando para sí la otra; daban lo que tenían. De modo que no había desigualdad entre ellos; todos vivían en la abundancia. Todo se hacía con la mayor reverencia. Lo que daban no pasaba de la mano del dador a la del receptor, lo que daban lo hacían sin ostentación; ponían sus bienes a los pies de los apóstoles, que eran los administradores y los amos, y utilizaban los bienes como cosa comunitaria y no privada. Con ello ponían coto a cualquier intento de caer en la vanagloria. ¡Ay! ¿Por qué se han perdido estas tradiciones? Ricos y pobres, todos nos beneficiaríamos con esta piadosa conducta y todos derivaríamos el mismo placer de conformarnos a ella. Los ricos, al despojarse de sus posesiones, no se empobrecerían, y los pobres se enriquecerían (...) Pero intentamos dar una idea exacta de lo que habría que hacer (...).

“Supongamos –y que ni ricos ni pobres se alarmen pues se trata de una mera suposición– que vendemos todo lo que nos pertenece y ponemos todo el producto de la venta en un pozo común. ¿Qué cantidad de oro tendríamos! No sé cuanto, exactamente, pero si todos, sin distinción de sexo, trajeran sus tesoros, si vendieran sus campos, sus propiedades, sus casas –no hablo de esclavos porque no los había en la comunidad cristiana, y los que llegaban a ella se convertían en hombres libres–, si todos hicieran eso, digo, tendríamos cientos de miles de libras de oro, millones, sumas inmensas.

“¡Pues bien! ¿Cuánta gente, creéis, vive en esta ciudad? ¿Cuántos cristianos? ¿Estáis de acuerdo en que son cien mil? El resto son judíos y gentiles. ¿Cuántos no se unirían? Contad los pobres, ¿cuántos son? A lo sumo cincuenta mil necesitados. ¿Cuánto requeriría su alimentación diaria? Calculo que el gasto no sería excesivo, si se organizara la distribución y provisión comunitaria de los alimentos.”

“Acaso preguntaráis: ‘¿Qué será de nosotros cuando esta riqueza sea consumida?’ ¿Qué? ¿Acaso ello ocurriría? ¿Acaso la gracia de Dios no se multiplicaría por mil? ¿No estaríamos creando un cielo en la tierra? Si esta comunidad de bienes existía entre cinco mil fieles con tan buenos resultados como la desaparición de la pobreza, ¿qué no lograría una multitud tan grande? Y entre los mismos paganos, ¿quién no acudiría a incrementar el tesoro común? La riqueza en manos de unas pocas personas se pierde más fácil y rápidamente; la distribución de la propiedad es la causa de la pobreza. Tomemos el ejemplo de un hogar compuesto por un hombre, su mujer y diez hijos; la mujer carda la lana, el hombre aporta su salario; ¿en qué caso gastarían más esta familia, viviendo juntos o separados? Es obvio que si vivieran separados. Diez casas, diez mesas, diez sirvientes y diez asignaciones especiales de dinero si los hijos vivieran separados. ¿Qué hacéis los que poseéis numerosos esclavos? ¿No es cierto, acaso, que para disminuir los gastos los alimentáis en la misma mesa? La división origina pobreza; la concordia y la unidad de las voluntades origina riquezas.”

“En los monasterios se vive como en los primeros tiempos de la Iglesia. ¿Quién muere allí de hambre? ¿Quién no tiene allí suficiente alimento? ¿Sin embargo los hombres de nuestro tiempo sienten mayor temor ante ese tipo de vida que ante el peligro de caer al mar! ¿Por qué no lo hemos intentado? Lo temeríamos menos. ¿Qué cosa buena sería! Si un puñado de fieles, apenas ocho mil, osaron, en un mundo donde sólo había enemigos, tratar de vivir en forma comunitaria, sin ayuda exterior, ¿cuánto mejor podríamos hacerlo hoy, cuando hay cristianos en todo el mundo? ¿Quedaría un solo gentil? Creo que ninguno. Atraeríamos a todos a nuestra causa.”

San Juan Crisóstomo pronunció en vano estos ardientes sermones. Los hombres no trataron de imponer el comunismo en Constantinopla ni en ningún otro lugar del mundo.

A medida que el cristianismo se difundía, y pasaba a ser en Roma, después del siglo IV, la religión dominante, los fieles se alejaban cada vez más del ejemplo de los primeros apóstoles. Dentro de la propia comunidad cristiana se acrecentaba la desigualdad en la posesión de bienes.

En el siglo VI, nuevamente, Gregorio Magno dijo:

“De ninguna manera basta con no robar la propiedad ajena; erráis si guardáis la riqueza que Dios creó para todos. Quien no da a los demás lo que posee es un asesino, un homicida; cuando guarda para sí lo que podría dar a los pobres, puede decirse que mata a quienes podrían haber vivido de esa abundancia; cuando compartimos con los que sufren, no les damos lo que nos pertenece sino lo que les pertenece. No es un acto de compasión sino el saldo de una deuda”.

Estos llamados no rindieron frutos. Pero la culpa de ninguna manera recae sobre los cristianos de aquellas épocas, quienes respondían mucho mejor a las palabras de los “Padres de la Iglesia” que los cristianos contemporáneos. No es la primera vez en la historia de la humanidad que las condiciones económicas resultan más poderosas que los más bellos discursos.

El comunismo, esta comunidad de consumidores de bienes que proclamaron los primeros cristianos, no podía existir sin el trabajo comunitario de toda la población, la propiedad común de la tierra y de los talleres. No fue posible en la época de los primeros cristianos iniciar el trabajo comunitario (con medios de producción comunitarios) porque, como ya hemos dicho, el trabajo no lo realizaban los hombres libres sino los esclavos, marginados de la sociedad. El cristianismo no se propuso abolir la desigualdad entre el trabajo de los hombres ni entre su propiedad. Por eso fracasaron sus esfuerzos por suprimir la distribución desigual de bienes de consumo. Las voces de los “Padres de la Iglesia” que proclamaban el comunismo encontraban cada vez menos eco. Rápidamente, esas voces se volvieron más espaciadas hasta desaparecer completamente. Los “Padres de la Iglesia” dejaron de predicar la comunidad y división de los bienes, porque el crecimiento de la comunidad cristiana provocó cambios fundamentales en la propia Iglesia.

IV

Al principio, cuando la comunidad cristiana era pequeña, no existía un clero en el sentido estricto del término. Los fieles, reunidos en una comunidad religiosa independiente, se unían en cada ciudad. Elegían un responsable para dirigir el culto de Dios y realizar los ritos religiosos. Cualquier cristiano podía ser obispo o prelado. Era una función electiva, susceptible de ser revocada, *ad honorem*, y sin más poder que el que la comunidad estaba dispuesta a otorgarle libremente. A medida que se incrementaba el nú-

mero de fieles y las comunidades se volvían más numerosas y ricas, administrar los negocios de la comunidad y ejercer un puesto oficial se volvió una ocupación que requería mucho tiempo y dedicación. Puesto que los funcionarios no podían realizar estas tareas y dedicarse al mismo tiempo a sus ocupaciones, surgió la costumbre de elegir entre los miembros de la comunidad un eclesiástico que se dedicaba exclusivamente a dichas funciones. Por tanto, estos empleados de la comunidad debían recibir una compensación por su dedicación exclusiva a los negocios de ésta. Así se formó, en el seno de la Iglesia, una nueva casta de empleados, separada del común de los fieles: el clero. Paralelamente a la desigualdad entre ricos y pobres, surgió la desigualdad entre clero y pueblo. Los eclesiásticos, elegidos al comienzo entre sus iguales para cumplir una función temporaria, se elevaron rápidamente a la categoría de una casta que dominaba al pueblo.

Cuanto más numerosas se volvían las comunidades cristianas en el inmenso Imperio Romano, más sintieron los cristianos, perseguidos por el gobierno, la necesidad de unirse para cobrar fuerzas. Las comunidades, dispersas por todo el territorio del Imperio, se organizaron en una Iglesia única. Esta unificación ya era unificación del clero y no del pueblo. Desde el siglo IV los eclesiásticos de las diversas comunidades se reunían en concilios. El primer concilio se reunió en Nicea, en 325. Así se formó el clero, sector aparte y separado del pueblo. Los obispos de las comunidades más fuertes y ricas pasaron a dominar los concilios. Es por eso que el obispo de Roma se colocó rápidamente a la cabeza del conjunto de la cristiandad y se convirtió en Papa. Así surgió un abismo entre el pueblo y el clero dividido jerárquicamente.

Al mismo tiempo, las relaciones económicas entre el pueblo y el clero sufrieron cambios profundos. Antes de la creación de esta orden, todo lo que los miembros ricos de la Iglesia aportaban al fondo común era propiedad de los pobres. Después, gran parte de los fondos empezaron a ser utilizados para pagarle al clero que administraba la Iglesia. Cuando en el siglo IV el gobierno comenzó a proteger a los cristianos y a reconocer que su religión era la dominante, cesaron las persecuciones, los ritos ya no se celebraron en catacumbas ni en casas modestas sino en iglesias cuya magnificencia era cada vez mayor. Estos gastos redujeron aún más las sumas destinadas a los pobres. Ya en el siglo V los haberes de la Iglesia se dividían en cuatro partes: una para el obispo, la segunda para el clero inferior, la tercera para la manuten-

ción de la Iglesia y la cuarta para su distribución entre los pobres. La población cristiana pobre recibía, por tanto, una suma igual a la que el obispo tenía para él solamente.

Con el pasar del tiempo se perdió la costumbre de asignar a los pobres una suma determinada de antemano. Por otra parte, a medida que aumentaba la importancia del clero superior, los fieles perdían el control sobre las propiedades de la Iglesia. Los obispos dispensaban limosna a los pobres a voluntad. El pueblo recibía limosna de su propio clero. Y eso no es todo. En los comienzos de la cristiandad los fieles hacían ofrendas según su buena voluntad. A medida que la religión cristiana se convertía en religión de Estado, el clero exigía que tanto los pobres como los ricos hicieran aportes. Desde el siglo VI el clero impuso un impuesto especial, el diezmo (la décima parte de la cosecha), a pagar a la Iglesia. Este impuesto cayó como una carga pesadísima sobre las espaldas del pueblo; en la Edad Media se convirtió en un verdadero infierno para los campesinos oprimidos por la servidumbre. Este diezmo se imponía a cada pedazo de tierra, a cada propiedad. Pero era el siervo quien lo pagaba con su trabajo. Así, los pobres no sólo perdieron el socorro y la ayuda de la Iglesia sino que vieron cómo los curas se aliaban a los demás explotadores: los príncipes, nobles y prestamistas. En la Edad Media, mientras la servidumbre reducía al pueblo trabajador a la pobreza, la Iglesia se enriquecía cada vez más. Además del diezmo y otros impuestos, la Iglesia se benefició en este período con grandes donaciones, legados de libertinos ricos de ambos sexos, quienes a último momento querían pagar por su vida pecaminosa. Entregaban a la Iglesia dinero, casas, aldeas enteras con sus siervos y, a menudo, la renta de las tierras y los impuestos en trabajo (*corvea*).

De esta manera, la Iglesia adquirió riquezas enormes. Al mismo tiempo el clero dejó de ser el “administrador” de la riqueza que la Iglesia le había confiado. Declaró abiertamente, en el siglo XII, en una ley que, dijo, provenía de las Sagradas Escrituras, que la riqueza de la Iglesia no pertenece a los pobres sino al clero y, sobre todo, a su jefe, el Papa. Por tanto, los puestos eclesiásticos eran la mejor posibilidad de gozar de una buena renta. Cada eclesiástico disponía de la propiedad de la Iglesia como si fuera propia, y la legaba a sus propios parientes, hijos y nietos. Así se consumó el pillaje de los bienes de la Iglesia, que quedaron en manos de los familiares de los clérigos. Por esa razón, los papas se proclamaron soberanos de la fortuna de la

Iglesia, y ordenaron el celibato sacerdotal para impedir la dispersión de su patrimonio. El celibato se decretó en el siglo XI pero se puso en práctica recién en el siglo XIII, debido a la oposición del clero. Para impedir aún más la dispersión de la riqueza de la Iglesia, en 1297 el papa Bonifacio VIII prohibió a los eclesiásticos entregar sus rentas a legos sin permiso papal. Así, la Iglesia llegó a acumular riquezas inmensas, sobre todo en tierras fértiles, y el clero de los países cristianos se convirtió en el más rico de los propietarios terratenientes. ¡En algunos casos poseía un tercio o más de todas las tierras del país!

Los campesinos no sólo pagaban impuestos en trabajo (*corvea*) sino también el diezmo, en tierras de príncipes y nobles y en las tierras inmensas pertenecientes a obispos, arzobispos, párrocos y conventos.

Entre los señores feudales más poderosos, la Iglesia apareció como el más grande explotador. Por ejemplo, en Francia, a finales del siglo XVIII, antes de la Gran Revolución, el clero era dueño de la quinta parte de las tierras de ese país, con una renta anual de aproximadamente cien millones de francos. Los diezmos sumaban veintitrés millones. Con esta suma engordaban a 2.800 preladados y obispos, 5.600 superiores y priores, 60.000 párrocos y curas, y a los 24.000 monjes y 36.000 monjas que poblaban los conventos. Este ejército de curas estaba exento del pago de impuestos y del servicio militar. En momentos de “calamidades” –guerra, mala cosecha, epidemia– la Iglesia pagaba al fisco un impuesto “voluntario” que jamás excedía los 16.000 francos.

El clero privilegiado formaba con la nobleza una clase dominante que vivía de la sangre y el sudor de los siervos. La jerarquía eclesiástica, los puestos mejor pagados, sólo eran accesibles a los nobles y quedaban en manos de la nobleza. A consecuencia de ello, en la época de la servidumbre, el clero fue el aliado fiel de la nobleza, la apoyaba y la ayudaba a oprimir al pueblo, al cual no le brindaba sino sermones donde lo exhortaba a ser humilde y resignarse a su suerte. Cuando el proletariado rural y urbano se alzaba contra la opresión y la servidumbre, encontraba en el clero un enemigo feroz. Es cierto que en el seno de la Iglesia misma existían dos clases: el clero superior, que absorbía toda la riqueza, y la gran masa de curas rurales cuyos modestos ingresos no sumaban más de doscientos a quinientos francos al año. Esta clase sin privilegios se alzaba contra el clero superior, y en 1789, durante la Gran Revolución, se unió al pueblo para luchar contra el poder de la nobleza secular y eclesiástica.

V

Así se fueron modificando las relaciones entre la Iglesia y el pueblo en el curso de los siglos. La cristiandad se inició como mensaje de consuelo para los desheredados y oprimidos. Creó una doctrina para combatir la desigualdad social y el antagonismo entre ricos y pobres; enseñó la comunidad de la riqueza. Rápidamente, este templo de igualdad y fraternidad se convirtió en fuente de nuevos antagonismos sociales. Al abandonar la lucha contra la propiedad privada que habían librado los primeros apóstoles, el clero se dedicó a amasar fortunas; se alió a las clases poseedoras, que vivían de la explotación de las masas trabajadoras. En épocas feudales, la Iglesia era miembro de la clase dominante, la nobleza, y defendía con pasión el poder de ésta contra la revolución. A finales del siglo XVIII y comienzos del XIX los pueblos de Europa central liquidaron la servidumbre y los privilegios de la nobleza. En ese momento, la Iglesia se volvió a aliar con las clases dominantes: la burguesía industrial y comercial. Hoy, la situación es distinta y el clero ya no posee grandes extensiones de tierras, pero tiene capitales a los que trata de hacer productivos mediante la explotación del pueblo en el comercio y la industria, como hacen los capitalistas.

La Iglesia Católica de Austria poseía, según sus propias cifras, un capital de más de 813 millones de coronas, de las cuales 300 millones consistían en tierras para el cultivo, 387 millones en bonos, y había prestado con intereses 70 millones a industriales y comerciantes. De esa manera, la Iglesia se ha adaptado a los tiempos modernos transformándose de señor feudal en capitalista de la industria y el comercio. Igual que antes, colabora con la clase que se enriquece a costillas del proletariado rural e industrial.

Este cambio es más notable aún en la organización de los conventos. En algunos países, como en Alemania y en Rusia, los claustros católicos fueron cerrados hace mucho tiempo. Pero en los países donde todavía existen, como en Francia, Italia y España, todo corrobora el papel importantísimo que desempeña la Iglesia en el régimen capitalista.

En la Edad Media, los conventos eran refugios del pueblo. Éste se refugiaba allí de la crueldad de señores y príncipes; allí encontraba alimentos y protección en casos de extrema pobreza. Los claustros no negaban pan y alimento a los hambrientos. No debemos olvidar que la Edad Media no conocía el comercio que es corriente en nuestros días. Cada granja, cada con-

vento producía en abundancia lo que necesitaba, gracias al trabajo de siervos y artesanos. Sucedió a menudo que las reservas no encontraban salida. Cuando había excedente de maíz, vegetales, leña, éste carecía de valor. No había comprador y no todos los productos podían conservarse. En estos casos, los conventos proveían generosamente a las necesidades de los pobres dándoles, en el mejor de los casos, una pequeña porción de lo que les habían sacado a sus siervos. (Esta era la costumbre de la época y casi todas las granjas pertenecientes a la nobleza hacían lo mismo.) Para los conventos esta benevolencia era una fuente de ganancias; con su reputación de abrir sus puertas a los pobres, recibían grandes regalos y herencias de los ricos y poderosos.

Con el surgimiento del capitalismo y la producción para el cambio, cada objeto adquirió un precio y se volvió intercambiable. En este momento acabaron las buenas acciones de los conventos, las casas de los señores y la Iglesia. El pueblo perdió su último refugio. Esta es, entre otras, la razón por la cual, en los inicios del capitalismo, en el siglo XVIII, cuando los obreros aún no se hallaban organizados para defender sus intereses, apareció una pobreza tan impresionante que parecía que la humanidad había regresado a la decadencia del Imperio Romano. Pero mientras que la Iglesia católica de los viejos tiempos trató de ayudar al proletariado romano predicando el comunismo, la igualdad y la fraternidad, en la etapa capitalista actuó de manera completamente distinta. Trató, sobre todo, de sacar ganancias de la pobreza del pueblo, de la mano de obra barata. Los conventos se convirtieron en infiernos de explotación capitalista; peores aún, porque hacían trabajar a mujeres y niños. El juicio contra el Convento del Buen Pastor en 1903, en Francia, fue un ejemplo notable de estos abusos. Había niñas de doce, diez y nueve años obligadas a trabajar en condiciones abominables, arruinando su vista y su salud, mal alimentadas y sometidas a un régimen carcelario.

En la actualidad, casi todos los conventos franceses están cerrados y la Iglesia ya no tiene posibilidad de explotar directamente. Asimismo, el diezmo, azote de los campesinos, fue abolido hace mucho. Ello no le impide al clero exprimirle dinero a la clase obrera mediante otros métodos, sobre todo misas, casamientos, entierros y bautismos. Y los gobiernos que apoyan al clero obligan al pueblo a pagarle tributo. Además, en todos los países, salvo Estados Unidos y Suiza, donde la religión es un asunto personal, la Iglesia le saca al Estado sumas enormes, que provienen, obviamente, del trabajo del pueblo.

Por ejemplo, en Francia, los gastos del clero suman 40 millones de francos anuales.

En síntesis, el trabajo de millones de explotados garantiza la existencia de la Iglesia, el gobierno y la clase capitalista. Las estadísticas de los ingresos de la Iglesia, antes refugio de los pobres, en Austria, dan una idea de su riqueza. Hace cinco años (o sea, en 1900) sus ingresos anuales sumaban 60 millones de coronas, y sus gastos no excedían los 35 millones. Así, en un año “ahorraba” 25 millones a costillas del sudor y la sangre de los trabajadores. He aquí algunos detalles sobre esa suma:

El Arzobispado de Viena, con un ingreso anual de 300.000 coronas y gastos no mayores de la mitad de esa suma, “ahorró” 150.000. El capital fijo de ese arzobispado suma alrededor de 7 millones de coronas. El Arzobispado de Praga posee un ingreso de más de medio millón, y gastos de alrededor de 300.000; su capital es de casi 11 millones. El Arzobispado de Olomouc (Olmütz) tiene ingresos de más de medio millón, y gastos de alrededor de 400.000. Su fortuna asciende a 14 millones. El clero inferior, que tanto se lamenta de su pobreza, explota a la población en igual medida. Los ingresos anuales de los párrocos austríacos suman más de 35 millones, los gastos sólo 21 millones y, como resultado, los “ahorros” de los curas párrocos suman 14 millones anuales. Las propiedades parroquiales ascienden a más de 450 millones. Por último, los conventos poseían, hace cinco años, deducidos los gastos, una “entrada neta” de 5 millones anuales.

Estas riquezas se acrecentaban con los años, mientras la pobreza de los trabajadores explotados por el capitalismo y el Estado se acrecentaba todos los años. En nuestro país, y en todos los demás, la situación es idéntica a la de Austria.

VI

Después de haber pasado revista a la historia de la Iglesia, no nos puede sorprender que el clero apoye al zar y a los capitalistas contra los obreros revolucionarios que luchan por un futuro mejor. Los obreros conscientes, organizados en el Partido Social Demócrata, luchan por convertir la idea de la igualdad social y la fraternidad entre los hombres en una realidad, lo que alguna vez fue la causa de la Iglesia cristiana.

Pero la igualdad es irrealizable en una sociedad basada en la esclavitud o la servidumbre; puede [sí] realizarse en nuestra época de capitalismo industrial. Lo que los apóstoles cristianos no lograron con encendidos discursos contra el egoísmo de los ricos, lo pueden lograr los proletarios modernos, los obreros conscientes de su situación como clase, en un futuro cercano, conquistando el poder político en todos los países, arrancando las fábricas, las tierras y todos los medios de producción de manos de los capitalistas para convertirlos en propiedad comunitaria de los trabajadores. El comunismo por el que luchan los socialdemócratas no consiste en dividir entre los mendigos, los ricos y los ociosos la riqueza producida por esclavos y siervos, sino el trabajo comunitario honesto y el goce de los frutos comunes de dicho trabajo. El socialismo no es la generosidad de los ricos con los pobres sino la abolición total de las diferencias entre ricos y pobres, obligando a todos a trabajar según su capacidad mediante la abolición de la explotación del hombre por el hombre.

Para implantar el orden socialista los obreros se organizan en el partido obrero, el Partido Social Demócrata, que persigue este fin. Y es por ello que la socialdemocracia y el movimiento obrero suscitan el odio feroz de las clases poseedoras, que viven a costillas de los trabajadores.

Las riquezas inmensas amasadas por la Iglesia sin esfuerzo de su parte provienen de la explotación y pobreza del pueblo trabajador. La riqueza de arzobispos y obispos, conventos y parroquias, la riqueza de los dueños de las fábricas y de los comerciantes y terratenientes, se consigue al precio de los esfuerzos inhumanos de los obreros urbanos y rurales. ¿Cuál puede ser el origen de los presentes y legados que los señores ricos dejan a la Iglesia? No es, obviamente, el trabajo de sus manos y el sudor de sus frentes, sino la explotación de los obreros que trabajan para ellos; siervos ayer, obreros asalariados hoy. Además, la subvención que el Estado le otorga al clero proviene en su mayor parte de los impuestos que pagan las masas populares. El clero, igual que la clase capitalista, vive a costillas del pueblo, saca ganancias de la degradación, la ignorancia y la opresión del pueblo. El clero y los parásitos capitalistas odian a la clase obrera organizada, consciente de sus derechos, que lucha por la conquista de sus libertades. La abolición del “desgobierno” capitalista y la instauración de la igualdad entre los hombres serían un golpe mortal para el clero, que subsiste debido a la explotación y la pobreza. Pero, sobre todas las cosas, el socialismo quiere garantizarle a la humanidad la fe-

licidad real y honesta acá abajo, educar lo más posible al pueblo y asegurarle el primer puesto en la sociedad. Los sirvientes de la Iglesia temen a esta felicidad como a la misma plaga.

Los capitalistas moldearon a martillazos los cuerpos de los trabajadores, forjaron sus cadenas de pobreza y esclavitud. Junto con ello, el clero, para ayudar a los capitalistas y servir a sus propios intereses, encadena la mente del pueblo a la más crasa ignorancia, porque bien sabe que la educación significaría el fin de su poder. Pues bien, el clero falsifica las primeras enseñanzas del cristianismo, cuyo objeto era brindar la felicidad terrena a los humildes, y trata hoy de convencer a los trabajadores de que el sufrimiento y la degradación que soportan no son producto de una estructura social defectuosa, sino del cielo, de la voluntad de la “providencia”. Así, la Iglesia mata la esperanza del obrero, su fuerza, su deseo de un futuro mejor, su fe y su amor propio. Los curas de hoy, con sus enseñanzas falsas y venenosas, perpetúan la ignorancia y la degradación del pueblo. He aquí algunas pruebas irrefutables.

En países donde el clero católico ejerce gran poder sobre las mentes de las masas, por ejemplo en España e Italia, el pueblo está sumido en la más profunda ignorancia. Florecen allí la bebida y el crimen. Por ejemplo, comparemos las provincias alemanas Bavaria y Sajonia. Bavaria es una provincia agrícola, cuya población sufre la influencia preponderante del clero católico. Sajonia es una provincia industrializada, donde los socialdemócratas desempeñan un gran papel en la vida de los trabajadores, ganan las elecciones parlamentarias en la mayoría de los distritos, una de las razones por las que la burguesía odia esta provincia socialdemócrata “roja”. ¿Y con qué nos encontramos? Las estadísticas oficiales demuestran que la cantidad de crímenes cometidos en la Bavaria ultra católica es relativamente mucho más elevada que en la “Sajonia roja”.

En 1898, de cada 100.000 habitantes, observamos:

	En Bavaria	En Sajonia
Robo a mano armada:	204	185
Asalto calificado:	296	72
Perjurio:	4	1

La situación es casi idéntica cuando comparamos Posen, dominada por los curas, con Berlín, donde la influencia de los socialdemócratas es mayor. En Posen, en el curso de un año, vemos 232 casos de asalto calificado por cada 100.000 habitantes; en Berlín sólo 172.

En la Ciudad Papal de Roma, en un solo mes de 1869 (penúltimo año del poder temporal del Papa), se dictaron las siguientes condenas: 279 por homicidio, 728 por asalto calificado, 297 por robo y 21 por incendio. Éstos son los resultados del dominio del clero sobre el pueblo.

Esto no significa que el clero incite al pueblo al crimen. Todo lo contrario: en sus sermones, los curas denuncian el hurto, el robo, la embriaguez. Pero los hombres no hurtan, roban o se emborrachan porque les guste. Lo hacen por su pobreza o su ignorancia. Por lo tanto, el que perpetúa la ignorancia y la pobreza del pueblo, el que aplasta su energía y su voluntad para salir de esa situación, el que pone obstáculos en el camino de quienes quieren educar al proletariado, es tan responsable de los crímenes como si fuese su cómplice.

La situación era parecida, hasta hace poco, en las zonas mineras de la Bélgica católica. Los socialdemócratas fueron allá. Por todo el país resonó su vigoroso llamado a los obreros, infelices y degradados: “¡Obrero, levántate! ¡No robes, no bebas, no desesperes, no agaches la cabeza! ¡Únete a tus hermanos de clase en la organización, lucha contra los explotadores que te maltratan! ¡Saldrás de la pobreza, serás un hombre!”

Así, en todas partes, los socialdemócratas levantan al pueblo y fortalecen a quienes han perdido las esperanzas, unen a los débiles en una poderosa organización. Abren los ojos de los ignorantes y les enseñan el camino de la igualdad, la libertad y el amor al semejante.

En cambio, los servidores de la Iglesia sólo llevan al pueblo palabras de humillación y desaliento. Y si Cristo reapareciera hoy sobre la tierra seguramente atacaría a los curas, obispos y arzobispos que defienden a los ricos y explotan a los desgraciados, así como antes atacó a los mercaderes, a quienes echó del templo para que su innoble presencia no manchara la Casa del Señor.

Por eso, se libra una batalla sin cuartel entre el clero, sostén de la opresión, y los socialdemócratas, voceros de la liberación. No se puede considerar este combate como si lo librarán la noche oscura y el sol naciente. Porque al no poder combatir al socialismo con la inteligencia y la verdad, los curas tienen

que recurrir a la violencia y la maldad. Estos judas calumnian a quienes despiertan la conciencia de clase. Con mentiras y calumnias tratan de manchar la memoria de quienes dieron sus vidas por la causa obrera. Estos sirvientes y adoradores del becerro de oro apoyan y aplauden los crímenes del gobierno zarista y defienden el trono de este déspota que oprime al pueblo como otro Nerón.

Pero os agitáis en vano, siervos degenerados de Cristo que os habéis convertido en siervos de Nerón. En vano ayudáis a quienes nos asesinan, en vano protegéis a los explotadores del proletariado bajo el signo de la cruz. Vuestras crueldades y calumnias no pudieron impedir en el pasado el triunfo de la idea cristiana, idea que hoy habéis sacrificado al becerro de oro: hoy vuestros esfuerzos no obstaculizarán la marcha del socialismo. Hoy sois vosotros, vuestras mentiras y enseñanzas, los paganos, y nosotros quienes predicamos entre los pobres y explotados la fraternidad y la igualdad. Somos nosotros quienes marchamos a la conquista del mundo, como antes aquel que dijo que es más fácil que un camello atravesase el ojo de una aguja que un rico entre en el reino de los cielos.

VII

Dos palabras para terminar. El clero posee dos armas para combatir a la socialdemocracia. En los lugares en que el movimiento obrero empieza a cobrar fuerzas, como es el caso de nuestro país, donde las clases poseedoras tienen la esperanza de aplastarlo, el clero combate a los socialistas con sermones, calumniándolos y denunciando la “codicia” de los trabajadores. Pero en los países donde hay libertades democráticas y el partido obrero es fuerte, como en Alemania, Francia, Holanda, el clero busca otros métodos. Oculta sus verdaderos propósitos y no enfrenta a los obreros como enemigo sino como amigo falso. Así, se puede ver a los curas organizando a los obreros en sindicatos “cristianos”. Así tratan de atrapar a los peces en la red, atraer a los obreros a la trampa de esos sindicatos falsos donde se enseña humildad, a diferencia de las organizaciones socialdemócratas, cuyo objetivo es que los obreros luchen y se defiendan.

Cuando el gobierno zarista caiga bajo los golpes del proletariado revolucionario de Polonia y Rusia, cuando la libertad política exista en nuestro país, veremos al mismísimo arzobispo Popiel, y a los curas que echan de-

nuestras contra los activistas, empezar repentinamente a organizar a los obreros en asociaciones “cristianas” y “nacionales” para engañarlos. Ya vemos los comienzos de la actividad solapada de la “democracia nacional”, que asegura a los curas su colaboración futura, y los ayuda, hoy, a calumniar a los socialdemócratas.

Por eso los obreros deben estar advertidos del peligro, para no permitir que los engañen, en la mañana de la victoria de la revolución, con palabras melosas, los que hoy desde el púlpito osan defender al gobierno zarista que mata obreros y al aparato represivo del capital, causa principal de la pobreza del proletariado.

Para defenderse, en la actualidad, del antagonismo del clero durante la revolución y contra su falsa amistad de mañana, después de la revolución, es necesario que los obreros se organicen en el Partido Social Demócrata.

Y ésta es la respuesta a los ataques del clero: la socialdemocracia, de ninguna manera combate los credos religiosos. Por el contrario, exige total libertad de conciencia para todo individuo, y la mayor tolerancia para cada fe y opinión. Pero, desde el momento en que los curas utilizan el púlpito como medio de lucha política contra la clase obrera, los obreros deben combatir a los enemigos de su derecho y su liberación. Porque el que defiende a los explotadores y el que ayuda a perpetuar este régimen de miseria es enemigo mortal del proletariado, ya vista sotana o uniforme de policía.

SOCIALISMO Y RELIGIÓN

V. I. Lenin, 1905

“Toda la sociedad moderna está construida sobre la explotación de la enorme masa que forma la clase obrera por parte de una insignificante minoría de la población, perteneciente a la clase de los terratenientes y de los capitalistas. Esta sociedad es una sociedad esclavista, puesto que los obreros ‘libres’, que durante toda su vida trabajan para el capital, sólo ‘tienen derecho’ a los medios de subsistencia que son necesarios para el mantenimiento de los esclavos, que producen plusvalía para asegurar y eternizar la esclavitud capitalista.

La opresión económica de los obreros provoca y engendra inevitablemente todo género de opresión política, de humillación social, oscureciendo y embruteciendo la vida espiritual y moral de las masas. Los obreros pueden lograr y obtener una mayor o menor libertad política para luchar por su liberación económica, pero ninguna libertad podrá liberarlos de la miseria, de la desocupación y del sojuzgamiento, mientras no sea eliminado el poder del capital. La religión es uno de los aspectos del yugo espiritual que en todas partes oprime a las masas, agobiadas por el perpetuo trabajo para los demás, por la necesidad y por el desamparo. La impotencia de las clases explotadas en su lucha con los explotadores también engendra inevitablemente la fe en una vida mejor en ultratumba, del mismo modo que la impotencia del salvaje en su lucha con la naturaleza, engendra la fe en los dioses, en los demonios, en los milagros, etc. A aquel que durante toda su vida trabaja y padece de necesidad, la religión le enseña la humildad y la resignación en la vida terrena, con la esperanza de la recompensa celestial. Y a aquellos que viven del trabajo ajeno, la religión les enseña la caridad en la tierra, proponiéndoles una muy

barata justificación para toda su vida de explotadores, y vendiéndoles, a precios módicos, billetes de entrada a la bienaventuranza celestial. La religión es el opio del pueblo. La religión es una especie de brebaje espiritual en el cual los esclavos del capital ahogan su fisonomía humana, sus exigencias de una vida medianamente digna del ser humano.

Pero el esclavo que ha adquirido conciencia de su esclavitud y se ha alzado en lucha por su liberación, ya es un esclavo a medias. El obrero moderno consciente, formado en la gran industria fabril, ilustrado por la vida en la ciudad, aparta de sí con desprecio los principios religiosos, deja el cielo en posesión de los popes y beatones burgueses y trata de conquistar para sí una vida mejor aquí, sobre la tierra. El proletariado moderno se coloca del lado del socialismo, que utiliza la ciencia en la lucha contra la niebla religiosa y que, al unir a los obreros para una verdadera lucha por una vida mejor sobre la tierra, los libera de la fe en la vida de ultratumba.

La religión debe ser declarada un asunto privado; con estas palabras suele expresarse habitualmente la actitud de los socialistas hacia la religión. Pero la significación de estas palabras debe ser determinada con exactitud, para que ellas no puedan dar lugar a ninguna clase de equívocos. Nosotros exigimos que la religión sea un asunto privado en relación con el Estado, pero no podemos considerar, en modo alguno, la religión como un asunto privado en relación con nuestro propio partido. El Estado nada tiene que hacer con la religión; las sociedades religiosas no deben estar ligadas al poder del Estado. Toda persona debe ser completamente libre de profesar la religión que le plazca o de no reconocer ninguna religión, es decir, ser ateo, como lo es, habitualmente, todo socialista. Cualquier discriminación de los derechos de los ciudadanos relacionada con sus creencias religiosas es completamente inadmisibles. Inclusive toda mención en los documentos oficiales sobre tal o cual creencia religiosa de los ciudadanos debe ser incuestionablemente suprimida. No debe efectuarse ninguna entrega de fondos del Estado a la Iglesia, no deben entregarse sumas del Estado a las sociedades eclesiásticas y religiosas, que deben ser asociaciones de ciudadanos-correligionarios totalmente libres e independientes del poder estatal. Solamente el cumplimiento hasta el fin de estas exigencias podrá poner término a aquel ignominioso y maldito pasado, cuando la Iglesia era una sierva dependiente del Estado y el ciudadano ruso era siervo dependiente de la Iglesia; cuando existían y se aplicaban las leyes inquisitoriales medievales (que hasta el presente figuran en

nuestros códigos y estatutos penales), que perseguían al hombre por su fe o por la falta de ella, que ejercían coacción sobre su conciencia, que ligaban los puestos oficiales e ingresos fiscales a la distribución de este o aquel aguar-diente estatal-eclesiástico. Completa separación de la Iglesia del Estado: he aquí la exigencia que el proletariado socialista presenta al Estado contemporáneo y a la Iglesia contemporánea.

La Revolución Rusa debe realizar esta exigencia como parte integrante indispensable de la libertad política. En este sentido, la Revolución Rusa se halla en condiciones particularmente ventajosas, porque el repugnante burocratismo de la autocracia feudal y policíaca ha provocado el descontento, la agitación y la indignación, inclusive en los medios eclesiásticos. Por muy sumisa, por muy atrasada que haya sido la clerecía ortodoxa rusa, el estrépito de la caída del viejo orden medieval en Rusia la ha despertado también a ella. Inclusive ella se adhiere a la exigencia de libertad, protesta contra el burocratismo y las arbitrariedades burocráticas, contra la labor de policía que les ha sido impuesta a los 'servidores de Dios'. Nosotros, los socialistas, debemos apoyar este movimiento, llevando hasta sus últimas consecuencias las exigencias de los hombres del clero honestos y sinceros, tomándoles la palabra cuando hablan de libertad, exigiendo de ellos que rompan decididamente todo vínculo entre la religión y la policía. O sois sinceros, y entonces debéis pronunciaros por la completa separación de la Iglesia del Estado y de la escuela de la Iglesia, por la total e incondicional declaración de la religión como cosa privada, o no aceptáis estas consecuentes exigencias de la libertad, y entonces significa que todavía os halláis prisioneros de las tradiciones de la inquisición, significa que todavía buscáis obtener puestitos oficiales e ingresos fiscales, significa que no creéis en la fuerza espiritual de vuestra arma, que continuáis recibiendo coima del poder estatal; entonces, los obreros conscientes de toda Rusia os declararán una guerra implacable.

En lo que se relaciona con el partido del proletariado socialista, la religión no es un asunto privado. Nuestro partido es una asociación de luchadores conscientes, de avanzada, por la liberación de la clase obrera. Tal asociación no puede y no debe tener una actitud indiferente frente a la inconsciencia, el atraso o el oscurantismo en forma de creencia religiosa. Exigimos una completa separación de la Iglesia del Estado para luchar contra la niebla religiosa con un arma puramente ideológica y solamente ideológica: con nuestra prensa, con nuestra palabra. Pero nosotros hemos creado nuestra

asociación, el POSDR, entre otras cosas, precisamente para tal lucha contra el engaño religioso de los obreros. Para nosotros, la lucha ideológica no es, pues, un asunto privado, sino un asunto de partido, un asunto que atañe a todo el proletariado.

Si ello es así, ¿por qué no declaramos en nuestro programa que somos ateos? ¿Por qué no impedimos a los cristianos y a los creyentes en Dios la entrada a nuestro partido? La respuesta a estas preguntas debe explicar la diferencia muy importante que existe entre el planteamiento burgués democrático y el planteamiento socialdemócrata de la cuestión acerca de la religión.

Todo nuestro programa está construido sobre una concepción científica y, precisamente, materialista, del mundo. Por ello, la explicación de nuestro programa también incluye, necesariamente, la explicación de las verdaderas raíces históricas y económicas de la bruma religiosa. Nuestra propaganda necesariamente incluye también la propaganda del ateísmo; la edición de una literatura científica que hasta ahora ha prohibido y perseguido severamente el poder estatal autocrático feudal, debe constituir ahora una de las ramas de nuestra labor partidaria. Tendremos que seguir ahora, probablemente, el consejo que Engels diera alguna vez a los socialistas alemanes: traducir y difundir entre las masas la literatura ilustrada y ateísta francesa del siglo XVIII.

Pero al hacerlo no debemos, en ningún caso, desviarnos hacia el planteamiento abstracto, idealista, de la cuestión religiosa por la 'razón en sí', fuera de la lucha de clases, planteamiento que no pocas veces hacen los demócratas burgueses radicales. Sería absurdo creer que en una sociedad basada en la infinita opresión y embrutecimiento de las masas obreras, es posible aventar los prejuicios religiosos exclusivamente por la vía de la prédica. Sería una limitación burguesa olvidar que el yugo religioso que oprime a la humanidad no es más que el producto y el reflejo del yugo económico en el seno de la sociedad. Ningún libro, ninguna prédica podrán ilustrar al proletariado, si no lo ilustra su propia lucha contra las fuerzas oscuras del capitalismo. La unidad de esta lucha verdaderamente revolucionaria de la clase oprimida por la creación del paraíso sobre la tierra es más importante para nosotros que la unidad de opinión del proletariado acerca del paraíso en el cielo.

He aquí por qué en nuestro programa no hacemos ni debemos hacer de-

claración de nuestro ateísmo; he aquí por qué no hemos impedido, y no debemos impedir, a los proletarios que aún conservan tales o cuales resabios de viejos prejuicios, el acercamiento hacia nuestro partido. La concepción científica del mundo la hemos de predicar siempre: la lucha contra la inconsecuencia de algunos ‘cristianos’ es para nosotros una necesidad, pero esto no significa en absoluto que se deba colocar la cuestión religiosa en primer lugar, lugar que en modo alguno le corresponde, que no se deba permitir la dispersión de las fuerzas de la verdadera lucha revolucionaria económica y política, en aras de opiniones o desvaríos de tercera importancia, que muy pronto pierden toda significación política, que rápidamente son arrojados al depósito de los trastos viejos por la marcha misma del desarrollo económico.

La burguesía reaccionaria se ha preocupado en todas partes, y ahora comienza a hacerlo en nuestro país, por encender el odio religioso a fin de distraer la atención de las masas sobre los problemas económicos y políticos verdaderamente importantes y cardinales, que son los que ahora resuelve en la práctica, al unirse en su lucha revolucionaria, el proletariado de toda Rusia. Esta política reaccionaria, de división de las fuerzas proletarias, se manifiesta hoy, principalmente, en los “pogromos”¹ de las centurias negras², pero mañana puede inclusive llegar a concebir algunas sutiles reformas. Nosotros, en cada caso, le opondremos una prédica serena, firme y paciente –ajena a todo aquello que tienda a encender divergencias de segundo orden– sobre la solidaridad proletaria y la concepción científica del mundo.

El proletariado revolucionario ha de lograr que la religión sea realmente un asunto privado para el Estado. Y en ese régimen político, liberado del moho medieval, el proletariado emprenderá una lucha vasta, abierta, por la liquidación de la esclavitud económica, que es la fuente verdadera del engaño religioso de la humanidad”.

■■■■

¹ Pogromo. Palabra rusa que significa devastación, destrucción. Robo y matanza de gente indefensa por una multitud enfurecida. Por antonomasia, asalto a las juderías, con matanza de sus habitantes.

² Centurias negras. Organización nacionalista antisemita, fundada en 1905, que se destacó en el curso de numerosos pogromos.

LA ACTITUD DEL PARTIDO OBRERO HACIA LA RELIGIÓN

V. I. Lenin, 1909

El discurso del diputado Surkov en la Duma de Estado durante el debate del presupuesto del Sínodo, y la discusión en nuestra minoría de la Duma al examinar el proyecto de este discurso –que publicamos a continuación–, han planteado un problema de extraordinaria importancia y actualidad. Es indudable que el interés por cuanto se relaciona con la religión abarca ahora vastos círculos de la “sociedad” y ha penetrado en las filas de los intelectuales que están cerca del movimiento obrero y en ciertos medios obreros. La socialdemocracia (N.T., Lenin se refiere al Partido Socialdemócrata ruso) tiene el deber ineludible de exponer su actitud hacia la religión.

La socialdemocracia basa toda su concepción del mundo en el socialismo científico, es decir, en el marxismo. La base filosófica del marxismo, como declararon repetidas veces Marx y Engels, es el materialismo dialéctico, que hizo suyas plenamente las tradiciones históricas del materialismo del siglo XVIII en Francia, y de Feuerbach (primera mitad del siglo XIX) en Alemania, del materialismo incondicionalmente ateo y decididamente hostil a toda religión. Recordemos que todo el *Anti-Dühring* de Engels, que Marx leyó en manuscrito, acusa al materialista y ateo Dühring de inconsecuencia en su materialismo y de haber dejado escapatorias para la religión y la filosofía religiosa. Recordemos que en su obra sobre Ludwig Feuerbach, Engels le reprocha haber luchado contra la religión no para aniquilarla, sino para renovarla, para crear una religión nueva, “sublime”, etc. La religión es el opio del pueblo¹. Esta máxima de Marx constituye la piedra angular de toda la concepción marxista en la cuestión religiosa. El marxismo considera siempre

¹ Véase K. Marx, “Introducción a La crítica de la filosofía de derecho de Hegel”, K. Marx y F. Engels, *Obras Completas*, tomo I.

que todas las religiones e iglesias modernas, todas y cada una de las organizaciones religiosas, son órganos de la reacción burguesa llamados a defender la explotación y a embrutecer a la clase obrera.

Sin embargo, Engels condenó al mismo tiempo, más de una vez, los intentos de quienes, con el deseo de ser “más izquierdistas” o “más revolucionarios” que la socialdemocracia, pretendían introducir en el programa del partido obrero el reconocimiento categórico del ateísmo como una declaración de guerra a la religión. Al referirse en 1874 al célebre manifiesto de los comuneros blanquistas emigrados en Londres, Engels calificaba de estupidez su vocinglera declaración de guerra a la religión, afirmando que semejante actitud era el medio mejor de avivar el interés por la religión y de dificultar su verdadera extinción. Engels acusaba a los blanquistas de ser incapaces de comprender que sólo la lucha de clase de las masas obreras, al atraer ampliamente a las vastas capas proletarias hacia una práctica social consciente y revolucionaria, será capaz de liberar de verdad a las masas oprimidas del yugo de la religión, en tanto que declarar como misión política del partido obrero la guerra a la religión es una frase anarquista². Y en 1877, al condenar sin piedad, en el *Anti-Dühring*, las más mínimas concesiones del filósofo Dühring al idealismo y a la religión, Engels condenaba con no menor energía la idea seudorrevolucionaria de aquél sobre la prohibición de la religión en la sociedad socialista. Declarar semejante guerra a la religión, decía Engels, significaría “ser más bismarckista que Bismarck”, es decir, repetir la necedad de su lucha contra los clericales (la famosa “lucha por la cultura”, *Kulturkampf*), o sea, la lucha sostenida por Bismarck en la década de 1870 contra el Partido Católico Alemán, el partido del “Centro”, mediante persecuciones policíacas al catolicismo³.

² Véase F. Engels, “La literatura de emigrado”, K. Marx y F. Engels, *Obras Completas*, tomo XVIII.)

³ Se alude a *Kulturkampf* (“Lucha por la cultura”), que era como llamaban los burgueses liberales al conjunto de medidas legales adoptadas en la década del ’70 del siglo XIX por el gobierno de Bismarck, bajo el rótulo de la lucha por una cultura laica y con miras a oponerse a la Iglesia católica y al partido del “centro”, que brindaban apoyo a las tendencias separatistas de los terratenientes y a la burguesía de los Estados pequeños y medianos del suroeste de Alemania. La política de Bismarck también apuntaba a desviar de la lucha de clases a una parte de la clase obrera, mediante la incitación al fanatismo religioso. En la década del ’80 [siglo XIX], a fin de amalgamar las fuerzas reaccionarias, Bismarck derogó gran parte de estas medidas.

Lo único que consiguió Bismarck con esta lucha fue fortalecer el clericalismo militante de los católicos y perjudicar a la causa de la verdadera cultura, pues colocó en primer plano las divisiones religiosas en lugar de las divisiones políticas, distrayendo así la atención de algunos sectores de la clase obrera y de la democracia de las tareas esenciales de la lucha de clase y revolucionaria, para orientarlos hacia el anticlericalismo burgués más superficial y engañoso. Al acusar a Dühring, que pretendía aparecer como ultrarrevolucionario, de querer repetir en otra forma la misma necesidad de Bismarck, Engels requería del partido obrero que supiese trabajar con paciencia para organizar e ilustrar al proletariado, para realizar una obra que conduce a la extinción de la religión, y no lanzarse a las aventuras de una guerra política contra la religión⁴.

Este punto de vista arraigó en la socialdemocracia alemana, que se manifestó, por ejemplo, en favor de la libertad de acción de los jesuitas, en favor de su admisión en Alemania y de la abolición de todas las medidas de lucha policíaca contra una u otra religión. “Declarar la religión un asunto privado”: este famoso punto del Programa de Erfurt (1891)⁵ afianzó dicha táctica política de la socialdemocracia.

Esta táctica se ha convertido ya en una rutina, ha llegado a engendrar una nueva distorsión del marxismo en el sentido contrario, en el sentido oportunista. La tesis del Programa de Erfurt ha comenzado a ser interpretada en el sentido de que nosotros, los socialdemócratas, nuestro Partido, considera la religión un asunto privado; que para nosotros, como socialdemócratas, como Partido, la religión es un asunto privado. Sin polemizar directamente con este punto de vista oportunista, Engels estimó necesario, en el siglo XIX, combatirlo con energía, no en forma polémica sino de modo positivo.

⁴ Véase F. Engels, *Anti-Dühring*, parte tercera, V, “El Estado, la familia y la educación”.

⁵ El Programa de Erfurt, de la socialdemocracia alemana, fue aprobado en octubre de 1891 en el Congreso de Erfurt para sustituir el Programa de Gotha de 1875, y significó un paso adelante respecto de este último, porque en él se rechazaban las exigencias lassalleanas. Sin embargo, también contenía graves errores; no trataba de la teoría de la dictadura del proletariado ni de las exigencias de derrocar la monarquía y fundar la república democrática. En junio de 1891, Engels criticó el proyecto de este programa, K. Marx y F. Engels, “La crítica del proyecto del programa del Partido Socialdemocrático de 1891”, *Obras Completas*, tomo XXII.)

O sea, Engels lo hizo mediante una declaración en la que subrayaba adrede que la socialdemocracia considera la religión como un asunto privado respecto del Estado, pero en modo alguno respecto de sí misma, respecto del marxismo, respecto del partido obrero⁶.

Tal es la historia externa de las manifestaciones de Marx y Engels acerca de la religión. Para quienes enfocan con negligencia el marxismo, para quienes no saben o no quieren meditar, esta historia es un cúmulo de contradicciones absurdas y de vaivenes del marxismo: una especie de mezcolanza de ateísmo “consecuente” y de “condescendencias” con la religión, vacilaciones “carentes de principios” entre la guerra revolucionaria contra Dios y la aspiración cobarde de “adaptarse” a los obreros creyentes, el temor a espantarlos, etc., etc. En las publicaciones de los charlatanes anarquistas pueden encontrarse no pocos ataques de esta índole al marxismo.

Pero quienes sean capaces, aunque sea en grado mínimo, de enfocar con un mínimo de seriedad el marxismo, de profundizar en sus bases filosóficas y en la experiencia de la socialdemocracia internacional, verán con facilidad que la táctica del marxismo ante la religión es profundamente consecuente, y que Marx y Engels la meditaron bien; verán que lo que los diletantes o ignorantes consideran vacilaciones es una conclusión directa e ineludible del materialismo dialéctico. Constituiría un craso error pensar que la aparente “moderación” del marxismo frente a la religión se explica por sedicentes razones “tácticas”, por el deseo de “no espantar”, etc. Al contrario, la línea política del marxismo está indisolublemente ligada a sus principios filosóficos también en esta cuestión.

El marxismo es materialismo. En calidad de tal, es tan implacable enemigo de la religión como el materialismo de los Enciclopedistas del siglo XVIII⁷ o el materialismo de Feuerbach. Esto es indudable. Pero el materialismo dialéctico de Marx y Engels va más lejos que los Enciclopedistas y que

⁶ Se alude a la “Introducción” de F. Engels al folleto de K. Marx, *La guerra civil en Francia*, 3.º edición alemana.

⁷ Enciclopedistas: grupo de ideólogos-civilizadores franceses del siglo XVIII, que se unieron para publicar la *Encyclopédie ou dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers* (1751-1780) y por eso se denominan así. Su organizador y editor en jefe fue Denis Diderot. Los Enciclopedistas estaban categóricamente en contra de la Iglesia católica, la escolástica y el privilegio del sistema feudal, y desempeñaron un papel nada insignificante en la preparación ideológica de la revolución burguesa de la Francia de fines del siglo XVIII.

Feuerbach, al aplicar la filosofía materialista a la historia y a las ciencias sociales. Debemos luchar contra la religión. Esto es el abecé de todo materialismo y, por tanto, del marxismo. Pero el marxismo no es un materialismo que se detenga en el abecé. El marxismo va más allá. Afirma: hay que saber luchar contra la religión, y para ello es necesario explicar, desde el punto de vista materialista, los orígenes de la fe y de la religión entre las masas. La lucha contra la religión no puede limitarse ni reducirse a la prédica ideológica abstracta; hay que vincular esta lucha a la actividad práctica concreta del movimiento de clases, que tiende a eliminar las raíces sociales de la religión. ¿Por qué persiste la religión entre los sectores atrasados del proletariado urbano, entre las vastas capas semiproletarias y entre la masa campesina? Por la ignorancia del pueblo, responderán el progresista burgués, el radical o el materialista burgués. En consecuencia, ¡abajo la religión y viva el ateísmo!, la difusión de las concepciones ateístas es nuestra tarea principal. El marxista dice: No es cierto. Semejante opinión es una ficción cultural superficial, burguesa, limitada. Semejante opinión no es profunda y explica las raíces de la religión de un modo no materialista sino idealista. En los países capitalistas contemporáneos, estas raíces son, principalmente, sociales. La raíz más profunda de la religión en nuestros tiempos es la opresión social de las masas trabajadoras, su aparente impotencia total frente a las fuerzas ciegas del capitalismo, que cada día, cada hora, causa a los trabajadores sufrimientos y martirios mil veces más horrorosos y salvajes que cualquier acontecimiento extraordinario, como las guerras, los terremotos, etc. “El miedo creó a los dioses”. El miedo a la fuerza ciega del capital –ciega porque no puede ser prevista por las masas del pueblo–, que a cada paso amenaza con aportar y aporta al proletario o al pequeño propietario la perdición, la ruina “inesperada”, “repentina”, “casual”, convirtiéndolo en mendigo, en indigente, arrojándolo a la prostitución, acarreándole la muerte por hambre; he ahí la raíz de la religión contemporánea que el materialista debe tener en cuenta antes que nada, y más que nada, si no quiere quedarse en aprendiz de materialista. Ningún folleto educativo será capaz de desarraigar la religión entre las masas aplastadas por los trabajos forzados del régimen capitalista, y que dependen de las fuerzas ciegas y destructivas del capitalismo, mientras dichas masas no aprendan a luchar unidas y organizadas, de modo sistemático y consciente, contra esa raíz de la religión, contra el dominio del capital en todas sus formas.

¿Debe deducirse de esto que el folleto educativo antirreligioso es nocivo o superfluo? No. De esto se deduce otra cosa muy distinta. Se deduce que la propaganda atea de la socialdemocracia debe estar subordinada a su tarea fundamental: el desarrollo de la lucha de clases de las masas explotadas contra los explotadores.

Quien no haya reflexionado sobre los principios del materialismo dialéctico, es decir, de la filosofía de Marx y Engels, quizá no comprenda (o, por lo menos, no comprenda enseguida) esta tesis, se preguntará: ¿cómo es posible subordinar la propaganda ideológica, la prédica de ciertas ideas, la lucha contra un enemigo de la cultura y del progreso, que persiste desde hace miles de años (es decir, contra la religión), a la lucha de clases, es decir, a la lucha por objetivos prácticos, determinados en el terreno económico y político?

Esta objeción figura entre las que se hacen corrientemente al marxismo y que testimonian la incompreensión más completa de la dialéctica de Marx. La contradicción que sume en la perplejidad a quienes objetan de este modo es una contradicción real de la vida misma, es decir, una contradicción dialéctica y no verbal ni inventada. Separar con una barrera absoluta, infranqueable, la propaganda teórica del ateísmo –es decir, la destrucción de las creencias religiosas entre ciertos sectores del proletariado– y el éxito, la marcha, las condiciones de la lucha de clase de estos sectores, significa discurrir de modo no dialéctico, convertir en barrera absoluta lo que es sólo una barrera móvil y relativa; significa desligar por medio de la violencia lo que está indisolublemente ligado en la vida real. Tomemos un ejemplo. El proletariado de determinada región y de determinada rama industrial se divide, supongamos, en un sector avanzado de socialdemócratas bastante conscientes –que, naturalmente, son ateos– y en otro de obreros bastante atrasados, vinculados todavía al campo y a los campesinos, que creen en Dios, van a la iglesia e incluso se encuentran bajo la influencia directa del cura local, quien, admitámoslo, crea una organización obrera cristiana. Supongamos, además, que la lucha económica en dicha localidad haya llevado a la huelga. El marxista tiene el deber de colocar en primer plano el éxito del movimiento huelguístico, de oponerse resueltamente a la división de los obreros en esa lucha, en ateos y cristianos, y de combatir esa división. En tales condiciones, la prédica ateísta puede resultar superflua y nociva, no desde el punto de vista de las consideraciones filisteas de que no se debe espantar a los sectores atrasados o perder un acta en las elecciones, etc., sino desde el punto de vista

del progreso efectivo de la lucha de clases, que, en las circunstancias de la sociedad capitalista moderna, llevará a los obreros cristianos a la socialdemocracia y al ateísmo cien veces mejor que la mera propaganda atea. En tal momento y en semejante situación, el predicador del ateísmo sólo favorecería al cura y a los curas, quienes no desean sino sustituir la división de los obreros según su intervención en el movimiento huelguístico por la división en creyentes y ateos. El anarquista, al predicar la guerra contra Dios a toda costa, ayudaría, de hecho, a los curas y a la burguesía (de la misma manera que los anarquistas ayudan siempre, de hecho, a la burguesía). El marxista debe ser materialista, o sea, enemigo de la religión; pero debe ser un materialista dialéctico, es decir, debe plantear la lucha contra la religión no en el terreno abstracto, puramente teórico, de prédica siempre igual, sino de modo concreto, sobre la base de la lucha de clases que se libra de hecho, y que educa a las masas más que nada, y mejor que nada. El marxista debe saber tener en cuenta toda la situación concreta, encontrando siempre el límite entre el anarquismo y el oportunismo (este límite es relativo, móvil, variable, pero existe), y no caer en el “revolucionarismo” abstracto, verbal, y, en realidad, vacío del anarquista ni en el filisteísmo y el oportunismo del pequeño-burgués o del intelectual liberal, que teme la lucha contra la religión, olvida esta tarea suya, se resigna con la fe en Dios, y no se orienta por los intereses de la lucha de clases sino por el mezquino y mísero cálculo de no ofender, no rechazar ni asustar, ateniéndose a la máxima ultrasabía de “vive y deja vivir a los demás”, etc., etc.

Desde este punto de vista hay que resolver todas las cuestiones parciales relativas a la actitud de la socialdemocracia ante la religión. Por ejemplo, se pregunta con frecuencia si un sacerdote puede ser miembro del Partido Socialdemócrata y, como regla general, se responde de modo afirmativo incondicional, invocando la experiencia de los partidos socialdemócratas europeos. Pero esta experiencia no es fruto únicamente de la aplicación de la doctrina marxista al movimiento obrero, sino también de las condiciones históricas especiales de Occidente, que no existen en Rusia (más adelante hablaremos de ellas); de modo que la respuesta afirmativa incondicional es, en este caso, errónea. No se puede declarar de una vez para siempre y para todas las situaciones que los sacerdotes no pueden ser miembros del Partido Socialdemócrata, pero tampoco se puede establecer de una vez para siempre la regla contraria. Si un sacerdote viene hacia nosotros para realizar una

labor política conjunta y cumple con probidad el trabajo del partido sin combatir el programa de éste, podemos admitirlo en las filas socialdemócratas: en tales condiciones, la contradicción entre el espíritu y los principios de nuestro programa, por un lado, y las convicciones religiosas del sacerdote, por otro, podría seguir siendo una contradicción personal, suya, que sólo a él afectase, ya que una organización política no puede examinar a sus militantes para saber si no existe contradicción entre sus conceptos y el Programa del Partido. Mas, claro está, caso semejante podría ser una rara excepción incluso en Europa, pero en Rusia es ya muy poco probable. Y si, por ejemplo, un sacerdote ingresase en el Partido Socialdemócrata y empezase a realizar en él, como labor principal y casi única, la prédica activa de las concepciones religiosas, el Partido, sin duda, tendría que expulsarlo de sus filas. Debemos no sólo admitir sino atraer, sin falta, al Partido Socialdemócrata a todos los obreros que conservan la fe en Dios; nos oponemos categóricamente a que se infiera la más mínima ofensa a sus creencias religiosas, pero los atraemos para educarlos en el espíritu de nuestro programa y no para que luchen activamente contra él. Admitimos dentro del Partido la libertad de opiniones pero hasta ciertos límites, determinados por la libertad de agrupación: no estamos obligados a marchar hombro con hombro con los predicadores activos de opiniones que rechaza la mayoría del Partido.

Otro ejemplo. ¿Se puede condenar por igual, en todas las circunstancias, a los militantes del Partido Socialdemócrata por declarar “El socialismo es mi religión” y por predicar opiniones en consonancia con semejante declaración? No. La desviación del marxismo (y, por consiguiente, del socialismo) es, en este caso, indudable; pero la importancia de esta desviación, su peso específico, por así decirlo, puede ser diferente en diferentes circunstancias. Una cosa es cuando el agitador o la persona que interviene ante las masas obreras habla así para que lo comprendan mejor, para empezar su exposición o presentar con mayor claridad sus conceptos en los términos más usuales entre una masa poco culta, y otra cosa es cuando un escritor comienza a predicar la “construcción de Dios”⁸ o el socialismo de los cons-

⁸ Construcción de Dios: corriente religioso-filosófica hostil al marxismo, aparecida en el período de la reacción stolipiniana entre una parte de los intelectuales del Partido, que se desviaron del marxismo después de la derrota de la revolución de 1905-1907. Los constructores de Dios (Lunacharski, Bazárov y otros) predicaban la creación de una religión nueva, >>>

tructores de Dios (en espíritu, por ejemplo, de nuestros Lunacharski y Cía.). En la misma medida en que, en el primer caso, la condenación sería injusta e incluso una limitación inadecuada de la libertad del agitador, de la libertad de influencia “pedagógica”, en el segundo caso, la condenación por parte del Partido es indispensable y obligada. Para unos, la tesis de que “el socialismo es una religión” es una forma de pasar de la religión al socialismo; para otros, del socialismo a la religión.

Analícemos ahora las condiciones que ha engendrado en Occidente la interpretación oportunista de la tesis “Declarar la religión un asunto privado”. En ello han influido, naturalmente, las causas comunes que engendra el oportunismo en general, como el sacrificio de los intereses fundamentales del movimiento obrero en aras de las ventajas momentáneas. El Partido del proletariado exige del Estado que declare la religión un asunto privado; pero no considera, ni mucho menos, “asunto privado” la lucha contra el opio del pueblo, la lucha contra las supersticiones religiosas, etc. ¡Los oportunistas tergiversan la cuestión como si el Partido Socialdemócrata considerase la religión un asunto privado!

Pero, además de la habitual deformación oportunista (no explicada en absoluto durante los debates que sostuvo nuestra minoría de la Duma al analizarse la intervención sobre la religión), existen condiciones históricas especiales que han suscitado, si se me permite la expresión, la excesiva indiferencia actual de los socialdemócratas europeos ante la cuestión religiosa. Son condiciones de dos géneros.

Primero, la tarea de la lucha contra la religión es históricamente una tarea de la burguesía revolucionaria, y la democracia burguesa de Occidente, en la época de sus revoluciones o de sus ataques al feudalismo y al espíritu medieval, la cumplió (o cumplía) en grado considerable. Tanto en Francia como en Alemania existe la tradición de la guerra burguesa contra la religión, guerra iniciada mucho antes de aparecer el socialismo (los Enciclopedistas, Feuerbach). En Rusia, de acuerdo con las condiciones de nuestra revolución democrático-burguesa, también esta tarea recae casi por entero sobre los hombros de la clase obrera.

■■■■

>>> “socialista”, trataban de reconciliar el marxismo con la religión. En un tiempo, M. Gorki adhirió a ellos. La reunión de la redacción ampliada de *Proletari* condenó dicha corriente, y en una resolución especial declaró que la Fracción Bolchevique no tenía nada de común “con semejante tergiversación del socialismo científico”.

En nuestro país, la democracia pequeñoburguesa (populista) no ha hecho mucho al respecto (como creen los kadetes centurionegristas de nuevo cuño o los centurionegristas kadetes de Veji,⁹ sino demasiado poco en comparación con Europa.

Por otra parte, la tradición de la guerra burguesa contra la religión creó en Europa una deformación específicamente burguesa de esta guerra por parte del anarquismo, el cual, como han explicado hace ya mucho y reiteradas veces los marxistas, se sitúa en el terreno de la concepción burguesa del mundo, a pesar de toda la “furia” de sus ataques a la burguesía. Los anarquistas y los blanquistas, en los países latinos, Most (que, dicho sea de paso, fue discípulo de Dühring) y Cía., en Alemania, y los anarquistas de la década del '80 [siglo XIX], en Austria, llevaron hasta el *nec plus ultra** la frase revolucionaria en su lucha contra la religión. No es de extrañar que, ahora, los socialdemócratas europeos caigan en el extremo opuesto de los anarquistas. Esto es comprensible y, en cierto modo, legítimo; pero nosotros, los socialdemócratas rusos, no podemos olvidar las condiciones históricas especiales de Occidente.

Segundo, en Occidente, después de haber terminado las revoluciones burguesas nacionales, después de haber sido implantada la libertad de conciencia más o menos completa, la cuestión de la lucha democrática contra la religión quedó tan relegada históricamente a segundo plano por la lucha de la democracia burguesa contra el socialismo, que los gobiernos burgueses intentaron conscientemente desviar la atención de las masas del socialismo, organizando “cruzadas” liberales contra el clericalismo. Este carácter tenían también el *Kulturkampf*, en Alemania, y la lucha de los republicanos burgueses de Francia contra el clericalismo.

⁹ Veji (“Jalones”): recopilación de los kadetes; apareció en Moscú en la primavera de 1909, con artículos de N. Berdiáev, S. Bulgákov, P. Struve, M. Guerchenson, y otros representantes de la burguesía liberal contrarrevolucionaria. En los artículos sobre los intelectuales rusos, los “vejistas” trataban de difamar las tradiciones democrático-revolucionarias de Rusia, denigraban el movimiento revolucionario de 1905, y daban las gracias al gobierno zarista por haber salvado a la burguesía “con sus bayonetas y cárceles”. La recopilación exhortaba a los intelectuales a ponerse al servicio de la autocracia. Lenin comparaba el programa de Veji, tanto en filosofía como en ensayos, con el de *Moskovskie Viédomosti*, periódico centurionegrista; llamaba a la recopilación: “enciclopedia de la apostasía liberal”, que “es un continuo torrente de lodo reaccionario vertido sobre la democracia”.

* nec plus ultra: expresión en latín que significa “no más allá”.

El anticlericalismo burgués, como medio de desviar la atención de las masas obreras del socialismo, precedió en Occidente a la difusión entre los socialdemócratas de su actual “indiferencia” ante la lucha contra la religión. Y también esto es comprensible y legítimo, pues los socialdemócratas debían oponer al anticlericalismo burgués y bismarckiano, precisamente, la subordinación de la lucha contra la religión a la lucha por el socialismo.

En Rusia, las condiciones son completamente distintas. El proletariado es el dirigente de nuestra revolución democrático-burguesa. Su partido debe ser el dirigente ideológico en la lucha contra todo lo medieval, incluidos la vieja religión oficial y todos los intentos de renovarla o fundamentarla de nuevo o sobre una base distinta, etc. Por eso, si Engels corregía con relativa suavidad el oportunismo de los socialdemócratas alemanes –que habían sustituido la reivindicación del partido obrero de que el Estado declarase la religión un asunto privado, declarando ellos mismos la religión como asunto privado para los propios socialdemócratas y para el Partido Socialdemócrata–, es lógico que la aceptación de esta tergiversación alemana por los oportunistas rusos merecería una condenación cien veces más dura por parte de Engels.

Al declarar desde la tribuna de la Duma que la religión es el opio del pueblo, nuestra minoría procedió de modo completamente justo, sentando con ello un precedente que deberá servir de base para todas las manifestaciones de los socialdemócratas rusos acerca de la religión. ¿Debería haberse ido más lejos, desarrollando con mayor detalle las conclusiones ateas? Creemos que no. Eso podría haber acarreado la amenaza de que el partido político del proletariado hiperbolizase la lucha antirreligiosa; eso podría haber conducido a borrar la línea divisoria entre la lucha burguesa y la lucha socialista contra la religión. La primera tarea que debía cumplir la minoría socialdemócrata en la Duma centurionegrísta fue cumplida con honor.

La segunda tarea, y quizá la principal para los socialdemócratas –explicar el papel de clase que desempeñan la Iglesia y el clero al apoyar al gobierno centurionegrísta y a la burguesía en su lucha contra la clase obrera–, fue cumplida también con honor. Es claro que sobre este tema podría decirse mucho más, y las intervenciones posteriores de los socialdemócratas sabrán completar el discurso del camarada Surkov; sin embargo, su discurso fue magnífico, y su difusión por todas nuestras organizaciones es un deber directo del Partido.

La tercera tarea consistía en explicar con toda minuciosidad el sentido justo de la tesis que con tanta frecuencia deforman los oportunistas alemanes: “declarar la religión un asunto privado”. Por desgracia, el camarada Surkov no lo hizo. Esto es tanto más de lamentar por cuanto, en la actividad anterior de la minoría, el camarada Belousov cometió un error en esta cuestión, que fue señalado oportunamente en *Proletari*. Los debates en la minoría demuestran que la discusión en torno al ateísmo le impidió ver el problema de cómo exponer correctamente la famosa reivindicación de declarar la religión un asunto privado. No acusaremos sólo al camarada Surkov de este error de toda la minoría. Más aún: reconocemos francamente que la culpa corresponde a todo el Partido por no haber explicado en grado suficiente esta cuestión, por no haber inculcado suficientemente en la conciencia de los socialdemócratas el significado de la observación de Engels a los oportunistas alemanes. Los debates en la minoría demuestran que eso fue, precisamente, una comprensión confusa de la cuestión y no falta de deseos de atenerse a la doctrina de Marx, por lo que estamos seguros de que este error será subsanado en las intervenciones subsiguientes de la minoría.

En resumidas cuentas, repetimos que el discurso del camarada Surkov es magnífico y debe ser difundido por todas las organizaciones. Al discutir el contenido de este discurso, la minoría ha demostrado que cumple a conciencia con su deber socialdemócrata. Nos resta desear que en la prensa del Partido aparezcan, con mayor frecuencia, informaciones acerca de los debates en el seno de la minoría, a fin de aproximar ésta al Partido, de darle a conocer la intensa labor que efectúa la minoría, y de establecer la unidad ideológica en la actuación de uno y otra.

La cuestión de la mujer

“La historia nos enseña que es necesaria una revolución que altere radicalmente las relaciones socio-económicas, para extirpar la causa de las desigualdades y obtener una plena emancipación de nuestro sexo. Este es el fin prometido por el programa socialista por el que nosotras luchamos”.

(Evelyn Reed)

CONTENIDOS

Los debates sobre la opresión de la mujer	195
La polémica en la Primera Internacional.....	197
La primera oleada.....	198
La segunda ola	200
El feminismo de género.....	201
La revolución socialista y la liberación de la mujer	204
La liberación de la mujer y la teoría de la revolución permanente	206
La polémica sobre organización	207
Sobre los movimientos de mujeres anticapitalistas o clasistas	209
La necesidad de organismos especiales para desarrollar el trabajo sobre la mujer obrera	211
La mujer: ¿casta, clase o sexto oprimido?	213
Texto de Evelyn Reed, militante del SWP de Estados Unidos.	
Termidor en el hogar	227
Texto de León Trotsky, extraído del capítulo VII de <i>La revolución traicionada</i> .	
Mujeres trabajadoras y marxismo	239
Textos de los capítulos I y IV, extraídos del libro homónimo de Carmen Carrasco y Mercedes Petit	
Las tareas del trotskismo entre las mujeres	259
Proyecto de Resolución aprobado por la Fracción Bolchevique en 1980.	
El feminismo socialista y la Reconstrucción de la Cuarta Internacional	267
Texto del <i>Freedom Socialist Party</i> de Estados Unidos presentado al IX Congreso de la LIT-CI, 2008.	
Tercer Congreso de la Tercera Internacional	277
Tesis para la propaganda entre las mujeres. Principios generales	277
Métodos de acción entre las mujeres	278
Modos de agitación y de propaganda	281
El trabajo a escala internacional	282
El combate al machismo es tarea cotidiana de los revolucionarios	283
Combatir el machismo para unir a la clase.....	286
Opresión y explotación: la lucha contra la opresión es parte indisociable del programa obrero y socialista	288
Una breve historia de la lucha contra la opresión de las mujeres	291
La tradición leninista frente a las opresiones es opuesta al stalinismo	296
<i>Movimiento Mujeres en Lucha</i> , organización clasista contra la opresión.....	297

LOS DEBATES SOBRE LA OPRESIÓN DE LA MUJER

Alicia Sagra (Argentina)

En el marco de la actual crisis capitalista, se incrementan los sufrimientos de la mujer trabajadora. La opresión de la mujer no nació con el capitalismo, pero éste la ha sabido aprovechar para intensificar la explotación, y esto se hace más evidente cuando tiene la necesidad de descargar la crisis en las espaldas de los trabajadores. La burguesía se apoya en todas las falsas ideologías y prejuicios de las grandes masas para dividir a la clase obrera y debilitar sus luchas de resistencia. De esas falsas ideologías, las dos más difundidas y más utilizadas son la xenofobia y el machismo.

Tanto en Europa como en EEUU, son las mujeres, sobre todo las madres de familia, las que más se ven obligadas a recurrir a los trabajos precarios, desreglamentados, con puestos y salarios por debajo de su nivel de calificación. Son las mujeres trabajadoras las que más directamente reciben los recortes en los presupuestos de salud y educación, como trabajadoras y como madres.

El desempleo, la falta de perspectivas para las jóvenes, que afecta al conjunto de los trabajadores, deteriora las condiciones de vida de la familia obrera e incrementa la violencia doméstica, que se vuelca centralmente contra las mujeres y los niños.

Todo esto se potencia en las mujeres inmigrantes que, además, tienen que soportar los ataques de la derecha xenófoba y de las reaccionarias leyes de inmigración. Por otro lado, en los países latinoamericanos, los gobiernos y parlamentos, respondiendo a las presiones de la Iglesia y de los intereses económicos de las clínicas aborteras, se niegan a la legalización del aborto,

lo que ocasiona la muerte y mutilación de gran cantidad de mujeres trabajadoras y pobres.

Los revolucionarios tenemos la obligación de luchar contra la opresión de la mujer y la ideología machista que la justifica. Esa obligación está planteada no sólo porque si queremos la liberación de la humanidad debemos enfrentar todo tipo de opresión. La opresión de la mujer dificulta que las trabajadoras, que son la mitad de la clase obrera mundial, sean parte activa de la lucha contra el capitalismo, y eso debilita la lucha de la clase en su conjunto. Entonces, es necesario enfrentar la opresión de la mujer porque ella atenta contra la unidad de la clase obrera.

Como dice la Tercera Internacional: *“la igualdad no formal, sino real de la mujer no es posible más que bajo un régimen donde la mujer de la clase obrera será la dueña de sus instrumentos de producción y de distribución, tomando parte en su administración y teniendo la obligación del trabajo en las mismas condiciones que todos los miembros de la sociedad trabajadora; en otros términos, esta igualdad sólo es realizable después de la destrucción del sistema capitalista y su reemplazo por las formas económicas comunistas. Solamente el comunismo creará un estado de cosas en el cual la función natural de la mujer, la maternidad, no entrará en conflicto con las obligaciones sociales y no impedirá más su trabajo productivo en bien de la comunidad. Pero el comunismo es al mismo tiempo el fin último de todo el proletariado. En consecuencia, la lucha de la obrera y del obrero por este fin común debe ser dirigida inseparablemente para el interés de ambos.”*¹

Es decir, no lograremos la total liberación de la mujer sin la revolución socialista, pero no logremos el triunfo de la revolución socialista si no ganamos para esa tarea al sector más explotado y oprimido de la clase obrera, la mujer trabajadora.

En esta tarea de carácter estratégico, la de ganar a la mujer trabajadora para el partido y la revolución, cobran gran importancia las respuestas programáticas y políticas al problema de la opresión.

Para colaborar con esa elaboración programática, hemos elaborado este dossier, donde nos referimos al debate teórico-programático que ha ido acompañando, a lo largo de los años, la lucha contra la opresión de la mujer.

¹ Tercer Congreso de la III Internacional, “Tesis para la propaganda entre las mujeres”.

La polémica en la Primera Internacional

A diferencia de lo que opinan las mayorías de las corrientes feministas, para el marxismo siempre fue una preocupación central, no sólo la lucha en defensa de los derechos de la mujer, sino también su incorporación a las tareas de la clase obrera en el proceso de su liberación. No casualmente hubo una mujer, la sindicalista inglesa Henrieta Law, en la dirección de la Primera Internacional. Pero eso no significa que no hubiera grandes polémicas sobre el tema al interior de la propia Internacional.

A partir de la identificación de la opresión de la mujer con el surgimiento de la propiedad privada, la imposición de la monogamia y la pérdida del carácter social de su trabajo, Marx, Engels y sus seguidores sostenían que la entrada masiva de la mujer a la producción era un paso fundamental para su liberación.

Por el contrario, Pierre Joseph Proudhon, considerado el padre del anarquismo, de gran prestigio entre los medios políticos europeos, sostenía la teoría de que “*el lugar de la mujer es el hogar*”. Defendía que las tareas de la mujer eran la procreación y las tareas y domésticas. Afirmaba que una mujer igual al hombre significaría el fin de la institución del matrimonio, la muerte del amor y la ruina de la raza humana. Para Proudhon las cosas estaban claras: *No hay otra alternativa para las mujeres que la de ser amas de casa o prostitutas.*

Después de que en 1872 se dio la disolución de la Primera Internacional, este debate continuó en el partido socialista alemán. En 1875, en el Congreso de Gotha, los seguidores de Lassalle, que defendían posiciones parecidas a las de Proudhon, derrotan la propuesta del sector marxista, encabezado por August Bebel, de incorporar al programa la igualdad de derechos entre hombres y mujeres. El Congreso se opuso a ese planteo declarando que “*las mujeres no están preparadas para ejercer sus derechos*”.

En 1879, Bebel publicó su libro *La mujer y el socialismo*, que fue a partir de ese momento la gran referencia teórico-programática de los marxistas en la lucha por los derechos de la mujer. Las definiciones de Bebel sobre la relación de la situación de la opresión de la mujer con su ubicación en la producción y sobre la necesidad de luchar contra esa opresión, no dejan lugar a dudas: “*Existe una relación extraordinariamente estrecha y orgánica entre lo que interviene la mujer en la producción y cómo se halla situada en*

la sociedad” (...) “No puede haber ninguna liberación de la humanidad sin la independencia social y la equiparación de los sexos” (...) “La mujer de la nueva sociedad será plenamente independiente en lo social y lo económico, no estará sometida lo más mínimo a ninguna dominación ni explotación, se enfrentará al hombre como persona libre, igual y dueña de su destino”.

Años más tarde, en 1884, Engels publica *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* donde explica, a partir del materialismo histórico, cómo la opresión de la mujer no existió siempre sino que surgió con la aparición de la propiedad privada de los medios de producción, y cómo la incorporación masiva de la mujer al mercado de trabajo es condición necesaria para su liberación: “Parece que la emancipación de la mujer, su igualdad de condición con el hombre es, y continúa siendo, imposible, mientras la mujer permanezca excluida del trabajo social productivo y deba limitarse al trabajo privado doméstico... La liberación de la mujer tiene como condición primera la incorporación de todo el sexo en la industria pública” (*El origen de la familia...*).

Ya Marx se había referido al mismo tema en *El Capital*: “Si los efectos inmediatos (del trabajo de los niños y de las mujeres) son terribles y repugnantes, no por eso dejan de contribuir, al dar a las mujeres, jóvenes y niños de ambos sexos una parte importante en el proceso de producción, fuera del medio doméstico, en la creación de nuevas bases económicas, necesarias para una forma más elevada de familia y de relación entre los dos sexos”.

La primera oleada

A finales del siglo XIX e inicios del XX se dieron las primeras grandes movilizaciones de mujeres, conocidas como la primera ola del feminismo. La reivindicación fundamental era la exigencia del voto femenino, aunque no la única, ya que también el acceso a la educación, a las carreras profesionales, hacían parte de sus exigencias.

A pesar de la identidad en los reclamos, en esta primera oleada también hubo debates y orientaciones diferentes. El movimiento sufragista británico se dividió en dos tendencias: una moderada y otra radical, partidaria de la acción directa. Millicent Garret Fawcet encabezó a las sufragistas moderadas que se agruparon en la Unión Nacional de Sociedades de Sufragio Femenino (*National Union of Women's Suffrage Societies*). Centraban su actividad en

la propaganda política, convocando mítines y campañas de persuasión siguiendo siempre una estrategia de orden y legalidad.

La falta de resultados positivos de esta estrategia moderada, provocó el surgimiento, a principios del siglo xx, de la Unión Social y Política de las Mujeres (*Women's Social and Political Union*), cuyas integrantes, conocidas como las “suffragettes”, eran dirigidas por Emmeline Pankhurst.

Las “suffragettes” no sólo recurrían a los medios de propaganda, como mítines y manifestaciones, sino también a tácticas violentas como el sabotaje, el incendio de comercios y de establecimientos públicos, o a las agresiones a los domicilios privados de destacados políticos y miembros del Parlamento, y ante la represión respondían con huelgas de hambre en las cárceles.

Y de este segundo sector surgió otro más pro obrero. Silvia Pankhurst, hermana de Emmeline, encabezó la Federación Sufragista del Este de Londres, apoyó la Revolución Rusa y organizó campañas por la igualdad de salarios.

El rol central del movimiento sufragista lo jugaron las mujeres de la burguesía o de la clase media. Pero también participaron las socialistas, que fueron quienes presentaron una visión claramente diferenciada. La dirigente más destacada, la alemana Clara Zetkin, apoyándose en el marxismo, presenta una clara perspectiva de clase de la lucha feminista: *“La mujer proletaria combate codo a codo con el hombre de su clase contra la sociedad capitalista. Eso no significa que no deba apoyar las reivindicaciones del movimiento femenino burgués. Pero las consecuencias de estas reivindicaciones sólo representan para ella el instrumento como medio para un fin, para entrar en la lucha con las mismas armas al lado del proletario.*

La sociedad burguesa no se opone radicalmente a las reivindicaciones del movimiento femenino burgués: esto ha sido demostrado por las reformas a favor de las mujeres introducidas en el derecho público y privado en varios Estados (...) Aunque las mujeres consiguieran la igualdad política nada cambia en las relaciones de fuerzas. La mujer proletaria se pone de parte del proletariado y la burguesa de parte de la burguesía. No nos hemos dejar engañar por las tendencias socialistas en el seno del movimiento femenino burgués: se manifestarán mientras las mujeres burguesas se sientan oprimidas, pero no más allá. (...) La inclusión de las grandes masas de mujeres proletarias en la lucha de liberación del proletariado es una premisa necesaria para la victoria de las ideas socialistas. Solo la sociedad socialista podrá resolver el conflicto provo-

*cado en nuestros días por la actividad profesional de la mujer. Si la familia en tanto unidad económica desaparece, y en su lugar se forma la familia como unidad moral, la mujer será capaz de promover su propia individualidad en calidad de compañera del hombre, con iguales derechos jurídicos, profesionales y reivindicativos y, con el tiempo, podrá asumir plenamente su misión de esposa y madre”.*²

La segunda ola

En los años '60 y parte de los '70 del siglo xx, se da en Europa y en EEUU, la segunda oleada en la lucha de la mujer. Este fue un fenómeno que involucró centralmente a sectores de clase media, amas de casa, estudiantes, profesionales.

Al calor de este movimiento surgieron movimientos unitarios como el NOW (*National Organization for Women*) de EEUU, liderado por Betty Friedan, muy influenciado por el partido demócrata, que centraba sus exigencias en la igualdad ante la ley, creando expectativas en que los cambios en la legislación resolverían la situación de desigualdad de las mujeres.

Enfrentando esas posiciones surge el llamado Feminismo Radical. Una de sus máximas exponentes, Shulamit Firestone, realiza una adaptación de la teoría marxista para llegar a la conclusión de que las mujeres son una clase social y que la salida está en la “revolución feminista”: *“El materialismo histórico es aquella concepción del curso histórico que busca la causa última y la gran fuerza motriz de los acontecimientos en la dialéctica del sexo: en la división de la sociedad en dos clases biológicas diferenciadas con fines reproductivos y en los conflictos de dichas clases entre sí; en las variaciones habidas en los sistemas de matrimonio, reproducción y educación de los hijos creadas por dichos conflictos; en el desarrollo combinado de otras clases físicamente diferenciadas (castas); y en la prístina división del trabajo basado en el sexo y que evolucionó hacia un sistema (económico-cultural) de clases.”*(...) *“Del mismo modo que para asegurar la eliminación de las clases económicas se necesita una revuelta de la clase inferior (el proletariado) y –mediante una dictadura temporal– la confiscación de los medios de producción, de igual modo, para*

² Clara Zetkin, “La contribución de la mujer proletaria es indispensable para la victoria del socialismo” (discurso pronunciado en el Congreso de Gotha del partido socialdemócrata alemán, el 16 de octubre de 1896).

*asegurar la eliminación de las clases sexuales se necesita una revuelta de la clase inferior (mujeres) y la confiscación del control de la reproducción; es indispensable no sólo la plena restitución a las mujeres de la propiedad sobre sus cuerpos, sino también la confiscación (temporal) por parte de ellas del control de la fertilidad humana... El objetivo final de la revolución feminista no debe limitarse a la eliminación de los privilegios masculinos, sino que debe alcanzar a la distinción misma de sexo; las diferencias genitales entre los seres humanos deberían pasar a ser culturalmente neutras... La reproducción de la especie a través de uno de los sexos en beneficio de ambos sería sustituida por la reproducción artificial... La división del trabajo desaparecería mediante la eliminación total del mismo (cybernation). Se destruiría así la tiranía de la familia biológica”.*³

Una muy buena respuesta a esta interpretación la da la trotskista norteamericana, Evelyn Reed, con su trabajo: *La mujer: ¿casta, clase o sexo oprimido?*, que reproducimos en este dossier. Reed se apoya en las elaboraciones de Engels para concluir: “*Negamos que la inferioridad de la mujer esté determinada por su estructura biológica, y que haya existido siempre. Lejos de ser eterna, la subordinación de las mujeres y la amarga hostilidad entre los sexos no tienen más que unos pocos miles de años. Fueron producto de los drásticos cambios sociales que introdujeron la familia, la propiedad privada y el Estado.*

La historia nos enseña que es necesaria una revolución que altere radicalmente las relaciones socioeconómicas, para extirpar la causa de las desigualdades y obtener una plena emancipación de nuestro sexo. Este es el fin prometido por el programa socialista por el que nosotras luchamos”.

El feminismo de género

A mediados de la década del '70, el imperialismo comienza a actuar sobre el movimiento feminista. En 1975 la ONU declara el Año Internacional de la Mujer, y en 1994 se realiza, en Pekín, la IV Conferencia de Mujeres de la Naciones Unidas. Las principales figuras del feminismo participan junto a las “primeras damas” de todos los países, y desde esa Conferencia se da un gran impulso a las perspectivas de género.

///

³ Shulamit Firestone, *La dialéctica de los sexos*, 1971.

¿Qué se entiende cómo género? Según esa Conferencia de Pekín, “*El género se refiere pues a las relaciones entre mujeres y hombres basadas en roles definidos socialmente que se asignan a uno u otro sexo*”. Y la feminista, defensora de las libertades civiles y ex diputada norteamericana, Bella Abzug, precisó: “*El sentido del término género ha evolucionado, diferenciándose de la palabra sexo para expresar la realidad de que la situación y los roles de la mujer y del hombre son construcciones sociales sujetas a cambio*”.

Al compás en que está perspectiva de género se ha ido desarrollando, hemos visto como, a lo largo de las décadas del ’80 y ’90 del siglo XX, la “cuestión de la mujer” iba saliendo de las movilizaciones de calle para entrar en las universidades. De ahí han surgido una gran cantidad de estudios sobre el tema.

Muchos de esos estudios han sido importantes para profundizar el conocimiento sobre la situación de la mujer y, al entrar en la academia, han abierto nuevos espacios a las mujeres en la sociedad. Hay quienes opinan que la perspectiva de género tiene el aspecto positivo de ser más abarcativo, ya que incluye a otras opresiones como las de los gay, lesbianas y transexuales. Puede ser, pero no opinamos que ése sea el aspecto central.

Nosotros consideramos que la perspectiva de género tiene una consecuencia político-programática negativa. El género, como dice Marx, es una “*generalidad interna, muda, que se limita a unir naturalmente los muchos individuos*”, que no tiene en cuenta el carácter histórico y social de los seres humanos.⁴ A partir de esa concepción el “feminismo de género” trata a las mujeres haciendo abstracción de la clase social a la que pertenecen. Y los estudios que más profundizan sobre el tema llegan a la conclusión de que la historia de la humanidad se explica, y la sociedad se estructura, en función de los géneros y no de las clases.

La consecuencia política lógica es el llamado a la organización policlasista y a una búsqueda de salida dentro del sistema capitalista, a través de la profundización de la democracia burguesa. Esto es lo que trasciende, por ejemplo, del trabajo de Judith Butler, una de las principales exponentes de esa corriente: “*¿Qué nueva forma de política emerge cuando la identidad como una base común ya no constriñe el discurso de la política feminista? Mi respuesta es que visualizar la política femenina de esa manera abre una oportu-*

⁴ Karl Marx, “Tesis sobre Feuerbach”.

*nidad mucho más grande para una política democrática que aspire a la articulación de las diferentes luchas en contra de la opresión. Lo que emerge es la posibilidad de un proyecto de democracia radical y plural”.*⁵

No coincidimos con que el género sea lo que estructura la sociedad ni que la salida sea la profundización de la democracia dentro del sistema capitalista. Para nosotros, aunque esté pasado de moda, la sociedad sigue estructurada en torno a las clases sociales y no se podrá acabar con la opresión de la mujer ni con ninguna otra opresión si no se acaba con la sociedad capitalista. Tal como dice Cecilia Toledo: *“Nunca, en ninguna época histórica, se conoció algún tipo de sociedad estructurada en géneros. Algunas se estructuraron en castas, como las sociedades asiáticas, pero en la mayor parte de la historia, la humanidad estuvo dividida en clases (...) El mundo capitalista aún está dividido entre una clase burguesa, propietaria, que concentra cada vez más en sus manos la riqueza social, y una clase proletaria cada vez más miserable y expoliada. Y cada vez que esa estructura social se ve amenazada, reacciona con más energía y refuerza las construcciones sociales, los mitos y los símbolos que sirven para mantener a los de abajo oprimidos, y a los explotadores.*

Por eso, insistimos: el problema de la opresión de la mujer, a pesar de tener un enlace en el género, en la imagen que se construyó de ella, en la imagen que se construyó del hombre como macho opresor, no tiene ahí su raíz. Más aún, el género está determinado por la clase y se expresa de forma diferente en la mujer burguesa y en la mujer obrera, y si ésta, además, es negra sufre también la discriminación racial. La pobreza, el empleo precario, la mortalidad materna, la marginalidad son manifestaciones de una condición de clase, y una mujer, en esas condiciones, vivencia lo femenino de forma diferente que la mujer que vive en un barrio burgués, es propietaria o mujer de un banquero, va todos los días a la peluquería y tiene empleada doméstica. (...) ¿Cómo conciliar la cultura de la tolerancia, del respeto a la diversidad, a la igualdad, a la solidaridad y el respeto por los derechos humanos, con la realidad de miseria y exclusión en la que vive la clase trabajadora y otros grandes contingentes humanos en todo el mundo? ¿Cómo pedir que hombres y mujeres vivan en igualdad, sin violencia, sin agresiones, si están insertos en una sociedad basada en desigualdades y violencias de todo tipo? ¿Cómo pedir que la mujer se eman-

⁵ Judith Butler, *Gender Trouble: feminism and the subversion of identity*, 1990.

cipe si no hay pleno empleo? ¿Cómo querer que las plataformas de acción mundiales, votadas en Beijing y otras conferencias de mujeres, sean cumplidas y, al mismo tiempo, perfeccionar el mercado? ¿Cómo reducir la mortalidad materna e infantil si la medicina está volcada al mercado? ¿Cómo alcanzar la legalización del aborto y evitar, así, miles de muertes de mujeres pobres en el mundo entero, si las clínicas clandestinas se transformaron en un gran negocio? ¿Cómo exigir respeto a la mujer y a su sexualidad, si los medios de comunicación explotan económicamente y banalizan el sexo de la forma más vil y brutal?

(...) La lucha contra la discriminación de género es fundamental porque da claridad a la situación de la mujer, moviliza a las mujeres contra toda y cualquier manifestación de machismo y de opresión, aumenta su grado de conciencia, y expone las llagas del sistema al revelar el grado de hipocresía de los gobiernos e instituciones burguesas en relación con la libertad de la mujer en los tiempos modernos. Sin embargo, si sólo se limita a eso, tiende a alejar a la mujer trabajadora de las organizaciones de su clase, llevándola hacia las ONGs y los grupos feministas policlasistas.

La lucha por la igualdad de géneros, que es la lucha contra la opresión de la mujer, sólo puede ser realizada en el marco de un enfrentamiento contra el capital, por el fin de la explotación de la clase trabajadora. De esa manera, las mujeres trabajadoras hacen de su lucha de género, que es necesaria pero limitada en su alcance, una lucha de clases, la única que puede abrir el camino, de hecho, para la emancipación de todas las mujeres”⁶

La revolución socialista y la liberación de la mujer

A lo largo de este debate, las marxistas, al tiempo que planteamos la necesidad de la lucha cotidiana contra la opresión de la mujer, hemos venido defendiendo que el origen de esa opresión está relacionada con la aparición de la sociedad de clases y que sólo la revolución socialista que liquide a esa sociedad puede abrir las puertas a la liberación.

Esa discusión dejó de estar sólo en el marco de la teoría. La realidad habló y nos dio la razón. Es suficiente mirar la Revolución Rusa de octubre del 1917, para ver la íntima relación entre revolución y liberación de la mujer.

⁶ Cecilia Toledo, *Mujeres: El género nos une, la clase nos divide*.

Las grandes movilizaciones de las sufragistas consiguieron importantes triunfos, en 1918 se consiguió el voto femenino en Inglaterra, en 1920 en EE.UU, en 1931 en España, en 1945 en Francia. También consiguieron importantes victorias las movilizaciones del '60 que conquistaron el derecho al divorcio en Italia y la legalización del aborto en Francia, Inglaterra, Italia y EEUU.

Pero esas conquistas, conseguidas en los principales países capitalistas, son mínimas comparadas con las que consiguieron las mujeres rusas con la revolución socialista de octubre de 1917. Después de la toma del poder por la clase obrera, el Estado soviético impuso la legislación más progresiva de la historia de la humanidad sobre la familia y el matrimonio, se impuso la legalización del aborto gratuito por la sola solicitud de la mujer, se obtuvo el divorcio, la igual de los hijos ya sea que nacieran dentro o fuera del matrimonio, se igualó totalmente a la mujer con el hombre frente a las leyes. Y estamos hablando de 1917, cuando en los países más avanzados del mundo las mujeres no tenían derecho al voto femenino ni acceso a la educación ni a tener propiedades ni estaba legalizado el aborto. Pero las conquistas de la revolución no fueron sólo a nivel de la legislación, sino que se tuvo una política para integrar a las mujeres a la construcción del nuevo Estado y se crearon casas cunas, jardines de infancia, comedores colectivos, lavanderías públicas, para arrancar a las mujeres de la esclavitud doméstica.

La contrarrevolución stalinista que se impuso definitivamente en la década del 30, volvió a confirmar, esta vez por la negativa, esa relación entre revolución socialista y liberación de la mujer. Una de las primeras medidas que tomó el régimen stalinista fue recortar esas grandes conquistas, al tiempo que llamaba a las mujeres a volver a las “glorias del hogar”.

La experiencia rusa muestra, además, que si bien la revolución socialista y la toma del poder por los trabajadores es condición necesaria para abrir el camino hacia la liberación de la mujer, ésta no se logrará automáticamente. Para llegar a la liberación no sólo se necesita avanzar en la educación del conjunto de la sociedad, sino también, de modo cualitativo, a nivel de la economía. En el capítulo de *La revolución traicionada*, “Termidor en el hogar”, que reproducimos en extenso en este dossier, Trotsky se refiere a estos dos aspectos:

“No fue posible tomar por asalto la antigua familia, y no por falta de buena voluntad; tampoco porque la familia estuviera firmemente asentada en los co-

razones. Por el contrario, después de un corto período de desconfianza hacia el Estado y sus casas cuna, sus jardines de infancia y sus diversos establecimientos, las obreras, y después de ellas, las campesinas más avanzadas, apreciaron las inmensas ventajas de la educación colectiva y de la socialización de la economía familiar. Por desgracia, la sociedad fue demasiado pobre y demasiado poco civilizada. Los recursos reales del Estado no correspondían a los planes y a las intenciones del partido comunista. La familia no puede ser abolida: hay que reemplazarla. La emancipación verdadera de la mujer es imposible en el terreno de la "misericordia socializada". La experiencia reveló bien pronto esta dura verdad, formulada hacía cerca de 80 años por Marx".

La liberación de la mujer y la teoría de la revolución permanente

El proceso de liberación de la mujer, tomado a nivel histórico, tiene un carácter revolucionario, ya que implica una revolución en las costumbres y en la vida cotidiana. Pero eso no implica que las tareas de esa liberación tengan un carácter anticapitalista en sí mismas. Ellas tienen un carácter democrático, es decir son tareas pendientes de la revolución democrática burguesa y en sí mismas no cuestionan ningún pilar del sistema capitalista. La igualdad ante las leyes, igual salario para igual trabajo, legalización del aborto, son tareas democráticas y teóricamente podrían conquistarse, y muchas se han logrado, en el marco del capitalismo. La extracción de plusvalía es esencial para la existencia del capitalismo, la opresión de la mujer no lo es. Y es el capitalismo, con la introducción masiva de la mujer en el mercado de trabajo, el que ha abierto las puertas a la posibilidad de concretar el fin de esa opresión.

Pero con la liberación femenina pasa lo mismo que con todas las tareas democráticas: en este período histórico el capitalismo imperialista es incapaz de resolver esas tareas en su totalidad. Tal como plantea la teoría de la revolución permanente, sólo la clase obrera, con la dirección del partido revolucionario, imponiendo la dictadura del proletariado, puede conseguir, en el proceso de la revolución socialista mundial, la resolución de las tareas democráticas.

En resumen, según esta teoría elaborada por Trotsky, las banderas de la liberación de la mujer, junto a las otras demandas democráticas, se combi-

narán con las socialistas en el proceso de la revolución que debe culminar con la destrucción del estado burgués y la construcción del estado obrero. Para no retroceder, esa revolución deberá adquirir un carácter permanente, desarrollándose a nivel internacional y profundizándose a nivel nacional, revolucionando todos los aspectos de la vida cotidiana. Sólo así se podrán lograr los avances cualitativos en la economía y en la educación que permitan la liberación no sólo formal, sino real, de la mujer.

La polémica sobre la organización

Los debates centrales sobre la opresión de la mujer son, como hemos visto, los que se dieron con aquellos que se negaban a luchar contra esa opresión y el que tenemos con el feminismo burgués, que aspira a obtener la liberación en los marcos del sistema capitalista.

Pero hay otro debate, el que se refiere a la organización, que se da entre marxistas, es decir, entre las que coincidimos que sólo con la revolución socialista, a la que se llegará con la clase obrera (mujeres y hombres) encabezando al resto de los sectores oprimidos, se logrará acabar con la opresión de la mujer.

En relación con este tema de la organización, desde la corriente morenista hemos defendido la posición dada por las resoluciones del Tercer Congreso de la Internacional Comunista, que reproducimos más adelante, en polémica con quienes llamaban a construir movimientos autónomos de mujeres. La polémica más importante la dimos en la década del '70 en contra de las posiciones de Mary Alice Waters, dirigente del SWP de EEUU, que llamaba a construir un movimiento de esa característica.

Enfrentamos ese llamado a construir movimientos policlasistas, por considerar que, tal como lo planteaba Clara Zetkin ya en 1896, no hay identidad entre las mujeres burguesas y las obreras. Una vez que se haya conseguido el objetivo que las reunió coyunturalmente, las obreras apoyarán al proletariado y las burguesas a la burguesía.

Esta definición en contra de la unidad de las obreras y las burguesas es tajante en las resoluciones de la Tercera Internacional.

Nahuel Moreno plantea más en general su oposición a construir organismos permanentes (frentes o movimientos) con sectores no obreros con los que podamos coincidir en determinadas reivindicaciones democráticas:

“nosotros estamos por la unidad de acción antiimperialista; por la unidad de acción de las mujeres por el aborto, el divorcio o el derecho al voto, por la unidad de acción con cualquier partido político para pedir espacios iguales en radio y televisión; por una manifestación con quien fuere para solicitar esos derechos democráticos contra el gobierno bonapartista y totalitario y aun democrático burgués Pero no confundimos la unidad de acción con la formación de un frente. **Estamos en contra de hacer frentes con los partidos burgueses o pequeñoburgueses para defender la democracia**, aún cuando concordemos con ellos en la defensa de determinados puntos democráticos. Con el nombre de “frente” se estructuran organizaciones que son frentepopulistas (aunque en determinados casos pueden jugar un papel relativamente progresivo, como los movimientos nacionalistas), por intervenir distintas clases –sobre todo la burguesía y pequeñoburguesía– y por sus objetivos, que no son los de la independencia política de la clase obrera. Estas variantes frentepopulistas pueden tener un carácter algo más progresivo en los países atrasados cuando se plantean luchas contra el imperialismo o los terratenientes, pero a la larga son tan funestas como el frentepopulismo metropolitano. Cuando ese frente (que jamás debemos promover nosotros porque lo consideramos una variante del frentepopulismo) se da, y en él interviene la clase obrera o un sector importante de ella, podemos intervenir en él ya que objetivamente existe, pero para romperlo, para denunciarlo desde adentro y para independizar política y organizativamente a la clase obrera que está en él. Esto significa que podemos intervenir en un movimiento nacionalista pero con un claro sentido de denuncia de la colaboración de clases y planteando la independencia de la clase obrera (...) Aunque durante una etapa esos frentes puedan ser relativamente progresivos, históricamente sirven a la burguesía y frenan el proceso de independencia política del proletariado”.⁷

Polemizando con Mary Alice decíamos: “El documento del SU señala correctamente que todas las mujeres son oprimidas como mujeres; lo mismo podría decirse de los negros, que todos son oprimidos como tales. De allí extrae la conclusión de que opresión es igual a explotación; que los vínculos que unen a los oprimidos entre sí son más fuertes que las contradicciones entre explotadores y explotados, entre revolucionarios y contrarrevolucionarios. De ahí deriva toda su política, de que las mujeres deben unirse como hermanas para la lucha en común.

⁷ Nahuel Moreno, “Tesis para la Actualización del Programa de Transición”, Tesis XXIX.

La realidad es que, si bien es verdad que todas las mujeres y todos los negros son oprimidos, al mismo tiempo hay mujeres explotadoras y explotadas, negros explotadores y explotados. De aquí hasta el triunfo del socialismo, las obreras lucharán contra los explotadores, sean hombres o mujeres, negros o blancos.

*En determinado momento, mujeres de distintas clases pueden marchar juntas por un objetivo específico: derecho al divorcio, aborto, etc. Pero la realidad de la situación revolucionaria es que, cuando se produzca, la sociedad va a estar dividida por una barricada. De un lado, la clase obrera con su partido revolucionario y, con ellos, las obreras revolucionarias, los negros revolucionarios. Del otro, la contrarrevolución imperialista burguesa y con ella las mujeres burguesas, los negros burgueses, etc. (...) Fruto de su política frentepopulista de unir a burguesas y proletarias en forma organizada y permanente, el SU llega al colmo del revisionismo al plantear que la construcción de un movimiento autónomo y unitario de mujeres forma parte de la estrategia de la construcción del partido. En otras palabras, la construcción del movimiento femenino tiene la misma importancia estratégica que la construcción del partido obrero”.*⁸

Esta polémica, que está desarrollada en materiales que reproducimos en este dossier (*Mujeres Trabajadoras y Marxismo, Las tareas del trotskismo entre las mujeres*) no ha perdido actualidad, ya que una posición similar a la defendida por Mary Alice Waters en los '70, es sostenida hoy por el *Freedom Socialist Party* y *Radical Women*, parte de cuyos textos también reproducimos.

Sobre los movimientos de mujeres anticapitalistas o clasistas

Tenemos otra polémica con organizaciones revolucionarias que, están en contra de organizaciones comunes de todas las mujeres, pero llaman a conformar movimientos autónomos de mujeres anticapitalistas o clasistas. Por ejemplo, el PTS (FT) de Argentina llama a construir un Movimiento de Mujeres Anticapitalista y Revolucionario y el Nuevo MAS, también de Argentina, propone un Movimiento Anticapitalista y Antipatriarcal. Esta polémica también existe en el interior de la LIT-CI, en este dossier publicamos un artículo de la dirigente del PSTU, Mariúcha Fontana que, en relación a esto, defiende una posición diferente de la nuestra.

■■■■
⁸ *Las tareas del trotskismo entre las mujeres*, documento de la Fracción Bolchevique, antecesora de la LIT-CI.

Creemos que llamar a construir esos movimientos autónomos, aunque se denominen clasistas o anticapitalistas, sigue siendo un error. Opinamos que esos movimientos autónomos (de mujeres, de negros, de inmigrantes), son una táctica peligrosa, que se puede enfrentar a nuestra estrategia, porque dejan abierta la frontera de clase. Esto es así porque, independiente del aditamento que lleven (clasista o anticapitalista), se organizan en torno a tareas democráticas, es decir policlasistas. Coincidimos totalmente con Moreno cuando plantea que esas organizaciones son frentepopulistas, no sólo por las distintas clases que puedan intervenir en ellas, sino *“por sus objetivos, que no son los de la independencia política de la clase obrera”*. Utilizando la terminología de Trotsky, podríamos decir que, *aunque no esté la burguesía, está su sombra*.

Tal como afirmaba Lenin, nuestras propuestas de organización se desprenden de nuestra concepción ideológica.⁹ Por eso, llamamos a los trabajadores a organizarse como clase y no a partir de las opresiones.

Tal como decíamos en la polémica con Mary Alice, si existiese un movimiento de mujeres que agrupase a un sector del movimiento de masas, probablemente tendríamos que intervenir en él, llamando a organizar a las mujeres clasistas o socialistas en su interior. Es decir, el objetivo político sería destruir ese movimiento policlasista porque, como dice Moreno, *“históricamente sirven a la burguesía”*.

Pero hoy no hay movimientos de masas de mujeres. En estos momentos no se están desarrollando procesos de luchas masivas contra la opresión que generen movimientos de mujeres. Sí hay algunos eventos importantes como el “Encuentro Nacional de Mujeres”, de Argentina, o los que organiza la “Marcha Mundial de Mujeres”, en los que es importante intervenir.

Entonces, ¿cuál es el motivo para llamar a movimientos de ese tipo? Si es para impulsar la lucha por los derechos democráticos de la mujer, la propuesta es sectaria, porque el llamado no tendría que ser a las clasistas o anticapitalistas, sino a todas las que estén de acuerdo con la legalización del aborto, igualdad de salario, guarderías...

Y, en relación con las organizaciones obreras, la propuesta es equivocada porque aleja a las trabajadoras de la pelea contra el machismo en sus propios sindicatos y fragmenta la organización de la clase.

⁹ Clara Zetkin, *Mis recuerdos con Lenin*.

Si desarrollamos este criterio de organizar por opresiones hasta el final, llegaremos a un absurdo organizativo, ya que nos encontraríamos con una fragmentación sin límites. Habría que tener organizaciones separadas y autónomas de los obreros negros, de los obreros indígenas, de los obreros gay, de los obreros inmigrantes.... ¿con quien se organizarían las obreras negras, con las mujeres o con los obreros negros? ¿Y las obreras inmigrantes? ¿Y las obreras lesbianas? ¿Y las trabajadoras inmigrantes negras? ¿Y las obreras inmigrantes, negras y lesbianas?...

La necesidad de organismos especiales para desarrollar el trabajo sobre la mujer obrera

Esta propuesta de movimientos autónomos (anticapitalistas o clasistas) con la que no coincidimos, responde a una preocupación que sí compartimos: la que tiene que ver con la necesidad de encontrar formas organizativas que faciliten la lucha de las trabajadoras contra el machismo que incrementa su explotación, y que ayuden a que las mejores de ellas ingresen a las filas del partido revolucionario.

Esa es una difícil tarea, por el peso de la Iglesia, por el atraso provocado por la educación de la sociedad capitalista y patriarcal y por el machismo que existe en las propias organizaciones obreras. Esa dificultad hace que sean necesarios organismos especiales, comisiones en los sindicatos, en el partido, agrupaciones dirigidas por el partido, publicaciones específicas. Tal como dice la resolución de la Tercera Internacional que más adelante reproducimos en extenso: *“A la vez que se pronuncia enérgicamente contra todo tipo de organización separada de mujeres en el seno del partido, de los sindicatos o de otras asociaciones obreras, el Tercer Congreso de la Internacional Comunista reconoce la necesidad para el Partido Comunista de emplear métodos particulares de trabajo entre las mujeres y estima la utilidad de formar en todos los partidos comunistas organismos especiales encargados de este trabajo (...) Esos organismos dedicados al trabajo entre las mujeres deben ser secciones o comisiones que funcionen junto a todos los comités del partido, comenzando por el Comité Central y hasta en los comités de barrio o de distrito. Esta decisión es obligatoria para todos los partidos adheridos a la Internacional Comunista”*.¹⁰

■■■■
¹⁰ Tercer Congreso de la III Internacional, “Tesis sobre la propaganda entre las mujeres”.

Finalmente, no creemos que el debate sobre esta táctica organizativa sea el aspecto central en la tarea de elaboración programática que tenemos planteada. Lo fundamental es lograr la armazón necesaria para dar la lucha contra la opresión y el machismo a nivel de la sociedad, de las organizaciones obreras, y contra las expresiones machistas que se manifiesten en las propias organizaciones revolucionarias.

Sin embargo, esta discusión no deja de tener su importancia ya que tiene que ver con cuál es la mejor táctica para avanzar en la estrategia de integrar a las mujeres trabajadoras a su clase y para ganar a miles de ellas para el partido revolucionario, posibilitando así, un resultado victorioso de nuestro combate contra la opresión.

LA MUJER: ¿CASTA, CLASE O SEXO OPRIMIDO?

Evelyn Reed¹

En la actualidad, el movimiento de liberación de la mujer está a un nivel ideológico superior al del movimiento feminista en el siglo pasado [XIX]. Casi todas las corrientes comparten el análisis marxista del capitalismo y se adhieren a la clásica explicación de Engels sobre el origen de la opresión de la mujer, basada en la familia, la propiedad privada y el Estado.

Pero aún perduran notables equívocos e interpretaciones erróneas de la posición marxista, que han conducido a algunas mujeres, que se consideran radicales o socialistas, a desviaciones y a una desorientación teórica. Influenciadas por el mito de que las mujeres han estado siempre condicionadas por sus funciones reproductoras, tienden a concluir que las raíces de la opresión femenina son, al menos en parte, debidas a diferencias sexuales biológicas. En realidad, las causas son exclusivamente históricas y sociales.

Algunas de estas teorías sostienen que la mujer constituye una clase especial o una casta. Estas definiciones no sólo son ajenas al marxismo, sino que llevan a la falsa conclusión de que no es el sistema capitalista sino el hombre el principal enemigo de la mujer. Propongo poner a discusión esta tesis.

Las aportaciones del marxismo en este campo, fundamentales para explicar la génesis de la degradación de la mujer, pueden resumirse así:

Ante todo, las mujeres no han sido siempre el sexo oprimido o “segundo sexo”. La antropología o los estudios de la prehistoria nos dicen todo lo contrario. En la época del colectivismo tribal las mujeres estuvieron a la par con el hombre y estaban reconocidas por el hombre como tales.

■■■■
¹ Evelyn Reed (1905-1979), trotskista norteamericana, militante del *Socialist Workers Party* (SWP). Pionera en la investigación de las ciencias sociales y naturales, elaboró sobre la opresión de la mujer siguiendo los lineamientos de Engels.

En segundo lugar, la degradación de las mujeres coincide con la destrucción del clan comunitario matriarcal y su sustitución por la sociedad clasista y sus instituciones: la familia patriarcal, la propiedad privada y el Estado.

Los factores clave que llevaron al derrocamiento de la posición social de la mujer tuvieron origen en el paso de una economía basada en la caza y en la recolección de comida, a un tipo de producción más avanzado, basado en la agricultura, la cría de animales y el artesanado urbano. La primitiva división del trabajo entre los sexos fue sustituida por una división social del trabajo mucho más complicada. La mayor eficacia del trabajo permitió la acumulación de un notable excedente productivo, que llevó; primero, a diferenciaciones, y después a profundas divisiones entre los distintos estratos de la sociedad.

En virtud del papel preeminente que habían tenido los hombres en la agricultura extensiva, en los proyectos de irrigación y construcción, así como en la cría de animales, se apropiaron poco a poco del excedente, definiéndolo como propiedad privada. Estas riquezas potencian la institución del matrimonio y de la familia y dan una estabilidad legal a la propiedad y a su herencia. Con el matrimonio monogámico, la esposa fue colocada bajo el completo control del marido, que tenía así la seguridad de tener hijos legítimos como herederos de su riqueza.

Con la apropiación por parte de los hombres de la mayor parte de la actividad social productiva, y con la aparición de la familia, las mujeres fueron encerradas en casa al servicio del marido y la familia. El aparato estatal fue creado para reforzar y legalizar la institución de la propiedad privada, el dominio masculino y la familia patriarcal, santificada luego por la religión.

Este es, brevemente, el punto de vista marxista sobre el origen de la opresión de la mujer. Su subordinación no se debe a ninguna deficiencia biológica como sexo, sino que es el resultado de los acontecimientos sociales que destruyeron la sociedad igualitaria de la gens matriarcal, sustituyéndola por una sociedad clasista patriarcal que, desde sus inicios, se caracterizó por la discriminación y desigualdad de todo tipo, incluida la desigualdad de sexos. El desarrollo de este tipo de organización socioeconómica estructuralmente opresiva, fue la responsable de la caída histórica de las mujeres.

Pero la caída de las mujeres no se puede comprender completamente, ni se puede elaborar una solución social y política correcta para su liberación, sin considerar lo que sucede actualmente con los hombres. Muy a menudo

no se tiene en cuenta que el sistema patriarcal clasista, que ha hecho desaparecer al matriarcado y sus relaciones sociales comunitarias, ha destruido también la contrapartida masculina, el *fratriarcado* –esto es, la fraternidad tribal de los hombres–. La derrota de las mujeres anduvo pareja con la dominación de las masas de trabajadores por la clase de los patronos.

La esencia de este desarrollo se puede ver más claramente si se examina el carácter fundamental de la estructura tribal que Morgan, Engels y otros han descrito como “sistema de consumo primitivo”. El clan comunitario era tanto una hermandad de mujeres como una hermandad de hombres. La hermandad, esencia del matriarcado, tenía claramente caracteres colectivos. Las mujeres trabajaban juntas como una comunidad de hermanas; su trabajo social proveía ampliamente al mantenimiento de toda la comunidad. Criaban a los hijos también en comunidad. Una madre no hacía distinción entre sus hijos y los de otra mujer del clan, y los niños, por otra parte, consideraban a todas las hermanas mayores como madres. En otras palabras, la producción y la propiedad en común iban acompañadas de la educación común de los hijos.

La contrapartida masculina de esta hermandad era la fraternidad, modelada según los mismos esquemas comunitarios. Cada clan, y el conjunto de clanes que comprendía la tribu, se caracterizaba por la “fraternidad” desde el punto de vista masculino, y por la “hermandad” o “matriarcado” desde el punto de vista femenino. En esta fraternidad matriarcal, los adultos de los dos sexos, no sólo producían para mantenerse, sino que alimentaban y protegían a los niños de la comunidad. Estos aspectos hicieron de la hermandad y fraternidad un sistema de “comunismo primitivo”.

Así, antes de que la familia tuviera como cabeza un padre individual, la función de la paternidad era social y no familiar. Además, los primeros hombres que desarrollaron funciones “paternales” no fueron los compañeros o “maridos” de las hermanas del clan, sino sus hermanos. Y esto no sólo porque los procesos fisiológicos de la paternidad eran desconocidos, sino más bien porque este hecho era insignificante en una sociedad fundada en el colectivismo productivo y en el cuidado común de los hijos.

Aunque actualmente nos pueda parecer extraño a nosotros, que estamos acostumbrados a la forma particular de educación de los hijos, era perfectamente natural en la comunidad primitiva, que los hermanos del clan, o sea, los maternos, ejercieran estas funciones paternas hacia los hijos de las

hermanas, que más tarde fueron asunto del padre individual respecto de los hijos de la esposa.

El primer cambio en este sistema de clan hermano-hermana se debe a la creciente tendencia de la pareja, o de la “familia a dos”, como lo han llamado Morgan y Engels, a vivir juntos en la misma comunidad y casa. Sin embargo, la simple cohabitación no alteró sustancialmente las relaciones colectivas o el papel productivo de las mujeres en la comunidad. La división del trabajo según el sexo, efectuada entre hermanas y hermanos del clan, se transformó gradualmente en división sexual del trabajo entre marido y esposa.

Pero mientras prevalecieron las relaciones colectivas y las mujeres continuaron participando en la producción social, permaneció, en mayor o menor medida, la originaria igualdad entre los sexos. La comunidad entera continuó proveyendo a cada miembro de la pareja, quizás porque cada miembro de la pareja contribuía también en la actividad laboral.

Por lo tanto, la familia de pareja, tal como aparece en los albores del sistema familiar, era radicalmente distinta del actual núcleo familiar. En nuestro sistema capitalista, desordenado y competitivo, cada familia debe salvarse o ahogarse, contando sólo con sus posibilidades y no puede contar con la ayuda externa. La esposa depende del marido, y los hijos deben contar con sus padres para su subsistencia, aunque estén sin trabajo, enfermos o muertos. En el período de la familia de pareja no existía este tipo de dependencia de la “economía familiar”, porque la comuna entera se hacía cargo de las necesidades fundamentales de cada individuo desde la cuna hasta la tumba.

Esta fue la causa concreta de la ausencia, en la comunidad primitiva, de las opresiones sociales y los antagonismos familiares, tan frecuentes actualmente.

Se ha dicho a veces, explícita o implícitamente, que la dominación masculina ha existido siempre y que las mujeres han sido siempre tratadas brutalmente por los hombres. O también, a veces, se ha creído que las relaciones entre los sexos, en la sociedad matriarcal, eran exactamente lo contrario de las nuestras –con las mujeres dominando a los hombres–. Ninguna de estas afirmaciones ha sido confirmada por los descubrimientos antropológicos.

No es mi intención alabar la era salvaje ni auspiciar un retorno romántico a alguna pasada “edad de oro”. Una economía basada en la caza y el aprovisionamiento de comida representa el estadio más bajo del desarrollo hu-

mano, y sus condiciones de vida eran desagradables, crueles y duras. Sin embargo, debemos reconocer que las relaciones entre el hombre y la mujer eran fundamentalmente distintas a las nuestras.

En el clan no existía la posibilidad de que un sexo dominara al otro, de la misma forma que una clase no podía explotar a la otra. Las mujeres ocupaban un lugar preeminente porque eran las principales productoras de bienes y de nuevas vidas. Pero esto no las indujo a oprimir a los hombres. Su sociedad comunitaria excluía la tiranía de clase, de raza o de sexo.

Como ha dicho Engels, con la aparición de la propiedad privada del matrimonio monogámico y de la familia patriarcal, entraron en juego nuevas fuerzas sociales, tanto en la sociedad en su conjunto como en la organización familiar, que abolieron los derechos que anteriormente tenía la mujer.

De la simple cohabitación de la pareja se pasó al matrimonio monogámico legal y rígidamente regulado, que puso a la esposa y a los hijos bajo el control completo del marido y padre, el cual daba su nombre a la familia y determinaba sus condiciones de vida y su destino.

Las mujeres, que habían vivido y trabajado juntas, educado en común a sus hijos, se dispersaron como esposas de un solo hombre, destinadas a su servicio y al de una sola casa. La primitiva e igualitaria división sexual del trabajo entre los hombres y las mujeres de la comunidad, cedió paso a una división familiar del trabajo, en la cual la mujer era alejada cada vez más de la producción social, para convertirse en sierva del marido, de la casa y de la familia. Así, las mujeres, en un tiempo “administradoras” de la sociedad, con la formación de las clases fueron degradadas al papel de administradoras de los hijos de un hombre y de su casa.

Esta degradación de las mujeres ha sido un aspecto permanente en los tres estadios de la sociedad de clases, desde la esclavitud, pasando por el feudalismo, hasta el capitalismo.

Mientras las mujeres dirigían, o por lo menos, participaban en el trabajo productivo de la comunidad, fueron estimadas y respetadas, pero cuando se desmembraron en una unidad familiar separada y ocuparon una posición subalterna en la casa y en la familia, perdieron su prestigio, su influencia y su poder.

¿Nos puede extrañar que unos cambios sociales tan drásticos hayan llevado a un antagonismo tan profundo y duradero entre los dos sexos? Como dice Engels:

“La monogamia no ha significado en absoluto, desde el punto de vista histórico, una reconciliación entre el hombre y la mujer, y menos aún, constituye la forma más alta de matrimonio. Por el contrario, ha representado el sometimiento de un sexo por el otro y la aparición de un antagonismo entre los sexos desconocido en la historia precedente (...) El primer antagonismo de clase aparecido en la historia coincide con el desarrollo del antagonismo entre hombre y mujer en la monogamia, y la primera opresión de clase con la del sexo femenino por parte del masculino” (*El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*).

Es necesario hacer una distinción entre los dos tipos de opresión que las mujeres han sufrido en la familia monogámica y en el sistema basado en la propiedad privada. En la familia productiva campesina de la era preindustrial, las mujeres gozaban de un “status” social más elevado y de un respeto mayor del que goza actualmente en nuestras ciudades el núcleo familiar doméstico. Mientras la agricultura y el artesanado dominaron la economía, la familia campesina, que era numerosa o “extensa”, continuaba siendo una unidad productiva vital. Todos sus miembros tenían funciones concretas e importantes, según el sexo y la edad. Las mujeres ayudaban a cultivar la tierra y hacían trabajos en la casa, mientras los niños y los demás producían su parte según sus capacidades.

Todo esto cambió con el nacimiento del capitalismo industrial y monopolista y con la formación del núcleo familiar. Cuando grandes masas de hombres fueron expoliados de la tierra y de sus pequeñas empresas, y se convirtieron en trabajadores asalariados en las fábricas, no tuvieron para vender, y sobrevivir, más que su fuerza de trabajo. Sus mujeres, alejadas de las fábricas productivas y del artesanado, devinieron completamente dependientes de los maridos para su mantenimiento y el de sus hijos. De la misma manera que los hombres dependían de sus patronos, las mujeres dependían de sus maridos.

Privadas gradualmente de su autonomía económica, las mujeres perdieron también la consideración social. En las fases iniciales de la sociedad clasista fueron alejadas de la producción social y del liderazgo, para convertirse en productoras en el ámbito de la familia agrícola, trabajando con el marido para la casa y la familia. Pero con la sustitución de la familia campesina por el núcleo familiar propio de las ciudades industriales perdieron su último punto de apoyo en terreno sólido.

Las mujeres se encontraron entonces frente a dos tristes alternativas: buscar un marido que las cuidase y hacer de ama de casa en un apartamento de la ciudad, criando la próxima generación de esclavos asalariados; o bien, para las más pobres y desafortunadas, hacer los trabajos marginales de las fábricas (junto a sus hijos), y ser explotadas como la fuerza de trabajo más esclavizada y peor pagada.

En las generaciones pasadas, las mujeres trabajadoras lucharon por el empleo junto a los hombres, por aumentos salariales y mejoras en las condiciones laborales. Pero las mujeres, en calidad de amas de casa dependientes, perdieron estos medios de lucha social. Sólo podían lamentarse o pelearse con el marido y los hijos por la miseria de su vida. El contraste entre los sexos se vuelve más profundo y áspero con la degradante dependencia de las mujeres respecto de los hombres.

A pesar del hipócrita homenaje rendido a las mujeres como “madres santas” y devotas amas de casa, su valor disminuyó, alcanzando el punto más bajo con el capitalismo. Puesto que las amas de casa no producen bienes ni crean ningún excedente para los explotadores, no son importantes para los fines del capitalismo. En este sistema existen sólo tres justificaciones para su existencia: el ser amas de cría, guardianas de la casa y compradoras de bienes de consumo para la familia.

Mientras que las mujeres ricas pueden hacerse sustituir por las criadas en el desempeño de los trabajos más aburridos, las pobres están ligadas a esta inaguantable cadena para toda la vida. Su condición de servilismo aumenta cuando están obligadas a un trabajo externo para contribuir al mantenimiento de la familia. Asumiendo dos responsabilidades, en lugar de una, están doblemente oprimidas. Pero incluso las amas de casa de la clase media son víctimas del capitalismo del mundo occidental, a pesar de sus privilegios económicos. La monótona condición de aislamiento y de aburrimiento en que se encuentran, las induce a “vivir a través” de sus hijos –relación que alimenta muchas de las neurosis que afligen hoy en día la vida familiar–. Tratando de aliviar su sufrimiento, son manipuladas y depredadas por los especuladores del campo de los bienes de consumo. La explotación de la mujer como consumista forma parte de un sistema que se desarrolló, en primer lugar, con la explotación del hombre como productor.

Los capitalistas tienen miles de razones para exaltar el núcleo familiar. Su ambiente es una mina de oro para todos los especuladores, desde los agentes

inmobiliarios a los vendedores de detergentes y cosméticos. Si producen automóviles para uso individual, en lugar de desarrollar adecuadamente los transportes públicos, es porque es más rentable, como lo es vender casas pequeñas en parcelas privadas, cada una de las cuales necesita su lavadora, su refrigerador y otras cosas similares. Por otra parte, el aislamiento de las mujeres en casas particulares, ligadas todas a las mismas tareas con la cocina y con los hijos, les impide unirse y llegar a ser una fuerza social o una seria amenaza política para el poder constituido.

¿Cuál es la lección que se puede extraer de esta panorámica sobre el largo cautiverio de las mujeres en la casa y con la familia, propia de la sociedad clasista, tan distinta de su situación de fuerza e independencia en la sociedad preclasista?

Nos muestra que el estado de inferioridad de las mujeres no ha sido el resultado de un condicionamiento biológico ni del embarazo. Éste no constituía un hándicap en la comunidad primitiva; lo ha empezado a ser, principalmente, en el núcleo familiar de nuestros días. Las mujeres pobres están destrozadas entre la obligación de cuidar a los hijos y la casa y, al mismo tiempo, trabajar afuera para contribuir al mantenimiento de la familia. Las mujeres, por lo tanto, han sido condenadas a su estado de opresión por las mismas fuerzas y relaciones sociales que han llevado a la opresión de una clase sobre otra, de una raza sobre otra, de una nación sobre otra. Es el sistema capitalista –último estadio del desarrollo de la sociedad de clases– la fuente principal de la degradación y opresión de las mujeres.

Algunas mujeres del movimiento de liberación critican estas tesis marxistas fundamentales. Dicen que el sexo femenino representa una casta distinta o una clase. Ti-Grace Atkinson, por ejemplo, sostiene que las mujeres son una clase aparte. Roxanne Dunbar afirma que son una casta aparte. Examinemos estas dos posiciones y las conclusiones que de ellas se derivan.

Primero consideremos si las mujeres son una casta. La jerarquía de castas apareció antes y sirvió de modelo al sistema clasista. Surge después de la desaparición de la comunidad tribal, con las primeras diferenciaciones evidentes de los estratos sociales, según la nueva división del trabajo y las funciones sociales. La pertenencia a un estrato superior o inferior estaba garantizada por el sólo hecho de nacer dentro de su ámbito.

Es importante notar, además, cómo el sistema de castas llevaba en sí mismo, desde el principio, al sistema de clases. Por otro lado, mientras el

sistema de castas alcanza su pleno desarrollo sólo en algunas partes del mundo, como India, el sistema de clases se desarrolló hasta convertirse en mundial y engullir al de castas.

Esto se puede ver claramente en India, donde cada una de las cuatro castas fundamentales –los brahmanes o sacerdotes, los soldados, los propietarios terratenientes o mercantiles y los trabajadores, junto a los “sin casta” o parias– tienen un lugar preciso en la sociedad explotadora. En la India actual, donde el viejo sistema de castas sobrevive de forma decadente, las relaciones y el poder capitalistas prevalecen sobre las instituciones precapitalistas heredadas del pasado, comprendidos los vestigios de la sociedad estructurada en castas.

Por otro lado, aquellas regiones del mundo que se han desarrollado más rápidamente y de forma más consistente, han abolido el sistema de castas. La civilización occidental, iniciada con las antiguas Grecia y Roma, se desarrolló pasando por la esclavitud y el feudalismo, hasta llegar al estadio más maduro de la sociedad de clases: el capitalismo.

Ni en el sistema de castas ni en el clasista –y ni siquiera en la combinación de los dos– las mujeres han constituido una clase o casta aparte. Las mismas mujeres han estado divididas en las distintas castas y clases que han formado el sustrato social.

El hecho de que las mujeres tuvieran una posición de inferioridad, como sexo, no implica, *ipso facto*, que fueran una casta o una clase inferior. En la antigua India, las mujeres pertenecían a castas distintas. En un caso, su “status” social venía determinado por el nacimiento en una casta, en el otro era determinado por su riqueza o por la del marido. Y esto es válido para los dos sexos, que pueden pertenecer a una casta superior y tener más dinero, y poder y consideración social.

¿Qué entiende entonces Roxanne Dumbar cuando dice que todas las mujeres (sin tener en cuenta su clase) pertenecen a una casta aparte? El contenido exacto de sus afirmaciones y de sus conclusiones no me resulta claro, y quizá tampoco a los demás. Hagamos entonces un estudio más profundo.

En términos de poder, nos podemos referir a la mujer como una “casta” inferior –como se hace a veces cuando se definen como “esclavas” y “servas”– cuando se tiene simplemente la intención de señalar que han ocupado una posición subordinada en la sociedad masculina. El uso de la palabra “casta” serviría, pues, sólo para indicar la pobreza de nuestra lengua, que no

tiene una palabra precisa para indicar el sexo femenino como sexo oprimido. Pero parece que el escrito de Roxanne Dunbar, en febrero de 1970, tenía implicaciones más amplias respecto de sus anteriores posiciones sobre esta cuestión.

En aquel documento dice que su caracterización de las mujeres como casta no representa nada nuevo: que incluso Marx y Engels “juzgaron de la misma forma la posición del sexo femenino”. Pero esto no es realmente así: ni Marx en *El Capital* ni Engels en *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, ni otros notables marxistas, desde Lenin a Luxemburgo, han definido nunca a la mujer como perteneciente a una casta en virtud de su sexo. Por lo tanto, no se trata simplemente de una confusión verbal en torno al uso de una palabra, sino de un claro alejamiento del marxismo, si bien presentado con carácter marxista.

Me gustaría poseer clarificaciones de Roxanne Dunbar sobre las conclusiones que ella extrae de su teoría; puesto que si todas las mujeres pertenecen a una casta inferior, y todos los hombres a una casta superior, de ello se desprende que el punto central de la lucha por la liberación consistiría en una “guerra de castas” de todas las mujeres contra todos los hombres. Esta conclusión parecería confirmada por la afirmación de que “nosotras vivimos en un sistema internacional de castas”.

Tampoco esta afirmación es marxista, ya que los marxistas dicen que vivimos en un sistema clasista internacional y que por lo tanto no se requiere una guerra de castas, sino una *lucha* de clases de todos los oprimidos, hombres y mujeres, para obtener la liberación de las mujeres junto con la liberación de todas las masas oprimidas. Roxanne Dunbar, ¿está de acuerdo o no con esta posición respecto del papel determinante de la lucha de clases?

Su confusión replantea la necesidad de usar un lenguaje preciso en una exposición científica. Si bien las mujeres están explotadas bajo el capitalismo, no son esclavas ni siervas de la gleba o miembros de una casta inferior. Las categorías sociales de esclavo, siervo y casta se refieren a estadios y aspectos concretos de la historia pasada, y no definen correctamente la posición de las mujeres en nuestra sociedad.

Si queremos ser exactos y científicos, las mujeres deberían definirse como un “sexo oprimido”.

La otra posición, que caracteriza a las mujeres como “clase” especial, podemos definirla como aún más errónea.

En la sociología marxista una clase puede definirse según dos consideraciones independientes: el papel que juega en el proceso productivo y si posee la propiedad de los medios de producción, y por lo tanto, controlan el Estado y dirigen la economía. Los trabajadores que crean la riqueza no tienen más que su fuerza de trabajo para vender a los patronos y poder vivir.

¿En qué relación se encuentran las mujeres con estas dos clases opuestas? Pertenecen a todos los estratos de la pirámide social. Las pocas que están en la cima pertenecen a la clase de los plutócratas; algunas pertenecen a la clase media, la mayoría al proletariado. Existe una enorme diferencia entre las pocas Rockefeller, Morgan y Ford, y los millones que viven con subsidios de todo tipo. *Resumiendo, las mujeres, como los hombres, son un sexo interclasista.*

No se trata de un intento de dividir a las mujeres, sino simplemente de reconocer una división que ya existe. La idea de que todas las mujeres, como sexo, tienen en común más de lo que tienen los miembros de una misma clase, es falsa. Las mujeres de la alta burguesía no son simplemente compañeras de cama de sus ricos maridos. Generalmente existen otros lazos más fuertes: son colaboradoras económicas, sociales y políticas, unidas al marido en la defensa de su propiedad privada, del beneficio, del militarismo, del racismo y de la explotación de las otras mujeres.

Para decir verdad, existen excepciones individuales a esta regla, especialmente entre las jóvenes. Recordemos que la señora Frank Leslie, por ejemplo, renunció a la herencia de dos millones de dólares para sostener la causa del sufragio femenino, y otras mujeres de la alta burguesía han entregado su dinero en favor de la causa de los derechos civiles de nuestro sexo. Pero una cosa completamente distinta es esperar que muchas mujeres ricas sostengan una lucha revolucionaria que amenaza sus intereses y privilegios capitalistas. La mayor parte de ellas se burlan del movimiento de liberación, diciendo explícita o implícitamente: “Pero, ¿de qué cosa nos tenemos que liberar?”

¿Es realmente necesario insistir en este punto? Decenas de miles de mujeres participaron en la manifestación de Washington, en noviembre de 1969 y después en mayo de 1970. ¿Tenían más cosas en común con los hombres militantes que marchaban a su lado, o con la señora Nixon, sus hijas y la esposa del procurador general, señora Mitchell, que miraban con desagrado desde su ventana, y veían en aquella masa una nueva Revolución Rusa?

¿Quiénes serán los mejores aliados de la mujer en el combate por la liberación, las esposas de los banqueros, de los generales, de los abogados hacendados, de los grandes industriales, o los trabajadores negros y blancos que luchan por su propia liberación? ¿No serán tanto los hombres como las mujeres de ambas partes? Si no es así, la lucha ¿debe volverse contra los hombres, más que contra el sistema capitalista?

Es cierto que todas las sociedades clasistas han sido dominadas por el hombre y que los hombres han sido adiestrados, desde la cuna, para que sean chovinistas. Pero no es cierto que los hombres, como tales, representen el principal enemigo de las mujeres. Esto no tendría en cuenta a la masa de hombres explotados que están oprimidos por el principal enemigo de las mujeres, el sistema capitalista. Estos hombres tienen un lugar en la lucha por la liberación de la mujer; pueden convertirse y se convertirán en nuestros aliados.

Si bien la lucha contra el chovinismo masculino es una parte esencial de los objetivos que tienen las mujeres del movimiento, no es correcto hacer de ello el eje principal. Esto nos llevaría a no tener en cuenta o infravalorar el papel constituido que no sólo alimenta y se aprovecha de toda forma de discriminación y opresión, sino que además es responsable del chovinismo masculino. Recordemos que la supremacía masculina no existía en la comunidad primitiva, basada en la relación entre hermanas y hermanos. La discriminación sexual, así como la racial, tienen sus raíces en la propiedad privada.

Una posición teórica errónea lleva fácilmente a una falsa estrategia en la lucha por la liberación de la mujer. Este es el caso de una fracción de las “Redstockings” que dicen en su *Manifiesto* que “las mujeres son una *clase* oprimida”. Si todas las mujeres forman una clase, entonces todos los hombres deben constituir la clase opuesta –la de los opresores–. ¿Qué conclusión se puede deducir de esta premisa? ¿Qué no existen hombres en la clase oprimida? ¿Dónde colocamos a los millones de obreros blancos oprimidos que, como los negros oprimidos, puertorriqueños y otras minorías, son explotados por los capitalistas? ¿No tienen todos ellos un lugar primordial en la lucha por la revolución social? ¿Dónde y bajo qué bandera estos pueblos oprimidos de todas las razas y de ambos sexos se unen por una acción común contra su enemigo común? Oponer las mujeres como clase a los hombres como clase sólo puede constituir una desviación de la auténtica lucha de clases.

¿No existe una relación con la afirmación de Roxanne Dunbar de que la liberación de la mujer es la base de la revolución social? Estamos muy lejos de la estrategia marxista, puesto que se invierte la situación real. Los marxistas dicen que la revolución social es la base para una total liberación de las mujeres –como es la base de la liberación de toda la clase trabajadora–. En última instancia, los verdaderos aliados de la liberación de la mujer son todas aquellas fuerzas que están obligadas por sus propios intereses a luchar contra los imperialistas y a romper sus cadenas.

La causa profunda de la opresión femenina, que es el capitalismo, no puede ser abolida jamás solamente por las mujeres, ni por una coalición de mujeres de todas las clases. Es preciso una lucha mundial por el socialismo por parte de la masa trabajadora, hombres y mujeres, unidos a todos los grupos oprimidos, para derribar el poder del capitalismo, que actualmente tiene su máxima expresión en los Estados Unidos.

En conclusión, lo que debemos preguntarnos es cuáles son los nexos entre la lucha por la liberación de las mujeres y la lucha por el socialismo.

Ante todo, si bien los últimos objetivos de la liberación de las mujeres no podrán ser realizados antes de la revolución socialista, esto no significa que la lucha por las reformas deba posponerse hasta entonces. Es necesario que las mujeres marxistas luchen, desde ahora, codo a codo, con todas las mujeres militantes por sus objetivos específicos. Esta ha sido nuestra política desde que se presentó una nueva fase del movimiento de liberación de la mujer, hace cerca de un año e incluso antes.

El movimiento feminista empieza, como otros movimientos de liberación, planteando algunas reivindicaciones elementales como son: igualdad de oportunidades para hombres y mujeres en lo que respecta a la educación y al trabajo: a trabajo igual, salario igual; derecho al libre aborto para quien lo solicite; guarderías financiadas por el Estado, pero controladas por la comunidad. La movilización de las mujeres por estos objetivos no sólo nos da la posibilidad de obtener mejoras, sino también pone en evidencia, domina y modifica los peores aspectos de nuestra subordinación en la sociedad actual.

En segundo lugar, ¿por qué las mujeres deben llevar a cabo su lucha por la liberación si, en última instancia, para la victoria de la revolución socialista será necesaria la ofensiva de toda la clase trabajadora? La razón es que ningún sector oprimido de la sociedad, tanto los pueblos del Tercer Mundo como las mujeres, pueden confiar a otras fuerzas la dirección y el desarrollo

de su lucha por la libertad –aunque estas fuerzas se comporten como aliadas–. Nosotros rechazamos la posición de algunos grupos políticos que se dicen marxistas pero que no reconocen que las mujeres deben dirigir y organizar su lucha por la emancipación, de la misma forma que no llegan a comprender por qué los negros deben hacer lo mismo.

La máxima de los revolucionarios irlandeses –“quien quiere ser libre debe luchar personalmente”– se adapta perfectamente a la causa de la liberación de la mujer. Las mujeres deben luchar personalmente para conquistar la libertad, y esto es cierto tanto antes como después del triunfo de la revolución anticapitalista.

En el curso de nuestra lucha y como parte de la misma, reeducaremos a los hombres que han sido inducidos a creer ciegamente que las mujeres son por naturaleza el sexo inferior debido a alguna tara en su estructura biológica. Los hombres deberán aprender que su chovinismo y su superioridad son otra de las armas en manos de los patronos para conservar el poder. El trabajador explotado, viendo la condición, aún peor que la suya, en que se encuentra su esposa, ama de casa y dependiente, no puede estar satisfecho con ello –se les debe hacer ver la fuente del poder opresor que los ha envilecido a los dos–.

En fin, decir que las mujeres constituyen una casta o clase aparte, lleva lógicamente a conclusiones extremadamente pesimistas respecto del antagonismo entre los sexos, en contraste con el optimismo revolucionario de los marxistas. Ya que, a menos que los dos sexos estén completamente separados y los hombres sean exterminados, parece que están destinados a una guerra perenne entre ellos.

Como marxistas, nosotras tenemos un mensaje más realista y lleno de esperanza. Negamos que la inferioridad de la mujer esté determinada por su estructura biológica, y que haya existido siempre. Lejos de ser eterna, la subordinación de las mujeres y la amarga hostilidad entre los sexos no tienen más que unos pocos miles de años. Fueron producto de los drásticos cambios sociales que introdujeron la familia, la propiedad privada y el Estado.

La historia nos enseña que es necesaria una revolución que altere radicalmente las relaciones socioeconómicas, para extirpar la causa de las desigualdades y obtener una plena emancipación de nuestro sexo. Este es el fin prometido por el programa socialista por el que nosotras luchamos.

TERMIDOR EN EL HOGAR

León Trotsky, 1936

*Extraído del capítulo VII: “La familia, la juventud, la cultura”,
del libro La revolución traicionada*

La Revolución de Octubre cumplió honradamente su palabra en lo que respecta a la mujer. El nuevo régimen no se contentó con darle los mismos derechos jurídicos y políticos que al hombre, sino que hizo –lo que es mucho más– todo lo que podía, y en todo caso, infinitamente más que cualquier otro régimen para darle realmente acceso a todos los dominios culturales y económicos. Pero ni el “todopoderoso” parlamento británico ni la más poderosa revolución pueden hacer de la mujer un ser idéntico al hombre, o hablando más claramente, repartir por igual entre ella y su compañero las cargas del embarazo, del parto, de la lactancia y de la educación de los hijos. La revolución trató heroicamente de destruir el antiguo “hogar familiar” corrompido, institución arcaica, rutinaria, asfixiante, que condena a la mujer de la clase trabajadora a los trabajos forzados desde la infancia hasta su muerte. La familia, considerada como una pequeña empresa cerrada, debía ser sustituida, según la intención de los revolucionarios, por un sistema acabado de servicios sociales: maternidades, casas cuna, jardines de infancia, restaurantes, lavanderías, dispensarios, hospitales, sanatorios, organizaciones deportivas, cines, teatros, etc. La absorción completa de las funciones económicas de la familia por la sociedad socialista, al unir a toda una generación por la solidaridad y la asistencia mutua, debía proporcionar a la mujer, y en consecuencia, a la pareja, una verdadera emancipación del yugo secular. Mientras que esta obra no se haya cumplido, cuarenta millones de familias soviéticas continuarán siendo, en su gran mayoría, víctimas de las costumbres medievales, de la servidumbre y de la histeria de la mujer, de las humillaciones cotidianas del niño, de las supersticiones de una y otro.

A este respecto, no podemos permitirnos ninguna ilusión. Justamente por eso, las modificaciones sucesivas del estatuto de la familia en la URSS caracterizan perfectamente la verdadera naturaleza de la sociedad soviética y la evolución de sus capas dirigentes.

No fue posible tomar por asalto la antigua familia, y no por falta de buena voluntad; tampoco porque la familia estuviera firmemente asentada en los corazones. Por el contrario, después de un corto período de desconfianza hacia el Estado y sus casas cuna, sus jardines de infancia y sus diversos establecimientos, las obreras, y después de ellas, las campesinas más avanzadas, apreciaron las inmensas ventajas de la educación colectiva y de la socialización de la economía familiar. Por desgracia, la sociedad fue demasiado pobre y demasiado poco civilizada. Los recursos reales del Estado no correspondían a los planes y a las intenciones del partido comunista. La familia no puede ser abolida: hay que reemplazarla. La emancipación verdadera de la mujer es imposible en el terreno de la “miseria socializada”. La experiencia reveló bien pronto esta dura verdad, formulada hacía cerca de 80 años por Marx.

Durante los años de hambre, los obreros se alimentaron tanto como pudieron –con sus familias en ciertos casos– en los refectorios de las fábricas o en establecimientos análogos, y este hecho fue interpretado oficialmente como el advenimiento de las costumbres socialistas. No hay necesidad de detenernos aquí en las particularidades de los diversos períodos –comunismo de guerra, NEP, el primer plan quinquenal– a este respecto. El hecho es que desde la supresión del racionamiento del pan, en 1935, los obreros mejor pagados comenzaron a volver a la mesa familiar. Sería erróneo ver en esta retirada una condena del sistema socialista que no había sido puesto a prueba. Sin embargo, los obreros y sus mujeres juzgaban implacablemente “la alimentación social” organizada por la burocracia. La misma conclusión se impone en lo que respecta a las lavanderías socializadas en las que se roba y se estropea la ropa más de lo que se lava. ¡Regreso al hogar! Pero la cocina y el lavado a domicilio, actualmente alabados con cierta confusión por los oradores y los periodistas soviéticos, significan el retorno de las mujeres a las cacerolas y a los lavaderos, es decir, a la vieja esclavitud. Es muy dudoso que la resolución de la Internacional Comunista sobre “la victoria completa y sin retroceso del socialismo en la URSS” sea, después de esto, muy convincente para las amas de casa de los arrabales.

La familia rural, ligada no solamente a la economía doméstica, sino, además, a la agricultura, es infinitamente más conservadora que la familia urbana. Por regla general, sólo las comunas agrícolas poco numerosas establecieron, en un principio, la alimentación colectiva y las casas cuna. Se afirmaba que la colectivización debía producir una transformación radical en la familia: ¿no se estaba en vías de expropiar, junto con sus vacas, los pollos del campesino? En todo caso, no faltaron comunicados sobre la marcha triunfal de la alimentación social en los campos. Pero cuando comenzó el retroceso, la realidad disipó enseguida las brumas del *bluff*. Generalmente, el koljós no proporciona al campesino más que el trigo que necesita y el forraje de sus bestias. La carne, los productos lácteos y las legumbres provienen casi enteramente de la propiedad individual de los miembros de los koljoses. Desde el momento en que los alimentos más importantes son fruto del trabajo familiar, no puede hablarse de alimentación colectiva. Así es que las parcelas pequeñas, al dar una nueva base al hogar, abruman a la mujer bajo un doble fardo.

El número de plazas existentes en las casas cuna en 1932 era de 600.000, y había cerca de cuatro millones de plazas temporales para la época del trabajo en el campo. En 1935 había cerca de 5.600.000 lechos en las casas cuna, pero las plazas permanentes eran, como antes, mucho menos numerosas. Por lo demás, las casas cuna existentes, aun las de Moscú, Leningrado y los grandes centros, están muy lejos de satisfacer las exigencias más modestas. “Las casas cuna en las que los niños se sienten peor que en su hogar, no son más que malos asilos”, dice un gran periódico soviético. Después de esto, es natural que los obreros bien pagos se abstengan de enviar allí a sus hijos. Para la masa de trabajadores, estos “malos asilos” son aún poco numerosos. Recientemente, el Ejecutivo ha decidido que los niños abandonados y los huérfanos serían confiados a particulares; el Estado burocrático reconoce así, por boca de su órgano más autorizado, su incapacidad para desempeñar una de las funciones sociales más importantes. El número de niños recibidos en los jardines ha pasado en cinco años, de 1930 a 1935, de 370.000 a 1.181.000. La cifra de 1930 asombra por su insignificancia. Pero la de 1935 es ínfima en relación con las necesidades de las familias soviéticas. Un estudio más profundo haría ver que la mayor, y en todo caso, la mejor parte de los jardines de infancia está reservada a las familias de los funcionarios, de los técnicos, de los stajanovistas, etc.

No hace mucho tiempo el Ejecutivo ha tenido que admitir, igualmente, que “la decisión de poner un término a la situación de los niños abandonados e insuficientemente vigilados se ha aplicado débilmente”. ¿Qué oculta ese suave lenguaje? Sólo sabemos, ocasionalmente, por las *observaciones* publicadas en los periódicos con minúsculos caracteres, que más de un millar de niños viven en Moscú, aun en su mismo hogar, “en condiciones extremadamente penosas”; que en los orfanatos de la capital existen 1.500 adolescentes que no saben qué hacer y que están destinados al arroyo; que en dos meses del otoño (1935), en Moscú y Leningrado “7.500 padres han sido procesados por haber dejado a sus hijos sin vigilancia”. ¿Qué utilidad tienen estos procesos? ¿Cuántos millares de padres las han evitado? ¿Cuántos niños, colocados en el hogar en las “condiciones más penosas” no han sido registrados por la estadística? ¿En qué difieren las condiciones “más” penosas de las simplemente penosas? Estas preguntas quedan sin respuesta. La infancia abandonada, visible o disimulada, constituye una plaga que alcanza enormes proporciones a consecuencia de la gran crisis social, durante la cual la desintegración de la familia es mucho más rápida que la formación de las nuevas instituciones que la pueden reemplazar.

Las mismas “observaciones” ocasionales de los periódicos, junto con la crónica judicial, informan al lector que la prostitución, última degradación de la mujer en provecho del hombre capaz de pagar, existe en la URSS. El otoño último, *Izvestia* publicó repentinamente que “cerca de mil mujeres que se entregaban en las calles de Moscú al comercio secreto de su carne, acaban de ser detenidas”. Entre ellas: ciento setenta y siete obreras, noventa y dos empleadas, cinco estudiantes, etc. ¿Qué las arrojó a la calle? La insuficiencia de salario, la pobreza, la necesidad de “procurarse un suplemento para comprar zapatos, un traje”. En vano hemos tratado de conocer, aunque fuese aproximadamente, las proporciones de este mal social. La púdica burocracia soviética impone el silencio a la estadística. Pero ese silencio obligado basta para comprobar que la “clase” de prostitutas soviéticas es numerosa. No puede tratarse aquí de una supervivencia del pasado, puesto que las prostitutas se reclutan entre las mujeres jóvenes. Nadie pensará en reprocharle personalmente al régimen soviético esta plaga tan vieja como la civilización. Pero es imperdonable hablar del “triumfo del socialismo” mientras subsista la prostitución. Los periódicos afirman, en la medida en que les está permitido tocar este delicado punto, que la prostitución decrece;

es posible que esto sea cierto en comparación con los años de hambre y de desorganización (1931-1933). Pero el regreso a las relaciones fundadas sobre el dinero provoca inevitablemente un nuevo aumento de la prostitución y de la infancia abandonada. En donde hay privilegios también hay parias.

El gran número de niños abandonados es, indiscutiblemente, la prueba más trágica y más infalible de la penosa situación de la madre. Aun la optimista *Pravda* se ve obligada a publicar amargas confesiones a este respecto: “El nacimiento de un hijo es para muchas mujeres una seria amenaza (...)”. Justamente por eso, el poder revolucionario ha dado a la mujer el derecho al aborto, uno de sus derechos cívicos, políticos y culturales esenciales mientras duren la miseria y la opresión familiar, digan lo que digan los eunucos y las solteronas de uno y otro sexo. Pero este triste derecho es transformado por la desigualdad social en un privilegio. Los informes fragmentarios que proporciona la prensa soviética sobre la práctica de los abortos son asombrosos: “Ciento noventa y cinco mujeres mutiladas por las ‘fabricantes de ángeles’ [comadronas, N de E.]: treinta y tres obreras, veintiocho empleadas, sesenta y cinco campesinas de koljoses, cincuenta y ocho amas de casa, se hallan en un hospital de una aldea del Ural”. Esta región sólo difiere de las otras en que los datos que le conciernen han sido publicados. ¿Cuántas mujeres al año son mutiladas en toda la URSS por los abortos mal hechos?

Después de haber demostrado su incapacidad para proporcionar los socorros médicos necesarios y las instalaciones higiénicas para las mujeres obligadas a recurrir al aborto, el Estado cambia bruscamente y se lanza a la vía de las prohibiciones. Y, como en otros casos, la burocracia hace de la necesidad una virtud. Uno de los miembros de la Corte Suprema soviética, Soltz, especializado en problemas de matrimonio, justifica la próxima prohibición del aborto diciendo que, como la sociedad socialista carece de desocupación, etc., etc., la mujer no puede tener el derecho de rechazar “las alegrías de la maternidad”. Filosofía de cura que dispone, además, del puño del gendarme. Acabamos de leer en el órgano central del partido que el nacimiento de un hijo es, para muchas mujeres –sería justo decir que para la mayor parte–, “una amenaza”. Acabamos de oír que una alta autoridad atestigua que “la decisión de poner término a la situación de la infancia abandonada y descuidada se realiza débilmente”, lo que significa, ciertamente, un aumento de la infancia abandonada; y ahora, un alto magistrado nos anuncia que en el país donde “es dulce vivir”, los abortos deben ser castigados con la prisión, exac-

tamente como en los países capitalistas, en los que es triste vivir. Se adivina de antemano que en la URSS, como en Occidente, serán sobre todo las obreras, las campesinas, las criadas que no pueden ocultar su pecado, las que caerán en manos de los carceleros. En cuanto a “nuestras mujeres”, que piden perfumes de buena calidad y otros artículos de este género, continuarán haciendo lo que les plazca, bajo la mirada de una justicia benévola. “Tenemos necesidad de población”, añade Soltz cerrando los ojos ante los niños abandonados. Si la burocracia no hubiera puesto en sus labios el sello del silencio, millones de trabajadoras podrían responderle: “Haced vosotros mismos a vuestros hijos”. Evidentemente estos señores han olvidado que el socialismo debería eliminar las causas que empujan a la mujer hacia el aborto, en lugar de hacer intervenir indignamente a la policía en la vida íntima de la mujer para imponerle “las alegrías de la maternidad”.

El proyecto de ley sobre el aborto fue sometido a una discusión pública. El filtro de la prensa soviética tuvo que dejar pasar, a pesar de todo, numerosas quejas y protestas ahogadas. La discusión cesó tan bruscamente como había comenzado. El 27 de junio de 1936, el Ejecutivo hizo de un proyecto infame, una ley tres veces infame. Hasta algunos de los apologistas oficiales de la burocracia se incomodaron. Louis Fisher escribió que la nueva ley era, en suma, una deplorable equivocación. En realidad, esta ley dirigida contra la mujer pero que establece para las damas un régimen de excepción, es uno de los frutos legítimos de la reacción termidoriana.

La rehabilitación solemne de la familia, que se llevó a cabo –coincidencia providencial– al mismo tiempo que la del rublo, ha sido una consecuencia de la insuficiencia material y cultural del Estado. En lugar de decir: “aún somos demasiado indigentes y demasiado incultos para establecer relaciones socialistas entre los hombres, pero nuestros hijos lo harán”, los jefes del régimen recogen los trastos rotos de la familia e imponen, bajo la amenaza de los peores rigores, el dogma de la familia, fundamento sagrado del “socialismo triunfante”. Se mide con pena la profundidad de este retroceso.

La nueva legislación arrastra todo y a todos, al literato como al legislador, al juez y a la milicia, al periódico y a la enseñanza. Cuando un joven comunista, honrado y cándido, se permite escribir a su periódico: “Harías mejor en abordar la solución de este problema: ¿cómo puede la mujer evadirse de las tenazas de la familia?”, recibe un par de desaires y calla. El alfabeto del comunismo es considerado como una exageración de izquierda. Los prejuicios

duros y estúpidos de las clases medias incultas renacen entre nosotros con el nombre de “moral nueva”. ¿Y qué sucede en la vida cotidiana de los rincones perdidos del inmenso país? La prensa sólo refleja en proporción ínfima la profundidad de la reacción termidoriana en el dominio de la familia.

Como la noble pasión de los predicadores crece en intensidad al mismo tiempo que aumentan los vicios, el noveno mandamiento ha alcanzado gran popularidad entre las capas dirigentes. Los moralistas soviéticos no tienen más que renovar ligeramente la fraseología. Se inicia una campaña en contra de los divorcios, demasiado fáciles y demasiado frecuentes. El pensamiento creador del legislador anuncia ya una medida “socialista”, que consiste en cobrar el registro del divorcio y en aumentar la tarifa en caso de repetición. De manera que no nos equivocamos al afirmar que la familia renace, al mismo tiempo que se consolida nuevamente el “papel educador” del rublo. Hay que esperar que la tarifa no será un obstáculo para las clases dirigentes. Las personas que disponen de buenos apartamentos, de automóviles y de otros elementos de confort, arreglan siempre sus asuntos privados sin publicidad superflua. La prostitución sólo tiene un sello infamante y penoso en los bajos fondos de la sociedad soviética; en la cumbre de esta sociedad, en donde el poder se une a la comodidad, reviste la forma elegante de menudos servicios recíprocos y aun el aspecto de la “familia socialista”. Sosnovski ya nos ha dado a conocer la importancia del factor “automóvil-harén” en la degeneración de los dirigentes.

Los “amigos” líricos y académicos de la URSS tienen ojos para no ver. La legislación del matrimonio instituida por la Revolución de Octubre, que en su tiempo fue objeto de legítimo orgullo para ella, se ha transformado y desfigurado por amplios empréstitos tomados del tesoro legislativo de los países burgueses. Y, como si se tratara de unir la burla a la traición, los mismos argumentos que antes sirvieron para defender la libertad incondicional del divorcio y del aborto –“la emancipación de la mujer”, “la defensa de los derechos de la persona”, “la protección de la maternidad”–, se repiten actualmente para limitar o prohibir uno y otro.

El retroceso reviste formas de una hipocresía desalentadora, y va mucho más lejos de lo que exige la dura necesidad económica. A las razones objetivas de regreso a las normas burguesas, tales como el pago de pensiones alimenticias al hijo, se agrega el interés social de los medios dirigentes por enraizar el derecho burgués.

El motivo más imperioso del culto actual de la familia es, sin duda alguna, la necesidad que tiene la burocracia de una jerarquía estable de las relaciones sociales, y de una juventud disciplinada por cuarenta millones de hogares que sirven de apoyo a la autoridad y al poder.

Cuando se esperaba confiar al Estado la educación de las jóvenes generaciones, el poder, lejos de preocuparse por sostener la autoridad de los mayores, del padre y de la madre especialmente, trató, por el contrario, de separar a los hijos de la familia, para inmunizarlos contra las viejas costumbres. Todavía recientemente, durante el primer período quinquenal, la escuela y las juventudes comunistas solicitaban ampliamente la ayuda de los niños para desenmascarar al padre ebrio o a la madre creyente, para avergonzarlos, para tratar de “reeducarlos”. Otra cosa es el éxito alcanzado... De todas maneras, este método minaba las bases mismas de la autoridad familiar. En este dominio se realizó una transformación radical que no estuvo desprovista de importancia. El quinto mandamiento se ha vuelto a poner en vigor al mismo tiempo que el noveno, es cierto que sin invocación de la autoridad divina, por el momento; pero la escuela francesa tampoco emplea este atributo, lo cual no le impide inculcar la rutina y el conservadurismo.

El respeto a la autoridad de los mayores ya ha provocado, por lo demás, un cambio de política hacia la religión. La negación de Dios, de sus milagros y de sus ayudantes, era el elemento de división más grave que el poder revolucionario hacía intervenir entre padres e hijos. Sobrepasando el progreso de la cultura, de la propaganda seria y de la educación científica, la lucha contra la Iglesia, dirigida por hombres de tipo Yaroslavski, degeneraba frecuentemente en bufonadas y vejaciones. El asalto a los cielos ha cesado como el asalto a la familia. Cuidadosa de su buena reputación, la burocracia ha pedido a los jóvenes ateos que depongan las armas y se dediquen a leer. Esto no es más que un comienzo. Un régimen de neutralidad irónico se establece poco a poco respecto de la religión. Primera etapa. No sería difícil predecir la segunda y la tercera si el curso de los acontecimientos no dependiera más que de las autoridades establecidas.

Los antagonismos sociales elevan la hipocresía de las opiniones dominantes, siempre y en todas partes, al cubo o al cuadrado; ésta es, poco más o menos, la ley del desarrollo de las ideas traducida a lenguaje matemático. El socialismo, si merece este nombre, significa relaciones desinteresadas entre los hombres, una amistad sin envidia ni intriga, el amor sin cálculos

envilecedores. La doctrina oficial declara que estas normas ideales ya se han realizado, con tanta más autoridad cuanto más enérgicas son las protestas de la realidad en contra de semejantes afirmaciones. El nuevo programa de las juventudes comunistas soviéticas, adoptado en abril de 1936, dice: “Una nueva familia, de cuyo florecimiento se encarga el Estado soviético, se ha creado sobre el terreno de la igualdad real del hombre y de la mujer”. Un comentario oficial añade: “Nuestra juventud sólo busca al compañero o a la compañera por el amor. El matrimonio burgués de intereses no existe en nuestra nueva generación” (*Pravda*, 4 de abril de 1936). Esto es bastante cierto cuando se trata de obreros y obreras jóvenes. Pero el matrimonio por interés está muy poco extendido entre los obreros de los países capitalistas. Sucede todo lo contrario en las capas medias y superiores de la sociedad soviética. Los nuevos grupos sociales se subordinan automáticamente al dominio de las relaciones personales. Los vicios engendrados por el poder y por el dinero alrededor de las relaciones sexuales, florecen en la burocracia soviética como si ésta tuviera el propósito de alcanzar a la burguesía de Occidente.

En contradicción absoluta con la afirmación de *Pravda* que acabamos de citar, “el matrimonio soviético por interés” ha resucitado, la prensa soviética conviene en ello, sea por exceso de franqueza, sea por necesidad. La profesión, el salario, el empleo, el número de galones en la manga, adquieren un significado creciente, pues los problemas de calzado, de pieles, de alojamiento, de baños y –sueño supremo– de automóvil, se unen a él. La simple lucha por una habitación une y desune en Moscú a no pocas parejas por año. El problema de los padres ha alcanzado una importancia excepcional. Es conveniente tener como suegro a un oficial o a un comunista influyente, y, como suegra, a la hermana de un gran personaje. ¿Quién se asombrará? ¿Puede ser de otro modo?

La desunión y la destrucción de las familias soviéticas en las que el marido, miembro del partido, miembro activo del sindicato, oficial o administrador, se ha desarrollado y ha adquirido nuevos gustos, mientras que la mujer, oprimida por la familia, ha permanecido en su antiguo nivel, forma uno de los capítulos más dramáticos del libro de la sociedad soviética. El camino de dos generaciones de la burocracia soviética está señalado por las tragedias de las mujeres atrasadas y abandonadas. El mismo hecho se observa actualmente en la joven generación. Se encontrará, sin duda, más grosería y crueldad en

las esferas superiores de la burocracia, en las que los advenedizos poco cultivados, que creen que se les debe todo, forman un porcentaje elevado. Los archivos y las memorias revelarán un día verdaderos crímenes, cometidos contra las antiguas esposas y las mujeres en general por los predicadores de la moral familiar y de las “alegrías” obligatorias de la “maternidad”, inviolables ante la justicia.

No, la mujer soviética aún no es libre. La igualdad completa presenta también muchas más ventajas para las mujeres de las capas superiores, que viven del trabajo burocrático, técnico, pedagógico, intelectual en general, que para las obreras y, especialmente, que para las campesinas. Mientras la sociedad no esté capacitada para asumir las cargas materiales de la familia, la madre no puede desempeñar con éxito una función social si no dispone de una esclava blanca, nodriza, cocinera, etc. De las cuarenta millones de familias que forman la población de la URSS, 5%, puede ser que 10%, fundan directa o indirectamente su bienestar sobre el trabajo de esclavas domésticas. El número exacto de criadas en la URSS sería tan útil para apreciar, desde un punto de vista socialista, la situación de la mujer, como toda la legislación soviética, por progresista que ésta sea. Pero, justamente por eso, la estadística oculta a las criadas en la rúbrica de obreras o “diversos”.

La condición de la madre de familia, comunista respetada que tiene una sirvienta, un teléfono para hacer sus pedidos a los almacenes, un automóvil para transportarse, etc., es poco similar a la de la obrera que recorre las tiendas, hace las comidas, lleva a sus hijos del jardín de infancia a la casa – cuando hay para ella un jardín de infancia–. Ninguna etiqueta socialista puede ocultar este contraste social, no menos grande que el que distingue en todo país de Occidente a la dama burguesa de la mujer proletaria.

La verdadera familia socialista, liberada por la sociedad de las pesadas y humillantes cargas cotidianas, no tendrá necesidad de ninguna reglamentación, y la simple idea de las leyes sobre el divorcio y el aborto no le parecerá mejor que el recuerdo de las zonas de tolerancia o de los sacrificios humanos. La legislación de Octubre había dado un paso atrevido hacia ella. El estado atrasado del país, desde los puntos de vista económico y cultural, ha provocado una cruel reacción. La legislación termidoriana retrocede hacia los modelos burgueses, no sin cubrir su retirada con frases engañosas sobre la santidad de la “nueva” familia. La inconsistencia socialista se disimula aquí también bajo una respetabilidad hipócrita.

A los observadores sinceros les llama la atención, sobre todo en lo que se refiere a los niños, la contradicción entre los principios elevados y la triste realidad. Un hecho como el de recurrir a extremados rigores penales contra los niños abandonados, puede sugerir que el pensamiento de la legislación socialista en favor de la mujer y del niño no es más que una hipocresía. Los observadores del género opuesto se sienten seducidos por la amplitud y la generosidad del proyecto, que ha tomado forma de leyes y de órganos administrativos; ante las madres, las prostitutas y los niños abandonados a la miseria, estos optimistas se dicen que el aumento de las riquezas materiales dará, poco a poco, sangre y carne a las leyes socialistas. No es fácil decir cuál de estas dos maneras de pensar es más falsa y perjudicial. Hay que estar atacado de ceguera histórica para no ver la envergadura y la audacia del proyecto social, la importancia de las primeras fases de su realización, y las vastas posibilidades abiertas. Pero tampoco es posible dejar de indignarse por el optimismo pasivo y, en realidad, indiferente, de los que cierran los ojos ante el aumento de las contradicciones sociales, y se consuelan con las perspectivas de un porvenir cuyas llaves se proponen respetuosamente dejar a la burocracia. ¡Como si la igualdad del hombre y de la mujer no se hubiera transformado, a los ojos de la burocracia, en la igualdad de la carencia de todo derecho! ¡Como si estuviera escrito que la burocracia no puede establecer un nuevo yugo, en lugar de aportar libertad!

La historia nos enseña muchas cosas sobre la esclavización de la mujer por el hombre, sobre la de ambos por el explotador, y sobre los esfuerzos de los trabajadores que, tratando de sacudir el yugo al precio de su sangre, en realidad no logran más que cambiar de cadenas. La historia, en definitiva, no nos dice otra cosa. Pero nos faltan ejemplos positivos sobre la manera de liberar efectivamente al niño, a la mujer y al hombre. Toda la experiencia del pasado es negativa, e inspira desconfianza a los trabajadores hacia los tutores privilegiados e incontrolados.

MUJERES TRABAJADORAS Y MARXISMO*

Carmen Carrasco - Mercedes Petit

Capítulo 1

El capitalismo, la familia y la opresión de la mujer

El capitalismo y sus “políticas básicas”

El documento de Waters, aprobado por el SU, parte de una definición totalmente errónea de los objetivos del capitalismo y de sus tendencias respecto de la familia y la opresión de la mujer. Allí se afirma que “las necesidades sociales y económicas del capitalismo” le imponen a éste, como “política básica”, el mantenimiento del sistema familiar, que es su “núcleo básico” y que la opresión de la mujer es “indispensable para su mantenimiento”.¹ Este enfoque es decisivo para toda la concepción de MAW [Mary Alice Waters] respecto de los problemas de las mujeres.

Para nosotros ocurre todo lo contrario. La “política básica” de la sociedad capitalista, “dictada por sus necesidades económicas”, es la de extraer la mayor cantidad posible de ganancias, explotando y superexplotando a los trabajadores, sean éstos hombres, mujeres o niños, e incluso a pueblos enteros. Este afán supedita absolutamente todas sus actividades e instituciones, y, para lograr esas ganancias, revoluciona todas las relaciones sociales con las que se encuentra a su paso.

En sus comienzos, la producción capitalista entró arrasando sistemas arcaicos de producción, desmontando el viejo sistema social, instaurando re-

* Trabajo elaborado en 1979, bajo la dirección de Nahuel Moreno, durante la polémica con Mary Alice Waters y el SWP de EE.UU.

¹ Waters, Mary Alice, “La Revolución Socialista y la Lucha por la Liberación de la Mujer”, Colección *Polémica Internacional*, PST©, Bogotá, 1979. Todas las citas que hagan referencia a este documento son tomadas de la misma publicación.

públicas en lugar de reyes y monarquías, destruyendo los dominios feudales, enfrentándose con la Iglesia católica para quebrar su poder. Al mismo tiempo, fue formando y consolidando algunas instituciones, éstas sí indispensables para imponer y mantener el dominio capitalista, como el estado nacional y su aparato, y el ejército. A través de un colosal desarrollo de las fuerzas productivas inauguró la era de la producción industrial masiva, destruyó el régimen de los gremios y de los productores independientes, y los sustituyó por la centralización, por el desarrollo de la ciencia y la técnica y por la producción para el mercado mundial. A la vez, el régimen capitalista –al estar basado en la más amplia producción social y la apropiación individual de los medios de producción– puso en marcha la creciente anarquía de la producción y del intercambio, sentando las bases de las crisis periódicas, y reforzó algunos de los viejos sistemas de producción.

El régimen capitalista es, desde su nacimiento, profundamente contradictorio. Revolucionario, en la medida en que arrasa con los viejos sistemas de producción y abre las puertas para la emancipación de toda la humanidad con la producción industrial masiva; reaccionario, en la medida en que coloca esos colosales avances al servicio de una minoría explotadora y contra la amplia mayoría de los trabajadores, hasta el punto de ir contra ese desarrollo de las fuerzas productivas que impuso. Sus contradicciones son las que le impiden llevar hasta las últimas consecuencias sus tendencias progresivas, revolucionarias. Esto es particularmente cierto en el terreno económico. Por ejemplo, es imposible que adelante en un ciento por ciento su tendencia a la centralización de la producción o el control y ordenamiento del mercado, ya que para hacerlo debería suprimir a todos los empresarios individuales. De ahí que, al mismo tiempo que destruye las viejas relaciones sociales y de producción, convive con algunas de ellas e incluso las refuerza, tratando siempre de sacar el máximo de ganancia posible. Por ejemplo, mantiene la propiedad privada de la tierra cuando lo más útil sería nacionalizarla y ahorrarse de este modo la renta que sacan los terratenientes parasitarios e improductivos. Sin embargo, es imposible que la burguesía tome esta medida, porque, por un lado, está atada por mil lazos con esos terratenientes y, por el otro, que alguien arrase con la propiedad de la tierra podría alentar a los obreros a hacer lo mismo con la propiedad de las fábricas. Un sector burgués naciente utilizó la esclavitud para sentar las bases del capitalismo en el sur de los Estados Unidos. También se dan grandes contradicciones

en el terreno de las superestructuras, como el mantenimiento de las monarquías o la supervivencia de la Iglesia católica, y otras.

Desde el punto de vista de su producción económica, entonces, el sistema capitalista no hace cuestión de principios en la destrucción de viejos sistemas, relaciones, costumbres, o en su refuerzo y utilización cuando por alguna razón está obligado a mantenerlos o le conviene hacerlo. Estas contradicciones dan lugar a diferencias e incluso choques entre los distintos sectores burgueses y sirven, en algunos momentos, de válvula de escape para la supervivencia de todo el sistema.

Veamos cómo se refleja esta característica del capitalismo en las cuestiones de la familia y de la opresión de la mujer. Ni una ni otra nacieron con el capitalismo, sino que éste las heredó de los regímenes anteriores.

El surgimiento del capitalismo significó, por definición, la condena a muerte del sistema familiar de los artesanos y campesinos medievales y la incorporación de la mujer a la producción. Estos son hechos históricos y económicos innegables, aun cuando el propio capitalismo los combine contradictoriamente con sus opuestos: mantener de alguna manera el sistema familiar y retirar a las mujeres de la producción. Y son innegables, aun cuando se vuelvan mucho más complejos, si analizamos las normas jurídicas y las costumbres e ideologías que los acompañan.

Pero queremos referirnos fundamentalmente al proceso objetivo de la producción, que en última instancia es el determinante. En este terreno, los hechos son categóricos: el capitalismo, al imponer la producción industrial masiva, destruye el viejo sistema familiar e incorpora a las mujeres a la producción, sentando así las bases para su independencia económica y, por ende, para la eliminación de su opresión.

Como decía Lenin, “en la fábrica ajena, la mujer queda equiparada al hombre; es la igualdad del proletario”²

Dos tendencias contradictorias

La opresión de la mujer y la existencia de la familia son hechos históricos que se han ido transformando a lo largo del tiempo, han cumplido distintas funciones, y sus características han variado entre las distintas clases

² Lenin, V. I., *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, Capítulo VII, “El desarrollo de la gran industria” (Un extracto se puede ver en http://www.marxists.org/archive/lenin/works/subject/women/abstract/99_dcr7.htm).

sociales. El desarrollo pleno de la familia en su forma patriarcal y como unidad productiva, cuyos rezagos conocemos hoy, se dio durante el feudalismo. La producción campesina se basaba en el trabajo de la parcela por parte de todos los miembros de la familia. En la ciudad, artesanos y comerciantes tenían también familias sólidas y organizadas. Algo parecido ocurría entre los señores feudales, pero incorporando la hipocresía reconocida de las esposas y las amantes.

Para prosperar, el nuevo sistema económico capitalista que se gestaba dentro de la vieja sociedad debía disponer de hombres libres de los lazos individuales con la producción. Para imponer las jornadas de 18 y 20 horas del capitalismo naciente, en las peores condiciones y por salarios de hambre, era necesario que esos hombres no tuvieran manera distinta de subsistir.

Había que sacar al campesino de su tierra, destruir los lazos serviles que lo unían al señor feudal y le impedían disponer de su persona, había que sacar al artesano de la corporación, liberarlo de los códigos y normas de su gremio. Esto implicaba la destrucción de la unidad familiar, al quitarle sus formas de subsistencia, y la incorporación de hombres, mujeres y niños a la producción. La gran industria “entra destruyendo todo vínculo de familia para el proletariado”.³

Teóricamente, desde el punto de vista de su economía, no existe ninguna traba para que el capitalismo incorpore a todas las mujeres a la producción y socialice todos los trabajos domésticos. Veamos un ejemplo hipotético. Si en una fábrica determinada un patrón explotara a cincuenta obreros y extrajera como plusvalía mensual 1000 dólares, le convendría contratar 50 obreras más y, suponiendo que les pagara lo mismo que a los hombres y que todo se mantuviera igual, extraería de ellas otros 1000 dólares más al mes. Ya no tendría 1000 sino 2000 dólares de plusvalía. Con este excedente, fácilmente podría hacer guarderías, comedores, lavanderías colectivas para que todas las mujeres pudieran trabajar. Y si produce masivamente podrían resultarle más económicas que el costo que tendrían en el hogar, e incluso podría encontrar una nueva rama de ganancia al explotar también a los obreros que trabajaran en la nueva industria de servicios.

³ “El empleo de la mujer disuelve la familia por necesidad, y esta disolución, en nuestra sociedad, que se basa en la familia, trae las consecuencias más desmoralizantes para los padres y los hijos” (Engels, Federico, *The conditions of the working class in England*. http://www.marxists.org/archive/marx/works/download/Engles_Condition_of_the_Working_Class_in_England.pdf)

Supongamos que de esos 2000 dólares gastara 500 para los servicios. Le quedarían 1500 con los que no contaba antes, y es posible que con la explotación de los nuevos obreros agregara 200 dólares más, obteniendo así 1700. A todo esto hay que agregar que a las mujeres se les paga un salario menor que a los hombres, lo cual también se suma a la ganancia.

Que esto no ocurra en forma generalizada, que el capitalismo no lleve hasta sus últimas consecuencias su tendencia a incorporar a las mujeres en la producción, llenando el mundo de comedores y guarderías colectivas, se debe también a razones de tipo económico: porque le resulta imprescindible mantener un ejército industrial de reserva, del cual son parte importante las mujeres; por las limitaciones que sus contradicciones le imponen al desarrollo de las fuerzas productivas; porque el desarrollo técnico que el capitalismo impone, reduce la fuerza humana necesaria para producir lo que quiere; y porque sería una presión muy fuerte hacia el alza de salarios. Hay períodos de desocupación, y durante ellos los capitalistas aprovechan para despedir primero a las mujeres; para disimular el problema recurren a enviarlas nuevamente a sus casas, e incluso, al aprovecharlas en las tareas domésticas, pueden recortar gastos sociales.

En un primer momento, a principios y mediados del siglo XIX, el trabajo de las mujeres y los niños fue particularmente intenso, ya que los capitalistas aprovechaban el hecho de que podían darles salarios más bajos. Federico Engels describe: “De 419.590 obreros del Imperio Británico en 1839, 192.887, o casi la mitad, tenían menos de 18 años, y 242.296 eran mujeres, de las cuales 112.192 de menos de 18 años. Quedan, entonces, 80.695 hombres de menos de 18 años y 96.599 hombres adultos, o menos de un cuarto del total.”⁴ Las mujeres eran un porcentaje especialmente alto en la industria textil.

Vemos, entonces, que el capitalismo “no solamente permite el trabajo de la mujer en vasta escala, sino que hasta lo exige”.⁵ Quizás, si hubiera explotado solamente a los hombres adultos, no habría logrado en tan poco

⁴ Engels, Federico, *The conditions of the working class in England*.

⁵ “Por oposición al periodo manufacturero, el plan de la división del trabajo se basa ahora en el empleo del trabajo de la mujer, del trabajo de los niños de todas las edades, de obreros no calificados, siempre y cuando ello sea factible, en una palabra, de trabajo barato, ‘cheap labour’, como con frase característica lo llaman los ingleses”. Marx, Carlos, *El Capital*, Tomo I, Capítulo XIII, “Maquinaria y gran industria”, Fondo de Cultura Económica, México, 1964, pág. 415.

tiempo la tremenda acumulación producida en ese período. Tan catastrófica fue para la familia la primera época del capitalismo, que Trotsky, refiriéndose a la destrucción de las familias que produjo la Primera Guerra Mundial, decía que “la guerra ha destruido lo que se mantenía sólo por la inercia de la historia”.⁶

El capitalismo, entonces, abre las puertas de la producción fabril a las mujeres, como lo hace con todo lo que sea capaz de entregar plusvalía. Al mismo tiempo, se aprovecha de su opresión para darles salarios más bajos que a los hombres, para utilizarlas en los peores puestos, para despedirlas con mayor facilidad que a aquéllos, y para “echarles el fardo” del trabajo doméstico.

Destruye la familia para la mayoría, pero a veces tiene que fortalecerla; introduce a la mujer en la producción, pero a veces tiene que sacarla. También permite la subsistencia relativa de la familia de una minoría, y mantiene su defensa ideológica. Por ejemplo, durante su primer período reforzó la familia para la burguesía, pues le presentaba ciertas ventajas, la primera de las cuales era garantizar la transmisión de las propiedades. El protestantismo, religión típicamente burguesa, imponía severas normas morales para protegerla, y la llamaba a ahorrar y hacer fortuna. A pesar de que se trataba de una moral distinta y progresiva frente a la del Medioevo, pues consagraba el “libre albedrío” o la libertad de casarse, mantenía esa libertad dentro de los límites de la conveniencia económica, y, por supuesto, se asentaba en una serie de prejuicios opresivos frente a la mujer. Y como parte de esa misma realidad existían la prostitución, la poligamia de los hombres y el adulterio, escondido y brutalmente castigado para las mujeres.

Las familias de la capa media (de comerciantes, de empleados independientes que progresaban en las ciudades, del campesino medio y rico, del usurero, del profesional), al tener cierta estabilidad económica, no estaban forzadas a desintegrarse; no era necesario que todos sus miembros trabajasen en una fábrica. Por lo tanto, los vínculos familiares se mantuvieron e in-

⁶ “La influencia profundamente destructiva de la guerra sobre la familia es muy conocida. Para comenzar, la guerra disuelve automáticamente la familia, separando a las personas por mucho tiempo o uniéndolas accidentalmente. Esa influencia de la guerra se agravó con la revolución. Los años de guerra destruyeron todo aquello que se mantenía sólo por la inercia de la historia. Destruyeron el poder del zarismo, los privilegios de clase, la vieja familia tradicional. La revolución comenzó por construir el nuevo Estado y logro así su propósito más simple y urgente”. Trotsky, León, “De la vieja a la nueva familia”, *Pravda*, julio 13 de 1923.

cluso se fortalecieron en la medida en que esos sectores sociales progresaban económicamente.

A medida que en los países adelantados se fue racionalizando la producción capitalista y que, como consecuencia de heroicas luchas, el proletariado fue ganando la reducción de la jornada de trabajo, la reglamentación del trabajo de las mujeres y de los niños y las leyes sociales, se fue dando un proceso de “regularización”, de normalización de la vida familiar de sectores de trabajadores. Con el surgimiento del imperialismo, la explotación de los pueblos coloniales le permitió a la burguesía de los países adelantados ir formando una pequeño-burguesía más o menos estable y privilegiada y una capa de obreros privilegiados que, a medida que elevaban su nivel de vida, estabilizaban su familia.

Pero esto se dio a costa de una explotación brutal en los países atrasados. El capitalismo entró rompiendo los viejos sistemas de producción y los fue reemplazando por una tímida explotación capitalista que no permitía ocupar y dar bienestar a todos los que eran desplazados de los atrasados sistemas de producción tradicionales. Por lo tanto, produjo una miseria dolorosa, desocupación crónica y estructural, sobreexplotación, analfabetismo, niveles alarmantes de prostitución. Este proceso continúa hoy día en mayor o menor medida, y trae como consecuencia la destrucción violenta de la familia campesina y obrera de los países atrasados.

En los países adelantados, la Primera Guerra Mundial produjo increíbles padecimientos a los trabajadores y un nuevo golpe a sus familias. Luego vino el triunfo de la Revolución Rusa, la derrota de la revolución alemana y, prácticamente hasta el fin de la Segunda Guerra Mundial, la sociedad de los países avanzados vivió un prolongado período de crisis y enfrentamientos bélicos, que fue dejando su huella en la creciente destrucción de las familias y la ubicación de las mujeres en la sociedad. Una vez concluida la Segunda Guerra Mundial, durante la cual las mujeres se incorporaron masivamente a la producción mientras los hombres iban al frente a pelear, éstos volvieron a sus primitivos puestos en las industrias y desplazaron a las mujeres.

El inicio del prolongado *boom* económico de posguerra proporcionó una creciente estabilidad en los ingresos, un aumento en el nivel de vida de importantes sectores de trabajadores y en la clase media, lo que fue acompañado de una relativa estabilización de la vida familiar. No obstante, las necesidades de la producción hicieron que también en esa etapa millones

de mujeres fueran reintroducidas en el trabajo fabril, aunque con la recesión de la década de 1970, la burguesía haya tendido nuevamente a recortar el empleo femenino. De todos modos, en todo el período las mujeres han ocupado los puestos de menor jerarquía y especialización.

Entonces, en el sistema capitalista imperialista vemos que la familia y la ubicación de las mujeres en la producción se zarandean al compás de las necesidades y posibilidades de los capitalistas, aprovechando siempre el hecho de que son oprimidas. Este proceso está siempre acompañado, de manera compleja, con toda una superestructura legal que consagra la pareja, la desigualdad de la mujer, la ilegitimidad de los hijos por fuera del matrimonio, aunque con profundas diferencias de país en país. Todos conocemos las campañas que se lanzan a través de la radio, la televisión, la prensa, las novelas y que propagan el ideal de familia formada por la pareja feliz de esposos que nunca se engañan –o que, si alguna vez caen en eso, regresan arrepentidos–, que trabajan duro para mantener y educar a los hijos, que siempre progresan hasta que se vuelven bondadosos abuelos rodeados de nietecitos. También hemos visto, según las distintas coyunturas económicas, los llamados a las mujeres para incorporarse a la producción o para regresar a sus casas.

Es evidente que en este terreno de la familia y la ubicación de las mujeres existen diferencias profundas de opinión entre los distintos sectores de la burguesía, que no son otra cosa que un reflejo de las contradicciones que tienen entre sí. Hay sectores burgueses aferrados a la concepción de que el papel de la mujer está en la casa, otros que tienden a defender su trabajo independiente, otros que son voceros de las posiciones de la Iglesia. Inevitablemente, toda esta propaganda, esta legislación y las distintas políticas burguesas se combinan de manera compleja con la situación económica y con la producción, pero el resultado es que sólo unos pocos privilegiados pueden mantener, si quieren, una vida familiar estable, a costa de la explotación más brutal y de la destrucción de la familia de los pueblos de los países atrasados y de los millones de obreros que son explotados en todo el mundo.

///

La destrucción de la familia y la incorporación de la mujer a la producción es un proceso doloroso

Nosotros afirmamos, categóricamente, que con el surgimiento del capitalismo se inicia un proceso, provocado por las nuevas relaciones de producción, de crisis y de destrucción irreversible de la familia, que ese proceso se agudiza con el surgimiento del imperialismo y que, en la actualidad, esa destrucción de la familia es un hecho trágico, ya que ésta no ha sido reemplazada por nada superior ni tan siquiera igual, con lo cual su destrucción es fuente de sufrimientos para toda la humanidad, en particular para los trabajadores. Las grandes cantidades de hombres y mujeres solos, de divorcios, la subsistencia de la prostitución, la mayor parte de los terribles problemas individuales del “mundo moderno”, están íntimamente relacionados con esta situación.

Waters sostiene lo contrario: para ella hay una campaña lineal y sistemática en favor de la familia y de la sujeción de la mujer, y la familia no sólo subsiste sino que es fuente de innumerables desgracias. De esta absoluta ceguera se desprenden todo tipo de errores en la caracterización y en la política.

Sin embargo, es tan evidente esta crisis de la familia en todo el mundo, que su descripción se filtra en el texto de Waters, aunque no saque de ello ninguna conclusión. Ella misma dice que el estado de cosas actual que comúnmente se denomina “crisis de la familia”, se “refleja en las tasas disparatadas de divorcios, el aumento del número de niños que se escapan y la extensión de la violencia doméstica”. E incluso señala el aspecto económico: “El lazo económico que anteriormente mantenía unida a la familia... comienza a disolverse”, “las funciones de la unidad familiar en la sociedad capitalista avanzada se han reducido continuamente”.

En un solo párrafo logra sintetizar muy bien toda la contradicción trágica que enfrentan los despojos familiares que subsisten: “En la sociedad de clases la familia se vuelve el único lugar a que la mayoría de las personas se pueden volver para satisfacer algunas necesidades humanas básicas, como amor y compañía. A pesar de lo pobremente que pueda la familia llenar estas necesidades, para muchos no hay ninguna alternativa real mientras exista la propiedad privada. La desintegración de la familia bajo el capitalismo arrastra tanto dolor y sufrimiento precisamente porque todavía no puede

aparecer ningún contexto superior de relaciones humanas”. Este párrafo no sólo es totalmente cierto, sino que de él se desprende toda una política, toda una actitud, que no puede ser otra que la de defender la familia obrera y campesina, luchar por proporcionarle mejores condiciones de vida ante la destrucción que le imponen el capitalismo y el imperialismo, sin darle nada a cambio. Pero para Waters es sólo una mención al pasar, y sigue adelante con su ceguera.

A renglón seguido define el sistema familiar disolviendo esa realidad compleja y contradictoria en una serie de normas que pueden ser en su mayor parte correctas en sentido general, pero que no tienen nada que ver con la vida cotidiana. El “sistema familiar” se define porque “transmite” la posesión de los bienes de una generación a otra, porque es “el mecanismo más barato... para la reproducción de la fuerza humana de trabajo”, porque “implica la subyugación y la dependencia económica de la mujer”, “reproduce en su interior las relaciones jerárquicas y autoritarias”, “distorsiona las relaciones humanas imponiéndoles el marco de la obligación económica, la dependencia personal y la represión sexual”. Este esquema irreal se puede aplicar a todas las familias o a ninguna. Por ejemplo, el obrero, los asalariados, que son la amplia mayoría de la humanidad, no tienen bienes que transmitir, aunque tengan familia; los burgueses transmiten bienes a los hijos aun cuando destruyan por completo su vida familiar.

Las generalidades de Waters sobre la familia, que ya son descabelladas si se las enfrenta con la crisis de la familia de los países adelantados, llegan al absurdo respecto de la situación en los países atrasados. Waters hace una descripción fantástica de la emigración de las mujeres campesinas a las ciudades donde, con las puertas abiertas, las esperarían las fábricas y las escuelas, que no tiene nada que ver con los pavorosos problemas que acarrea en los países atrasados la crisis de los campos y el crecimiento abrupto y descontrolado de los centros urbanos.

Las mujeres que van del campo a la ciudad no lo hacen para liberarse, para romper conscientemente con su dependencia económica incorporándose a la producción ni para escapar de la opresión de sus familias o sus maridos, sino para huir de una espantosa miseria. Una vez en la ciudad, muchas de ellas se deben emplear como sirvientas, o hacerse vendedoras ambulantes o prostitutas. Peor la pasan quienes llegan solas, sin el mínimo apoyo de un marido o compañero (aunque sea machista), o de algunos miembros de su

familia. Estamos seguros de que no hay mujer campesina emigrada a la ciudad que piense, como dice Waters, que ésta le resquebraja su “subordinación milenaria” ni que así escapa a la “presión mental” de la familia rural. Sabemos muy bien que muchas mujeres que están trabajando en las ciudades no ven a éstas como la tabla de salvación contra su opresión, sino como una fuente mayor de sufrimiento, y añoran –aunque Waters ni se lo imagine– la comunidad familiar campesina, pese a su miseria.

También respecto de la incorporación de la mujer en la producción hace un esquema parcial e inservible, contraponiendo trabajo fuera del hogar versus familia, y haciendo un absoluto de bondad el primero y un absoluto de maldad la segunda. Todos conocemos infinidad de mujeres que salen a trabajar fuera del hogar pensando que es una desgracia tener que hacerlo, ya que además de trabajar ocho horas en una fábrica u oficina, o en una casa de familia, deben regresar a la suya y hacer todo el trabajo doméstico, sin tener, tampoco, cómo cuidar a los niños durante el día. Nosotros sabemos que hay muchas mujeres que se alegrarán el día que sus maridos tengan un salario más alto y ellas no tengan que salir a trabajar, por lo menos en esas condiciones. Esto no es un invento nuestro. Lenin señalaba que: “la incorporación de mujeres y adolescentes a la producción es un fenómeno progresivo en su esencia”, pero, “indudablemente, la fábrica capitalista colocó esta categoría de la población obrera en una situación particularmente penosa”⁷

El carácter de las tareas de la liberación femenina

Para hacer un documento político serio sobre el trabajo entre las mujeres, es imprescindible definir el carácter de las tareas de la liberación femenina. El documento de la camarada Waters depara la rara sorpresa de no definir

■■■■

⁷ “La gran industria mecanizada, concentrando masas de obreros que a menudo acuden de distintos extremos del país, no admite ya en absoluto los restos de relaciones patriarcales y de la dependencia personal, diferenciándose por una verdadera actitud despectiva hacia el pasado. Y precisamente esta ruptura con las tradiciones caducas fue una de las condiciones sustanciales que crearon la posibilidad y originaron la necesidad de regular la producción y de someterla al control social. En particular, hablando de la transformación de las condiciones de vida de la población por la fábrica, es preciso advertir que la incorporación de mujeres y adolescentes a la producción es un fenómeno progresivo en su base. Indudablemente, la fábrica capitalista pone a estas categorías de la población obrera en una situación particularmente difícil”. Lenin, V. I., *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, Cap. VII: “Desarrollo de la Gran Industria Mecanizada”.

en ningún lado con claridad de qué tipo de tareas se trata. Pero, por lo que dice y por lo que no dice, Waters considera lo fundamental de las tareas de las mujeres para su liberación como transicional, es decir, como anticapitalista-socialista. Ya vimos cómo considera la opresión como “rasgo esencial”, “indispensable” para el capitalismo. También dice que las demandas de las mujeres “golpean los pilares de la sociedad de clases”. Si una demanda por sí sola hace eso, entonces es de transición al socialismo.

Nosotros sostenemos algo completamente distinto: las tareas de la liberación de las mujeres como tales son democrático-burguesas, históricamente se plantean con el comienzo del capitalismo y pertenecen a las mujeres de todas las clases.

Así era como ubicaba Lenin este problema: refiriéndose a la religión, a la opresión de las nacionalidades y a la “inferioridad jurídica de la mujer” decía que: “todos ellos son problemas de la revolución democrático-burguesa”, “todo esto es contenido de la revolución democrático-burguesa”⁸.

El capitalismo surge introduciendo masivamente a las mujeres en la producción, pero aprovechándose de su opresión heredada, con lo cual provoca una situación contradictoria, pues, por un lado, las mujeres son igualmente explotadas que el hombre o más aún, pero, por el otro, no tienen los mismos derechos. Esta ruptura del rol tradicional de la mujer que se daba por debajo, en la estructura económica, chocaba con las viejas leyes y costumbres que consagraban esa desigualdad. Pero las leyes y costumbres no se acomodan solas ni de manera automática a los cambios económicos y sociales, y se demoran más aún cuando los cambios son en cuestiones tan conflictivas y complejas como la familia y la situación de la mujer.

Con sus vaivenes, el proceso de ajuste entre la nueva realidad de la producción y lo consagrado por las normas se fue dando tanto por reformas impuestas directamente por la clase dominante como por la exigencia de grandes luchas de mujeres. Así fue como, a lo largo del siglo XX se fue abriendo camino el respeto cada vez mayor por los derechos democráticos

⁸ “Tomemos la religión o la falta de derechos de la mujer o la opresión y la desigualdad de derechos de las naciones rusas. Todos éstos son problemas de la revolución democrático-burguesa. Los agentes vulgares de la democracia pequeño-burguesa pasaron ocho meses hablando de ellos; ninguno de los países más avanzados del mundo resolvió, hasta el fin, estos problemas en el sentido democrático-burgués. En nuestro país, la legislación de la Revolución de Octubre los resolvió hasta el final”. Lenin, V. I., “En ocasión del cuarto aniversario de la Revolución de Octubre”, publicado en *Pravda*, el 18 de octubre de 1921.

de las mujeres. Waters enumera unos cuantos de esos derechos conquistados: la educación superior, trabajar en los negocios y las profesiones liberales, recibir y disponer de sus salarios, de la propiedad, derecho al divorcio, a participar en organizaciones políticas y, luego, al voto.

Las luchas de las mujeres en la década de 1970 tienen una continuidad con las anteriores respecto del tipo de problemas que enfrentan. Veamos qué cuenta Waters: contra las leyes reaccionarias, por aborto y anticonceptivos; contra opresivas legislaciones de matrimonio, instalaciones suficientes de guarderías; contra los fundamentos legales de la discriminación; contra el sexismo en todas sus esferas. E insiste: derecho de participar con completa igualdad en todas las formas de actividad social, económica y cultural; educación igual; igual acceso a trabajos; igual salario por igual trabajo; que la sociedad se haga cargo de las tareas domésticas, del cuidado de los niños, los viejos y los enfermos.

Toda la enumeración de demandas que hace Waters respecto de los países adelantados, de las luchas pasadas y presentes de las mujeres, son de carácter democrático individual. Respecto de los países atrasados no es menos categórica en su descripción de los problemas: las mujeres de esos países “lucharán por demandas democráticas elementales”.

Desde el punto de vista teórico no existe ningún impedimento para que el capitalismo otorgue plena igualdad jurídica a las mujeres, instale guarderías colectivas para todas las mujeres trabajadoras o que lo deseen, acepte el derecho al aborto y al divorcio. Muchas de estas demandas, como lo reconoce la propia Waters, han sido logradas total o parcialmente sin que por eso haya muerto el capitalismo.

Haciendo una analogía por el tipo de problemas, podríamos ver que la socialización de la medicina, brindándola en forma gratuita y generalizada por parte del Estado, no significó la muerte del imperio británico, sino todo lo contrario. En Suecia está prácticamente conquistada –hasta donde la naturaleza lo permite– la igualdad entre los sexos y la más amplia libertad sexual, y eso no ha debilitado al imperialismo sueco.

El que precisemos este carácter esencialmente democrático de las demandas de las mujeres no significa para nada desprestigiar sus luchas. El proceso de liberación de las mujeres es profundamente revolucionario, ya que afecta todas las costumbres y la vida cotidiana, y quizás será más revolucionario aún a partir del triunfo de la revolución socialista, en la transición

al socialismo. Waters no puede poner el nombre adecuado a los problemas que ella misma tan cuidadosamente enumera, porque sería el derrumbe de todo su documento. Simplemente podríamos decir que a los problemas de las mujeres les cabe lo que en general opinan el marxismo y el trotskismo sobre los problemas democráticos de este tipo.

El carácter de las luchas de las mujeres

Aunque Waters no dé en su documento una definición clara del carácter de las tareas de la liberación de las mujeres, su concepción queda bien en evidencia cuando afirma reiteradas veces que todas las luchas de las mujeres tienen un “carácter objetivamente anticapitalista”. Esto es profundamente incorrecto.

Como ya vimos, la producción capitalista es la que puso en marcha el proceso de liberación de las mujeres, al incorporar a éstas por millones en la industria, igualándolas con el hombre “en la fábrica ajena”, y sentando así las bases de su independencia económica. Ésta es la base de sustentación de todas las luchas adelantadas por las mujeres por sus derechos a lo largo del siglo xx y es un fenómeno progresivo y revolucionario, ya que va en contra de la opresión milenaria sufrida en cuanto sexo por una mitad de la humanidad.

Pero el capitalismo es incapaz de llevar hasta el fin sus tendencias revolucionarias, es incapaz de incorporar a todas las mujeres a la producción por lo que la solución definitiva del problema de las mujeres solo vendrá con el triunfo de la revolución socialista.

Aparentemente, en este punto tendríamos un gran acuerdo con el documento de Waters. Sin embargo, no es así. En las palabras concordamos con Waters cuando afirma que las luchas de las mujeres son “parte integral de la revolución socialista”, que son una “forma de lucha contra el capitalismo”, y que son “objetivamente anticapitalistas” en el sentido de que la solución definitiva y generalizada a sus demandas sólo puede venir por la destrucción del capitalismo y el triunfo del socialismo. Pero detrás de estas generalidades hay dos concepciones opuestas: para nosotros es así porque el capitalismo sienta las bases objetivas para la independencia de las mujeres pero no puede llevarla hasta el fin y, por eso, esa independencia se vuelve contra él. Para Waters, por el contrario, la lucha de las mujeres va

contra el capitalismo porque la opresión de la mujer es un rasgo esencial, básico e indispensable del capitalismo.

De este error de definición general se desprende otro, que también es muy serio, respecto de cada lucha específica que las mujeres adelanten. Según Waters, todas las luchas femeninas, concretas, actuales, coyunturales tienen una “dinámica anticapitalista objetiva”, es decir, tendrían un mecanismo interno y automático que las lleva contra el capitalismo y hacia socialismo.

Esto es equivocado. Así como definimos como anticapitalista el proceso histórico general de liberación de la mujer, negamos rotundamente que esa definición se extienda naturalmente a toda lucha feminista que se dé. Una cosa es el carácter profundamente revolucionario, transicional, anticapitalista, de un proceso de siglos como la lucha de una clase, de una nación, un sexo, una raza, y otra cosa muy distinta son las expresiones políticas y organizativas, las luchas y antagonismos que se dan todos los días en este proceso histórico.

Es un crimen disolver el carácter revolucionario anticapitalista de esas luchas a escala histórica en cada movilización concreta porque, como tales, éstas son mucho más complejas, producto de la combinación de muchos factores, de muchas clases en pugna, de muchos partidos, y en cada momento aparecen en cada país con características determinadas.

Para nosotros, ninguna lucha democrática, y esto incluye las de las mujeres, va objetivamente contra el capitalismo (salvo las de liberación nacional y reforma agraria), contra su esencia, que es la explotación del trabajo asalariado a través de la propiedad privada. En teoría, insistimos, la burguesía puede dar guarderías y comedores a todas las mujeres, o aborto y divorcio, sin eliminarse a sí misma. Pero, en la actual época histórica, el imperialismo no puede solucionar ningún problema de manera definitiva y, por lo tanto, luchas democráticas como las de las mujeres pueden, en determinado momento y bajo determinadas condiciones, adquirir una dinámica anticapitalista. Sin embargo, ésta no será “objetiva”, inherente a cada lucha feminista, como pretende Waters, sino que dependerá de su contexto, de su programa, y, especialmente, de su dirección.

Bajemos a tierra lo que dice Waters: según ella, todas las mujeres que luchan, por ese solo hecho, se transforman en consecuentes luchadoras anticapitalistas.

Nosotros opinamos que no podemos hacer semejante afirmación irresponsable ni siquiera sobre la clase obrera, que muy bien sabemos está dirigida por reformistas y socialdemócratas, contrarrevolucionarios dispuestos a llevar toda lucha, no hacia un anticapitalismo consecuente, sino hacia un callejón sin salida.

Si alguien tuviera duda respecto de las mujeres, veamos un ejemplo entre miles de la realidad de la lucha feminista. En Estados Unidos, el NOW (*National Organization of Women*), es el mayor grupo feminista del país y está dirigido por el Partido Demócrata. Durante la campaña electoral que llevaría a Jimmy Carter a la presidencia, en 1976, el NOW hizo un acuerdo con éste, según el cual suspendería la agitación en favor del aborto a la vez que Carter impulsaría la Enmienda por Iguales Derechos (ERA - *Equal Right Ammendment*), una enmienda a la Constitución para establecer la igualdad en la aplicación de las leyes para ambos sexos. Carter ganó la presidencia apoyado por muchas mujeres y, por supuesto, ni se acordó de la ERA. Que Waters explique dónde está la “dinámica anticapitalista objetiva” de las luchas por la ERA.

Capítulo IV: Método y programa para la lucha de las mujeres

Estrategia y táctica

Para Waters, “nuestro apoyo para la construcción de un movimiento feminista independiente forma parte de la estrategia del partido revolucionario de la clase obrera”. Esta estrategia va desde ahora hasta el socialismo: “Incluso después de la revolución, el movimiento independiente de liberación de las mujeres tendrá un papel indispensable para asegurar que la clase obrera en su conjunto, hombres y mujeres, lleve este progreso hasta un final victorioso”.

Waters confunde estrategia y táctica. La estrategia es un objetivo a largo plazo y la táctica son los medios para llegar a ese objetivo. Por eso, la táctica está determinada por la estrategia. Podemos hablar de que nuestra estrategia

para el movimiento sindical francés es la construcción de la central única, y todos los pasos que nos lleven a ella son tácticos. A la vez, la fusión de federaciones regionales, que es un paso objetivo hacia la central única, táctico, puede ser para nosotros estratégico en determinado momento, con lo que queremos decir que es nuestro gran objetivo de ese momento, y todo nuestro trabajo lo orientamos hacia éste. Es decir, lo táctico puede convertirse en estratégico y viceversa: lo que es estratégico, en un momento puede ser sólo un paso táctico para lograr nuestra estrategia final.

Para nosotros, la Cuarta Internacional sólo tiene una estrategia a largo plazo o, mejor dicho, dos objetivos estratégicos íntimamente relacionados: la movilización permanente de la clase obrera y sus aliados para la toma del poder y la construcción de fuertes partidos trotskistas de masas que ganen la dirección de esa movilización. En relación con estos objetivos, todo lo que vayamos haciendo es táctico, son los distintos pasos que nos llevarán a ellos. Utilizamos todos los medios, todas las consignas, todas las formas de lucha y organizativas que favorezcan esa movilización y la construcción del partido, y deseamos todo aquello que vaya en contra. Por ejemplo, trabajamos en el movimiento sindical en la medida en que ello fortalece la organización independiente de los trabajadores, les permite mejorar sus condiciones de vida y así confiar en sus propias fuerzas, pero no ponemos como objetivo final e histórico del partido para todo tiempo y lugar hacer sindicatos.

Esto mismo se da, y con más razón, en el trabajo entre las mujeres: tratamos de movilizarlas y agruparlas, de que logren conquistas, pero no ponemos como estrategia del partido construir un movimiento feminista autónomo en todos los países, y de aquí al comunismo. Respecto de nuestra estrategia final, la forma de trabajo entre las mujeres es absolutamente táctica.

Según el documento de Waters, habría por lo menos otro objetivo estratégico tan importante como los que nosotros planteamos: construir el movimiento independiente de mujeres.

Alertamos sobre el peligro que implica aceptar la formulación de Waters, que significa imponer a nuestras organizaciones, al margen de las diferencias entre países, continentes, situación de la lucha de clases y/o nuestra fuerza relativa, un esquema de comportamiento organizativo, una estrategia permanente de aquí al socialismo: “construir el movimiento autónomo”.

///

Las distintas tácticas que, según Waters, llevarían al movimiento autónomo

Una prueba más de la incomprensión de Waters sobre los problemas de estrategia y táctica, la dan sus ejemplos de “tácticas”.

Los “grupos de liberación de la mujer”, el “trabajo en organizaciones existentes”, grupos con un “programa socialista”, “coaliciones” o el trabajo sindical, son todas las tácticas que pueden conducir, de acuerdo con nuestra “amplitud”, las de las fuerzas de liberación de la mujer y las otras fuerzas, a su estrategia: el movimiento autónomo e independiente de la mujer.³

Pero la mayor parte de estas tácticas van en contra de su estrategia. Por ejemplo, si construye grupos sobre un “amplio programa socialista”, está “subordinándolos” a una “tendencia política”, cuando antes nos ha dicho que no debe estar “subordinado” a las “decisiones o necesidades políticas de cualquier tendencia política”. Por lo tanto, su táctica puede conducirla a echar por la borda su estrategia. (...)

¿Qué estrategia nos damos en el trabajo con las mujeres?

En términos relativos es lícito hablar de estrategia del partido para el trabajo entre las mujeres, y, más aún, podemos precisar qué objetivo se da el partido al trabajar entre las mujeres. Al responder a esta pregunta no estamos innovando prácticamente en nada, sino que sólo recogemos la tradición de Marx, Lenin y la Tercera Internacional, y el Programa de Transición. El partido trabaja entre las mujeres, y especialmente entre las mujeres trabajadoras, para movilizarlas hacia la toma del poder y arrastrar a miles de ellas a las filas del partido. Esta es y tiene que ser la estrategia de la Cuarta Internacional. Y esto lo decimos porque las mujeres son fundamentales para la revolución socialista y para la construcción de la sociedad socialista,

³ “Las formas por medio de las que trabajamos pueden variar en gran medida, dependiendo de las circunstancias concretas en que nuestras organizaciones se encuentran. Entre los factores que hay que tener en cuenta se encuentran la amplitud de nuestras propias fuerzas; el tamaño, el carácter y nivel político de las fuerzas de liberación de la mujer; la fuerza de los liberales, los estalinistas, los socialdemócratas y otras fuerzas de tipo centrista contra las que debemos luchar; y el contexto político general en el que estamos trabajando. Determinar si debemos organizar grupos de liberación de la mujer sobre un amplio programa socialista, trabajar en las organizaciones existentes dentro del movimiento de liberación de la mujer, construir amplias coaliciones de acción alrededor de problemas específicos, trabajar en las fracciones femeninas sindicales, combinar varias de estas actividades o trabajos por medio de formas completamente diferentes, son problemas tácticos”.

y porque la liberación plena de la mujer sólo será posible con el socialismo.

Nuestro partido es y será el campeón en impulsar la lucha por las reivindicaciones concretas de las mujeres, especialmente las explotadas y oprimidas, para que en esa movilización por sus reivindicaciones, ganemos a las mujeres trabajadoras y, si podemos, a una que otra de la burguesía, para la lucha por el poder y para el partido revolucionario.

El Programa de Transición dice: “Sin embargo, el ocaso del capitalismo depara golpes más duros a la mujer, lo mismo como obrera que como ama de casa. Las secciones de la Cuarta Internacional deben buscar base de apoyo en las capas más oprimidas de la clase obrera, y por consiguiente, entre las mujeres trabajadoras. Allí encontrarán fuentes inagotables de devoción, abnegación y espíritu de sacrificio. Paso a las mujeres trabajadoras. Ésas son las consignas inscritas en la bandera de la Cuarta Internacional”.

Y la Tercera Internacional: “(...) la tarea inmediata de los partidos comunistas consiste en extender la influencia del partido y del comunismo a los vastos sectores de la población femenina de su país (...) para sustraerlas de la influencia de las concepciones burguesas y de la acción de los partidos coalicionistas, para hacer de ellas verdaderas combatientes por la liberación total de la mujer”.

Esto, “partiendo del punto de vista de que la lucha por la dictadura del proletariado figura en el orden del día del proletariado de todos los estados capitalistas y que la construcción del comunismo es la tarea inmediata en los países donde la dictadura ya está en manos de los obreros, el Tercer Congreso de la Internacional Comunista declara que, tanto la conquista del poder por el proletariado como la realización del comunismo en los países que ya acabaron con la opresión burguesa, no podrán ser realizadas sin el apoyo activo de la masa del proletariado y del semiproletariado femenino”.

Esta preocupación de la Tercera Internacional respecto de una parte específica de las mujeres (las más explotadas, las obreras) no significa que olvidase la existencia del resto de las mujeres, las que no seguían las banderas de la Internacional. Pero su referencia a ese resto de las mujeres era en el sentido opuesto al que propicia Waters: “Los partidos comunistas deben saber apreciar el gran peligro que representan en la revolución las masas inertes de las obreras no integradas en el movimiento de las amas de casa, de las empleadas, de las campesinas (se refiere a movimientos orientados por los comunistas, N. de la R.) no liberadas de las concepciones burguesas, de la Iglesia

y de los prejuicios, y no vinculadas por ningún nexo al gran movimiento de liberación que es el comunismo. Las masas femeninas de Oriente y Occidente no integradas en ese movimiento constituyen inevitablemente un apoyo para la burguesía y un motivo para la propaganda contrarrevolucionaria.”

Para Waters, la estrategia del partido entre las mujeres es hacia todas ellas y para la construcción de un movimiento autónomo e independiente que las organice a todas. Es dentro de ese movimiento policlasista estratégico, con mujeres de todas las clases, que para Waters tiene que ser “básicamente obrero en su composición y en su dirección”, que “tratamos de construir el ala más fuerte posible (...) de quienes comparten nuestra perspectiva de lucha de clases. Luchamos por reclutar a las más conscientes y combativas al partido revolucionario”, y en todas las luchas hacemos los mayores esfuerzos por educar a las mujeres en la comprensión de la desigualdad de clases que agudiza la opresión de las más explotadas”.

¡Que nadie diga que esto es lo mismo que decía la Tercera Internacional! Es lo opuesto: Lenin y Trotsky arrancaban de la división de la sociedad en clases, de la necesidad de agrupar independientemente a las mujeres obreras para que fueran contra las burguesas. Waters arranca de la unidad de las mujeres, y dentro de ésta, llama a que se agrupen las obreras. Son dos orientaciones estratégicas antagónicas.

Coincidimos con Waters en que debemos impulsar, en el caso de que se den movimientos feministas independientes, el “ala más fuerte posible de quienes comparten nuestra perspectiva de lucha de clases”, en que vamos a pelear porque sea “básicamente obrero en su composición y en su dirección”, en que vamos a educar a las mujeres en la comprensión de la lucha de clases, en que queremos ganar a todas las mujeres que podamos para nuestro partido. Pero somos perfectamente conscientes de que eso llevará, tarde o temprano, a acabar con el movimiento feminista independiente como tal. Waters está encerrada en una contradicción insoluble: por un lado, su objetivo estratégico fundamental es construir el movimiento autónomo; por el otro, quiere formar dentro de él, el ala más fuerte posible entre quienes comparten la perspectiva de lucha de clases, hacerlo cada vez más obrero. Son dos objetivos antagónicos. Si lo decisivo es el movimiento autónomo, hay que subordinar a él la construcción del ala clasista. Si lo decisivo es el ala clasista, cuanto mejor le vaya a ésta, más rápido se dividirá o disgregará el movimiento autónomo.

LAS TAREAS DEL TROTSKISMO ENTRE LAS MUJERES

*Proyecto de Resolución aprobado en marzo de 1980
por la Fracción Bolchevique, antecesora de la
Liga Internacional de los Trabajadores-Cuarta Internacional.*

I

Luego de la II Guerra Mundial, por segunda vez en la historia se desarrollan movilizaciones masivas de mujeres por sus derechos. Desde la movilización de las mujeres en la Revolución China hasta las movilizaciones por el aborto y el divorcio en Europa y Estados Unidos, las mujeres luchan por sus propias reivindicaciones, ora apoyando una revolución en curso (China) o luchando contra ella (Chile y El Salvador), ora en unidad de acción exigiendo reivindicaciones democráticas, como en Europa y Estados Unidos. Este hecho de la lucha de clases merece la atención y la respuesta de la Cuarta Internacional trotskista.

Con el nuevo ascenso de la revolución mundial, las mujeres participan cada vez más en las luchas políticas y sociales a través de las movilizaciones, partidos y organizaciones de sus respectivas clases y, coyunturalmente, realizan movilizaciones unitarias por sus reivindicaciones específicas.

Se trata de saber si esta creciente participación política y social de la mujer tiende a la unidad permanente de todas las mujeres de todas las clases o si, por el contrario, dicha unidad es la excepción, lo coyuntural, y la división política y social de las mujeres es la regla.

En síntesis, se trata de saber si podemos aplicar a estas movilizaciones las orientaciones generales señaladas en los primeros congresos de la Internacional Comunista o si, por el contrario, dichos fenómenos nos obligan a revisar la política que el marxismo ha sostenido para el trabajo del partido revolucionario entre las mujeres.

II

Ante las movilizaciones de las mujeres por el derecho de sufragio y otras reivindicaciones a principios de siglo [XX], la Internacional Comunista dio una respuesta categórica: llamó a los partidos comunistas a luchar en dichos movimientos, para separar a las obreras del feminismo burgués. Llamó a la unidad de clase de obreros y obreras contra la burguesía y condenó expresamente la concepción del feminismo burgués, que reivindica la unidad de las mujeres por encima de todas las clases.

III

La lucha de clases le ha dado la razón a la concepción de la Internacional Comunista y, por consiguiente, a su política: las movilizaciones de mujeres de la década pasada sólo lograron plasmar la unidad de las mujeres en forma coyuntural y episódica, no permanente. La experiencia de Estados Unidos, España, Italia, Francia e Inglaterra demostró que una vez alcanzado el objetivo específico de la movilización –e inclusive en muchos casos sin haberlo alcanzado– la unidad supraclasista de las mujeres se disolvió.

Afirmamos categóricamente, siguiendo nuestras concepciones, que han sido corroboradas por los hechos, que la unidad de las mujeres por encima de las clases es imposible debido a las contradicciones políticas y sociales de la lucha entre la revolución y la contrarrevolución, por lo menos hasta el triunfo del socialismo.

IV

Frente a las movilizaciones de las mujeres, de la década pasada, ha surgido una corriente dentro de la cual ocupa un sitio de honor el SU, influido por el SWP de Estados Unidos. Es la corriente que llama a todas las mujeres de todas las clases y tendencias políticas –obreras, burguesas, revolucionarias, reformistas, contrarrevolucionarias– a luchar unidas y organizarse en un movimiento autónomo permanente. El documento del SU plantea que las luchas de las mujeres continuarán extendiéndose, y que la estrategia del partido debe ser la construcción de un movimiento autónomo y unitario de mujeres de todas las clases sociales. Es la llamada política de la “hermandad de las mujeres” que, como vemos, se opone tanto a la tesis de la Internacional Comunista –separación tajante entre la obrera y la burguesa– como a las lecciones de la historia.

V

Según el SU, la opresión de la mujer y su reclusión en la familia es “pilar”, “política básica” y “esencia” del capitalismo. Por eso sostiene que la familia, incluida la familia campesina, es una lacra de la sociedad de clases que sólo merece ser extirpada.

La realidad, por el contrario, muestra que el capitalismo, al incorporar a la mujer a la producción, ha igualado a la obrera en la pobreza y la explotación, en las cargas y los deberes, con el hombre proletario. Pero, contradictoriamente, el capitalismo es incapaz de llevar esta tendencia hasta el final porque no puede resolver a nivel mundial el empleo de todas las mujeres. De ahí las contradicciones brutales que provoca, al llamar a la mujer a trabajar en un momento determinado, y luego recluirla nuevamente en el hogar y la familia para sacarla de la producción, siempre de acuerdo con sus conveniencias. Esta realidad provoca contradicciones dolorosas para las obreras y campesinas. Destruye sus familias sin dejarles ninguna otra institución que les permita satisfacer las necesidades humanas de afecto y compañía.

VI

Según el SU, todas las luchas por la liberación de la mujer –por el aborto, el divorcio, o lo que sea– va contra esa “esencia del capitalismo” descrita más arriba. Eso lo lleva a la conclusión de que todas esas luchas, inclusive las más parciales y coyunturales, poseen una dinámica objetivamente anticapitalista”.

La realidad, por el contrario, es que las tareas de la liberación de la mujer son de carácter democrático-burgués. Históricamente, es una tarea de las revoluciones burguesas, que éstas no realizaron.

El proceso de liberación de la mujer, por su dinámica, tiene un carácter transicional, porque tiene que ver con los aspectos más retardatarios y las costumbres más retrógradas de la sociedad. Pero esta perspectiva transicional se va a acentuar a fondo en la sociedad socialista donde, una vez ganada la batalla contra la contrarrevolución y el imperialismo, estarán abiertas las puertas para resolver estos problemas tan sentidos por la humanidad. De ahí que rechazamos rotundamente la asignación a priori del rótulo de anticapitalista para todas las luchas, organizaciones y movimientos de mujeres. La dinámica anticapitalista sólo se puede generar cuando las mujeres –y no serán todas– apoyen la revolución proletaria y al partido revolucionario.

VII

El documento del SU señala correctamente que todas las mujeres son oprimidas como mujeres; lo mismo podría decirse de los negros, que todos son oprimidos como tales. De allí extrae la conclusión de que opresión es igual a explotación; que los vínculos que unen a los oprimidos entre sí son más fuertes que las contradicciones entre explotadores y explotados, entre revolucionarios y contrarrevolucionarios. De ahí deriva toda su política, de que las mujeres deben unirse como hermanas para la lucha en común.

La realidad es que, si bien es verdad que todas las mujeres y todos los negros son oprimidos, al mismo tiempo hay mujeres explotadoras y explotadas, negros explotadores y explotados. De aquí hasta el triunfo del socialismo, las obreras lucharán contra los explotadores, sean hombres o mujeres, negros o blancos.

En determinado momento, mujeres de distintas clases pueden marchar juntas por un objetivo específico: derecho al divorcio, aborto, etc. Pero la realidad de la situación revolucionaria es que, cuando se produzca, la sociedad va a estar dividida por una barricada. De un lado, la clase obrera con su partido revolucionario y, con ellos, las obreras revolucionarias, los negros revolucionarios. Del otro, la contrarrevolución imperialista burguesa y con ella las mujeres burguesas, los negros burgueses, etc.

VIII

De lo anterior se desprende que el SU tiene una concepción revisionista de la teoría de la revolución permanente, a la que visualiza como una suma de sectores oprimidos, de movimientos policlasistas que, de igual a igual con el proletariado, se movilizan en forma permanente por el poder. De ahí deriva su política frentepopulista de unidad del proletariado con la burguesía (“todas las mujeres”) de manera organizada y permanente.

Nuestra concepción es que sólo la revolución socialista liberará a todas las mujeres, pero no todas las mujeres apoyarán la revolución socialista. Reafirmamos el carácter social y político de la revolución permanente, en el sentido de que ésta es realizada por el proletariado arrastrando tras de sí a los sectores más pobres y explotados de la sociedad, contra los explotadores de todos los sexos y razas y sus aliados, los reformistas. Esta lucha sólo llega al triunfo con la toma del poder por el proletariado dirigido por su partido marxista revolucionario, la Cuarta Internacional trotskista.

IX

Fruto de su política frentepopulista de unir a burguesas y proletarias en forma organizada y permanente, el SU llega al colmo del revisionismo al plantear que la construcción de un movimiento autónomo y unitario de mujeres forma parte de la estrategia de construcción del partido. En otras palabras, la construcción del movimiento femenino tiene la misma importancia estratégica que la construcción del partido obrero.

La estrategia de la Cuarta Internacional trotskista –y su razón de ser– es, por el contrario, la movilización permanente del proletariado –hombres y mujeres– para la toma del poder, apoyado en el movimiento revolucionario de las masas oprimidas y, para ello, la construcción del partido obrero marxista revolucionario. Esta estrategia, la única de los trotskistas, exige la separación tajante de las obreras de la influencia burguesa y reformista y repudia la unidad frentepopulista preconizada por el documento del SU.

X

El ascenso de la lucha de clases de la década pasada, sumado a la crisis de los partidos reformistas, incapaces de responder a las masas de mujeres que despiertan con el ascenso, y a la debilidad del trotskismo, abrieron el espacio para la organización de movimientos autónomos de mujeres, cuyas posiciones cubren toda la gama, desde las más democráticas hasta las más ultrazquierdistas y ultrafeministas. Sobre esta base objetiva, el SU eleva a la categoría de norma permanente lo que no es más que una manifestación coyuntural del ascenso revolucionario, la traición de los partidos obreros reformistas y la debilidad del trotskismo.

XI

Definida nuestra estrategia, afirmamos que podemos y debemos participar, apoyar, hacer unidad de acción en las luchas por las reivindicaciones democráticas específicas de las mujeres. En el curso de tales movilizaciones definiremos nuestra orientación táctica hacia las distintas organizaciones que puedan existir. Pero la participación de los trotskistas en tales movimientos se enmarcará en todo momento en el objetivo de ganar a las mujeres, principalmente a las obreras, a través de la movilización, para que rompan con la burguesía y el reformismo y se unan a su clase y al partido revolucionario.

XII

El actual ascenso de la lucha de clases y la crisis de los aparatos reformistas le brindan a la Cuarta Internacional trotskista las mejores posibilidades de convertirse en la dirección revolucionaria de las masas. El ascenso conmoviona a millones de mujeres que comienzan a buscar salidas políticas y respuestas a sus reivindicaciones. Por eso los trotskistas debemos formular una política revolucionaria para las mujeres, especialmente las obreras. Ellas constituirán una fuerza central en este ascenso y, como lo confirma la experiencia histórica, las obreras se colocan rápidamente a la vanguardia de las luchas por ser doblemente explotadas.

XIII

Los trotskistas, la vanguardia revolucionaria del proletariado, somos los enemigos mortales de la opresión en todas sus formas. Por eso estamos en la primera fila de la lucha por las reivindicaciones contra la opresión de la mujer, y dispuestos a participar en todas las luchas por las mismas, en unidad de acción con todos los que las impulsen.

Queremos integrar al frente proletario contra la burguesía y sus aliados reformistas a todas las obreras. Luchamos contra toda sujeción o colaboración de las obreras con la burguesía y queremos ganarlas a todas para las filas de la Cuarta Internacional trotskista.

XIV

Para ello, el programa de los trotskistas debe contemplar las demandas democráticas como aborto libre y gratuito, divorcio, plena igualdad legal, eliminación de la discriminación a los hijos nacidos fuera del matrimonio, etcétera.

XV

Luchamos en primera fila por las demandas y reivindicaciones de las obreras y las mujeres pobres: igual salario por igual trabajo, reducción de la jornada laboral en un 50% si ellas lo desean; por guarderías, sala cunas, comedores y lavanderías colectivas; por un salario para el ama de casa, por pleno empleo para la mujer.

En los gremios donde trabajan mujeres, exigimos una representación de las mujeres en la dirección sindical en proporción a su número en la fuerza

de trabajo; lo cual significa, desde luego, que en los gremios mayoritariamente femeninos la dirección sindical sea mayoritariamente femenina; exigimos que estas reivindicaciones se incorporen a los estatutos sindicales. Estamos por la creación de comisiones femeninas en los sindicatos.

XVI

Estamos por la defensa de las condiciones de vida de la familia obrera y campesina; por servicios públicos de sanidad, educación y recreación gratuitos; por subsidios para los hijos.

XVII

Este programa democrático y transicional tiene un solo objetivo: la movilización de las mujeres obreras y pobres junto a su clase, por la toma del poder por el proletariado y la revolución socialista mundial, que es lo único que podrá garantizar la igualdad plena y permanente de las mujeres y de todos los oprimidos.

XVIII

Como ya hemos expresado, la atención de los trotskistas va dirigida principalmente a las mujeres obreras. Pero no descartamos que en una coyuntura nacional e internacional de ascenso de las luchas obreras y populares, y ante la existencia de un partido revolucionario fuerte, mujeres de la pequeña burguesía estén dispuestas a acompañar al proletariado en sus luchas y a ver en el partido trotskista revolucionario su dirección.

XIX

El único partido que lucha consecuentemente por ese programa y ese objetivo estratégico, la dictadura revolucionaria del proletariado, es la Cuarta Internacional trotskista.

Denunciamos y repudiamos la política traidora de la socialdemocracia y el stalinismo, que mantienen y refuerzan la opresión de la mujer y son, dentro de las filas del movimiento obrero, los enemigos más enconados de la revolución proletaria.

Rechazamos asimismo la concepción del SWP y el SU, que consideran que “la lucha por el socialismo necesita tanto de un movimiento feminista

de masas como de un partido marxista revolucionario de masas”. Esta posición niega el papel dirigente del partido revolucionario y llama a éste a compartir su responsabilidad histórica con organizaciones sectoriales que representan a los oprimidos. Para nosotros, la lucha por el socialismo necesita una sola condición: la movilización permanente de las masas dirigida por un partido marxista revolucionario, trotskista.

XX

A las mujeres de los estados obreros les decimos que la burocracia contrarrevolucionaria que ha usurpado el poder obrero es la responsable directa y absoluta de su brutal opresión. Que deben luchar con el proletariado y su partido revolucionario por la revolución política, el derrocamiento de la burocracia y la instauración de la dictadura revolucionaria del proletariado.

EL FEMINISMO SOCIALISTA Y LA RECONSTRUCCIÓN DE LA CUARTA INTERNACIONAL¹

Freedom Socialist Party (FSP), EEUU

(...)

II- La reconstrucción exitosa de la Cuarta Internacional requiere un programa trotskista y una orientación correcta con respecto a la cuestión de la mujer

El FSP está de acuerdo en que el fundamento de una Internacional revitalizada es la teoría marxista básica, las lecciones de la Revolución Rusa y el programa político adoptado por los primeros cuatro congresos de la Tercera Internacional liderados por Lenin y Trotsky, así como los documentos en base a los cuales se fundó la Cuarta Internacional.

Éstos incluyen: el Programa de Transición; la teoría de la Revolución Permanente; la defensa del derrocamiento internacional del capitalismo y la creación de instituciones de gobierno de la clase trabajadora; la política de lucha de clases en los sindicatos comerciales por la democracia y contra los falsos líderes estalinistas y burocráticos; la construcción de frentes unidos bajo el liderazgo de la clase trabajadora así como la oposición a los frentes populares. El programa también incluye la oposición a las guerras imperialistas, el apoyo a las revoluciones coloniales y al derecho a la autodeterminación de las naciones y nacionalidades oprimidas. También cuenta con una fuerte orientación y reconocimiento del potencial y liderazgo revolucionarios de la juventud y de los más oprimidos, sobre todo de las mujeres.

Este programa es muy similar al que se usó para fundar el FSP, el cual se utiliza hasta la fecha, con especial énfasis en la importancia de la cuestión de la mujer.

■■■■
¹ Documento presentado por el FSP al IX Congreso de la LIT-CI.

Consideramos que nuestra perspectiva de la emancipación de las mujeres y de su función de liderazgo en la revolución, el cual llamamos Feminismo Socialista, tiene sus raíces en el trotskismo ortodoxo y es una expresión de la Revolución Permanente.

Ciertamente, en un discurso durante el Segundo Congreso Mundial de las Mujeres Comunistas, celebrado en julio de 1921, León Trotsky rindió tributo al liderazgo revolucionario de las mujeres:

Y generalmente hablando, en el movimiento laboral mundial la mujer trabajadora se encuentra más cerca precisamente de la sección del proletariado representada por los mineros de Alemania Central... o sea, la sección del movimiento laboral que es la más retrógrada, la más oprimida, la más miserable de las miserables. Y justo por eso, en los años de la colosal revolución mundial esta sección del proletariado puede y debe ser la más activa, la más revolucionaria, y la de más iniciativa en la clase trabajadora.

Naturalmente, la pura energía y la pura presteza para atacar no son suficientes pero, al mismo tiempo, la historia está llena de casos tales como éstos: que durante una época más o menos prolongada previa a la revolución, dentro de la sección masculina de la clase trabajadora, sobre todo entre sus extractos más privilegiados, se acumula una excesiva cautela, un excesivo conservadurismo, demasiado oportunismo y demasiada adaptabilidad. Y la reacción a su propia retrogradación y degradación que ponen de manifiesto las mujeres, esa reacción, repito, puede desempeñar un papel colosal en el movimiento revolucionario en su totalidad. (Los primeros cinco años de la Internacional Comunista).

Trotsky ahondó en la función clave de las trabajadoras en el Programa de Transición: *Las organizaciones oportunistas, debido a su naturaleza misma, concentran la mayor parte de su atención en los estratos superiores de la clase trabajadora y, por ende, ignoran tanto a la juventud como a las mujeres trabajadoras. El debilitamiento del capitalismo, sin embargo, le inflige los golpes más duros a la mujer, como asalariada y como ama de casa. Las secciones de la Cuarta Internacional deberán buscar bases de apoyo entre los estratos más explotados de la clase trabajadora; por ende, entre las mujeres trabajadoras. Ahí se encontrarán reservas infinitas de devoción, altruismo y buena disposición para el sacrificio* (El Programa de Transición).

A los miembros del FSP nos alegra saber que la LIT está tomando una postura de principios contra el sexismo y la violencia doméstica dentro de la organización, aun a expensas de perder una sección afiliada nacional. Ésta es una muestra de integridad y seriedad políticas.

El FSP se enfrentó y resolvió un reto similar justo un año después de que se fundó, cuando hubo una ruptura porque un líder varón se rehusó a responder política y personalmente ante el partido por haber maltratado a su esposa. Una reducida mayoría se ciñó al leninismo y al feminismo y, durante una breve temporada después de la ruptura, el FSP fue un partido constituido sólo por mujeres. Esto cambió gradualmente a medida que una generación de hombres más jóvenes y progresistas comenzó a unirse al partido.

Es trágico que la mayoría de los trotskistas se hayan demorado tanto tiempo en reconocer y discutir el maltrato de las mujeres en las llamadas organizaciones de vanguardia. En realidad, ha habido una epidemia de maltrato. Además del maltrato físico y emocional, durante años ha existido el sexismo, el cual ha provocado que mujeres radicales comprometidas se alejen del movimiento.

De hecho, el sexismo ha mermado y distorsionado la herencia de Lenin, de Trotsky, y del movimiento socialista revolucionario. Hemos sido testigos de la degeneración de grupos trotskistas que se sustentaban en los estratos privilegiados de la clase trabajadora de EEUU. Éste es un asunto de particular importancia en un país imperialista, donde los capitalistas tienen la capacidad de sobornar a la aristocracia laboral con base en los privilegios y prejuicios de raza y sexo.

El no haber adoptado la cuestión de la mujer también tuvo un impacto importante en el Secretariado Unificado de la Cuarta Internacional (SU). El “pablismo” no es la única explicación de la degeneración de la Cuarta Internacional. Hay otras razones complejas, entre otras, el acomodo del SU al centrismo político y al chovinismo masculino del SWP de EEUU, su orientación hacia la burocracia laboral, su oportunismo para tomar atajos para procurarse la influencia de las masas, y su sexismo.

Sintomático del sexismo del SU fue su rechazo de los concilios de mujeres durante el XI Congreso Mundial, en 1979. Esto ocurrió en una época en que miles de mujeres radicales exigían y establecían concilios de mujeres en el Partido Comunista y el Partido Socialista en Francia, y en el Grupo Marxista Internacional en Inglaterra. Mientras que el SU-CI aceptó el feminismo adoptando una resolución en la “Cuarta Internacional y la Lucha por la Liberación de las Mujeres,” esbozada por Mary Alice Waters del PST, fue sólo una farsa y no fue respetada en la práctica. El mismo Congreso adoptó la postura del SWP de EEUU, de una hostilidad implacable a la formación de concilios de mujeres dentro de los partidos afiliados, poniendo de manifiesto el sexismo durante ese proceso, con declaraciones como las siguientes:

Dado que generalmente se establecen con el propósito específico de discutir sólo los problemas internos, los concilios de las mujeres no pueden crear un curso de acción para resolver las contradicciones internas...

Crean problemas para las mujeres con resultados nocivos; agudizan la frustración y la desorientación política tanto de los camaradas como de las camaradas y con frecuencia fomentan, en lugar de evitar, el que las mujeres abandonen la organización.

Resolución sobre las Concilios Internos de Mujeres

En lugar de convertirse en una fuerza de atracción de la izquierda para miles de mujeres socialistas y comunistas decepcionadas, el SU-CI se convirtió en lo opuesto; rechazó la advertencia del experto teórico trotskista y líder del FSP, Murray Weiss:

El movimiento trotskista se debería acercar resueltamente a estas mujeres revolucionarias en batalla, cuyas acciones representan un importante cambio de dirección para la clase obrera. (...) Este ejército de obreras iracundas podría derrocar a los líderes burocráticos y llevar a cabo la histórica tarea de organizar una insurrección masiva, popular y armada que pueda terminar con el dominio capitalista.

Tesis sobre la crisis de la Cuarta Internacional

En una resolución del XI Congreso de la CI en 1979, feministas socialistas mexicanas del Partido Revolucionario de Trabajadores destacaron que existía un riesgo mínimo de que las mujeres latinoamericanas, quienes experimentaban una intensa opresión de clase y sexual, adoptaran la teoría feminista “radical” en el sentido de que los hombres son la causa de su opresión y que, por lo tanto, la opresión de las mujeres se podía eliminar sin una revolución socialista. Sin embargo, también advirtieron que existía el peligro opuesto de que:

(...) la falsa teoría de que la liberación de las mujeres se logrará casi automáticamente después de la revolución socialista, de que las mujeres no padecen a causa de una opresión específica y que, por lo tanto, no es necesario que se organicen independientemente, como es necesario para todos los sectores oprimidos, para poder luchar eficazmente contra su opresión. Esta teoría, que cuenta con muchos partidarios en la izquierda latinoamericana, e inclusive entre las militantes, será un obstáculo no sólo para la autoorganización de las masas

de mujeres latinoamericanas sino también para el desarrollo de su conciencia de clase en su más amplio sentido. En lugar de que impida las divisiones en la clase trabajadora, según se presume, fortalece la división actual de la clase entre los miembros de la primera y la segunda categoría, entre hombres y mujeres.

**

Contribución acerca de la opresión específica de las mujeres en América Latina, sus luchas, y la orientación de la Cuarta Internacional

Comisión de Mujeres del Partido Revolucionario de Trabajadores

III. Nuestra concepción y praxis del Feminismo Socialista

El Partido de Libertad Socialista se identifica como feminista socialista porque es lo que mejor describe lo que somos. El Feminismo Socialista es el ala izquierda del movimiento feminista y el ala feminista del movimiento socialista. Es una ideología adoptada por hombres y mujeres que están de acuerdo con que las mujeres y demás grupos oprimidos no pueden lograr su liberación sin el socialismo, y que los socialistas no pueden liberar a la clase trabajadora de sus cadenas sin un programa feminista y sin el liderazgo de las mujeres.

Como lo expresan las citas anteriores, la esencia del Feminismo Socialista es una parte integral y la continuación del trotskismo ortodoxo. La liberación de las mujeres está inextricablemente ligada a la cuestión de la Revolución Permanente y viceversa. Es una tarea democrático-burguesa inacabada que sólo la revolución socialista puede desempeñar. A lo largo de siglos de lucha, las mujeres –“las esclavas de esclavos” como las llamó el revolucionario irlandés James Connolly– han sido el sostén de muchas luchas realizadas por los trabajadores y los pueblos colonizados, contra el imperialismo de EEUU y el capitalismo mundial. Como escribió el camarada Weiss:

Por consecuencia, la emancipación de las mujeres depende de la marcha hacia adelante de la revolución permanente y de su inminente victoria sobre el sistema de lucro. Lo contrario es igualmente cierto: La revolución permanente se detendrá totalmente sin la inercia de la pujante lucha de las mujeres por la igualdad.

La revolución permanente y la emancipación de las mujeres

Algunos trotskistas equiparan erróneamente el Feminismo Socialista con el feminismo burgués (por ejemplo, Alan Woods, de la Tendencia Marxista Internacional, ha escrito un extenso artículo titulado “El marxismo y el feminismo”). Como feministas socialistas, nosotros argüimos que la liberación de las mujeres sólo se puede lograr por medio del derrocamiento del capitalismo. Por otra parte, los líderes pequeño-burgueses de las organizaciones reformistas (como la Organización Nacional de Mujeres/NOW en los EEUU) confían en que el Partido Demócrata es el único camino para el cambio en la condición de las mujeres. Aunque desaprobamos los continuos esfuerzos de la NOW para acorralar a las mujeres en un frente popular con los demócratas, sin embargo trabajamos con ellos en frentes unidos para defender y ampliar los derechos de las mujeres. En este proceso, hacemos demandas transicionales para radicalizar el movimiento de derechos de las mujeres y para atraer a las mujeres al socialismo. Como Lenin le expresó a Clara Zetkin en 1920:

“El movimiento de mujeres comunistas en sí debe ser un movimiento de masas y una parte de los movimientos de masas generales; y no sólo del proletariado sino de todos los explotados y oprimidos, de todas las víctimas del capitalismo o de la clase dominante”.

Debemos contar con nuestros propios grupos para que trabajen con ellas (las mujeres). Métodos especiales de agitación y formas especiales de organización. Éste no es un feminismo burgués; es una conveniencia revolucionaria práctica.

Lenin sobre la cuestión de la mujer

El feminismo socialista, a diferencia del feminismo burgués, está basado en la orientación hacia los más oprimidos. Es un programa que une a la clase trabajadora –una clase de por sí dividida por el sexismo, el racismo, la homofobia y la xenofobia–. Las mujeres se encuentran en una situación única para superar dichas divisiones, pues ellas son el sector más oprimido de todos los demás grupos oprimidos y comparten la experiencia común de ser discriminadas por ser mujeres. La liberación de las trabajadoras, que sufren múltiples tipos de opresión por su clase, raza, orientación sexual, nacionalidad y etnicidad, sólo se puede lograr por medio de la lucha por la liberación de todos esos grupos y de

la clase trabajadora en su totalidad –es una lucha que están destinadas a dirigir–. La fundadora del FSP, Clara Fraser, comentó acerca de esta teoría del liderazgo de los múltiplemente oprimidos, en un discurso de 1989:

“Si uno es doble o triplemente explotado, si uno corre un riesgo cuádruple, uno va a estar mucho más motivado. Uno tendrá muchas más razones de actuar y eliminar el sistema. Y uno tendrá mucha determinación y energía, y convicción e ira, lo cual lo sostendrá en momentos difíciles.

“Los múltiplemente oprimidos serán los primeros en rebelarse y le infundirán los ímpetus y la dirección y la fuerza al cambio revolucionario”.

Opresiones: la conexión capitalista y la solución socialista

El feminismo socialista es internacionalista por naturaleza. Al igual que los trabajadores, las mujeres de todo el mundo cuentan con una comprensión básica de su opresión común, y sus demandas por la libertad son, con frecuencia, aunque no siempre, las mismas. Esta cuestión común crea lazos de solidaridad. La doble opresión de las minorías raciales y sexuales de todas las culturas agrega más niveles de opresión y hace más fuertes dichos lazos. Las líderes que luchan en un país inspiran a las mujeres que luchan en otros países, al igual que los trabajadores de todo el mundo se inspiran los unos a los otros con su desafío a los patrones y a los gobiernos corruptos.

El feminismo socialista fomenta y abraza el liderazgo de las mujeres en nuestro partido, y lo construye y apoya en los movimientos de masas generales; reconoce que las mujeres ya son líderes de sus familias, sindicatos, comunidades, etc. y, con frecuencia, son expertas en el estilo cooperativo de liderazgo, a diferencia del patriarcal.

La orientación del FSP hacia las mujeres y los más oprimidos hace posible nuestro liderazgo y participación efectivos en los movimientos, y atrae al partido a los mejores elementos. El resultado es la representación de las mujeres y de los más oprimidos en nuestro partido y en los organismos de liderazgo sin tener que recurrir a cuotas.

El liderazgo feminista dentro del partido, combinado con el trotskismo, crea una fuerte dinámica basada en la colaboración y el trabajo de equipo y no en las destructivas pugnas burocráticas de poder. El FSP se concentra en formar líderes de ambos sexos, no en destruirlos.

A diferencia del SWP en la década de 1970, el cual se orientó hacia la burocracia laboral y los trabajadores varones privilegiados, el FSP luchó para abrirles

las puertas del movimiento laboral a las mujeres, los negros y demás minorías raciales y étnicas, gays y lesbianas, inmigrantes, y radicales.

También peleamos (y a veces ganamos) importantes batallas sindicales a nivel local, estatal y nacional. Entre éstas están: el pago equitativo por hacer el mismo trabajo; la libertad de expresión para los trabajadores en el trabajo; los derechos de inmigrantes; la oposición a los tratados de libre comercio; la acción afirmativa en el trabajo para mujeres, negros y demás víctimas de la discriminación en el pasado; la terminación del embargo contra Cuba; los derechos reproductivos; el apoyo a un partido de trabajadores; la terminación de las guerras y ocupaciones imperialistas; el derecho a la libertad y privacidad de asociación; y la movilización masiva contra nazis y supremacistas blancos.

Tuvimos éxito en defender nuestro derecho a ser radicales en el trabajo y fuera del mismo –y, como consecuencia, logramos conseguir el importante apoyo del movimiento laboral y de otros movimientos de masas–. Durante este proceso establecimos un precedente judicial que protege a los partidos revolucionarios y a otras organizaciones y movimientos laborales de tener que revelar a los tribunales burgueses de EEUU sus listas de miembros y sus minutas de reuniones.

El FSP fue uno de los primeros grupos marxistas en presentar un análisis teórico de las raíces histórico-materiales de la opresión gay en el esfuerzo capitalista por mantener la familia nuclear patriarcal y burguesa como fuente de reproducción de la fuerza laboral y como bastión de la dominación masculina. También fuimos los primeros en exigir que los sindicatos apoyaran los derechos civiles y laborales de los trabajadores gays y que los defendieran contra los prejuicios de los religiosos y los neofascistas.

Como revolucionarios, los miembros del partido luchamos por la liberación humana. Esto significa que todas las manifestaciones de prejuicios son preocupación de todos los camaradas. Los hombres heterosexuales blancos de nuestro partido tienen las mismas probabilidades que los camaradas de color o los gays de luchar por la justicia racial y por los derechos de los gays en sus sindicatos. Esto ocurre en otras cuestiones tales como los derechos de las mujeres y los inmigrantes. Nosotros no relegamos estas cuestiones a comités especiales o a grupos especiales dentro de la organización.

Por otra parte, somos conscientes de que es posible que los grupos minoritarios dentro del partido quieran formar concilios para entrenar a sus líderes y para ayudar a guiar al partido en cuestiones claves. Un grupo de este tipo es el Concilio Nacional de Camaradas de Color (NCCC), que forma nuevos líderes, evalúa la situación de los esfuerzos por la liberación racial, aconseja al partido

acerca de su intervención en los movimientos de gente de color, y ayuda a nuestra organización a garantizar que los problemas raciales se resuelvan de manera oportuna y justa.

Además del movimiento laboral, el trabajo de masas más importante del FSP ha sido su función en construir las Mujeres Radicales.

Feministas marxistas del FSP y estudiantes del movimiento contra la guerra de Vietnam fundaron las Mujeres Radicales (RW) en 1967. Su propósito era contrarrestar el agobiante sexismo en el movimiento contra la guerra y “demostrar que las mujeres podían actuar políticamente, aprender y enseñar teoría, administrar una organización, desarrollar un liderazgo propio y enfocar la atención del movimiento y de la comunidad en la tristemente ignorada cuestión de los derechos de la mujer –que las mujeres podían lograr lo anterior por sí solas–”, según escribió la co-fundadora de RW, Gloria Martin, años después. Hoy día, es la única organización política activa de mujeres radicales en los EEUU entre docenas fundadas durante los años '60 y '70 [siglo xx].

A lo largo de varios años, las RW han evolucionado de ser una organización estudiantil independiente a una organización de masas feminista socialista de la clase trabajadora. En 1973, las RW se afiliaron con el FSP sobre la base de un programa político común, pero han mantenido su independencia organizacional y su carácter de organización de masas operando sobre la base del centralismo democrático.

Muchas de las mujeres que se unen a Mujeres Radicales se convierten posteriormente en líderes del FSP, mientras que otras que no desean formar parte de un partido combativo de vanguardia están entre nuestras mejores y más leales partidarias. Las dos organizaciones colaboran en varias campañas, proyectos y eventos educativos fortaleciendo de esa forma la efectividad de ambas.

El desarrollo y éxito de RW es un reflejo de la relación dialéctica entre el respeto a la autonomía de una organización de mujeres independiente y del trabajo interno para ayudar a desarrollar el liderazgo de sus miembros y a educar acerca de la necesidad de un partido revolucionario de vanguardia.

En general, el FSP apoya el derecho de todos los grupos oprimidos a organizarse de manera independiente del partido y a construir movimientos de masas para luchar por sus derechos democráticos bajo el capitalismo. Al mismo tiempo, el FSP los exhorta a unirse al frente unido de la clase trabajadora contra sus enemigos comunes. Negarles a los más oprimidos el derecho a organizarse para lograr reformas parciales es condenarlos al sufrimiento constante hasta después de la revolución.

En pro de un frente único contra la derecha y el fascismo

Del manifiesto de las Mujeres Radicales (Radical Women)

La crisis económica del capitalismo da valor a la derecha conservadora y a los fascistas. Su objetivo es el de preservar el lucro, sin importar el costo. Para evitar la revolución socialista, el sistema está dispuesto a recurrir al fascismo en su máximo esplendor, con su racismo genocida, antisemitismo, sexismo y homofobia. Una vez en el poder, el fascismo destruye todos los sindicatos y las organizaciones comunitarias de la clase trabajadora y elimina los derechos democráticos de todos los oprimidos.

El movimiento feminista está en la vanguardia de la batalla contra la ultraderecha, sobre todo en cuestiones de derechos del aborto.

El feminismo es sometido a malévolos ataques porque desafía la supremacía de la familia nuclear. Por otra parte, las mujeres tienen la capacidad de unir a todos los movimientos atacados y crear un poderoso frente único contra el fascismo y la derecha.

Un frente único tiene por definición liderazgo y un programa que representa los intereses de la clase trabajadora. Cuando las organizaciones pequeño-burguesas o burguesas tienen el liderazgo, se menoscaba la función del frente unido y se convierte en lo opuesto, o sea en un “frente popular”, oportunista y colaborador. Los frentes populares pugnan por mantener el statu quo y siempre acceden a la clase gobernante –la misma clase que financia y respalda a los reaccionarios–.

En un movimiento destinado a vencer al fascismo no hay lugar para sectarismo, sexismo ni prejuicios. Los frentes únicos deben ser organizaciones de plataforma amplia que abarquen más allá de la izquierda organizada e incluyan también los sindicatos, la gente de color, los judíos, las feministas, los libertarios civiles y las minorías sexuales.

TERCER CONGRESO DE LA TERCERA INTERNACIONAL

Tesis para la propaganda entre las mujeres

Principios generales

(...)

4. Al imponer a los partidos comunistas de Oriente y Occidente la tarea inmediata de reforzar el trabajo del partido entre el proletariado femenino, el 3.º Congreso de la Internacional Comunista demuestra al mismo tiempo a los obreros del mundo entero que su liberación de la injusticia secular, de la esclavitud y de la desigualdad sólo es realizable mediante la victoria del comunismo.

Lo que el comunismo dará a la mujer, en ningún caso el movimiento femenino burgués podrá dárselo. Mientras exista la dominación del capital y de la propiedad privada, la liberación de la mujer es imposible.

El derecho electoral no suprime la causa primordial de la servidumbre de la mujer en la familia y en la sociedad, y no soluciona el problema de las relaciones entre ambos sexos. La igualdad no formal sino real de la mujer sólo es posible bajo un régimen en el que la mujer de la clase obrera sea la poseedora de sus instrumentos de producción y distribución, participe en su administración, y tenga la obligación de trabajar en las mismas condiciones que todos los miembros de la sociedad trabajadora. En otros términos, esta igualdad sólo es realizable después de la derrota del sistema capitalista y su reemplazo por las formas económicas comunistas.

Sólo el comunismo creará una situación en la que la función natural de la mujer, la maternidad, no esté en conflicto con las obligaciones sociales y

no obstaculice su trabajo productivo para bien de la colectividad. Pero el comunismo es, al mismo tiempo, el objetivo final de todo el proletariado. En consecuencia, la lucha de la obrera y del obrero por ese objetivo común debe, en interés de los dos, ser realizado conjuntamente.

5. El 3.º Congreso de la Internacional Comunista confirma los principios fundamentales del marxismo revolucionario, según los cuales no existen problemas “específicamente femeninos”. Toda relación de la obrera con el feminismo burgués, al igual que toda ayuda aportada por ella a la táctica de medidas tibias y de franca traición de los socialcoalicionistas y de los oportunistas, no hace sino debilitar las fuerzas del proletariado y, al retardar la revolución social, impide a la vez la realización del comunismo, es decir, la liberación de la mujer.

Sólo llegaremos al comunismo mediante la unión en la lucha de todos los explotados y no por la unión de las fuerzas femeninas de las dos clases opositoras.

Las masas proletarias femeninas deben, en su propio interés, apoyar la táctica revolucionaria del Partido Comunista y participar de la forma más activa y directa en las acciones de masas y en la guerra civil bajo todas sus formas y aspectos, tanto en el marco nacional como a escala internacional.

(...)

Métodos de acción entre las mujeres

Partiendo de los principios indicados anteriormente, el 3.º Congreso de la Internacional Comunista establece que el trabajo entre el proletariado femenino debe ser llevado a cabo por los partidos comunistas de todos los países sobre las siguientes bases:

1. Admitir a las mujeres como miembros con idénticos deberes y derechos que el resto de los miembros en el partido y en todas las organizaciones proletarias (sindicatos, cooperativas, consejos de fábrica, etc.).
2. Tomar conciencia de la importancia de la participación activa de las mujeres en todos los sectores de la lucha del proletariado (inclusive su defensa militar), de la construcción de nuevas bases sociales, de la organización de la producción, y de la existencia, de acuerdo con los principios comunistas.

3. Reconocer la maternidad como una función social; adoptar y aplicar todas las medidas necesarias para la defensa de la mujer en su calidad de madre. A la vez que se pronuncia enérgicamente contra todo tipo de organización separada de mujeres en el seno del partido, de los sindicatos o de otras asociaciones obreras, el 3.º Congreso de la Internacional Comunista reconoce la necesidad para el Partido Comunista de emplear métodos particulares de trabajo entre las mujeres y estima la utilidad de formar, en todos los partidos comunistas, organismos especiales encargados de este trabajo.

El Congreso adopta estas medidas guiado por las siguientes consideraciones:

- 1º La servidumbre familiar de la mujer no sólo en los países burgueses capitalistas sino también en los países donde ya existe el régimen soviético, en la fase de transición del capitalismo al comunismo.
- 2º La gran pasividad y el estado político de atraso de las masas femeninas, defectos explicados por el alejamiento secular de la mujer de la vida social y por su esclavitud en el ámbito familiar.
- 3º Las funciones especiales impuestas a las mujeres por su naturaleza, es decir, la maternidad y las particularidades que de ella derivan, y la necesidad de una mayor protección de sus fuerzas y de su salud en interés de toda la sociedad.

Esos organismos dedicados al trabajo entre las mujeres deben ser secciones o comisiones que funcionen junto a todos los comités del partido, comenzando por el Comité Central y hasta en los comités de barrio o de distrito. Esta decisión es obligatoria para todos los partidos adheridos a la Internacional Comunista.

El 3.º Congreso de la Internacional Comunista indica las tareas a realizar por los partidos comunistas a través de las secciones dedicadas al trabajo con las mujeres:

- 1º Educar a las grandes masas femeninas en el espíritu del comunismo y atraerlas a las filas del partido.
- 2º Combatir los prejuicios relativos a las mujeres en las masas del proleta-

riado masculino, fortaleciendo en el espíritu de los obreros y las obreras la idea de la solidaridad de intereses de los proletarios de ambos sexos.

- 3º Afirmar la voluntad de la obrera haciéndola participar de la guerra civil en todas sus formas y aspectos, movilizarla en las acciones de masas, en la lucha contra la explotación capitalista en los países burgueses (contra la carestía de la vida, la crisis de la vivienda y el paro), en la organización de la economía comunista y de la existencia en general en las repúblicas soviéticas.
- 4º Poner a la orden del día del partido y de las instituciones legislativas los problemas relativos a la igualdad de la mujer y a su defensa como madre.
- 5º Luchar sistemáticamente contra la influencia de la tradición, de las costumbres burguesas y de la religión, a fin de preparar el camino para relaciones más sanas y armoniosas entre los sexos, y el saneamiento moral y físico de la humanidad trabajadora.

Todo el trabajo de las secciones femeninas deberá ser realizado bajo la dirección inmediata y la responsabilidad de los comités del partido.

Entre los miembros de la comisión o de la dirección de las secciones habrán de figurar también, en la medida de lo posible, camaradas comunistas de sexo masculino. (...)

En el período actual, los sindicatos profesionales y de producción deben constituir para los partidos comunistas el campo fundamental del trabajo entre las mujeres, tanto en los países donde la lucha por la liquidación del yugo capitalista aún no ha finalizado como en las repúblicas obreras soviéticas.

El trabajo entre las mujeres debe ser llevado a cabo en el siguiente sentido: unidad en la línea política y en la estructura del partido, libre iniciativa de las comisiones y de las secciones en todo aquello que tienda a procurar a la mujer su total liberación e igualdad, lo que sólo podrá ser obtenido por el conjunto del partido. No se trata de crear un paralelismo sino de completar los esfuerzos del partido en pro de la actividad y la iniciativa creadoras de la mujer.

///

Modos de agitación y de propaganda

Para realizar la misión fundamental de las secciones, es decir, la educación comunista de las grandes masas femeninas del proletariado y el fortalecimiento de los cuadros de los campeones del comunismo, es indispensable que todos los partidos comunistas de Oriente y de Occidente asimilen el principio fundamental del trabajo con las mujeres, que es el siguiente: “agitación y propaganda en la acción”.

Agitación en la acción quiere decir, ante todo, acción para despertar la iniciativa de la obrera, para destruir su falta de confianza en sus propias fuerzas y, movilizándolas en el trabajo práctico en el dominio de la organización y de la lucha, para enseñarle a comprender por medio de la realidad que toda conquista del Partido Comunista, toda acción contra la explotación capitalista, es un progreso que alivia la situación de la mujer. (...) La propaganda de la idea comunista en la acción consiste, en la Rusia de los Soviets, en hacer entrar a la obrera, la campesina, la ama de casa, criada y empleada en todas las organizaciones soviéticas, comenzando por el ejército y la milicia y terminando en todas las instituciones destinadas a la liberación de la mujer: alimentación pública, educación social, protección de la maternidad, etc. (...) La propaganda en la acción en los países capitalistas tenderá, ante todo, a conducir a la obrera en las huelgas, en las manifestaciones y en la insurrección en todas sus formas (que templan y elevan la voluntad y la conciencia revolucionarias), en todas las formas de trabajo político, en el trabajo ilegal (particularmente en los servicios de enlace). (...)

Las secciones (comisiones) deben velar porque las fracciones comunistas de los sindicatos, asociaciones obreras, cooperativas, elijan organizadores y agitadores especiales para hacer trabajo comunista en las masas femeninas de los sindicatos, cooperativas y asociaciones. (...)

La propaganda y la agitación por medio de las reuniones y de otras instituciones parecidas debe ser completada por una agitación metódica y prolongada, continuada en los hogares. Toda comunista encargada de esa tarea deberá visitar como máximo 10 mujeres a domicilio, pero deberá hacerlo regularmente por lo menos una vez por semana y en cada acción importante de los PC y de las masas proletarias.

Las secciones (comisiones) velarán que las mujeres comunistas utilicen del modo más activo todas las instituciones y medios de instrucción del partido.

A fin de profundizar la conciencia y de templar la voluntad de las comunistas aún atrasadas y de las mujeres trabajadoras que despiertan a la actividad, las secciones deben invitarlas a los cursos y discusiones del partido.

Solamente en casos de excepción pueden ser organizados cursos separados, sesiones de lectura y de discusión únicamente para obreras.

Para desarrollar el espíritu de camaradería entre obreras y obreros, es preferible no crear cursos y escuelas especiales para las mujeres comunistas. En cada escuela del partido debe haber obligatoriamente un curso sobre los métodos del trabajo con las mujeres. Las secciones (comisiones) tienen el derecho de delegar un cierto número de sus representantes a los cursos generales del partido. (...)

El trabajo a escala internacional

La dirección del trabajo de los PC de todos los países, la reunión de las fuerzas obreras, la solución de las tareas impuestas por la Internacional Comunista y la atracción de las mujeres de todos los países y de todos los pueblos a la lucha revolucionaria por el poder de los soviets y la dictadura de la clase obrera a escala mundial, incumben a la secretaría internacional femenina junto a la Internacional Comunista.

EL COMBATE AL MACHISMO ES TAREA COTIDIANA DE LOS REVOLUCIONARIOS

Mariúcha Fontana

*“Si las mujeres no están con nosotros, los contrarrevolucionarios pueden hacer que se coloquen contra nosotros. Debemos tener siempre eso en mente...”*¹ *“La experiencia de todos los movimientos de liberación confirma que el éxito de la revolución depende en parte de que de ella participen las mujeres”*.²

V.I. Lenin

La lucha contra la opresión de las mujeres es parte integrante del programa revolucionario, y aún más que eso, es un principio.

La burguesía y sus medios de comunicación quieren hacernos creer que el machismo está casi en vías de acabarse. Pero, como en tantos otros terrenos, esa ideología difundida por la burguesía es totalmente falsa. Tiene como objetivo aumentar la explotación y enmascarar el grado de decadencia de la sociedad bajo el sistema capitalista.

Reflejando la decadencia capitalista, su moral del vale todo, y el vendaval oportunista que asola a la izquierda, el machismo avanzó también en las organizaciones de los trabajadores, alcanzando incluso las organizaciones revolucionarias. Esto enciende un alerta rojo, porque muestra que aun aquellos que resistieron el vendaval oportunista no quedaron inmunes a aquél.

Eso es muy grave, porque el machismo es una ideología que si no es rigurosamente combatida compromete los principios, el programa y la moral revolucionarios.

■■■■
¹ Clara Zetkin, *Mis recuerdos con Lenin*.

² V.I. Lenin, 19 de noviembre de 1918. Publicado en *Pravda* del 10 de marzo de 1925.

Las organizaciones revolucionarias actúan para acabar con la explotación y toda opresión a través de la defensa de un programa (y de una práctica correspondiente con ese programa), que busque movilizar explotados y oprimidos para derrotar a la clase dominante y tomar el poder. Los revolucionarios, entre tanto, viven inmersos en esa sociedad, cuya ideología machista es arraigada, impregnada de tal forma en los hombres (que oprimen) y también en las mujeres (oprimidas) que la opresión es ejercida, vivida y percibida como “natural”, y las mujeres vistas y tratadas como seres inferiores. Nosotros, los marxistas, no somos idealistas. No creemos que sea posible “un hombre nuevo” bajo el capitalismo. Sabemos que las organizaciones revolucionarias no son una burbuja e inevitablemente reflejan la sociedad en que viven. Pero, si poseemos un programa revolucionario de cambio de esta sociedad y de lucha contra ella, eso precisa ser válido también para la cuestión de la opresión. Las organizaciones revolucionarias (hombres y mujeres), en esta cuestión precisan asumir la batalla contra el machismo en la sociedad e internamente.

Los hombres no se transforman automáticamente en no opresores por ser de una organización revolucionaria, del mismo modo como la toma del poder no garantiza automáticamente el fin de la opresión. Por el contrario, en contradicción con el programa revolucionario, cargan esa ideología y esa práctica machistas, parte de ella incluso profundamente arraigada (enraizada dentro de cada uno) y “naturalizada” (vista como si fuese natural y no cultural o adquirida, como realmente es). Pero, en las organizaciones revolucionarias esa contradicción precisa ser resuelta en favor del programa revolucionario, a partir de un combate interno y de medidas que hagan de esa organización, y de los hombres que a ella pertenecen, socialistas revolucionarios diferentes del hombre común y de esa sociedad machista, defensores y aliados de las mujeres en la lucha contra el machismo. Las barreras contra esta ideología nefasta precisan ser permanentemente levantadas, justamente porque precisamos que el combate contra el machismo sea un combate del conjunto de los revolucionarios, de los hombres y de las mujeres.

El fin de la opresión sobre la mujer es parte del programa y de la visión de mundo de los revolucionarios por dos razones muy simples: la primera es que un mundo socialista debe acabar con toda explotación y toda opresión y, en ese sentido, liberar a toda la humanidad. La segunda es que para derrotar a la burguesía y tomar el poder es preciso unir a la clase obrera y

ésta acaudillar (dirigir) todos los demás sectores explotados y oprimidos en la lucha por el socialismo y por la revolución y, para eso, debe ser la vanguardia de la lucha contra toda opresión y preconcepción. En el caso de las mujeres, éstas son como mínimo la mitad de la humanidad y de la propia clase trabajadora y, además, su sector más explotado. **El machismo divide a la clase y beneficia a la burguesía en todos los sentidos.** Primero, divide a la clase y debilita su lucha, al tratar a la mitad de la clase trabajadora como ser inferior. Segundo, permite que la burguesía aumente su nivel de explotación, pagando salario inferior para trabajo igual y use a las mujeres como ejército de reserva para bajar los salarios de la clase de conjunto. Por fin, permite que la burguesía y su Estado se eximan de tareas que deberían ser suyas y son llevadas para el ámbito doméstico, imponiendo a las mujeres un inmenso trabajo no pago, y doble o hasta triple jornada de trabajo.

En la lucha contra la opresión de las mujeres nos enfrentamos con programas, concepciones e ideologías que rechazamos. La primera, la de las burguesas y reformistas, defiende que la gran contradicción existente en el mundo es la de género, en una visión sexual del trabajo, y no de clases. Esa visión hoy mayoritaria defiende la conciliación de clases y actúa en los límites del capitalismo. La otra visión, la stalinista, defiende en palabras la lucha por la liberación de la mujer, subordinada y combinada con la lucha de los trabajadores por el socialismo, pero la rebaja, y en los ex estados obreros impuso la contrarrevolución, transformó a la ex URSS en un estado obrero burocratizado, que oprimía mujeres, homosexuales y nacionalidades. Nosotros nos oponemos a esas dos visiones.

Para los marxistas-leninistas, la lucha contra la opresión de las mujeres es parte y se subordina a la lucha de clases. No es posible cambiar el mundo ni liberar a las mujeres bajo el capitalismo. La lucha por la revolución y por el socialismo es una lucha de la clase trabajadora, mujeres y hombres, contra la burguesía. **Pero para que esa lucha sea victoriosa exige que la clase obrera y las organizaciones revolucionarias encabecen y sean vanguardia no sólo de la lucha contra la explotación sino que también defiendan todas las demandas democráticas no resueltas por la burguesía. Antes, durante y después de la toma del poder, los revolucionarios incorporan y dan importancia a la lucha contra la opresión de las mujeres y tienen una conducta acorde con ese programa que defienden.**

Pues, **parafraseando a Marx, no puede liberarse quien oprime a otros.**

Combatir el machismo para unir a la clase

Cincuenta por ciento de la clase trabajadora es formada por mujeres. El machismo divide a la clase y es un poderoso obstáculo para la participación de las mujeres en la lucha más general contra el capitalismo, además de ser odioso e incompatible con el programa socialista y con una moral revolucionaria.

Las mujeres trabajadoras precisan organizarse para combatir el machismo y para conseguir que el conjunto de la clase trabajadora (hombres y mujeres) asuma las tareas de emancipación de las mujeres como parte del proyecto socialista. No es por otro motivo que Lenin, Clara Zetkin, Alexandra Kollontai y tantos otros revolucionarios enfatizaban sobre la necesidad de tener una política especial para las mujeres.

Para que la clase obrera pueda dirigir a los oprimidos es preciso incorporar de verdad, y no como un saludo a la bandera en los días de fiesta, la lucha contra la opresión en lo cotidiano, como expresión de nuestra estrategia y programa históricos. La clase obrera y los revolucionarios no pueden dejar en manos del feminismo burgués y reformista la lucha contra la opresión de las mujeres.

Lenin daba excepcional importancia a esa lucha y apoyaba a Clara Zetkin en ese combate, incluso en el interior del Partido. Decía sobre la concepción reinante en el partido alemán, que no veía importancia en un trabajo especial de mujeres, revelando machismo detrás de esa concepción: *“A veces, el reconocimiento de la necesidad y del valor de un potente movimiento femenino comunista, que tenga por delante un objetivo claro, es un reconocimiento platónico de palabra y no una preocupación y un deber constante del partido (...) conciben como algo secundario (...) tarea que afecta exclusivamente a las mujeres comunistas (...) Esto es injusto, totalmente injusto”*. Y sobre cómo las secciones de la Internacional encaraban en la práctica el trabajo de mujeres: *“En última instancia, eso no es otra cosa que una subestimación de la mujer y de su trabajo. Así es lamentable; puede decirse: ‘conozca mejor un comunista, ahí encontrará un filisteo’”*³

Nosotros, marxistas y revolucionarias, al contrario de las feministas liberales o reformistas, autonomistas, posmodernas o radicales, no tenemos nin-

³ Clara Zetkin, *Mis recuerdos con Lenin*.

guna duda de que el eje ordenador de nuestro programa es la dictadura del proletariado y el socialismo, pues no es posible acabar con la opresión de las mujeres bajo el capitalismo. Tampoco compartimos las visiones de ciertos sectores feministas que, aun ubicándose en el campo de la revolución socialista en palabras, afirman que el proletariado dejó de ser el sujeto social de la revolución y habría sido sustituido por nuevos sujetos.

Tenemos acuerdo integral con la III Internacional cuando dice que:

“La realización de la dictadura del proletariado (...) es el objetivo que debe definir los métodos de acción y la línea de conducta del proletariado de los dos sexos (...) El interés de la clase obrera exige (...) la entrada de las mujeres en las filas organizadas del proletariado que combate por el comunismo (...); resulta tarea inmediata de los partidos comunistas: extender la influencia del Partido y del comunismo a las vastas camadas de población femenina de su país, a través de un órgano especial del Partido y de métodos particulares, permitiendo abordar más fácilmente a las mujeres para librarlas de las concepciones burguesas y de la acción de los partidos aliados con ella, para hacer de las mujeres verdaderas combatientes por su liberación total. (...) Llegaremos al comunismo por la unión en la lucha de todos los explotados y no por la unión de las fuerzas feministas de clases opuestas”⁴ (Subrayado nuestro).

Para las marxistas el sujeto social de la revolución socialista es el proletariado (lo que incluye mujeres y hombres de la clase trabajadora). Pero, en esta cuestión específica, las mujeres trabajadoras serán la vanguardia de la lucha por su propia emancipación y por conseguir que los hombres de su clase incorporen la lucha contra la opresión como parte de la lucha de clases más amplia contra el capitalismo.

La imprescindible unidad de la clase es un motivo más por el cual el programa leninista-trotskyista entiende que es imperioso luchar contra la opresión y los preconceptos contra los negros, los inmigrantes, los jóvenes, contra las barreras entre efectivos y contratados y, en este sentido, luchar sin cuartel contra la opresión de las mujeres. Ellas deben dejar de ser “las proletarias del proletario”.

Volviendo a la III Internacional y a Lenin: *“la dictadura del proletariado debe ordenar la línea de conducta y de acción de los dos sexos”.*

■ ■ ■ ■ ■
⁴ Tercer Congreso de la III Internacional, “Tesis para la propaganda entre las mujeres”.

En la lucha por la liberación de las mujeres, las trabajadoras **no** deben unirse a las mujeres burguesas de forma permanente en ningún caso, como máximo pueden hacer unidad de acción en torno a luchas democráticas (golpeando juntas, pero marchando separadas). Las mujeres deben unirse al proletariado y luchar al lado de sus compañeros de clase por el socialismo, levantando en esta lucha sus banderas específicas.

Pero, **a los hombres de la clase trabajadora también les cabe la responsabilidad por la unidad de la clase. Les cabe defender las banderas feministas junto con las mujeres trabajadoras, porque el machismo divide a la clase y porque el socialismo con machismo no es socialismo.**

Los revolucionarios, entonces, en interés de la revolución socialista y de la unidad de la clase obrera, precisan incorporar en su política cotidiana el combate contra el machismo, incluso en el interior de la propia clase.

Opresión y explotación: la lucha contra la opresión es parte indisociable del programa obrero y socialista

Rosa Luxemburgo decía que el capitalismo es un sistema de discriminación en la explotación. En verdad, es un sistema que se aprovecha de forma sistemática de todo tipo de discriminación para explotar más. La burguesía mantiene su sistema de explotación en última instancia por las armas, pero su instrumento preferido en el día a día es la ideología. Es necesario que los explotados y oprimidos no tengan conciencia de su explotación y opresión. Que la consideren su condición natural. Uno de los principales elementos de la ideología dominante es el preconcepción, porque es eficaz para dividir a la clase, desviar su rebelión del blanco que la merecería, la clase dominante, y hacerla recaer sobre sectores de la propia clase.

Prácticamente todas las opresiones se originan antes del capitalismo. De todas ellas, la de la mujer es la más antigua y arraigada. Marx y Engels ya en el *Manifiesto Comunista* demostraban que la opresión de la mujer surge junto con la explotación. Indicaban que la historia de la sumisión de la mujer comienza cuando ella es separada de la producción social, descubriendo el nexo entre opresión y explotación, contraponiéndose a las visiones religiosas o biológicas, que debitaban la inferioridad de la mujer a su naturaleza: *“el primer antagonismo de clase que apareció en la historia coincide con el antagonismo entre el hombre y la mujer en la monogamia; y*

la primera opresión de clase, con la del sexo femenino por el sexo masculino (...)”.⁵

Lenin es quien ubica con claridad que la lucha contra las opresiones hace parte del programa revolucionario y no debe ser relegada a un plano secundario: *“Parabellum (...) declara ilusoria la lucha por el inexistente derecho a la autodeterminación y le opone la lucha revolucionaria de masas del proletariado contra el capitalismo (...) Sucede que Parabellum, en nombre de la revolución socialista, rechaza con desdén un programa consecuentemente revolucionario en el terreno democrático. Esto es equivocado. El proletariado no puede vencer sino a través de la democracia, esto es, realizando integralmente la democracia y ligando a cada paso de su lucha las reivindicaciones democráticas, formuladas de la manera más decidida. Es absurdo oponer la revolución socialista y la lucha revolucionaria contra el capitalismo a una de las cuestiones de la democracia, en este caso, la cuestión nacional. Debemos combinar la lucha revolucionaria contra el capitalismo con un programa y una táctica revolucionarios en relación con todas las reivindicaciones democráticas: república, milicia, elección de los funcionarios por el pueblo, igualdad de derechos de las mujeres, autodeterminación de las naciones, etc. (...)*”.⁶

La contribución de Lenin dejó más clara la estrategia de la lucha por la emancipación de la mujer como componente de la revolución proletaria y la importancia de incorporar también en la política diaria sus reivindicaciones. *“Las tesis deben resaltar con rigor que la verdadera emancipación de la mujer solamente es posible a través del comunismo. (...) Así, delimitaremos con precisión los campos entre nosotros y el movimiento burgués por la ‘emancipación de la mujer’. (...) El movimiento comunista femenino debe ser un movimiento de masas (...)*”.⁷ *Por eso es totalmente justo que presentemos reivindicaciones a favor de las mujeres. Eso no es un programa de reformas en el espíritu de la II Internacional (...) Nuestras reivindicaciones se desprenden prácticamente de la tremenda miseria y de las vergonzosas humillaciones que la mujer sufre en el régimen burgués. Con esto mostramos que conocemos estas necesidades, que comprendemos igualmente la opresión de la mujer. **Comprendemos la situación privilegiada del hombre y la odiamos y queremos***

⁵ Clara Zetkin, *Mis recuerdos con Lenin*.

⁶ V.I. Lenin, “El proletariado revolucionario y el derecho de las naciones a la autodeterminación”. *Obras Escogidas*, vol. 2, pág. 273.

⁷ Clara Zetkin, *Mis recuerdos con Lenin*.

*eliminar todo lo que oprime y atormenta a la obrera, a la mujer del hombre simple e, incluso, en muchos casos, a la mujer de la clase acomodada*⁸ (Subrayado nuestro).

Clara Zetkin, Lenin, Alexandra Kollontai enfatizaban el trabajo especial sobre las mujeres y apuntaban hacia una situación política que de ningún modo se limitaba o se atenía a la propaganda: *“las amplias masas femeninas, trabajadoras y populares, no sentirán ansias irresistibles de luchar a nuestro lado por el poder del Estado si siempre proclamamos, exigiendo sólo esta reivindicación, aunque sea con las trompetas de Jericó. ¡No! ¡No! También en la conciencia de las masas femeninas debemos vincular políticamente nuestro reclamo a los sufrimientos, a las necesidades y a los deseos de las trabajadoras”*.⁹

Es **deber irrenunciable colocarnos a la vanguardia de las luchas de las mujeres** por los derechos más elementales, por mejores condiciones de vida, y por cualquier reforma aun dentro del sistema capitalista, asociándolos a nuestra lucha contra el capitalismo y por la toma del poder. También tiene importancia ubicar con claridad en el programa y en la política revolucionaria la cuestión de la mujer trabajadora negra y de la lesbica. Ambas doblemente oprimidas y, en el caso de la mujer negra, aún más superexplotada.

Reafirmar la actualidad de la tradición revolucionaria y socialista, del feminismo clasista de los años '20 [siglo XX], contra los feminismos sexistas que de un modo u otro se colocan en los marcos de la democracia burguesa, y de la utopía reaccionaria de plantear el fin de la opresión bajo el capitalismo, es una tarea necesaria y difícil en estos tiempos de feminización del trabajo pero de retroceso ideológico, en el que la defensa de la independencia de clase y la afirmación de un programa socialista se enfrentan contra la mayoría de la izquierda.

Pero, siendo imprescindible hacer un corte de clase en la actuación en defensa de la emancipación de las mujeres, éste por sí solo no es garantía de una actuación cotidiana y especial sobre las mujeres en el movimiento con la importancia que le daban Clara Zetkin, Lenin y Trotsky. Lamentablemente, hoy en día, aun entre los que defienden el clasismo se reproducen ideologías machistas en la intervención en los sindicatos, con gran intensidad. No hay claridad, ni aun entre toda la militancia revolucionaria, de que

⁸ Clara Zetkin, *Mis recuerdos con Lenin*.

⁹ Ídem.

la defensa de la emancipación de las mujeres hace parte indisociable del programa y del proyecto socialista, y que precisa ser parte de la política revolucionaria. Todos concuerdan con que las mujeres deben luchar contra la explotación, no aliarse con las mujeres burguesas de forma permanente, y defender el socialismo, pero **no todos concuerdan con que es necesario un combate cotidiano contra el machismo ni dan importancia a la lucha por la liberación de las mujeres. No ven que el machismo divide a la clase. Por el contrario, ven en la lucha contra el machismo algo secundario y, peor aún, factor de división.**

Además de la práctica de la opresión machista, ha surgido entre algunos militantes la justificación teórica de que el machismo podría ser útil a la lucha por el socialismo. O, aun, que la lucha contra la opresión machista divide a la clase, entendiéndola la subordinación de la lucha por la liberación de las mujeres a la lucha de clases y a la unidad de la clase trabajadora como sinónimo de aceptación, capitulación y hasta promoción de la opresión de las mujeres, como, por cierto, entendió esta cuestión el stalinismo.

Una breve historia de la lucha contra la opresión de las mujeres

Si la opresión es muy anterior al capitalismo, podemos decir que tanto la cuestión del socialismo como la del feminismo nacen con el capitalismo.

A finales del siglo XIX e inicios del XX, en Europa, el movimiento feminista marxista y revolucionario fue hegemónico, imponiéndose al feminismo liberal burgués y abriendo camino incluso contra parte de los dirigentes de la socialdemocracia. Las obras teóricas de Marx, Engels y Bebel, y el papel político, organizativo y de desarrollo de estrategias de lucha y organización de las mujeres, desempeñados por Clara Zetkin y apoyados en las luchas obreras por la aceptación del trabajo femenino, dieron un impulso enorme a los movimientos por la igualdad de la mujer y una visión socialista de la liberación femenina.

Las mujeres sólo comenzaron a entrar en el trabajo asalariado, fuera del hogar, en las décadas de 1830 y 1840, bastante después de la Revolución Francesa, generando un gran cambio en la fuerza de trabajo industrial. La reacción inicial de los trabajadores a este hecho fue activamente hostil. Existieron huelgas significativas, en parte para excluir a las mujeres del trabajo.

Argumentando que las mujeres constituían una presión para rebajar los salarios y tornaban imposible para un hombre mantener a su familia, pasaron a exigir un “salario familiar”. Le tocó entonces al marxismo responder a la cuestión de la mujer y elaborar el primer cuestionamiento teórico serio a la división “natural” del trabajo entre los sexos. Con el argumento contra las estrategias basadas en el anti-feminismo proletario, la obra marxista tuvo un impacto tremendo sobre el movimiento obrero europeo y sirvió de marco esencial para el pensamiento bolchevique sobre las mujeres y la familia.¹⁰

Clara Zetkin fue una pionera en asegurar que los análisis marxistas estuviesen reflejados en las estrategias y políticas prácticas de los partidos socialistas, para lo que tuvo que enfrentarse con figuras importantes de la socialdemocracia. Fue Clara Zetkin quien primero situó la opresión femenina en el marco de una comprensión de clase más afinada, diferenciando la opresión que sufrían las mujeres de las distintas clases de la sociedad capitalista, y fue quien, contra la reivindicación de “salario familiar”, que iba para atrás en el calendario de la historia, formuló la reivindicación de salario igual para igual trabajo. A partir de la ruptura de la socialdemocracia con el advenimiento de la Primera Guerra Mundial, tendrá en Lenin su principal punto de apoyo en la lucha contra los dirigentes del partido alemán y en la III Internacional.

El feminismo liberal burgués nunca se cuestionó mucho sobre la opresión de las mujeres. Se limitó siempre a defender la igualdad formal, jurídica y política, de las mujeres: defendieron una carta de los derechos de la mujer; después, las sufragistas lucharon por el voto femenino. El movimiento feminista marxista no se organizó en común con las feministas burguesas, aun cuando golpeó junto con ellas por cuestiones democráticas, como el voto femenino. Siempre tuvo una unidad de acción muy episódica, tanto por la comprensión de la ligazón de la emancipación de las mujeres con el socialismo y, por tanto, con la dictadura del proletariado, como también porque las diferencias con las mujeres burguesas no eran, y no son, apenas estratégicas o futuras, sino presentes. **La opresión sobre las mujeres trabajadoras no es igual a la de las burguesas, en la medida en que sobre la**

¹⁰ Clara Zetkin, *Mis recuerdos con Lenin*. Ver: Wendy Z. Goldman, historiadora especializada en historia social y política de Rusia y la Unión Soviética, en *La mujer, el Estado y la Revolución*, pág. 61, ediciones IPS, Argentina.

mujer trabajadora la opresión resulta en superexplotación y doble jornada de trabajo. La mujer burguesa no sufre ni una ni otra cosa. A inicios del siglo [XX], además, aun a lucha democrática por el derecho al voto implicó diferencias, porque una parte de las burguesas defendía el voto femenino pero censitario y no universal, dejando a la clase trabajadora afuera. Sin decir que la mayor organización de las feministas burguesas se opuso a la defensa de derechos de las trabajadoras, como la “licencia por maternidad” y otros, conquistados en gran medida por la lucha de las mujeres trabajadoras, dirigidas por las marxistas.

Por otra parte, si la obra marxista fue fundamental en la comprensión de la opresión de la mujer y en la defensa de su emancipación, esto no quiere decir que la defensa de la liberación de la mujer en la izquierda haya sido algo natural. Por el contrario, fue una lucha. En la I Internacional, los Proudhonianos (socialistas utópicos) y después Lassalle (pre-marxista) del Partido Obrero Alemán, eran contrarios a la organización de las mujeres como trabajadoras, porque eran contrarios a que ellas se integrasen en la producción. Bernstein, dirigente del Partido Socialdemócrata alemán y de la II Internacional, siendo favorable a la igualdad legal de las mujeres, era contrario totalmente a la organización militante de las mujeres trabajadoras, encabezada por Clara Zetkin. Hasta 1892 las mujeres no tenían derecho a ser responsables por la propaganda del partido, sólo los hombres podían serlo. Sólo en 1905 se consiguió que los estatutos del SPD estableciesen que: “La propaganda sistemática en el proletariado femenino es realizada por delegadas mujeres, electas, de ser posible, en todas las localidades, de acuerdo con las instancias del partido”.¹¹

Aun en la III Internacional, que en razón de los esfuerzos de Lenin garantizó más espacio que la II para montar una Comisión femenina y realizar Conferencias de Mujeres, Clara Zetkin encontró una incomprensión enorme. El apoyo de Lenin ayudaba, pero tras su muerte, Clara y las mujeres sufrieron varias derrotas en el Ejecutivo de la Internacional [III].

Con el apoyo de Lenin, Clara quería realizar un Congreso Internacional de Mujeres más amplio, del cual pudiesen participar mujeres socialdemócratas y sin partido. Pero ese año no fue posible debido a la oposición del partido alemán. Después de la muerte de Lenin, la mayoría del Ejecutivo de

■■■■
¹¹ Clara Zetkin, “La cuestión femenina y la socialdemocracia”, Alemania, 1890.

la Internacional votaría contra la constitución de organizaciones de mujeres proletarias propuesta por Clara. Contra esta orientación, ese mismo año, en la Cuarta Conferencia Internacional de las Mujeres Comunistas, Clara hizo una apelación a las delegadas para que discutieran la organización de las mujeres comunistas “sin preconcepciones y sin miedo de desvíos oportunistas o feministas”. Es significativo que esa conferencia femenina internacional haya sido la última convocada por la III Internacional.

En los años '70 [siglo XX], en la estela del Mayo del 68 francés, de la guerra y posterior derrota de Estados Unidos en Vietnam, surgió un gran ascenso en Estados Unidos, que se dio en llamar la segunda ola feminista. Además del resurgimiento del feminismo liberal burgués, surge el feminismo radical y también las autonomistas.

La mayor parte de las teóricas del feminismo radical venían de la izquierda y parecían compartir con las socialistas que bajo el capitalismo es imposible la liberación humana. Sin embargo, eran completamente escépticas sobre la posibilidad de que la revolución y el socialismo garantizaran la emancipación de las mujeres. El feminismo radical va a decir que no hay cambio social sin una revolución cultural que lo preceda. Desde ahí, enfatizará la necesidad de organizaciones de mujeres, cuyo objetivo sea la autoconcientización, en un movimiento de contra-cultura que niegue las prácticas naturalizadas en la vida cotidiana y “naturalice” otras. Hay diferentes sectores en el feminismo radical, desde los que se divisan aliados de otros sectores sociales y socialistas hasta los que obstaculizan la recuperación de valores capaces de crear otra cultura, opuesta a la dominante.

En ese mismo contexto, “contraponiéndose” al stalinismo, los PCs de Europa viven un proceso de socialdemocratización, que fue conocido como eurocomunismo. El Secretariado Unificado (SU), en ese momento, pasó a ceder al eurocomunismo, considerándolo un fenómeno de carácter indefinido, alentando la ilusión de que los PCs europeos podrían tornarse revolucionarios. Mandel formula un documento, “La democracia socialista y la dictadura del proletariado”, donde, polemizando con los eurocomunistas que igualaban la dictadura del proletariado al régimen dictatorial, pasa a argumentar que la verdadera dictadura del proletariado practica libertades ilimitadas. Enfatiza la llegada al poder de los trabajadores por la vía de “cada vez más democracia”, minimizando la necesidad de la violencia revolucionaria para tomar y mantener el poder de los trabajadores.

Contra tal documento, Nahuel Moreno escribirá “La dictadura revolucionaria del proletariado”, que será defendida por la Fracción Bolchevique (antecesora de la LIT). En el movimiento feminista, el SU va a adoptar como suyo el documento de Mary Alice Waters, del SWP de los Estados Unidos, el cual defiende que las banderas feministas son transicionales (revolucionarias) en sí (y no democráticas) y que todas las mujeres, burguesas y obreras, podrían unirse en una “hermandad de mujeres”, en un movimiento policlasista, pues éste en sí tendría una dinámica anticapitalista. La Fracción Bolchevique denunciará este documento como frentepopulista y sexista, afirmando una visión de clase en la lucha por la emancipación de las mujeres.

Al lado de esa visión radical surgirá el autonomismo. Las autonomistas van a decir que la revolución no es necesaria porque es posible vivir el comunismo aquí y ahora, basta con ponerlo en práctica. En una visión no muy diferente de la de Toni Negri sobre el imperialismo, muchas autonomistas enfatizan que todo pasa por la transformación personal, que podemos crear nuestra existencia al margen del sistema, liberadas de preconceptos y de la explotación del trabajo.

Las feministas posmodernas no dejan de tener lazos con esas ideas, pero van más allá. Nacen en la academia y en el reflujo, y van a decir que es importante contestar los conceptos “soberanos”, destruir la visión “moderna” con sus sujetos y nociones de totalidad, y no afirmar ninguna alternativa totalizadora. Se deben crear micro-poderes al margen del sistema, buscando dar poder a las mujeres en esos espacios.

Lo que acaba por unir las visiones radical, autonomista y posmoderna es el policlasismo y la defensa de una “horizonte” que no va más allá de la democracia burguesa, sea usando el adjetivo que sea: democracia radical, pluralista, participativa. Son teorías que dicen que “otro mundo es posible” bajo el capitalismo, sin revolución socialista.

Las mayoría de estas organizaciones usan lo que fue el stalinismo para tirar en la misma basura todo el marxismo, en tanto son cooptadas vía ONGs para una acción anticlasista, de fragmentación del movimiento y de colaboración con la burguesía y los gobiernos.

///

La tradición leninista frente a las opresiones es opuesta al stalinismo

Si la noción de la importancia de la defensa de la emancipación de las mujeres, como parte del programa, de la política y de las actitudes de los revolucionarios precisa ser reafirmada, también es un hecho que las nuevas generaciones no saben lo que fue el stalinismo y muchas veces reproducen una ideología, que además de machista no deja de ser neo-stalinista, cuando algunos llegan a afirmar que la opresión puede ser usada en favor de la revolución.

Tal vez la demostración más contundente en lo que hace a la posición de los revolucionarios frente a las opresiones en general, haya sido la Revolución de Octubre, ya sea en relación con las nacionalidades, el racismo, las mujeres, hasta frente a los homosexuales. Hace casi cien años atrás, en un país atrasado como era la ex URSS en esa época, los bolcheviques tenían una posición revolucionaria, que no sólo no capitulaba al atraso y al sentido común de las masas, sino que era mucho más avanzada que la posición que muchos militantes de izquierda tienen hoy, en pleno siglo XXI.

La Constitución soviética proclamó la completa igualdad jurídica de las mujeres y de los hombres, sobrepasando en este terreno a la legislación de todos y cualquier país capitalista, aun los más avanzados. Las mujeres conquistaron el derecho al aborto, al divorcio, al voto pleno, a empuñar armas al lado de los hombres en la defensa del Estado obrero, al salario igual por igual trabajo, y un largo etcétera. Sobre la homosexualidad, que en la legislación europea era calificada de ofensa a la moral pública, el Estado se posicionó de la siguiente manera: *“declara la absoluta no interferencia del Estado y de la Sociedad en los asuntos sexuales, siempre que no lesione persona alguna (...) la legislación soviética las considera exactamente igual que cualquier otra forma de la llamada relación ‘natural’. Cualquier forma de relacionamiento sexual es un asunto privado”*.¹²

Lenin, Trotsky y los juristas soviéticos de la época tenían plena conciencia de que la igualdad jurídica y política no bastaba y no era igual a la igualdad frente a la vida. Sabían que había un camino a recorrer, encaraban la toma

¹² (Doutor Grigorü Batkis, director del Instituto Moscovita de Higiene Social, citado en el libro de Hyro Okita, *Homosexualidad: de la opresión a la liberación*).

del poder como el acto inicial de la revolución. Las leyes fueron concebidas como de transición, en un Estado también de transición. Mientras tanto, al otorgar esos derechos democráticos consideraban que la emancipación de las mujeres era una tarea central de la revolución.

La eliminación del trabajo doméstico era fundamental para incorporar a las mujeres en la vida pública y acabar con la necesidad de la familia, no sólo como unidad productiva sino también como unidad de consumo y aun como unidad responsable de modo privado por la producción social. Los bolcheviques querían que el trabajo doméstico fuese una industria social, querían liberar de éste a las mujeres y también a los hombres. Además de eso, había una enorme preocupación con la cultura, porque el atraso era enorme y muchas mujeres miraban para atrás, para la vuelta al hogar.

La contrarrevolución stalinista alcanzará de lleno a las mujeres. En relación con las nacionalidades, la URSS se transformará en una “cárcel de pueblos”. En relación con las mujeres, Stalin instituyó medallas a las mujeres que tuviesen más hijos. En 1936, declaraba: *“El aborto que destruye la vida es inadmisibile en nuestro país. La mujer soviética tiene los mismos derechos que el hombre, pero eso no la exime del grande y noble deber que le atribuyó la naturaleza: ser madre, dar a luz”*. En seguida suprimió la sección femenina del PCUS. En 1934, no respetar a la familia se convirtió en una conducta burguesa o izquierdista. En 1944 creó la orden “*Gloria Maternal*” para la mujer que tuviese entre siete y nueve hijos, y “*Madre Heroica*” para la que tuviese más de diez. El divorcio se tornó un trámite costoso. En relación con los homosexuales la constitución pasó a decir: *“Homosexualidad es una perversion sexual consistente en una atracción antinatural entre personas del mismo sexo”*. **Todo esto era hecho en nombre del socialismo.**

La teoría y el programa trotskistas, que son continuidad del leninismo, incorporan la lucha contra las opresiones. **Socialismo con machismo, homofobia, racismo y opresión nacional no es socialismo. ¡Es stalinismo!**

Movimiento Mujeres en Lucha – CSP-Conlutas: una organización clasista contra la opresión

En el Brasil, la existencia de la CSP-Conlutas y un proceso de reorganización planteó el desafío y, al mismo tiempo, posibilitó dar una respuesta a la cuestión de la opresión de la mujer en un nivel superior.

El MML – CSP-Conlutas surgió con dos objetivos: primero, organizar a las mujeres de la clase trabajadora en una referencia clasista para disputar la hegemonía de la lucha por la liberación de las mujeres, golpeando junto con las organizaciones policlasistas cuando fuera posible, pero marchando separadas, y, segundo, organizar a las mujeres trabajadoras para garantizar que la lucha contra la opresión tenga vez y voz en las luchas de clase contra el capitalismo, o sea, para combatir el machismo en el interior de la propia clase y para que las organizaciones de la clase asuman la lucha contra la opresión.

El MML – CSP-Conlutas es un movimiento de la CSP-Conlutas. El I Encuentro de Mujeres de la Conlutas, realizado en 2008, fundó el Movimiento y votó un programa que, partiendo de la defensa de las banderas de liberación de las mujeres, las asocia a la lucha contra la explotación, en oposición a todos los gobiernos burgueses, en la defensa del socialismo y de la unidad de la clase trabajadora para tomar el poder, por tanto, de la necesidad de que las mujeres se organicen por dentro de la clase. El I Encuentro demostró la fuerza que tienen en la base trabajadora los temas de la opresión, al reunir casi mil mujeres, poniendo en colapso la estructura del evento, que había sido preparado para reunir sólo la mitad de las mujeres que se hicieron presentes.

El MML es un movimiento de la CSP-Conlutas, subordinado a la Central en todos los temas generales, y autónomo en relación con el tema de mujeres. Su composición social es trabajadora-popular-estudiantil, con hegemonía categórica de trabajadoras (en este sentido, tiene la misma composición de la CSP-Conlutas) y con dirección revolucionaria. El II Encuentro de Mujeres de la Conlutas, ocurrido un día antes del Conclat, que hacía un intento de unificación de la Conlutas con otras organizaciones, de nuevo superó las expectativas. Ese Encuentro avanzó en la estructuración del Movimiento y votó su dirección. En ese momento, se reafirmó con mayor precisión aún, el carácter de movimiento clasista de la futura CSP-Conlutas que nacería el día siguiente. Pues, había sectores que se oponían a la participación de movimientos de opresión y de los estudiantes en la entidad, algunos se oponían incluso a la participación del Movimiento Popular. El II Encuentro del MML – CSP-Conlutas y el Congreso de fundación de la CSP-Conlutas reafirmaron la incorporación del MML y demás movimientos a la Central. Al mismo tiempo, se definió con precisión la hegemonía de los trabajadores y sindicatos en ella.

¿Quien participa del MML – CSP-Conlutas y cómo éste se organiza? Participan del MML todos los sindicatos de la base de la CSP-Conlutas, sus secretarías de mujeres y cualquiera de la base que quiera participar; del mismo modo, participan las demás entidades del movimiento popular y estudiantil afiliadas a la Conlutas, además de organizaciones de mujeres, como asociaciones de madres sin guardería o de amas de casa. Pueden también participar secretarías de mujeres de sindicatos que no sean de la CSP-Conlutas, desde que concuerden con el programa del Movimiento y también pueden participar mujeres de la clase trabajadora o amas de casa o jóvenes que no sean de la base de ningún sindicato y quieran afiliarse individualmente al MML. Hay sectores independientes o de la izquierda brasileña, que se ubican en la oposición al gobierno y no están de acuerdo en participar de organizaciones de colaboración de clases como la Marcha Mundial de Mujeres, pero cuyos sindicatos aún no están en la Conlutas. El MML está abierto a esas compañeras. El MML no compite con los sindicatos. Por el contrario, el MML organiza en su interior una mayoría de mujeres que se organiza también en los sindicatos. El MML incentiva la sindicalización y organización de aquellas mujeres que no militan en sus respectivas entidades de clase. De la misma forma que el MML- CSP-Conlutas elige una delegación restringida de mujeres al Congreso de la CSP-Conlutas (dos o tres, en un Congreso de millares) y orienta a que sus mujeres participen, se presenten como candidatas y se elijan por las asambleas de sus sindicatos y demás entidades. El MML – CSP-Conlutas hace parte de la dirección y del Ejecutivo de la Central, teniendo, por tanto, una actuación, además de subordinada, bastante próxima y coordinada con la dirección de la Central Sindical y Popular. El MML orienta que los sindicatos y sus secretarías de mujeres definan un número de mujeres para trabajar prioritariamente con la lucha específica y, segundo, que todas las mujeres, aun las que no tienen la lucha específica como prioridad, sean vanguardia en el apoyo y sustentación de las iniciativas específicas en su base, como de las iniciativas del MML y de las batallas por ganar el sindicato y la clase de conjunto para incorporar la lucha contra el machismo y las campañas que el Movimiento defina. El Movimiento realiza Encuentros nacionales, estatales y regionales. En las reuniones bimestrales de la dirección nacional de la CSP-Conlutas, que reúne en general 200 ó 300 entidades, se realiza también la reunión de las mujeres que en la práctica, es la dirección amplia del Movimiento y posee en lo cotidiano un Ejecutivo,

electo en los Encuentros (una estructura de dirección casi idéntica a la de la propia CSP-Conlutas, la única diferencia es que la Ejecutiva se elige en los Encuentros y no en la reunión de dirección).

El MML – CSP-Conlutas posibilitó ofrecer una referencia nacional clasista en la lucha por la liberación de las mujeres y combatir el machismo en la propia clase, favoreciendo la formación de dirigentes, la participación y organización de las mujeres trabajadoras en la lucha de clase. Eso es especialmente importante con el proceso de feminización del trabajo y el aumento de la superexplotación de las mujeres y del machismo. Y cuando por acción de las ONGs la lucha de las mujeres fue barrida de las entidades de los trabajadores, el machismo pasó a ser reproducido con naturalidad hasta en los sindicatos y las organizaciones feministas policlasistas y reformistas, que son las direcciones existentes.

En el Brasil, la organización que hegemonizaba la lucha contra la opresión era la Marcha Mundial de Mujeres, que con el advenimiento del gobierno Lula se tornó también oficialista, imposibilitando en muchas ocasiones la realización hasta de unidad de acción con los sectores clasistas, en la medida en que ellas organizaban acciones de apoyo a las políticas del gobierno Lula. La existencia del MML – CSP-Conlutas, como organización feminista clasista, posibilitó un espacio de aglutinamiento y de frente único entre los sectores feministas clasistas y la capacidad de iniciativa y de disputa del movimiento de masas y de la dirección de las mujeres, luchando por la unidad de acción con sectores como la MMM, cuando fuera necesario y posible (golpeando juntas, pero marchando separadas); pero teniendo también la capacidad de organizar y protagonizar, de manera independiente, luchas en defensa de las mujeres trabajadoras contra el gobierno, cuando los demás movimientos se subordinaban a Lula.

El MML – CSP-Conlutas, al no ser rehén de la estructura corporativa del sindicato brasileño, ha sido más eficaz también para potenciar el desarrollo de secretarías de mujeres en los sindicatos, cumplir un papel de formación y educación de la clase y de su vanguardia y, especialmente, presionar e incidir de modo efectivo para que los sindicatos incorporen demandas cotidianas de las mujeres, que casi siempre fueron dejadas de lado. Es el caso reciente de la inclusión en el temario de negociaciones colectivas, de la reivindicación de efectivización de la licencia por maternidad; es el caso de garantía de guardería para todos los eventos de los sindicatos y de los

movimientos; es el caso de la lucha contra el asedio moral y sexual en las empresas, o de las guarderías en los barrios obreros. Y, principalmente, la campaña en curso: “Trabajo igual. Salario igual”, que es parte de todas las campañas salariales de las categorías afiliadas a la CSP-Conlutas este año.

Con la feminización del trabajo y la superexplotación, las mujeres trabajadoras, como sucedió en los años '20, tienen demandas más urgentes y generalizadas, que objetivamente las colocaría en la vanguardia de esa lucha. Pero, por otro lado, hoy hay mayor fragmentación de la clase y de sus organizaciones, además de no haber tenido una respuesta a la altura, desde dentro de la clase trabajadora, contra el machismo.

El MML – CSP-Conlutas es, entonces, una organización feminista clasista, que se constituyó como una táctica eficaz para movilizar y organizar a las mujeres trabajadoras por dentro de la clase. ¿Es una táctica de aplicación universal? Ciertamente, no. Pero es una experiencia importante para el movimiento obrero y para los revolucionarios, que anhelan un mundo socialista, sin explotación y sin opresión.

Índice

■ UNA REVOLUCIÓN EN CURSO EN EL MUNDO ÁRABE	5
• Una interpretación de la revolución en el mundo árabe (Josef Weil)	7
Contexto mundial y regional	7
¿Cuál es el carácter de la revolución árabe?	9
Las consecuencias económicas y políticas de la revolución	15
Egipto: una revolución en curso	17
Libia: el pico más alto	20
El pueblo palestino entra en escena y golpea a Israel	24
Las perspectivas de la revolución árabe	29
• La huella reciente del imperialismo en los países del Norte de África y los factores de la revolución (Florence Oppen)	33
A. ¿Cómo se generó una situación revolucionaria en el Norte de África?	
1. Desarrollar un análisis marxista de la situación revolucionaria	33
2. Las revoluciones árabes en el marco de la etapa de la lucha de clases mundial y la crisis política del imperialismo	35
3. El papel de la recolonización en la dinámica mundial de la lucha de clases	37
B. El proceso de recolonización en África del Norte (y el Medio Oriente)	38
1. La ofensiva recolonizadora: una salida parcial y temporal de la crisis para el imperialismo	38
El contexto de la recolonización	38
El impacto desigual de la crisis económica de los '80	40
El fin de la guerra fría: las implicaciones para los países dependientes	40
De la crisis a la recolonización: la ofensiva imperialista del FMI y el BM	42
2. Desarrollo del concepto de recolonización dentro de la teoría marxista del imperialismo	43
Hacia una definición marxista de la recolonización	43
La recolonización: ¿una exageración? - El caso de Mozambique	44
La recolonización política: hacia una pérdida de la soberanía nacional	46
La recolonización vino de la mano de las direcciones nacionalistas	48
La recolonización: la aserción de una nueva dominación colonial	49
El proceso de recolonización dentro de la teoría marxista del imperialismo	51
El imperialismo clásico y el neocolonialismo	53
Del neocolonialismo a la recolonización	56
3. El contexto político y económico regional de África del Norte	58
La recolonización y la reconfiguración de la región MENA (Medio Oriente y África del Norte) por el imperialismo	58
De la “década de oro” a la “década perdida”: la capitulación de las direcciones árabes y el fracaso del nacionalismo burgués	59
A mediados de la década del '80 se inicia la recolonización en la región	61
La instrumentalización política de la ayuda exterior por el imperialismo estadounidense	64
El intento de implantar una zona de libre mercado bajo dominio del imperialismo europeo	65
La ofensiva de liberalización financiera	66
Túnez: la ofensiva neocolonial llegó de la mano de Ben Ali	67
1. Las contradicciones del régimen burgués de Bourguiba (1956-1987)	67

2. La llegada al poder de Ben Alí: la aplicación de los planes de ajuste y el inicio de la desnacionalización	69
3. La etapa de la liberalización: la desregulación comercial, la apertura del país al capital extranjero y la creación de Zonas Económicas Especiales.....	70
4. Consecuencias inmediatas de la recolonización: el aumento de la dependencia, de la emigración y del desempleo.....	72
• La “cuestión palestina”	
Punto central de la revolución árabe (Alejandro Iturbe).....	75
Las leyendas del sionismo	76
La creación del Estado de Israel: una usurpación violenta y cruel	77
“Limpieza étnica”	78
El tiempo agravó el problema	79
De la OLP.....	79
... a los Acuerdos de Oslo y la ANP	80
Hamas en escena.....	81
El impacto de la revolución árabe	82
Un gran boceto del futuro	83
El acuerdo Al-Fatah - Hamas	83
Una sociedad racista y militarista	85
La crisis de un Estado nazi-fascista	86
Los roces tácticos entre Obama y Netanyahu.....	89
El mini-Estado palestino no es la solución	90
La única solución verdadera: la construcción de una Palestina única, laica, democrática y no racista, y la destrucción de Israel	92
• Algunas consideraciones sobre las guerras (Ángel Luis Parras).....	95
La concepción liberal de la guerra, Kant	96
Karl von Clausewitz.....	98
Lenin y la base teórica marxista frente a las guerras	100
El stalinismo y la teoría de los campos	101
Restauración capitalista y guerras en los Balcanes.....	103
Yugoslavia: del triunfo contra el nazismo a la muerte de Tito	104
De la muerte de Tito al final del régimen.....	107
El nacionalismo serbio y Milosevic	108
La política del imperialismo.....	110
La prueba de fuego: la guerra en Kosovo y la intervención de la OTAN	114
A modo de conclusión	118
■ MARXISMO Y RELIGIÓN	121
• Por una interpretación materialista sobre el origen y los fundamentos de la religión (Cecilia Toledo).....	123
• Sobre la historia del cristianismo originario (Friedrich Engels).....	127
• El socialismo y las iglesias (Rosa Luxemburgo).....	151
• Socialismo y religión (V.I. Lenin).....	175
• La actitud del partido obrero hacia la religión (V.I. Lenin)	181
■ LA CUESTIÓN DE LA MUJER	193
• Los debates sobre la opresión de la mujer (Alicia Sagra).....	195
La polémica en la Primera Internacional.....	197
La primera oleada.....	198
La segunda ola	200

El feminismo de género.....	201
La revolución socialista y la liberación de la mujer.....	204
La liberación de la mujer y la teoría de la revolución permanente	206
La polémica sobre la organización	207
Sobre los movimientos de mujeres anticapitalistas o clasistas	209
La necesidad de organismos especiales para desarrollar el trabajo sobre la mujer obrera	211
• La mujer: ¿casta, clase o sexto oprimido? (Evelyn Reed).....	213
• Termidor en el hogar (León Trotsky)	227
• Mujeres trabajadoras y marxismo (Carmen Carrasco - Mercedes Petit).....	239
El capitalismo, la familia y la opresión de la mujer	239
El capitalismo y sus políticas básicas	239
Dos tendencias contradictorias.....	241
La destrucción de la familia y la incorporación de la mujer a la producción es un proceso doloroso	247
El carácter de las tareas de la liberación femenina	249
El carácter de las luchas de las mujeres	252
Método y programa para la lucha de las mujeres	254
Estrategia y táctica.....	254
Las distintas tácticas que, según Waters, llevarían al movimiento autónomo	256
¿Qué estrategia nos damos en el trabajo con las mujeres?	256
• Las tareas del trotskismo entre las mujeres (Proyecto de Resolución aprobado por la Fracción Bolchevique en 1980)	259
• El feminismo socialista y la Reconstrucción de la Cuarta Internacional (Freedom Socialist Party).....	267
II. La reconstrucción exitosa de la Cuarta Internacional requiere un programa trotskista y una orientación correcta con respecto a la cuestión de la mujer.....	267
Resolución sobre los Concilios internos de Mujeres	270
Tesis sobre la crisis de la Cuarta Internacional	270
Contribución acerca de la opresión específica de las mujeres en América Latina, sus luchas, y la orientación de la Cuarta Internacional (Comisión Mujeres del PRT).....	271
III. Nuestra concepción y praxis del Feminismo Socialista	271
La revolución permanente y la emancipación de las mujeres	272
Lenin sobre la cuestión de la mujer	272
Opresiones: la conexión capitalista y la solución socialista	273
En pro de un frente único contra la derecha y el fascismo (Manifiesto de Radical Women)	276
• Tercer Congreso de la Tercera Internacional	277
Tesis para la propaganda entre las mujeres. Principios generales	277
Métodos de acción entre las mujeres	278
Modos de agitación y de propaganda	281
El trabajo a escala internacional	282
• El combate al machismo es tarea cotidiana de los revolucionarios (Mariúcha Fontana) ..	283
Combatir el machismo para unir a la clase	286
Opresión y explotación: la lucha contra la opresión es parte indisoluble del programa obrero y socialista	288
Una breve historia de la lucha contra la opresión de las mujeres	291
La tradición leninista frente a las opresiones es opuesta al stalinismo.....	296
Movimiento Mujeres en Lucha - CSP-Conlutas: organización clasista contra la opresión.....	297